

XC

CASTELLAR

LA REDENCION
DEL ESCLAVO

2

P06503

RARE

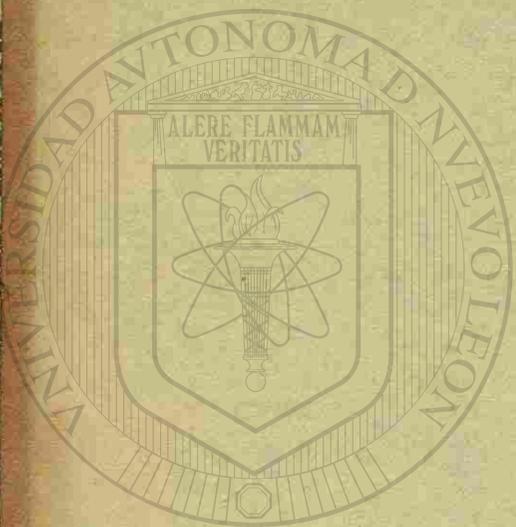
v. 2

Tomo 2

03482



1020027234



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

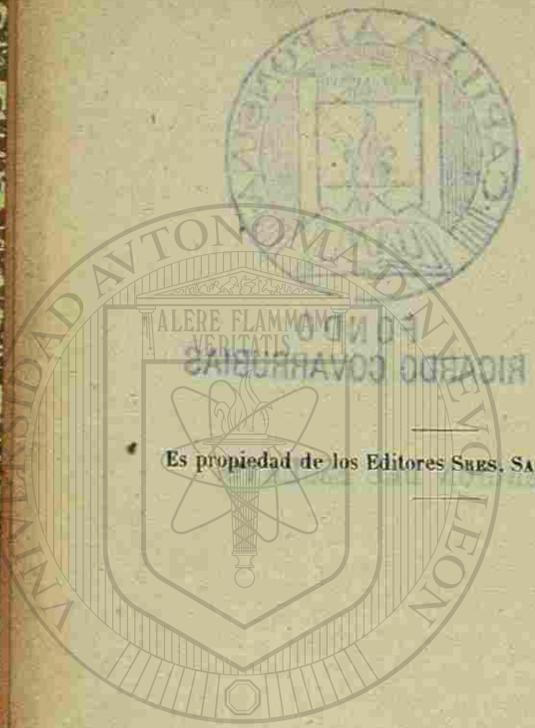
LA REDENCION DEL ESCLAVO.

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Núm. Clas. 861.5
Núm. Aut. 03485
Núm. Adq. 33209
Procedencia -8-
Precio
Fecha
Clasificó
Catalogó



Es propiedad de los Editores SRES. SAN MARTIN y JUBERA.

LA
REDENCION DEL ESCLAVO

POR
DON EMILIO CASTELAR

1.^a PARTE. — TOMO II.

SEGUNDA EDICION.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
MADRID
A. DE SAN MARTIN, Pta. del Sof. núm. 6. | AGUSTIN JUBERA, 1625 MONTERREY, MEXICO, Calle de la Bola, 3.

Madrid: 1873.—Imp. de J. Peña, Olivar, 22.

1875

098323

33209

863.
C.

PQ 6503

.C2

24

V. 2

Tomo-2



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS



CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

00388

00388

EL ARA DEL SACRIFICIO.

JORNADA TERCERA.

I.

LOS MAGOS DE BABILONIA *(en lo alto de una torre).*

Desde aquí descubrimos la reina del Oriente, la ciudad de las ciudades, coronada de estrellas. En sus espacios las esfinges duermen un sueño divino, los dragones de piedra guardan pensamientos del cielo, y el unicornio de oro medita en silencio sobre el altar de marfil los misterios de lo porvenir, en tanto que al pié de las aras corren abundosas y claras fuentes, repitiendo el eco del primer rumor que oyeron los tiempos, cuando el mundo y los orbes se precipitaron como inmensa catarata de las manos de Dios. Ciudad bendita, Babilonia sagrada, tus hijos han sembrado de pol-

vo de carmin y oro las orlas del desierto que te rodea como un manto; tus sacerdotes te han dado templos para que reclines la sien, agobiada por el peso de tu diadema de mil torres; tus reyes han colgado de tus brazos, como canastillos de flores, pintados jardines; el Eufrates se goza en lamerte los piés, como el perro del ganado á su pastora; y los sáuces y los paraísos, de cuyas ramas cada pueblo al pasar ha suspendido una lira, te saludan y te arrullan con eternos cánticos. Ciudad de los mil templos, Nemrod ha teñido tu púrpura en la sangre de todos los pueblos, y Belo ha arrancado el sol de las alturas para engarzarlo en tu corona. El desierto impulsa, sus olas de arena para acercarse á tus piés, y cada uno de sus átomos, encendido por la luz, semeja una estrella caída del manto de la noche, que viene á decirte secretos de lo infinito. Algun dia, una tras otra, las ciudades de Oriente dejarán en tus gradas de mármol y al pié de tus puertas de bronce sus ídolos, sus diademas, sus escudos de hierro, su incienso, su mirra y su áloe, sus pebetes de ámbar, sus pirámides de granito, sus copas de oro rebosando agua de sus ríos y de sus mares, las túnicas de sus sacerdotes, y hasta las cbelleras de sus doncellas; porque todas las ciuda-

des sentirán que Babilonia les dá una gota de su sangre, un átomo de su cuerpo, un suspiro de su vida, cuando sus hijos al cruzar el desierto en sus caravanas encuentran en esta tierra de los misterios un lecho de amor y una hora de placer. Estrellas de la noche, que henchidas de un espíritu divino surcais los cielos, formando en vuestros círculos misteriosos un pensamiento divino, nunca, nunca abandoneis á Babilonia; y despues que al pasar por la fuente de la vida os hayais bañado en la primera luz del Universo, bajad á contarnos nuestro porvenir y sus misteriosos secretos, como el águila que se ha cernido en lo infinito descende con su presa en las garras al nido de sus hambrientos hijuelos. Mundos que flotais en el éther, estrellas misteriosas perdidas en la inmensidad, ondas de soles que besais las plantas de los dioses, nubes de ethérea impalpable materia que allá en los limites del Universo colgais vuestras indecisas gasas de luz como el caminante su tienda, cometas que sois la espada de fuego de los ángeles invisibles que guardan envueltos en su túnica de zafiro la entrada de la creacion, no olvideis que sólo Babilonia, nunca dormida, absorba en contemplar vuestros horizontes, velando siempre para contar vuestro número

y sorprenderos en vuestro camino, sabe el secreto que ocultais á los mortales.

NINIAS (*que aparece trémulo en la torre*).

Magos, magos del Oriente, amparadme.

LOS MAGOS.

¡El rey! ¡El rey!

NINIAS.

He venido á turbar vuestra meditacion, porque un centauro de las tinieblas ha querido apagar en mi alma el fuego y la sonrosada luz de la vida. Soñaba yo que habia roto el círculo de cristal en que el Tigris y el Eufrates me aprisionan, y que habia ido hasta los más remotos países de la tierra. Allí habia hecho de todos los templos un templo, de todas las ciudades una ciudad, de todos los hombres un solo esclavo, y levantando con los escombros hacinados un altar, y ciñéndome por manto los azules aires, y tomando en mi mano un haz de cometas de fuego; yo, yo soy vuestro dios, decia á las naciones. Y las naciones callaban y se sometian. Mis ojos se paseaban ávidos sobre aquellas cabezas hundidas en el polvo; mis plantas se apoyaban en aquellas espaldas encor-

vadas; mis oidos recibian con voluptuoso placer el rumor de la adulacion que producian todos los lábios; y mi corazon no cabia en mi pecho, ni acaso hubiera, de orgullo hinchado, cabido en el Universo. Yo vi pasar los hijos del Indo, que me traian presentes de oro de Golconda; los habitantes de Thebas y de Menfis en sus carros de guerra, arrojando á mis piés sus momias y sus esfinges; los de Bactrias, que me regalaban amuletos y filtros para hacer perenne mi vida; las virgenes del templo de Militta, coronadas de verbena y rosas, ofreciéndome los encantos de sus amores; los magos, que me daban una estrella para cada una de mis sandalias; las caravanas de Tiro, que me presentaban un manto en cuyos pliegues podia ocultarse la tierra; las tribus de Iram con sus espadas más ardientes que el rayo; los descendientes de Abraham, que al compás de sus cadenas entonaban una cancion triste como el canto del buho en la noche, ó el siniestro quejido de la corneja en el bosque; y mi alma henchida de placer salia de mi cuerpo, como el Tigris sale de madre cuando recibe en la estacion de las tempestades, los torrentes de los montes y las lluvias de los cielos.

LOS MAGOS.

Afortunado señor, Belo te conserve esos sueños.

NINIAS.

¡Oh! No, no. De pronto se apagó el sol; la luna, que intentó resplandecer un instante, arrojó un color rojizo y se perdió muerta en los abismos de los cielos; las estrellas se dispersaron como una bandada de palomas que oyen la flecha del cazador en los aires; y cada uno de los hijos de los hombres sacó un martillo de los pliegues de su manto, y comenzaron todos á destrozar los muros de Babilonia, cuyas piedras arrastraba el rio en compasado movimiento. Y de la ciudad no quedó huella, como no queda huella del camello en el desierto; y donde antes se alzaba mi trono vinieron á anidar las víboras y á escarbar sus madrigueras los tigres, y en vano, atormentado de dolor, pedí de rodillas compasivo refugio á la muerte, porque una inmensa boca abierta en los negros cielos se reía con risa convulsiva y sardónica de mi ambicion y de mi impotencia.

LOS MAGOS.

Esas son aprensiones de vuestro espíritu. No temais, señor; ni el huracan ni el rayo podrán nada contra Babilonia. Mirad: el sol se despierta en el Oriente; el rio sigue su carrera, sereno, besando las hojas de los sáuces; el desierto se desciñe su turbante de nieblas; la palmera se cimbreá arrullada por el áura de la mañana; los ganados pastan la yerba humedecida por el rocío; las avecillas abandonan sus nidos y gorgcean sus amores; y mientras á nuestros piés los guardas de vuestro palacio hacen mil brillantes evoluciones blandiendo al aire sus armas, allá á lo léjos se vé cruzar la caravana errante, el camello cargado de riquezas, el mercader y su tribu vestidos con los pintorescos trajes de Oriente. Todo es paz en la naturaleza. Suena la hora de recibir á vuestros sátrapas que os esperan.

LOS SÁTRAPAS (*en los salones del palacio*).

El sol se ha despertado; pero no se ha despertado el verdadero sol de este palacio. Nosotros no queremos ver la luz del cielo el dia en que no hemos visto los ojos de nuestro señor. Con sus dos brazos puede tocar el rey de Babilonia de

Oriente á Occidente. Cuando anda, sus pisadas hacen temblar á los abismos. Su sonrisa oscurece la sonrisa de la aurora. Una lágrima suya caída en el mar lo tornaría dulce. Una palabra suya haría benéfico al tigre, inofensiva á la vibora. Su cuerpo es tan puro como el cuerpo de Belo, su alma tan vivida como el alma de la naturaleza. Allí viene. Lleva una túnica blanca sembrada de oro, que parece el Tigris iluminado por el suave resplandor de la luna; de sus hombros cae un manto de púrpura tan encendido como el último reflejo del sol en Occidente; una tiara de oro y esmeraldas ciñe su cabeza; y sandalias de plata aprisionan sus piés, formados para andar sobre las espaldas de los hombres. Al verlo pasar, las esclavas de su serrallo, prisioneras entre doradas rejas y olorosos arbustos, levantan sus mustias cabezas, y se sonríen, y le envían un beso de amor, como las flores marchitas cuando el áura fresca y regalada murmura entre sus hojas. Ven, rey de Babilonia, el cielo puede vivir sin astros, el desierto sin arenas, el rio sin agua, el bosque sin árboles, más fácilmente que nosotros sin nuestro señor, sin nuestro amo.

NINIAS.

Salud, sátrapas de mis reinos; que os guarde Belo. Anhelantes por saber de mi, venis todas las mañanas á despertarme con vuestras dulces palabras. Yo os lo agradezco, y el sol, mi compañero en el dominio del mundo, os lo agradece tambien. Nada deseo, nada quiero, nada me hace falta. Los pueblos vienen á mi como las palomas á la fuente, como los ganados á las sombras de los sauces en el estio. El labrador llena de vino mis copas de oro legadas por Nemrod; el comerciante descarga sus camellos á la puerta de mi palacio; el guerrero me regala esclavos que yo mutilo para el serrallo ó destino para el sacrificio; el industrial me alarga la mitad del oro que ha recogido en las aguas de los grandes rios; las doncellas cuelgan de mis ventanas túnicas de lino por sus blancas manos hiladas; los sacerdotes queman el incienso y la mirra en mi trono, y me dejan la mitad de sus ofrendas; porque vidas, tierra, cielo, almas, todo es mio, que todo lo ganó la espada de mis abuelos, más larga y más cortante que las colas de las serpientes. Así, nada tengo yo que hacer. Mis antecesores llegaron hasta bañarse los piés en el hermoso lecho del sol y beber

las aguas del Indo. Yo no he encontrado un pueblo que vencer, ni he visto más que esclavos, así en mi palacio como en mis reinos. Pero el cansancio me mata. Me hastía el serrallo. Las mujeres enviadas de todas las regiones de la tierra no guardan para mí un placer. Los esclavos sólo saben bajar la frente y adular á su señor. Cuantas veces he salido á campaña, no he encontrado ni un enemigo con quien luchar, ni una victoria que recoger. Mi cuerpo enflaquecido, cansado, exháustito de sangre, consumido en el placer, poco á poco se vá extinguiendo, como el fuego del sacrificio cuando le falta combustible. Yo quisiera desear, quisiera querer, quisiera luchar, quisiera trabajar, para salir de esta triste y pesada soñolencia, que tanto se parece á la muerte.

SATRIAS (*el primero de los Sátrapas*).

Señor, si quereis luchar, ancho campo se abre á la gloria allá en los últimos límites de vuestro reino. Allí hay pueblos bárbaros. Nacidos en carros de guerra, amamantados con leche de pante-
ras, criados entre los aullidos y el polvo de los combates, montados siempre en caballos negros como la noche, vestidos con los despojos de las fieras que han cazado con sus propias manos, li-

gados los brazos con la piel adobada y curtida de sus enemigos, ciñendo á sus gargantas por único adorno los dientes de sus víctimas, adorando una espada y una flecha, y ofreciéndole libaciones de sangre en las calaveras encontradas en los campos de batalla; aquellos hijos de la guerra, cuyas bocas escupen hiel, cuyos ojos despiden sangrientos reflejos, cuyas manos sólo saben dar la muerte, cuyo constante trabajo es la pelea, caen sobre vuestras tribus y las aniquilan, como el monte de arena que el huracan levanta en el desierto abra-
sa, desplomándose sobre el tranquilo oasis, sus yerbas y sus flores. Ceñíos vuestra armadura, colgaos de la espalda el arco, envenenad vuestras flechas, reunid los grandes y pesados elefantes, haced sonar los instrumentos guerreros con marcial estrépito, llamad vuestros millones de soldados, que aplasten con sólo andar á todos vuestros enemigos, y sobre vuestra tiara de oro ceñíos para mayor esplendor el rojo cometa de la guerra.

NINIAS.

Bien pensado, no merecen tan bárbaros guerreros un enemigo tan ilustre, tan grande como yo. ¿Qué les sucede en realidad á mis pueblos? Nada. En la regularidad de su vida, viene un

guerrero de esos feroces á divertirlos con una orgía de sangre. ¡Oh! Si llegaran hasta aquí; si se esparcieran por las riberas del Eufrates; si cortarían sus bosques de sáuces; si destruyeran sus jardines colgantes; si arruinaran las torres que tocan al cielo, y demolieran los templos sostenidos por tortugas de granito; si destrozaran con sus hachas las puertas de bronce, y rompieran los siete muros de mi palacio, é incendiarían hasta mis serallos: entre el humo y el polvo, entre los lamentos de los vencidos y los gritos de los vencedores, entre el estruendo y el terror, yo sentiría algo más que esta vida perezosa y uniforme; y revolviéndome audaz entre la gran catástrofe, olvidaría este aguijón, esta llaga desconocida que tengo en mi pecho, y que si no mana sangre, mana la vida de mi alma y la esencia de mi sér. ¡Oh! Yo no he visto ningun gran espectáculo. Los magos cuentan que un dia se juntaron las aguas del Eufrates y el Tigris, y abogaron á millares de criaturas; que otro dia se abrió la tierra y vomitó fuego, y consumió ciudades, y encerró en sus entrañas templos; que un cometa bajó hasta la torre de mi palacio, dejando por toda Babilonia rastros de negra sangre; que una nube inmensa se abrió, y trajo millones de cuervos hambrientos

que devoraron innumerables criaturas; que un monte de arena levantado por el huracan convirtió provincias deleitosas en áridos desiertos; que el sol se durmió un dia más tiempo del que debiera, los hombres, creyéndose ya abandonados de la luz, se mataron unos á otros con feroz encarnizamiento: y yo, infeliz, he visto siempre las mismas estrellas, los mismos cielos, la tranquilidad inalterable de la tierra, la sucesion regular de las estaciones, sin haber presenciado ni un incendio, ni un terremoto, cuando tan aterrador y sublime debe ser el lamento, el sollozo de todo un pueblo. Pero llamad á mis mujeres, para que canten un poco y me distraigan. ¿Ha llegado ya esa esclava extranjera, Sátrias?

SÁTRIAS.

¡Oh tormento! ¡No poder ocultarla, no poder! Ha venido, señor.

NINIAS.

Que entren mis esclavas y entonen un coro.

SÁTRIAS.

Esclavas, venid á regalar el oido del rey.

CORO DE ESCLAVAS.

Hijas de la aurora, que nos ha teñido las mejillas con sus rosados dedos, cantemos, ya que el cielo es un eterno concierto y la vida un armonía deliciosa. El Creador de los dioses y de los hombres arrojó á los espacios el mundo envuelto en las cadencias de un cántico y en las melodías de su lira de tres cuerdas; y por eso la música hace oscilar á las estrellas, volar al sol, moverse á los seres, y concierta en leyes divinas todas las cosas; que el Universo entero ha sido ordenado por la sublime música. Los siete planetas que coronan la tierra; los signos del zodiaco que ruedan en eterno compás; la sucesion de los dias en constantes periodos, las fajas de mundos que se pierden por los límites del Universo; los rumores que pueblan la tierra desde el horrisono trueno hasta el sonido de la gota que cae como una lágrima en el sereno lago; el canto del insecto bajo la verde hoja y de la estrella en el azul firmamento, son ecos, cadencias, armonias de la música que ordena todas las maravillas de la naturaleza, y que se exhala del gran instrumento de la creacion, para unir el tiempo á la eternidad y las criaturas á su Creador. Al eco del cántico, la aurora se sonrie,

el sol pulsa su lira de fuego, los génios de las estrellas soplan en sus flautas, el mar levanta sus trompas de cristal incrustadas de perlas, los planetas ruedan en suave y concertado movimiento, el rio arrastra sus ondas en infinita cadencia, la flor abre su corola, y el ave afina su garganta, en tanto que la música, despues de flotar sobre la tierra y resonar en las pedregosas montañas y en las lóbregas cavernas, vá en alas del céfiro á perderse en el cielo, donde se mueve el ciclo de las horas, que en su rueda de luz mide las armonías de la gran catarata de los tiempos.

NINIAS.

¡Oh! Hermoso cántico, á tu dulce compás mis penas olvidaba, y me sumergia en un sueño voluptuoso, más grato que la árida realidad de la vida, y más poderoso para la felicidad que mi impotente omnipotencia. Pero ¿dónde está la hermosa mujer, la gran princesa que habeis traído cautiva?

SÁTRIAS.

Señor, señor, pronto.... pronto.... vendrá.

LOS SÁTRAPAS (*entre sí*).

La ama, y no quiere presentarla á Ninias.

NINIAS.

¿Por qué no viene ahora mismo? Llámala, llámala, ó si no, caerá tu cabeza.

SÁTRIAS (*horrorizado*).

Señor, aquí está Hifalia.

NINIAS (*tomando de la mano á Hifalia*).

Ven, acércate á mi trono; no temas que el poder consume tu alma, como la llama del ardiente pebetero consume las alas de la mariposa. Tú puedes hacer feliz á un rey que no ha visto colmados sus deseos con millares de imperios, ni con serrallos de hermosas mujeres, ni con festines en que ha gastado las riquezas reunidas en dos siglos, ni con inmensas conquistas, ni con ese constante rumor de adulacion que sube hasta sus oídos; porque en todos esos placeres no hay ni un suspiro de amor, ni un destello de verdadera vida. Tu hermosura me sonríe como el alba al caminante perdido en el desierto; en tu frente leo un pensamiento de amor; tus ojos penetran

hasta mi alma, y encienden ardorosos mi corazón; tus labios, como roja flor, guardan la única dulzura de la vida; y en tu seno, que palpita como la onda del río, encontrará un regazo este sér que vive en la triste soledad de un trono. El amor ¡ay! el amor está sobre todo en la tierra. Una corona quema la frente, un cetro descoyunta las manos, un trono es un desierto; el carro de guerra no dá un paso sin aplastar la cabeza de cien criaturas, y la espada sólo se sácia con sangre; la vida del altar se evapora en el misterio y se apega á dioses siempre mudos á las oraciones y á los votos de los hombres; el cortesano se encorva hasta la tierra, y acostumbrado á mirar al suelo, no vé la luz que baja de las alturas; pero el que ama, el sér feliz que siente ese dolor infinito, esa pasión inexplicable, en el suspiro que le lleva el áura, en la huella que un pié adorado deja en la arena, en la furtiva mirada que se escapa al través de misteriosa celosía, en la trasparente lágrima que cae sobre la marchita flor de un recuerdo, en el rizo arrancado de la cabellera y todos los días bendecido con ardientes ósculos, en la palabra indiferente, en la canción apasionada, en el eco del arpa, en el ruido de los pliegues de una túnica, en la esperanza, en el dolor, en la

duda, en todos los instantes de su existencia, recoge, absorbe un sentimiento que centuplica su sér, que eleva su alma, que dá el fuego de todos los placeres á su vida. Si yo encontrara en tí esta ventura, que en vano he pedido mil veces á la solitaria implacable tierra, te daría mi tiara, mis elefantes, mis carros de guerra, mis armas, mis esclavos, mis cortesanos, mis tesoros, los montones de esmeraldas que trajo Semiramis de la India, las ricas telas que arrancó Nino á los hombres de los príncipes de Persia, la copa de oro en que bebía Nemrod, los ídolos de ébano y de plata que vinieron cautivos del Egipto, los gigantes monumentos bajo cuyas bóvedas cabe un cielo, las torres de granito desde cuya cima mis magos conjuran las estrellas, los lagartos y los cocodrilos de bronce, las águilas de plata, las serpientes de oro que hay sobre mis altares, los arcos, los acueductos, los puentes, los jardines colgantes en que los ligeros surtidores riegan con perpétuo rocío los árboles siempre en flor, Babilonia entera, y con Babilonia mi corazón y mi vida. Dime que me amas, y mañana te rodearán todos los placeres. Tendrás salones incrustados de perlas, lechos de marfil y púrpura, eunuocos traídos de Etiopía, esclavas sirias que te regalen

los oídos con suaves cánticos y renueven el aire con abanicos hechos de las pintadas plumas de pavo real, barcas doradas y ceñidas de guirnaldas de rosas que te arrastren por el limpio Eufrates, mil pebeteros para perfumar el aire que respire, collares de perlas para tu garganta; y un cendal como no lo ha ceñido ninguna mujer en la tierra, para envolver tus delicadas formas, que han de ser la envidia de todas mis mujeres, no acostumbradas á tener por rival la perfección de la naturaleza.

SÁTRIAS (*para sí*).

¡Oh rabia! oh celos! Antes que caer en tus brazos, mi cautiva caerá en brazos de la muerte. Mi pecho arde, se encienden mis ojos, horrible vértigo se apodera de mi cabeza, mi mano acaricia involuntariamente el puñal. ¡Oh infame Ninias! No sabes que ese amor será tu perdición.

HIFALIA (*al rey*).

Señor, yo nací bajo una palmera, sobre las flores, al borde de una fuente, entre el zumbido de las abejas y el cántico de los ruisenores, en un país abundosísimo, donde todas las cigüeñas y todas las golondrinas se gozan en posarse cuando

vienen de remotos climas, donde el suelo retrata al estrellado firmamento en la callada noche con sus mil luciérnagas, y los arroyos se desatan en tortuosas corrientes por los sinuosos valles poblados de árboles que con su sombra quitan sus ardores al sol y convidan al reposo; tierra de bendicion en que la vida es una primavera continua, un eterno amor. Pero un día el hado enemigo llamó á las puertas del palacio de mi padre, que era el príncipe de aquella tierra. Aunque nuestro palacio era de cañas, lucia con todos los ornamentos de la naturaleza. A su entrada surgia una fuente; por sus paredes se entrelazaban las enredaderas con la fresca yedra; el pavo real adornaba con sus sedosas plumas las ventanas; la rosa y el clavel abrian sus encendidas corolas por todas partes; el musgo extendia verdes alfombras en el suelo; las aves más raras pendian en jaulas de mimbres cubiertas de flores; do quier la vista giraba encontraba descanso, y el oido armonia, y el olfato suaves aromas en aquel ameno y delicioso apartamiento. No quiso la suerte que allí corriesen tranquilos mis dias al lado de mis palomas y de mis mariposas, al pié del altar de los paternos dioses. Un conquistador vino en un carro de oro, taló nuestros campos, quemó nuestras cabañas, y

me arrancó en su soberbia de mi floresta, despues de haber asesinado en mi presencia á mis padres. Desde entonces no tuve hora de felicidad, momento de reposo. Me llevaron á un mercado y me vendieron. Despues fui á Egipto. Allí me consagraron á los templos. En Thebas cuidaba el carnero que adoraban sus moradores, y ceñia guirnaldas de verbena á sus dorados cuernos; en Cynotis velaba al perro sagrado, que tenia un inmenso templo, y que me devolvia mis cuidados con su amistad sin igual; en Ligeópolis, el lobo del altar, cuando me veia ir á su dorada jaula, se tendia para que le acariciase con mis manos; en Thamuso guardaba los verdes lagartos que vivian en jardines deliciosos consagrados á los animales inmortales que retratan en su organizacion todas las formas de la vida y muestran todo el poder de los cielos. Un día los sacerdotes me regalaron á otro templo, hasta que se turbó la serenidad de mi vida por el ruido de nuevas guerras; y desde entonces pertenezco á Sátrias. Sátrias es mi dueño. Si él me cede al jefe de su religion y de su pueblo, al señor de toda su vida, al dueño de su alma, al sol de sus ojos, al verdadero dios de su existencia, á Ninias, yo, señor, seré vuestra, y vuestros caprichos serán mis leyes, y vuestra

voluntad mi voluntad, y vuestra vida mi vida.

NINIAS.

¿Pues qué, no sabe Sátrias que cuanto hay en Babilonia es mio? ¡Sátrias, Sátrias!

SÁTRIAS.

¡Señor! Yo obedezco á vuestra voz, como el pequeño arbusto al viento, que segun su capricho lo doblega.

NINIAS.

Esta mujer es mia.

SÁTRIAS.

¡Señor, yo deseaba tenerla en mi aposento, por parecerse tanto á la hija que perdí!

NINIAS.

No, no oigo reparos, no oigo excusas á un deseo que no es mi deseo, á una voluntad que no es mi voluntad. ¿Cómo te atreves, gusano miserable, á amar lo que ama tu señor? ¿Cómo hablas cuando tu señor habla? Las avecillas callan cuando truena la tempestuosa nube en los abismos del cielo.

SÁTRIAS.

Señor, para desagraviarte, ya que una palabra mia te ha agraviado, te regalaré un esclavo.

NINIAS.

¡Un esclavo! Deseo verlo. ¿Es raro?

SÁTRIAS.

Ha sido aprisionado cerca de aquellos países á donde llegó la mano poderosa de Semiramis, cuando los reyes de Babilonia guerreaban y eran temidos en el asombrado mundo.

NINIAS.

¡Que venga ahora mismo el esclavo, que venga!

SÁTRIAS (*hace una señal*).

Le verás, señor. Apenas habla. Sus ojos están siempre arrasados de lágrimas; pero es hermosísimo.

NINIAS (*viendo entrar al esclavo*).

¡Hermoso jóven! ¿Dónde has nacido?

ORIEL.

No sé, no sé dónde he nacido.

NINIAS.

Desde hoy eres mi propiedad.

ORIEL.

Mandad, señor, mandad; pero que no me peguen tanto.

SÁTRIAS (*al rey*).

Es hora de ir al templo, señor.

NINIAS.

Voy. Pero antes, sátrapas, saludad en Hifalia á una princesa de Babilonia. (*Se oyen rumores de descontento.*) ¿Qué es eso? ¿Murmurais? Pues así como los dioses pueden hacer de un poco de polvo una vírgen hermosa, yo puedo hacer de una cautiva una princesa. Y así como los dioses pueden con el soplo de la muerte hacer del hombre más poderoso un monton de polvo, yo puedo, señores, hacer de mis sátrapas un monton de cadáveres. (*Los sátrapas caen de rodillas.*) Levantaos, vámonos al templo. Tú, Sátrias, quédate ahí para arreglar el salon en que Ninias vá á guardar á su Hifalia. (*Vánse todos, ménos Hifalia y Sátrias.*)

SÁTRIAS (*mirando con recelo el sitio por donde ha salido Ninias*).

¡Oh! El tirano, el tirano cruel, coronado de rosas, vestido de lino, afeminado, sin sangre en el corazon, sin fuego en la mente, juguete vil de sus caprichos, sin fuerza para sostener el cetro de un reino entre sus manos de niño, es la sombra que se levanta en el camino de mi felicidad, en el edén de mis amores. No, no lo consentiré. Salta mi corazon, ruge mi pecho. Ven, Hifalia, ven á mi lado. Yo no tengo más pasion, ni más idea, ni más esperanza, ni más recuerdo que tú, amor mio, tú. Y quiere arrancarte de mi lado ese imbécil de Ninias. El tigre herido, el águila de sus polluelos despojada, el leon hambriento, no son tan feroces como yo celoso. Una chispa no más de este incendio que me abrasa el alma, puede devorar á toda Babilonia. Aquí, en mi corazon hay más fuego que en hirviente volcan, y en mi lengua hay más veneno que en las fáuces de las víboras. Antes que consentir en que sus impuros lábios se posen con amor en tus lábios, le arrancaré el alma. Babilonia me lo agradecerá. En este imperio, un rey flaco enflaquece á su pueblo, un rey caprichoso lo mata. Y Ninias está demente. El poder se le ha

ceñido á la cabeza como una serpiente. Mi brazo se ceñirá á su corazon , y le estrujará , y lo aniquilará.

HIFALIA.

Cálmate, cálmate, por piedad.

SÁTRIAS.

Me dices que me calme, que me sosiegue, cuando el alma estalla en mi herido cuerpo. Tú le amas. Tú ¡infeliz! te has dejado seducir de su grandeza. Te ves ya con una corona de perlas en la frente, y me olvidas, porque me crees hundido en el polvo. Has escuchado la palabra de un rey, y le has seguido , como el ave inocente sigue el reclamo del cazador. Bien ; algun dia, cuando la flecha envenenada llegue hasta tu corazon y lo traspase, yo te veré exánime en el polvo, y mi corazon, este corazon que te ha amado tanto, rebotará de alegría. ¡Oh! Tú no sabes lo que puede mi ira, lo que guarda mi venganza. Si conviertes al rey los ojos, te arrancaré la vida. Caeremos juntos en la eternidad, como esas gotas que las rocas destilan sobre los abismos. Tú podrás abrazarle hoy ; pero mañana abrazarás la muerte. El soplo helado de mis lábios exánimes extinguirá tu

sér y mi sér , tu alma y mi alma. Yo prefiero la nada á tu desvío. Todos los tormentos de la tierra juntos son dulces en comparacion de estos furiosos celos. Deja que te mire; deja que me pierda en esas pupilas ardientes como el desierto; deja que respire tu aliento, y con tu aliento la voluptuosidad de amoroso delirio. Huiremos antes que venga el rey. Pero ¿á dónde huir, si su brazo alcanza á todas partes? Contra un déspota no hay más refugio que la eternidad. Mira este puñal. Si te arrastra hasta su lecho, te lo clavo en el corazon. ¡Pobre flor nacida en los desiertos para morir en los palacios! ¡Pobre avecilla, que debia surcar el cielo y está aquí aprisionada y herida! Como la cigüeña que desafía la tempestad, vas á consumir tus alas en el fuego del cielo. ¡Luchar, luchar con un rey, con el dueño de todas las almas, con el señor de todas las voluntades! Pero hay un rey más poderoso, más grande, más incontrastable, y es, Hifalia.... este puñal.

HIFALIA.

Tu corazon es más impetuoso que el torrente. Cuando abandoné mis palacios de Egipto por seguirte; cuando desde el punto en que te vi en tu áureo carro de guerrero te amé ; cuando te he

acompañado por los bosques , por los desiertos; cuando á tu lado he visto correr la sangre en los campos de batalla ; cuando me he entregado al placer en tu tienda , oyendo los quejidos de tus víctimas derramados por los aires ; cuando nada han valido para mí ni los templos, ni los jardines, ni las riquezas en comparacion de tu amor; cuando he mirado indiferente morir á mis bienhechores sin consagrarles una lágrima, porque mis bienhechores se oponian á que te siguiese , dudar de mi corazon, no conocer hasta el último secreto de mi pensamiento , es , ó una gran torpeza , ó un gran crimen.

SÁTRIAS.

Perdóname, Hifalia mia, perdóname. Yo no he nacido en esta tierra maldita de Babilonia, donde es un culto y una virtud la prostitucion de las mujeres. Yo he nacido para amar mucho á un sólo sér, á uno sólo, sí, ¿lo entiendes? á un sólo sér. Si vieras los templos , te horrorizarias. Allí , en los jardines, bajo el oscuro ciprés , sobre un lecho de flores, recostada la frente en el cuerpo de la esfinge de mármol, envuelta en la nube de humo que despide el pebetero de oro , cubierta de blanco cendal, coronada la sien de verberna, ceñi-

da la garganta de perlas, la vírgen ruborosa, con las mejillas encendidas y los ojos arrobados, conmovido el turgente pecho por loca impaciencia, cortado el aliento por continua incertidumbre, acalorada la fantasia por los sueños de voluptuoso amor; espera que el extranjero, el caminante que pasa un momento bajo los muros de Babilonia, libe las primicias de su amor; y conseguido su intento, se levanta, y de rodillas ante los piés de la diosa Militta, le pide que bendiga su seno fecundado por el amor de un hombre á quien acaso no volverá á ver en su vida, profanada así por cultos bárbaros y criminales dioses. Yo, que he nacido léjos de aquí, en otras tierras, en otros climas, donde el sol es más ardiente, y la vida más intensa, y las pasiones más tempestuosas, no puedo querer á mujeres así profanadas. Y mi corazon se ha unido á tí como la raiz de la planta á la tierra, como la luz de la estrella al cielo. Tú eres la única imágen de amor que se desliza sobre esta gran ciudad, que es la torpe prostituta del Oriente. Si tu amor me faltara, me faltaria la vida. ¡Oh! No, no. Ninias te amará un instante para olvidarte despues. Su corazon está agotado. Su alma no puede amar. El trono es en Oriente un tormento en que se pier-

den las fuerzas. El poder es una flor venenosa que mata hasta el alma. Tú y yo tan sólo podemos amar aquí.

HIFALIA.

Oigo un rumor... un cántico que no puedo interpretar.

SÁTRIAS.

¿Esperas impaciente á Ninias? ¡Infame!

HIFALIA.

Tú no me amas. Si me amaras, verías la luz de mi pasión en mis ojos, la transparencia de mis deseos en mis mejillas y en mi frente. Tu sér temblaría delante de mí como la rama del árbol sacudida por la lluvia del cielo. Al mirarme, verías los latidos de mi corazón, que me están diciendo siempre tu nombre. Y en esta turbación que me asalta, en estas lágrimas que se desprenden de la tempestad de mi alma, conocerías mi ardiente amor. No dudes, por piedad, de mí. Sálvame de ese rey, cuyo cuerpo perfumado, cuya cabeza ceñida de flores, cuyas manos cubiertas de diamantes, cuyas pálidas mejillas, cuyos apagados ojos, cuya risa convulsiva y siniestra me

repugnan con invencible repugnancia. Huyamos de aquí. Vagar por los bosques, oír el arrullo de las palomas torcaces, beber el agua recogida del torrente en el hueco de la mano, adorar los dioses que hablan en el estampido del trueno y en el bramar del huracán, ceñir á la frente las flores cargadas de rocío, despertarse con la aurora que tiñe de sonrosado color los horizontes, dormir en lecho de palmas recogidas en el desierto cuando el sol se pone, confiarse enteramente al amoroso regazo de la naturaleza, tan pródiga y tan buena para sus hijos, es un placer que no pueden sentir los que en estos altos palacios no han visto más rayo de luz que el mustio resplandor que atraviesa los espesos muros, ni han respirado más aire que este soplo de muerte perfumado por pebeteros, cuyas nubes de humo no tienen tantas esencias como la última florecilla del campo. Huyamos, huyamos.

SÁTRIAS.

¡Infeliz! ¿Crees posible huir? ¿Crees que allá en el seno de la naturaleza encontrarías libertad para tí, paz para tus amores? La sombra del rey á todo alcanza. Su voluntad puede emponzoñar esas fuentes que habían de apagar tu sed, y secar

esos frutos que habian de saciar tu hambre. Aquí, hasta la tierra muda y fria se modela por la voluntad del rey ó por su capricho. Esa sombra levantada en la cima de una sociedad que es un sepulcro, puede oscurecer hasta el cielo. Y si huyeras de él, te seguiria como el eco sigue á la voz. Por eso en estos palacios no hay más salvacion que el puñal. La muerte puede más que el rey. Un puñal se esconde en cualquier parte. El gigante que anda descuidado, sin mirar en su orgullo el polvo de la tierra que remueve, puede sentir que una vibora imperceptible le clava hasta el alma venenoso aguijon.

HIFALIA.

Se oyen los cánticos y músicas que se acercan. El rey viene rodeado de su corte. Las flautas, las trompas, las arpas resuenan como un coro sin fin bajo los arcos de este gran palacio. Los diamantes, el oro, las perlas deslumbran como si el cielo hubiera descendido á estos salones. Y tantas riquezas no pueden llevar un átomo de paz al espíritu que quiere oír otros cánticos y volar por otros horizontes.

CORO DE DONCELLAS (*entrando en el salon*).

La fiesta ha concluido, y los dioses del cielo han gozado y se han sonreido al contemplar nuestras ofrendas. Militta, la andrógima Militta, sentada en su trono de rosas, ceñida de rayos de oro la frente, acompañada por las blancas palomas que la arrullan amorosas, luciendo á sus piés peces de variadas escamas, ornada con collares de algas y de perlas, envuelta en celeste manto recamado de plateadas espumas, despide ya de su corazón, más lleno de vida que el nublado cielo de agua, las emanaciones del amor universal, que acercan un astro á otro astro, una flor á otra flor, un ave á otra ave, un átomo á otro átomo, y cubriendo con el tegido de las formas todas las cosas, encienden ese fuego, que así colora las mejillas de la virgen con encendido rubor, como los inmensos cielos con los reflejos de la aurora, y así se oculta en el seno del rutilante sol, como en las frias moléculas de los metales, esencia misteriosa del alma de la naturaleza. Al lado de Militta hemos visto á Thamo, al eterno amante de la tierra. Los signos del zodiaco le servian de corona, el sol de carro, y en su rápido curso por los cielos levantaba astros, como el caminante levanta polvo

en el desierto. Sus ojos iluminaban los abismos, su mano pintaba las flores, su aliento, deslizándose como un suspiro sobre las aguas, las rizaba en una ondulacion continua que producía misteriosa música. Pero pronto descendía de aquel asiento de fuego á la tierra, y tendiéndose en un carro tirado por alados bueyes, derramaba semillas en el surco abierto por el labrador, flores en los jardines de Semiramis, aves en los bosques, gotas de lluvia en el rio, que producian como un armonioso coro; porque es el artista que hermosea con su cincel la naturaleza. En sus manos, más blancas que la argentada espuma, el eterno Belo ha depositado el sacro fuego en que vive la tierra, y en que toman sus colores y sus matices todas las cosas. Mas ¡ay! que la diosa de la vida, envidiando nuestra ventura, nos lo arrebató con su soplo, como el ala del céfiro se lleva la gota de rocío prendida, al nacer la mañana, en la flor del almendro. El lloro que su muerte ha arrancado, se oye en el mar de Eritrea, empapa con lágrimas el hisopo y la mirra de Palestina, suena como una catarata henchida por las lluvias del invierno en el monte Libano, y cubre de tinieblas el templo de la diosa de Afaza, que en vano busca, herida de espinas, á su amado por los umbro-

sos bosques. Nosotras, dios del amor, te guardamos en el santuario de nuestra memoria. El primer beso que recibamos de nuestro amante, lo ofreceremos en holocausto á tu nombre; y el primer hijo que palpite en nuestro seno, se parecerá á tí en el color de oro de la ensortijada cabellera. Nosotras cincelaremos tu faz en los vasos, en la puerta de nuestros apartamientos, en el altar de nuestra casa, en la cabecera de nuestro lecho, en la joya que prendamos á nuestras gargantas, en los brazaletes y en las sandalias, para que custodies nuestros corazones; y todos los años, cuando la primavera nos anuncie con sus flores y sus parleros arroyos y el cántico de sus aves, tu bendito nombre, mulliremos un lecho de mirtos y arroyanes, tenderemos en él tu estatua, colgaremos á tus piés un rizo de nuestras cabelleras, haremos que las golondrinas rocen con sus alas humedecidas en las aguas del Eúfrates tus entornados párpados, cubriremos tus cejas y tus mejillas con el áureo polvo caído de las alas de las mariposas, pondremos palomas á tu cabecera para que velen tu sueño de muerte con sus arrullos, agitaremos en nuestras manos palmas y ramos de granado, y entonando un himno voluptuoso como tu nombre y ardiente como tu recuerdo, nos entregaremos

al vino para mezclar nuestra sangre con tu sangre, y al amor para imitar en nuestra breve vida tu feliz existencia, que fué un placer infinito y sagrado. Ámanos, Thamo, ámanos, porque sin tu amor no puede ser bella ni fecunda la hija de Babilonia.

• CORO DE SACERDOTES (*entrando en el salon*).

En el principio de la vida, cuando el vacío se extendía como un sudario sobre los espacios que más tarde había de llenar la naturaleza, sóloamente Belo existía, recostado en su eterno lecho, meditando en sueño delirante y febril el mundo de lo porvenir, que se dibujaba en su mente. Las tinieblas caían de la eternidad, envolviendo en sus pliegues el embrión del espacio y ocultando las primeras palpitations del tiempo. El dolor de su profunda meditacion arrancó á Belo una lágrima, que difundiéndose y dilatándose creó las primeras aguas donde el génio divino había de ensayar con estelas y espumas los borradores de las futuras creaciones. Entonces el espíritu de la vida, encerrado en el Océano, comenzó á sacudir las ondas y á pintar sobre la superficie, más ligera que una ilusion, formas y más formas de séres. El Océano engendraba cuerpos rudos, troncos

animados, corazones separados del pecho, ojos que flotaban como escamas caídas de un pez, centauros, esfinges, mónstruos, fantasmas producidos por el primer enrojecimiento de la vida, que tenía la duracion del relámpago. Por fin, el espíritu creador, concentrándose, arrojó sobre el limo, sobre las algas marinas, sobre las arenas, en un esfuerzo supremo, serpientes, cocodrilos, peces, que aleteando sobre las aguas despertaron con el ruido de las palpitations de su reciente existencia á Belo, que estaba sumido en su eterno sueño. Entonces la diosa Thalate, la celeste mar, incorporándose sobre los abismos y levantando al cielo su frente ceñida de argentadas espumas, presentó al Creador en los pliegues de su manto, más ligero que el aire, las formas de todos los séres creados, que brillaban como las centelleantes y blanquecinas estelas en la callada noche. Belo vió con su mirada intuitiva, divina, las formas todas de la vida en el mar, la arcilla que se condensaba en islas flotantes, el coral y las algas que ensayaban los primeros árboles, los minerales que corrian disueltos en las aguas como las estrellas en el éther celeste, los animales que saltaban gozosos, la serpiente enroscándose á los árboles marinos, el pez flotando en los verdes

abismos, el cócteo queriendo ya respirar en otra vida mejor, la blanca gaviota que abría sus triunfantes alas en los aires; pero vió que faltaba el espíritu. El pródigo dios cayó en un vértigo, y herido por el amor á la vida, arrancó de sus venas la más pura sangre, consagró con ella la tierra condensada sobre los mares, y brotó, más pura y rutilante que la aurora, la alma inteligencia sobre el mundo. Apenas el fuego de la inteligencia habia enrojecido á la tierra con esa fuerza infinita y divina que sólo puede poseer el espíritu, cuando del seno de la materia, á la sazón más lozana que la flor en primavera, comenzaron á levantarse, cual blancas mariposas que sacuden sus larvas, los demiurgos, ideales flotantes de los soles, de los astros, de los mundos, de todas las formas y todas las esencia de la vida; y al punto dejaban caer en su camino estrellas, mujeres aladas que se mecían en los aires, hermosos mancebos que convertían los espacios vírgenes en un lecho de amor, ángeles, todas las formas, todas las organizaciones más perfectas y más radiantes del eterno sér. A su impulso, el sol osciló en lo infinito, los coros de estrellas se esparcieron por los cuatro puntos del horizonte como doradas abejas, los cometas soltaron su flamígera cabelle-

ra, el zodiaco se enroscó á los cielos como una serpiente de fuego, y la vida quedó completa, y las esferas deslindadas, y la tierra en el centro de los astros como el broche que enlaza el collar de una virgen. Por eso nosotros adoraremos siempre á los astros, y creeremos que la tierra es un altar donde deben levantarse eternamente sus holocaustos y sus sacrificios. Nosotros aspiramos á lo infinito. De los abismos de la eternidad descendió, despues de concluida y cimentada la creación, una blanca nube que llevaba en su inmenso seno, hirviente como un volcan, la fuerza que agita todas las cosas, y que se llama deseo; y cayendo el deseo sobre la naturaleza, la hizo levantarse en su lecho, arder, rebramar en su limite como el mar y como el viento, y aspirar á lo infinito en la expansion de su vida; y así, nosotros, polvo de la tierra, nos dejamos llevar en alas de esa fuerza á las regiones donde habita el verdadero centro de la vida.

NINIAS (*dejándose caer en un almohadon*). ®

¡Oh! Las fiestas me hastían. Esas trompetas, esas arpas, esos cánticos, esos coros nada dicen al corazón desolado. Despojémonos del manto: pesa como una capa de plomo. Dejémos á un la-

do esta resplandeciente tiara, que descoyunta y aplasta los huesos de mi cabeza. El aire, perfumado por mil pebeteros, me ahoga. Feliz pastor, que en tu oasis, al pié de clara fuente, viendo tu ganado, sin recelos ni zozobras, respiras el aire humedecido por el rocío, perfumado por las flores, que dá aliento al pecho, alegría al espíritu; é ignoras cómo abrasa este aire cargado de adulación, cómo martiriza esta vida aislada en la cúspide del poder, cómo atormentan estas miradas siempre bajas y avergonzadas, cómo desgarran el corazón esta desconfianza que nos cerca, y cómo á medida que se vá levantando la vida á las esferas superiores, todo se pierde, todo se esteriliza, cual sucede en esas altas montañas, cubiertas de bosques en sus piés y ceñidas por desiertos de nieve en sus elevadas cimas, que bañadas por los rayos del sol, brillan y deslumbran al que de lejos las mira, y matan al que cree encontrar una vivienda en sus desolados hielos. Sacerdotes ó sacerdotisas, dejadme, dejadme; necesito paz, necesito conciliar un poco el sueño para olvidarme de todo. (*Se van todos*). ¡Qué gran pena es la soledad del poder! El espíritu se acostumbra á creerse superior á todo, á tomar su idea por medida de todas las cosas, á imaginarse dueño de la na-

turalidad, á luchar con las fuerzas ciegas de la materia; y de esto nace el vértigo que nos trastorna y nos arrastra en un instante al crimen para grabar en la mente un sombrío remordimiento que recuerde nuestra impotencia. Yo he desolado una ciudad por el placer de mirar una gran catástrofe; he abrasado un ejército en hogueras que encendí como un círculo de fuego alrededor de un campamento; he dejado morir de hambre en hondos calabozos á millares de esclavos que acompañaban con sus lamentos y con sus últimos quejidos mis festines y mis orgías. Cuando recuerdo esto, un velo de sangre cubre mis ojos, un vértigo infinito posee mi espíritu, las esfinges se animan reconviniéndome, los toros de bronce mugen, las águilas de oro agitan sus alas, los cocodrilos de granito abren sus fauces, y las grandes columnas se cimbrean como si fueran todas á caer sobre mi conciencia para aplastar mi cabeza y extinguir mi espíritu. ¡Qué día aquel tan terrible, en que perecieron todos mis esclavos por un capricho mio! ¡Me dijeron que la esterilidad iba á subir hasta mi palacio, que el descendiente de Semíramis no iba á tener pan que llevarse á la boca! En tal apuro, decidí matar de hambre á mis esclavos, y los enterré á todos en los hondos sub-

33209

UNIVERSIDAD DE MONTELEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
MONTELEÓN, MEXICO

terrâneos de esta gigantesca mole. Yo fui á ver aquel monton de cadáveres, cuando creí que en todos se habia extinguido hasta el último calor de la vida. Unos estaban caidos sobre otros en actitudes horribles. El hambre se dibujaba en aquellos rostros lividos y espantosos, iluminados por una pequeña antorcha que yo llevaba en mi trémula mano. Algunos se habian dado muerte mutuamente en una lucha en que ni el odio ni la venganza les movia, sino la compasion; y otros habian perecido con los labios puestos en el cráneo de sus compañeros, cuya sangre habian bebido para apagar su sed. Véanse en las paredes sesos pegados de los que se habian roto el cráneo buscando una muerte más pronta y más segura. Algunos se habian desgarrado el vientre, y sobre el frio pavimento humeaban aún sus entrañas. Un hedor asqueroso hacia apartar la vista de aquel gran acerbo de seres segados en un dia por un capricho. El silencio que allí reinaba, el frio que hacia en aquella profundidad, el hedor de la corrupcion, los cadáveres amontonados, la sangre por do quier coagulada, los miembros esparcidos de los infelices que se habian adelantado la muerte, los animales inmundos que se reunian para saborear aquel festin de carne humana, los mur-

ciélagos que revoloteaban en las tinieblas como sombríos espíritus escapados de aquellos cuerpos helados, el remordimiento que trastornaba mi conciencia, el vértigo que me causaba cuanto veía, los dolores de mi corazón, me forzaron á quedarme clavado, inmóvil, á la puerta; cuando de pronto se levanta un infeliz manchado de sangre, cubierto de heridas, livido, agitado por convulsivo temblor, y apartando con ambas manos el cabello que le caía sobre el cadavérico rostro, y poniendo en mi sus siniestros ojos que despedían su última luz, y alargando sus descarnados brazos: «Maldito seas, me dijo con ronca voz, maldita sea tu raza, que algun dia ha de tener en Babilonia un tormento más horrible que este tormento, y un sepulcro más frio que este sepulcro;» y cayó haciendo un ruido espantoso como el de una piedra que rueda en el abismo, ruido que me pareció un eco de las puertas de la eternidad que á mis espaldas se cerraban para sepultarme con mis víctimas. Este gran terror me hizo arrojar la antorcha y quedé á oscuras en aquel cavernoso antro de la muerte. Entonces comencé á correr al acaso, sin ver nada, cual si me poseyera insensata locura. Mis piés se resbalaban en la sangre, mi boca maseaba aquel aire de corrup-

eion, mis ojos sólo descubrían la siniestra mirada de algún buho perdido en la oscuridad, imagen viva del remordimiento, mis manos tocaban los helados cuerpos, mi pecho se ahogaba, hasta que al fin caí envuelto en los cadáveres, sin sentido, no despertándome de aquella febril calentura sino cuando mis magos me sacaron al aire libre, viniendo á buscarme aterrorizados de mi larga estancia en tan sombrío lugar. Desde entonces no pasa una hora sin un remordimiento, sin que esté fijo mi recuerdo en tan horrible espectáculo, y atenaceada mi conciencia por tan negros horrores. ¡Ah! Distraigámonos un poco. ¡Ah de mis guardias! El esclavo que me ha regalado mi sátrapa Sátrias, que venga á mi presencia ahora mismo. Hablaré con él. Acaso me distraiga. ¡Qué hastío!

EL GUARDIA.

Entra, maldito, entra. *(Le cruza la cara con un látigo á Oriel.)*

NINIAS *(meditando)*.

¿Qué somos? Átomos caídos de los cielos que el viento arrastra á su antojo por la tierra, ceniza de un incendio apagado, granos de arena de

un desierto cuyos límites no conocemos, pobres hojas de una flor agostada, semillas que el cáliz de la vida sacude para que den tan sólo la muerte. Este cielo siempre igual, este desierto inmóvil, este río que serpentea como una culebra, estos saúces que gimen con monótono gemido, estos jardines que no saben crear una flor nueva, estas esfinges me cansan y me desesperan con su constante uniformidad. Algunas veces quisiera volar hasta los astros, y tener por carro de guerra una dorada estrella; y otras veces golpeo con mis plantas la tierra, pidiéndole un sepulcro, y en el sepulcro un sudario de negras y frías tinieblas. Nada tengo que desear. Coronas, reinos, esclavos, mujeres, riquezas, elefantes, armas, ejércitos, jardines, palacios, todo, todo me sobra, y todo, todo me hastía. Si yo pudiera desear, si aquella nube que en los primeros días de la creación vagaba por los espacios infinitos llevando en su oscuro seno el deseo, bajara hasta mí, y me diera una aspiración eterna hácia algo imposible que animara un poco mi corazón, sería feliz, libertándome de esta indiferencia, que es la muerte eterna de mi alma. Pero me olvidaba que estabas ahí. Esclavo, acércate.

ORIEL.

No me atrevo. Todos me maltratan, todos me hieren. Tus soldados dejan caer sus lanzas sobre mi espalda. Tus sátrapas me escupen á la cara. Tus cortesanos me azotan con sus látigos. Muchas veces se olvidan en este palacio que el infeliz esclavo está allá en el hondo y negro antro de sus cimientos, esperando un amargo bocado para satisfacer su hambre. Cuando vuelven de dar la comida á tus perros, me arrojan, señor, las sobras. Y yo no me quejo. Sé que me han formado de una carne distinta de vuestra carne, que me han infundido un espíritu diferente de vuestro espíritu. Sé que vosotros habeis nacido para ser poderosos, felices, y yo he nacido para esclavo. Vuestros dioses cogieron el aire más puro que vagaba sobre la tierra, y crearon con tan vívido elemento á los poderosos. Y cogieron negro barro, y formaron con tan impura materia á los esclavos. Por eso vosotros habitais en los palacios, y nosotros en las cuevas; vosotros vagais por los jardines, nosotros por las sombras; vosotros bebeis ricos licores, nosotros amarga hiel; vosotros teneis dioses, nosotros instintos; vosotros mandais, y nosotros obedecemos; vosotros vivís vida feliz, y

nosotros con la cadena al pié, llevando las piedras á los grandes edificios en nuestras espaldas, componiendo las argamasas con el sudor de nuestra frente, levantamos estas grandes fábricas para vuestro gozo y vuestro recreo. Alguna distancia ha de haber del que ha nacido en rico lecho de púrpura, al que ha nacido en pobre monton de hojas secas; del que habita estos palacios dorados, al que habita una cabaña de paja y de heno en la orilla de un torrente ó en el borde de un oasis. Si al ménos nuestros señores nos dejaran allí...

NINIAS.

Tú deseas una cabaña de paja. Yo no deseo nada. Aquí, en esta altura eminente, hay más soledad que en el desierto. Al ménos el habitante del desierto puede correr á su antojo por aquella inmensidad, perdido en un templo cuyas lámparas son estrellas, cercano á las fuentes de vida de nuestra madre naturaleza, á quien nunca se le pide en vano un consuelo. Pero yo aquí, entre estas riquezas, en esta nube de humo que forma el incienso, rodeado de cortesanos que me adulan, de mujeres que me entregan su hermosura, de sacerdotes que me llaman dios, de magos que

me ofrecen el filtro de su ciencia, de guerreros que me defienden con sus armas; aquí no tengo libertad.

ORIEL.

¿Y qué es libertad?

NINIAS.

No debes saberlo, para no ser más desgraciado.

ORIEL.

¡Más desgraciado! ¿Pues qué, cabe más dolor en el mundo? Yo no tengo patria, no tengo una piedra donde reclinar mi cabeza. No sé qué calor se siente en el dulce regazo de una madre. No sé cómo se descansa bajo el techo del propio hogar. No he recibido en mis heridas una lágrima, ni en mi frente un beso. Jamás en las grandes tempestades de la vida he visto una mirada dulce y cariñosa, como el polluelo vé la mirada de su madre que aletea sobre el nido, y el cachorro los ojos de la leona tendida en la madriguera. Cuando me vuelvo á todas las regiones de la naturaleza, encuentro seres más felices que yo, y envidio al tigre que corre por el bosque y que tiene

una compañera y una caverna. Yo he dejado por la tierra un reguero de lágrimas, un surco de sangre. Iba al fondo de una cueva, y allí tenía por compañeros el viento que mugía, el torrente que bramaba, las ramas de los árboles que producían melancólicos rumores, el lagarto que se deslizaba á mis piés, el águila que hacia su nido sobre mi cabeza. Pero la soledad me atormentaba. No oír los latidos de un corazón querido, no ver nuestra propia imágen retratándose en amorosa mirada, no compartir con ningún sér la palabra que involuntariamente cae de nuestros lábios, no unir nuestras fuerzas á otras fuerzas para trabajar sobre la tierra, es la más acerba de las desgracias; porque el corazón se vé sólo, mientras en el seno de la naturaleza mira hojas pegadas á las ramas, ramas unidas al tronco, el tronco alimentándose de la tierra, la tierra embebeciéndose en el amor del cielo, el cielo ostentando estrellas, y esas estrellas caminando unidas por el éther en eternos y maravillosos conciertos. Decidí bajar de mi soledad al mundo, de mis cavernas á las ciudades, del trato con la naturaleza al trato con los hombres. Nunca lo hubiera pensado, nunca. Al ménos en la soledad oía el cántico de la alondra por la mañana y del ruiseñor por la noche, bebía

el agua pura destilada de las peñas y recogida en el hueco de mi mano, devoraba con hambre el sabroso alimento que pródigos me ofrecían el cocotero y la palmera, respiraba las esencias de las selvas que continuamente esparcían aromas en mi camino, reposaba en una cabaña de yedra, á cuyo techo venían á anidar las palomas, y á cuya entrada dormitaba el perro; y vivía tranquilo sin carecer de un abrigo que me ofrecían las hojas y las plantas, comunicándome con un dios, con un genio superior que mi instinto encontraba en el estremecimiento de la tempestad ó en las magnificencias de estrellada noche. ¡Cuán otro fui desde el punto en que bajé al mundo y quise ver á los hombres! Si me acercaba á la puerta del templo para decirle al sacerdote que me mostrara su dios, y diera esa luz, ese resplandor del cielo á mi alma oscurecida, el sacerdote me cerraba las puertas, suspendía el sacrificio, y me arrojaba de su presencia, hiriendo mis espaldas con su látigo y manchando mi rostro con su saliva. Si me sumía en el polvo al ver pasar al monarca, y con las manos plegadas, trémulo, convulso, le decía que me admitiera en su reino, que me dejara reposar un instante en compañía de los hombres, que me cediera al ménos un mon-

ton de polvo donde tender mis miembros fatigados, al punto un gran tormento caía sobre mi cuerpo y una gran maldición sobre mi alma. Si encontraba al guerrero, y acercándome á su carro, y deteniendo sus elefantes, le decía que me llevara consigo á la guerra y á la muerte, sardónica risa contestaba á mi demanda, y atroz lanzada hería y ensangrentaba mis carnes. Si veía al caminante andar fatigado con el peso de alguna mercancía sobre sus hombros, y me acercaba, y de rodillas le pedía que me cediera aquella carga, se apartaba de mí desalado, y corría á la próxima fuente, al río, á lavarse los ojos y el cuerpo, profanados por mi sombra. Y cuando cansado de llamar á todas las puertas, de recurrir á todas las castas, de pedir compasión á todos los hombres, de arrastrarme en el polvo, iba al último refugio del corazón, á las clases pobres, á los seres inferiores, tan aherrojados como yo, y tan aborrecidos, en vez de encontrar consuelo, hallaba hombres oscurecidos que se apartaban de mí ¡ay! de mí, que no había cometido más crimen que ser, como ellos, desgraciado. Y cuando algunas veces he encontrado la pastora guiando por el campo su ganado, y atraído por el encanto que su presencia me inspiraba, he

ido á ofrecerle mi brazo para defenderse del lobo, mi manto para abrigarse contra el frio, mi choza para guardar sus corderillos, mi corazon para compartir el dolor de la vida, me ha dicho que sus dioses le mandaban no oirme, y se ha ahuyentado de mí con más presteza que de las fieras, sin atender á mis súplicas, sin conmovirse á mi llanto. ¡Cuántas veces he deseado hacer bien, y no he podido hacerlo; he arriesgado mi vida por derramar un beneficio, y ha sido rechazado como el más funesto de los dones, condenándome la fatalidad á envidiar á los seres que no aman, como la piedra fria, ó á los seres que llevan en su instinto el odio, en sus garras la muerte, como la pantera, como el tigre, más compasivos á mis ojos que el hombre! Por eso he ido al desierto, y le he pedido la amistad que me negaba el corazon humano; he ido á la fuente, y he encontrado una lágrima; al bosque, y he oído una voz amiga; á la caverna, y he tenido un asilo; á las montañas, y he visto en ellas un trono más alto que el trono de los reyes; á los torrentes, á los volcanes, á los valles, á las selvas, y he sentido que la naturaleza entera con sus rumores, con sus ecos, acompañaba mi voz y esparecía mi oracion y mi plegaria entre los arreboles del

cielo. Pero no tener una choza donde me aguardara una mujer querida, no oír un suspiro de placer en mis horas de felicidad, ni un suspiro de dolor que acompañara en mis horas de desesperacion mis penas; encontrarme solo y desamado en un mundo en que todos los seres aman; ver mi conciencia sin dios, mi espíritu sin ideas, mi corazon sin esperanza; herido siempre por los elementos y por la naturaleza; falto de compasion é imposibilitado para el bien; pugnando en vano por sacrificarme á los piés de los hombres, que me rechazaban de sí; maldecido, condenado por todos; con el estigma de los sacerdotes en la frente, con el desprecio de los reyes en el encendido rostro, con las lanzadas del guerrero en el pecho, con los latigazos de todas las clases en mi amorado cuerpo, he entrado en este palacio, donde me ha arrastrado la fuerza, y me he visto relegado á las sombras, con una cadena al pié, trabajando sin descanso, durmiendo en un antro, devorando como sabroso manjar las sobras de los perros, sin atreverme á lanzar un quejido, porque sé que desde el día de mi nacimiento llevo á mi lado esta sombra, esta reprobacion, la cual me sigue á todas partes, y me acompañará hasta la muerte, si es que hay para los desgraciados muerte.

NINIAS.

¡Oh! Me has hecho derramar una lágrima. Arrancar de mi corazón una lágrima, es como arrancar un torrente á las arenas del desierto.

ORIEL.

¡Una lágrima! ¿Habeis derramado, señor, una lágrima? Jamás en mi larga vida ha caído sobre mí una lágrima. Ese precioso tributo de compasión que vuestros ojos despiden, me inunda de vida, llega hasta el seno del alma, que se renueva como la pobre flor agostada reverdece y se levanta erguida cuando cae sobre su corola una gota de rocío. Señor, aquí, aquí estoy á vuestros piés, dispuesto á recoger esa lágrima y á engazarla en mi memoria, donde será un brillante más puro que los quebradizos que adornan vuestra corona de rey. Esa lágrima, bebida por mi alma, la dulcificará siempre, siempre. Señor, un instante de compasión hace feliz á un desgraciado.

NINIAS.

Calla, calla. He llorado... Ja... ja... ja... Pues ya me río. Llorar yo, y llorar por un esclavo, ¡qué afrenta!

ORIEL.

Así como los ríos no pueden volver á su fuente, esa lágrima de compasión que ha caído sobre mí no puede volver á tus ojos.

NINIAS.

Esclavo, Ninias ha hecho derramar muchas lágrimas, pero no ha llorado nunca.

ORIEL.

Las lágrimas son un rocío del cielo, que solo caen cuando no está abrasada y seca el alma.

NINIAS.

No me recuerdes que he llorado.

ORIEL.

No lo recordaré. Le basta á la flor recoger la gota de lluvia, y encerrarla en su cáliz, y esparcirla por sus hojas, para que le dé vida.

NINIAS.

Ahora mismo voy á entregarme al placer, para apagar todos estos sentimientos de compasión que se levantan en mi alma. La noche viene sobre

nosotros. Voy á preparar un gran festín. Allí habrá copas rebosando vino, música alegre, sacrificios á los dioses, danzas lúbricas, orgías insensatas. Y voy á mandar poner el lecho para mi esclava Hifalia. Las manos del celoso Sátrias lo han de mullir y han de colgar en sus almohadas la corona de mandrágoras destinada á embriagar con sus perfumes. Sacudamos todo sentimiento triste. Vivamos, porque al fin no hay en la tierra más vida que el placer. Yo necesito embriagarme, perderme en los placeres, para olvidar que soy Ninias. (*Se vá, dejando su manto y su corona sobre el lecho donde estaba tendido*).

ORIEL (*solo*).

La noche viene, y envuelve á la naturaleza entera en su manto. Mi corazón está más tranquilo. Es la primera vez que he visto llorar por mí. Esta lágrima no se borrará nunca, nunca, de mi corazón, que la guarda como el único tributo de compasión alcanzado en esta larga y tempestuosa vida, llena de dolores. Lágrima bendita, refrigerará un poco mi vida, abrasada en los profundos y oscuros calabozos donde mi esclavitud se arrastra

SÁTRIAS (*seguido de Hifalia, y sin ver á Oriel*).

¡Ah! la serpiente de los celos me ha mordido el corazón. Entregarle al rey sus caricias, no lo hará nunca, por su vida, Sátrias. Antes buscaré en tu pecho el corazón, y arrancándotelo con fuerza lo arrojaré á las plantas de ese imbécil. ¡Tú en sus brazos, tú prodigándole caricias, tú animando aquel pecho yerto!... Te tratará como trata al mullido almohadon que le sirve para calentarse los piés, ó al pintado abanico que le renueva el aire, ó al pebetero que perfuma su estancia. ¿Y para eso te arranqué yo de los altares de Egipto con mi espada, que no podría levantar del suelo ese tirano? Una nube de sangre oscurece mis ojos. Mi pensamiento desvaría. Todos mis instintos se sublevan y rebotan en mi cuerpo como la onda que penetra en una caverna impelida por el huracan. Me parece que le veo tender sus brazos por tu cuello de cisne, fijar sus mortecinos ojos en la lumbre de tus ojos, arrancar palabras de amor á tus lábios, y reanimarse de alegría y de placer. ¡Oh! No sucederá. Antes arruinaré á Babilonia. Antes descenderá Belo de los astros á aniquilar á todos los hombres con su espada de fuego. Si viene, mi mirada le matará, como la

serpiente mata al pajarillo. El rey tambien tiene pendiente de un hilo su vida. La punta de este puñal bastará para cortar ese hilo. Cuando caiga su cadáver á mis piés, ¿quién sabe si serás tú reina de Babilonia?

ALERE PLAMMAM
VERITATI ORIEL (para si).

¿Qué oigo? ¿Qué oigo?

SATRIAS.

Se imagina que lo puede todo. Vida, alma, dioses, todo lo hemos entregado á ese imbécil, que nos cree un hato de ganado. Yo le enseñaré que no puede llegar hasta el corazón con su cetro, que no puede dominar el alma con su imperio. Cuando crea encontrar un placer, se encontrará un dolor. Cuando crea que te va á abrazar, abrazará un esqueleto. Cuando imagine tenderse en su lecho, caerá en el sepulcro. Esta noche de amor va á ser la última noche de su vida. Su manto nupcial será el sudario, su lecho será la tumba, su anillo será el lazo de la muerte, su amor la negra nada. En vez de encontrar una mujer ardiente y hermosa, encontrará la fria y descarnada imagen de la muerte. Y esta manía, esta mano que él menosprecia, tiene el de-

pósito de su vida. Ardo, ardo en celos. Mi corazón se consume. Mi vida se apaga, si no apago la vida del rey. Hifalia, ¿lloras?

HIFALIA.

¿No he de llorar al verme tan desgraciada? Mi única ventura es tu amor. Todavía me parece que te veo entrar por las puertas de mi templo, jadeante, cubierto de sudor, iluminado por el reflejo de la victoria, despidiendo de tus ojos el relámpago de la guerra. Todavía guardo en mis labios la impresion de tu primer beso de fuego. Todavía recuerdo con placer aquellas batallas en que yo iba á tu lado sobre el carro de guerra, que corría como tempestuosa nube desafiando las lanzas y las flechas. Todavía oigo tu voz que me decía: «viviremos y moriremos juntos.» Y ahora voy á abandonarte, á obedecer la voluntad de otro hombre que me arrojará entre sus favoritas, allá en dorado serrallo, sin libertad, sin vida, más triste aún que el ave apartada de sus bosques y reclusa en una jaula, contra cuyos hierros por fin estrella su cabeza. Sálvame, Satrias, sálvame de ese hombre que va á ser mi verdugo. Yo no tengo más esperanza que tu valor, ni más refugio que tu corazón.

SÁTRIAS.

Te salvaré, y salvaré á Babilonia. Esta gran ciudad, reina del Oriente, necesita un rey guerrero que lleve su nombre hasta los confines de la tierra. Las ciudades que no pelean, y se encierran en su serrallo, y se coronan de rosas, y se embriagan, y se entregan al placer, flacas y envilecidas, no tienen fuerza para moverse el día que blanden sobre su cabeza audaces enemigos sus afiladas lanzas, y dejan caer de sus sienas la corona que les ciñeran sus héroes y sus dioses. Yo veo á Babilonia vacilar como el ave que lleva oculta en sus alas ponzoñosa flecha. Yo la veo descender una á una las gradas de su trono, y oigo resonar el eco de sus sandalias de mármol en la oscura eternidad. Yo la veo pugnar en vano por erguir la frente, sí, la frente antes altiva, que cae por su propio peso lánguida y fria sobre el pecho, arrojando así á los abismos la corona en que cada rey ha puesto un diamante más claro que luminosa estrella. Yo oigo en la callada noche, cuando el viento del desierto choea en los siete muros de Babilonia, un prolongado lamento que se pierde en la inmensidad, como si un dios se quejara con luctuoso quejido de muerte. Y salvaré á Babilonia con esta arma.

HIFALIA.

¡Oh desengaño!

SÁTRIAS.

¿Qué dices de desengaño? Acaso pensabas engañarme; acaso creías que no era yo capaz de matar á Ninias; acaso te imaginabas ya á su lado reina de Babilonia, sentada en su trono, con mil esclavos á tus piés, con guardias á tu lado, con una corona de perlas en tu frente, arrastrando rozagante manto de púrpura y siendo dueño del Asia? Te engañabas, infame, te engañabas, tú que aumentas con venenoso soplo el fuego de mis celos.

HIFALIA.

No entiendes mi corazón, no conoces mi alma. Vosotros, que juzgais á la mujer esclava por su naturaleza, destinada á satisfacer vuestros instintos, no mirais nunca al fondo de su pensamiento, ni os curais de las palabras que pueden herirla de muerte. Cuando yo creí que tu furor, tu rabia, tu deseo de venganza no tenían más origen que tu amor á mi, veo dolorida aparecer en las sombras una gran rival, Babilonia. Y eso me desgarn

ra el pecho, porque tambien yo soy celosa. Tú no aborreces al rey porque ama á Hifalia, sino porque posee á Babilonia; tú no le maldices porque me arrastra á su lecho, sino porque atormenta á tu ciudad; tú no le matarás por ser mi amante, sino por ser tu tirano; tú no buscarás el corazon del jóven que ama á tu cautiva, sino el corazon del rey que cautiva á Babilonia. Y ya ves que Babilonia es rival más temible, mucho más temible que Ninias. El rey es un jóven desmayado, trémulo, moribundo, que desaparecerá pronto de esta tierra, cancerada su frente por la corona y su corazon por el placer; y Babilonia es una hermosa reina, eterna, con mil coronas, con inmensos dominios, con millones de esclavos, y con un trono que es dueño del Asia. Dime, Sátrias, si la pobre Hifalia no debe recelar de la eterna Babilonia.

SATRIAS.

No receles, Hifalia, no receles de tu amante, que daría Babilonia por un beso de tus ardientes lábios. Yo he visto á ese rey vestido de mujer, acostado en un lecho de rosas, con la impura copa rebosando vino en la mano, los piés hundidos en las entrañas humeantes de una pobre mu-

jer sacrificada á sus insensatos delirios, dejando que los bárbaros arrojaran sus flechas contra sus ciudades y se abreváran en la sangre de sus vasallos, indiferente y helado como una esfinge, corroido por el placer, pálido como el remordimiento, y nunca me he movido á libertarme de él y libertar á su pueblo. Pero ahora que ha puesto sus ojos en ti, que te quiere fascinar como la serpiente, que se tiende en mi camino para robarme la felicidad, ahora le aplastaré bajo mis piés, porque yo no puedo consentir que manche con su venenosa baba la flor de mis amores, en cuyas hojas duerme y descansa mi alma. Ya lo verás, ya lo verás. En estos palacios de Oriente no se puede habitar sino teniendo por compañero el crimen. Con mujeres prostituidas y esclavas, con sátrapas ambiciosos, con cortesanos inmundos, con guerreros viles, con tiranos imbéciles, no puede haber más relacion que el miedo, ni más salvacion que el puñal. Pero yo miraba al tirano indiferente, hasta que el tirano te ha mirado á tí. Desde este punto, la idea sombría de su muerte ha penetrado en mi conciencia, y tengo que refrenar mi brazo, porque, cuando le veo, el mismo puñal salta en mi cinto, como una víbora ansiosa de morder. Créeme, Hifalia: en tus aras

voy á sacrificar una victima como no la ha tenido igual ningun dios de la tierra; en tus aras voy á sacrificar un descendiente de Semiramis, un hijo del sol, un rey de Babilonia.

ORIEL (*para sí, y sin ser visto*).

¡El rey que ha derramado sobre mis dolores una lágrima! ¡Nunca, nunca!

UN ESCLAVO (*que aparece á la puerta del salon*).

Ninias manda á Sâtrias que extienda el lecho de Hifalia, que lo cubra con cendal de blanco lino sembrado de estrellas de oro, que esparza flores de mandrágora, y que reúna todas las esclavas para que entonen un coro voluptuoso á Millita, mientras se entrega á sus amores. (*Váse*).

SATRIAS.

Antes mil veces le arrancaré el corazon. El cendal que yo extenderé será el sudario; el lecho que prepararé será el sepulcro; las flores que esparciré tendrán escondido en sus cálices un puñal; y el único coro que haré resonar bajo las bóvedas del palacio, será el coro fúnebre que anuncie á Babilonia la muerte de Ninias. Huye, Hifalia, y ocúltate, mientras yo aguzo mi puñal y es-

pero al rey, que está en la torre de los magos. (*Se vá Hifalia, y se esconde Sâtrias*).

ORIEL (*para sí*).

¿Y no he de pagar yo una lágrima? Ninias ha llorado sobre mi corazon, y ese lloro ha sosegado mi espíritu, como la lluvia del cielo sosiega las alteradas ondas de los mares. Una lágrima de un rey bien vale la vida de un esclavo. ¿Qué haré? ¿Cómo le voy á salvar de una muerte cierta? ¿Iré y le diré lo que maquina contra su vida Sâtrias? ¡Oh! No, no. Yo no puedo olvidar que Sâtrias fué mi primer dueño; yo no puedo levantarme contra mi señor natural, contra el que me arrancó del desierto y me trajo á este palacio. Sabiendo que va á morir, ¿dejaré inerte al rey? No puedo. Aquella lágrima que cayó sobre mi corazon como celestial gota de rocío, tornárase en mi pecho veneno de víboras. Yo no puedo ser ingrato. Pero ¿cómo salvarle sin perder á Sâtrias? Revelar el crimen, es tanto como matar á Sâtrias; callarlo, es tanto como matar á Ninias. Entre estos dos sentimientos lucha mi corazon, está suspenso mi ánimo. Yo no puedo matar al que ha sido mi dueño; pero tampoco puedo matar al que ha llorado sobre mis heridas y ha calmado con ese llo-

ro mis dolores. ¡Oh! Mi alma concibe un pensamiento salvador. No muera el rey, no muera Sâtrias; pero muera yo. Al fin, en la vida no dejo ningun corazon que me ame, ni sobre la tierra que cubra mis cenizas caerá nunca, nunca amarga lágrima. Yo respiro un poco de aire que puede ser para otros mortales más felices, ocupo en la tierra un lugar inútil, y ni mi vida es necesaria, ni será sentida mi muerte. Vivan en buen hora los que son felices, los que tienen gran poder, los que se ven amados, los que cuentan padres, hijos, cuyos corazones desgarran con su muerte: que yo soy sombra vana que pasa errante sobre el mar de la vida sin dejar ni una huella. ¿Qué más me dá este palacio que el sepulcro? Allí será la soledad tan triste como aquí; allí reinará el mismo silencio que reina aquí en torno del esclavo; allí encontrará mi cuerpo gusanos que lo devoren tan sucios como los corazones de aquí; allí se extenderán tinieblas que acaso no sean tan espesas como las tinieblas en que hoy vive sumergida mi alma; y si eterno sueño pesa sobre mis ojos huecos y vacíos, y eterna inmovilidad sobre mi cuerpo, pegado á la tierra como el fruto maduro caido del árbol, no tendré en cambio este continuo tormento de horrible y opresor

trabajo. ¿Qué doy yo con mi vida? Nada, nada. Un pensamiento ilumina mi alma. Sâtrias está allí escondido esperando al rey. La noche es oscura. El salon está oscuro tambien. Sólamente la luz de la luna, que rasga el velo de las nubes, ilumina estas inmensas estancias. Si me pongo el manto, si me ciño la tiara que Ninias ha dejado ahí sobre ese almohadon, y salgo por esa puerta, y doy la vuelta al palacio, y entro por la galeria, al ver Sâtrias brillar los diamantes y el manto al opaco resplandor de la luna, me toma por el rey, se lanza sobre mí, me sacrifica, y le doy tiempo para salvarse, para ponerse en cobro, tal vez para decir, si se ve perdido, que me asesinó porque yo habia profanado la púrpura colgándola de mis hombros; y así libertaré á Ninias de la muerte, y le pagaré con mi vida la amarga lágrima que vertiera sobre mi corazon despedazado, única muestra de cariño y de lástima que he recibido en mi lánguida vida. Decidome por fin, cubro mis sienes de esclavo con esta diadema, me envuelvo en este manto, y voy á inmolar me por Ninias. Acierta, Sâtrias, acierta á mi corazon con tu hambriento puñal. *(Se va, ornado con el manto y la corona, por distinta puerta de la que está Sâtrias).*

SÁTRIAS (*acechando*).

Mi corazón tiembla. El puñal me abrasa la mano. Parece una serpiente que se enciende en ira mientras reúne su veneno para infiltrarlo en las venas de la víctima en cuyas carnes va á clavar sus mortales mordeduras. Libreme yo de ese rival, y librese Babilonia de tal rey. Su muerte es segura. Un soplo mío basta para apagar aquella alma, cuyos últimos resplandores ya se extinguen. Yo dejaria su castigo encomendado á la guadaña del tiempo, si él no quisiera aspirar el aroma de la flor de mis amores y deshojarla entre sus impuras manos. Pero esta noche de amor para él y de angustias para mí seria la última noche de mi vida..... ¡Ah! Le veo aparecer allí. Apenas le haya clavado el puñal en el pecho, me declararé rey de Babilonia, sin que nadie me corte el paso, porque en estos pueblos todos adoran al audaz y al fuerte. Se detiene en las ventanas, y mira al río. Parece como que duda. Vuelve á andar, y retrocede. La luna brilla en las piedras de su corona y en el oro de su manto. Pronto su corona se habrá desprendido de sus sienes, y su manto le servirá de sudario. ¡Ah! ¿Por qué estará allí detenido tanto tiempo? Corre ahora, corre como un

insensato. Pues bien, muere, muere, rey de Babilonia. (*Le da dos puñaladas.*)

ORIEL.

¡Ay! ¡ay! (*Cae teñido en sangre.*)

SÁTRIAS (*gritando desde una ventana*).

Sátrapas de Babilonia, guerreros, cortesanos, vuestro señor ha muerto, herido por el rayo de la justicia de Belo. Creía poder jugar con nuestras cabezas á los dados, y la justicia divina, por mi mano, le ha dado el castigo que merecía. Si hubiese vivido un día más, Babilonia, la ciudad de Belo y de Semiramis, hubiera perecido enflaquecida por el filtro que le daba rey tan vicioso. La serpiente ha sido aplastada. Buscad otro señor que arme los carros de guerra, enmohecidos y trocados por lechos de prostitucion. (*Se oye gran rumor, é innumerables hachones iluminan el salon.*)

VOCES CONFUSAS.

¡Viva Sátrias! ¡Viva Sátrias! Ha muerto, ha muerto Ninias.

NINIAS (*aparece en el fondo*).

¿Yo, yo he muerto? Pues si he muerto, los dioses me han resucitado.

SÁTRIAS.

¡Maldicion! ¡Maldicion!

HIFALIA.

¡Sátrias! ¿Eres ya rey de Babilonia?

SÁTRIAS (*cogiendo á Hifalia con furor*).

Ven, y muramos juntos. (*Se arrojan por la ventana*).

VARIAS VOCES.

Han ido á caer al río que lame los muros del palacio. Nádan los dos. La luna ilumina sus rostros, cubiertos de una inmensa ansiedad. Hifalia lucha con la muerte. Pero Sátrias la arrebató en sus brazos y la suspende en el aire. Ya vuelven á desaparecer. Los dos se ahogarán.

NINIAS (*con ansiedad*).

Se ahogarán, y se librarán de mi castigo, de mi venganza.

VARIAS VOCES.

Han llegado los dos á la orilla del río. Hifalia tiende los brazos al cuello de Sátrias, y deja caer su cabeza sobre el pecho de su amante. Se ha desmayado. Sátrias la coge en sus brazos y la lleva al palacio de los sátrapas.

VOCES CONFUSAS.

¡Viva Ninias! ¡Muera Sátrias! ¡Viva Ninias!
¡Muera Sátrias!

NINIAS.

Se han encerrado en el palacio de los sátrapas. Bien. Ya han caído los dos en mi red, ya son mis prisioneros. No atrae con tanto placer la serpiente á sus negras fauces la blanca paloma, no se ceba el tigre con tanto furor en sus víctimas, como yo me cebaré en esos dos malvados, que así han querido pagar mi amor y mis afanes. Ven, tú, primer eunuco de mi serallo, y oye mis órdenes.

EL EUNUCO.

Mandad, jefe de los creyentes, sol de los cielos, antorcha de la tierra, fuente de todos los bienes del mundo.

NINIAS.

Todos mis sátrapas deben reunirse en ese palacio. Inmediatamente que todos estén reunidos, pon fuego á los cuatro puntos del palacio, para que ninguno quede á vida, ninguno. ¿Lo entiendes? No quiero más traidores en esta tierra de Babilonia.

EL EUNUCO.

Pero, señor, ¿todos han de pagar la falta de uno?

NINIAS.

Calla, blasfemo. No hables cuando tu rey habla. ¿Quieres, por ventura, perecer con ellos?

EL EUNUCO.

Señor, obedeceré ciegamente vuestra palabra, tan luminosa como un rayo del sol.

NINIAS (*mirando á Oriel*).

Ese esclavo... ¿qué hace ahí ese esclavo, envuelto en mi manto, y con mi corona á los piés, y tendido en tierra?

ORIEL.

¡Ay! ¡ay! Te... te... he salvado.

NINIAS.

Comprendo, comprendo. ¿Te has sacrificado por mí? ¿Te has ceñido ese manto para que hiriese tu seno el puñal dirigido á tu rey?

ORIEL.

¡Ay! ¡ay!

NINIAS.

Has cumplido con tu deber. Que lo aparten de ahí y lo bajen á su cueva, y lo curen con más cuidado que á mis camellos. Aunque en el mercado los fenicios me dieran en cambio de él un elefante, no lo vendía. (*Se llevan á Oriel*).

LOS CORTESANOS.

¡Buen rey! ¡Misericordioso rey!

NINIAS (*tendiéndose en su lecho*).

Pronto voy á gozar el gran espectáculo.

UN ESCLAVO (*desde la puerta*).

Señor, los sátrapas quieren verte sano y salvo,

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
CALLE 1625 MONTERREY, N.

quieren abrazar tus rodillas, recoger tu mirada.

NINIAS.

Diles que no quiero que me vean, y que se vayan á su palacio.

LOS SÁTRAPAS (*desde fuera*).

Señor, señor, sin verte no podemos vivir, no podemos vivir. Señor, dignate mostrarte un instante, aunque luego nos mates.

NINIAS.

Decidles que callen, que se retiren á su palacio.

LOS SÁTRAPAS.

Señor, señor, no podemos irnos sin verte.

NINIAS.

Decidles que si no se van, mando á mis esclavos que los echen á latigazos.

EL ESCLAVO.

Ya se van.

NINIAS.

No pueden huir, no pueden escapar á mi furor.

EL EUNUCO.

Señor, ya están Sátrias é Hifalia presos.

NINIAS.

Arroja unos granos de incienso en las aras de los dioses por tan fausta nueva.

CORO DE MAGOS (*delante del ara de los dioses*).

Cuando la noche extiende sus negras alas sobre la tierra como el cuervo sobre su nido, en los espacios del cielo aparece la casta luna, luciendo en su frente el beso de su amado el sol, que la acaricia y la enamora desde su lecho de blancas y ligeras espumas: que sólo el amor fecundiza y hermosea á nuestra madre naturaleza. Pero sobre la luna está la diosa del cielo, con los piés hundidos en los abismos de las tinieblas y la frente perdida en la eterna luz; teniendo por cabellera los rayos del sol, por manto el cielo, en el cual están bordados los astros, los cometas, los mundos; llenando con su aliento vivificador todas las cosas; produciendo con su cántico las armonías de todos los séres; dando con su mirada la luz al Universo: diosa que es la gran nodriza de la naturaleza, pues en sus pechos, más blancos que el globo de

la luna llena, el Creador depositó el jugo nutritivo de la vida. Y tú, celeste diosa, que invisible en las alturas haces visibles todas las cosas, que mueves con tu aliento las ondas de los mares, que palpitas en el cántico universal de la creacion, que extiendes en la tierra el Eufrates como una cinta de tu blanco ceñidor, y dejas en los bosques por huellas flores, y en el cielo astros, y mereces un altar siempre coronado de mirto y de violetas, y tiñes con sonrosado color las megillas de las vírgenes, y con encendido matiz la aurora en el Oriente, recibe el voto de gracias que estos tus hijos te envían por haber extendido tu manto entre el rey y el puñal del asesino, haciendo que la víbora haya mordido al esclavo, en vez de morder al que es ornamento de la tierra, alegría de Babilonia, luz de nuestros ojos, estrella de nuestra vida, envidia de todos los reyes, feliz descendiente de Nino y de Semíramis en este trono hermoseado con todos los resplandores del poder y con toda la hermosura de la gloria. Si, diosa del cielo, el rey te consagra el incienso y la mirra de sus altares.

NINIAS.

¡Ah! Ya lo veo, ya lo veo. El rio me anuncia

mi venganza. Mirad esa roja culebra que se extiende por las aguas del Eufrates como una gran mancha de sangre, miradla, que es la cólera de Ninias. El incendio devorador que abrasa todo un palacio y á los que dentro de él se encuentran, y se refleja en el rio, es una centella no más del fuego de odio que consume mis carnes y calcina mis huesos; fuego que no daría ni un destello para encender una lámpara, porque, si quema, no ilumina. Ese negro penacho de humo, que parece el aliento de un volcan, y sube, y sube, y extiende negro velo en el horizonte, como un paño mortuario que envolviera los astros, es la imágen fiel de mi alma, presa de horrible desesperacion, de eternos odios. La cólera que me posee, que me arrebató, que desgarró mis entrañas, que turba mi vista, que hierve en mi corazón, no cabe en mí, como el Océano, cuando el huracan lo azota, no cabe en sus límites, y escupe á los cielos amargas espumas que vuelven á caer sobre sus hirvientes aguas para más alterarlas. ¡Ah! ¡ah! Orgullo mio, levántate, levántate henchido de tí mismo, escala los cielos, pásate entre los astros, y dí á los dioses que también tú dispones á tu antojo de la vida de los hombres, y que sobre el orco se extiende tanto tu cetro como la telaraña

de la muerte. Y en prueba de ello, la muerte llevará en sus hombros á todos mis sátrapas y á esos dos amantes que le he arrojado para entretenerla y lograr así que no se acuerde en mucho tiempo de mí. ¡Cómo habrán Sátrias é Hifalia padecido! ¡Cómo se habrán tostado sus carnes! ¡Cómo habrán caído juntos diciendo: nos amamos! ¡Habrán dicho eso? Y yo no lo podré decir en el día de la muerte. Mío es el Tigris, mío el Eufrates, míos los palacios de Nino, míos los jardines de Semíramis, los templos de Belo, el arco y la copa de Nemrod, míos los bosques y los montes, míos millones de hombres que bajan la frente en mi presencia, mía la naturaleza entera; pero no hay mío ni un solo corazón. ¿Dónde está, pues, mi poder? ¡Ah! Aquí viene el jefe de mis eunucos. Cuéntame, cuéntame mi venganza. Mis enemigos han ya perecido, aniquilados por el soplo devorador que los ha abrasado como el viento del desierto abrasa las espigas verdes y tiernas.

EL EUNUCO.

Cuando mandaste que todos los sátrapas fueran perseguidos y acosados hasta encerrarlos en su palacio, di tus órdenes á la ciudad. Los desgraciados se resistían, é iban á pedir refugio á la

choza del pobre para libertarse de las iras del rey. Mas arrojados de todas partes, perseguidos como fieras, acorralados, casi exánimes de puro gritar «¡misericordia!» se encerraron en su palacio, que bien pronto se habia de convertir en funeraria pira. Al entrar quisieron despedazar á Sátrias y á Hifalia y enviarte sus cabezas en señal de su fidelidad, añadiendo así á su cobardia el crimen. Pero las palabras severas de Sátrias y las ardientes lágrimas de su hermosa cautiva, les apartaron de cometer un atentado completamente inútil, y se apercibieron á morir, si bien lanzando lastimeros aullidos. Entre aquellos hombres, que unos bramaban rechinando los dientes, y otros oraban temerosos diciendo con voz cortada tristes plegarias, y otros se rasgaban las vestiduras y se herían con sus armas las carnes y se partían las venas, gozándose en mirar cómo manaba su sangre, y otros pedían desde las ventanas perdón, misericordia; sólo Sátrias se mostraba sereno, impassible, recostada la cabeza en el regazo de su amorosa Hifalia, mirando con fría sonrisa los preparativos de su muerte. Mas pronto la esclava echó de ver cuán próximo estaba su fin. El ardor juvenil, las esperanzas de su edad, las pasiones de su pecho, el hervor de su vida,

el miedo á un horrible suplicio, el sentimiento de abandonar un mundo en que todavía le aguardaban encantos y placeres, todas estas ideas, todos estos instintos agolpados en su corazon le hicieron desear la vida y extender los brazos con furor por las ventanas pidiéndonos perdon é implorando nuestra clemencia con palabras tales, que parecian conmover hasta las sombrías piedras de la fortaleza. Entonces, y sólo entonces, vi correr por las tostadas mejillas de Sátrias una lágrima sin duda tan ardiente como las gotas de lluvia que la tempestad derrama en el desierto.

NINIAS.

¡Hifalia! Se me olvidó exceptuarla del castigo, y traerla á mi palacio. Siento que haya sido víctima de un olvido.

EL EUNUCO.

Sátrias la cogió fuertemente del brazo, y arastrándola hácia sí, la obligó á sentarse á su lado. Hifalia dejó caer la cabeza sobre las manos, y se dió á sollozar lastimeramente. En tanto tus esclavos habian apilado una inmensa hoguera en torno del palacio. Un bosque entero arrancado á las orillas del Tigris iba á consumir á los señores

más poderosos de tu reino y á una débil mujer. Al ver los preparativos de aquel horrible tormento, se lanzaron todos á pedirnos otro género de muerte más dulce y más pronto. Nosotros ni siquiera les oimos, empeñados en nuestro gran trabajo. Hubo alguno que nos arrojó su espada, pidiéndonos que le atravesásemos el corazon y nos compadeciésemos de sus últimos instantes. No se oian más que maldiciones. Los lamentos de Hifalia dominaban aquel coro de imprecaciones, como en el bosque los gorgoros del ruiseñor suspendido de la rama del cedro flotan sobre los rugidos del tigre que tiene su aposento en el tronco. Oprimido el corazon de Sátrias por aquellos lamentos, desenvaina su puñal aún manchado con sangre, y dirigiéndose á Hifalia, quiere en aquel punto rematar sus dias. La pobre mujer forcejea, y horrorizada pide perdon, invocando un recuerdo de sus amores. Sátrias la estrecha contra su corazon y le pide que espere con serenidad la muerte. En este momento encendimos la terrible hoguera, que rodeaba el palacio de un círculo de fuego. Lamentos, imprecaciones, gritos furiosos, clamores de muerte, rechinamiento de dientes, ruido de armas, suspiros ahogados, palabras angustiosísimas poblaban los aires al mismo tiempo

que se veían las primeras chispas de aquel voraz incendio. Todos instintivamente subieron á la terraza del palacio. Envueltos en humo, iluminados por el pálido reflejo del incendio, semejaban sombras vagas é indecisas que subían la escala de la eternidad. El fuego quemaba sus cabellos, sus cejas, y todavía conservaban voz y fuerza para maldecir tu nombre y renegar de Babilona. ¡Terrible espectáculo! Ya unos huían del fuego que avanzaba por un lado, y caían de espaldas sobre cercana hoguera; ya otros se clavaban sus puñales hasta el mango y morían exhalando un espantoso rugido; éstos se mataban mutuamente luchando entre sí con sendas puñaladas, como si fueran mortales enemigos; aquellos caían ahogados levantando con furor los brazos al cielo; unos cuantos se reunían, se abrazaban, y con furor ciego se arrojaban á las llamas, pronunciando mezclados á los nombres de sus dioses los nombres de sus hijos: en medio se había formado un monton de cadáveres, porque aquellos que más habían resistido el fuego y el humo subían sobre los calcinados cadáveres de sus compañeros para buscar en las alturas un poco de aire que les diese un instante de vida, cuando vimos á Hifalia, roto el traje, ardiendo el cabello, que tendía sus

secos labios sobre un cadáver, sí, sobre el cadáver de Sátrias, é imprimía en su boca un ardiente beso, y desaparecía entre las llamas como blanca azucena abrasada por el rayo.

NINIAS.

Calla, calla: que un sudor frio cubre mi frente. ¿Y qué daño me habian hecho mis sátrapas? ¿No podia haber entre ellos un traidor sin que ellos lo supiesen? ¿Por qué los he matado? Mis lejanas provincias están huérfanas. El bárbaro vendrá, y violará sus hijas, y talará sus campos, y despojará sus templos, y quemará sus palacios, y Babilonia no tendrá un pecho que la escude. ¿Por qué, por qué los habré matado? Si pudiera volverlos á la vida, los volveria. ¿Qué haré? ¿qué haré? Entreguémonos á la orgía y al festin. Este es el único remedio de mis males.

LOS MAGOS.

Desechad esas aprensiones, señor. En la tierra no hay más voluntad que vuestra voluntad, ni más poder que vuestro poder. Los dioses celebran todas vuestras acciones, porque sois su hijo. Desde que el sol alumbra al mundo está levantado este trono de Babilonia, y todos los reyes no

han tenido más ley que su voluntad, y todos han sido inmortales.

NINIAS.

¡Inmortales? ¿decís inmortales? He ido á buscar los restos de los poderosos reyes de Babilonia. He levantado la losa de sus sepulcros. He querido interrogarles sobre la eternidad. Sus coronas estaban allí, sus espadas también, sus mantos de púrpura aún existían; pero cuando quise buscarlos á ellos, no encontré más que un poco de polvo que disipó en los aires el aliento de mi pecho al reclinarse sobre sus sarcófagos. Esa es ¡oh magos! la inmortalidad de los reyes, esa es la vida que nos han dado los dioses, ese nuestro poder. (*Se ríe con risa convulsiva*). Hablemos de otra cosa.

LOS MAGOS.

Señor, nosotros haremos siempre lo que nuestro rey quiera. Su voluntad será nuestra ley. Pero nos duele que un descendiente de Belo crea que su voluntad puede ser alguna vez contraria al bien, ni su pensamiento opuesto á la verdad. Donde está tu mirada, allí está la luz del sol. Donde llega tu palabra, allí llega el germen de la

vida. Babilonia no quiere vivir sin ti; y si algun día le faltas, rey inmortal, se envolverá en su manto y morirá la ciudad más maravillosa del Asia.

NINIAS.

Quiero sacudir de mi memoria el horrible recuerdo de esta noche. Ya en mis dominios no hay nobles. Solo existe Ninias y sus esclavos. ¡Oh! Yo soy el rey de Asia que más esclavos tiene. Reúnanse los quinientos que sirven mis festines, los mil que son mis cantores y músicos, los doscientos que se renuevan para sostener la rozagante púrpura de mi ancho manto, los cien que están consagrados á teger coronas de flores para mis sienes, los cincuenta que cuidan de mi tiara de oro, los dos mil que limpian mis camellos, mis elefantes y mis carros, los novecientos que condimentan y aderezan mi comida, los cinco mil que guardan mi palacio, los innumerables que me llevan al baño, que riegan mis jardines, que recortan mis árboles, que recogen mis frutas, que celan las puertas de mis serrallos, que me siguen desde lejos de rodillas, que oran por mi salud, que construyen mis palacios, que cultivan mis bosques, que guardan mis doradas barcas en

el Tigris y el Eufrates, que están consagrados á mi voluntad y mi capricho. Quiero ver celebrar, en obsequio del esclavo que me ha salvado la vida, las fiestas saceas, establecidas por mis predecesores, en que los esclavos son amos y los amos esclavos, y uno de ellos se viste de rey con nuestro manto y nuestra propia corona. (*Los esclavos presentes palidecen*). ¿Temblais? ¿Creeis que os vá á tocar á alguno de vosotros ser rey? Sosegaos, sosegaos. En esas fiestas habrá orgías, mujeres hermosas entregadas á vuestra lascivia, cánticos delirantes, coros voluptuosos, succulentos manjares, mesas llenas de vasijas de oro, lechos de púrpura y marfil, hirvientes licores que trastornen el seso, luminarias más numerosas que las estrellas del cielo, fuentes que manen leche y miel, sacrificios humanos á Baal, sacrificios voluptuosos á Militta, el placer en todas sus formas, el delirio en todo su vértigo, una cena como no la tuvo Belo cuando dió á beber á los mortales su propia sangre en un festin celebrado en el mar, donde tenia por copas las estrellas y por compañeras las ninfas de las aguas.

LOS ESCLAVOS.

¿Y quién, señor, será el designado para ves-

tir tu manto y ceñir tu corona? (*Con ansiedad*).

NINIAS.

¿Quién? El esclavo que me ha salvado la vida.

LOS ESCLAVOS (*con alegría*).

Respiremos, respiremos.

LOS MAGOS.

¿Olvidas, Ninias, que el esclavo que lleve tu manto y ciñe tu corona en las fiestas saceas, debe ser inmediatamente sacrificado á los dioses en las aras del templo de Belo?

NINIAS.

La prueba de que no lo olvido está en haberle designado.

LOS MAGOS.

¿Irás á darle muerte en recompensa de su abnegacion?

NINIAS.

De todos modos debia morir. Ningun mortal puede ceñirse mi corona ni envolverse en mi manto. La corona en las sienes de un sér inferior á

mi, muerde. El manto es como una hoguera para el que no ha nacido de la sublime descendencia de Belo. Si osó hacer lo que á ningun mortal le fué nunca consentido, que pague con su vida su atrevimiento. Yo no he menester de la sangre de ningun esclavo para vivir. Me basta mi prosapia. Prepárese todo para la fiesta.

ORIEL (*tendido, presa de horrible calentura, en un antro de los cimientos del palacio, y á su lado un esclavo*).

¡Oh! No me atormentéis más, sueños espantosos, horribles sueños. Ya ceden, ya ceden á mi voz. La inmensa telaraña en que veía prendida una negra mosca, se convierte en sonrosada nube, de cuyo centro se levanta hermosa mujer, casta, pura, que sonríe con amorosa sonrisa, y que trae en sus manos una flor fragante y aromática, sobre cuyas hojas esmaltadas de rocío revolotean gorgiendo sin fin dos ruiseñores. Dame esa flor, y beberé su rocío, y aspiraré sus aromas, y escucharé el cántico de los ruiseñores, y me quedaré extasiado mirando tus azules alas, el ceñidor de blanca niebla que te envuelve, tus breves piés que brillan en los aires como lá media luna en el cielo, tu frente pura y hermosa,

tus ojos que retratan el arrobamiento del amor divino, el arpa de oro que llevas en la mano, la corona de estrellas que luces en la frente, la sonrisa de tus labios, que si no es la aurora del sol, es la aurora del espíritu, el nombre de Dios, que se escapa de tu boca y queda escrito con letras de soles en los claros y vagos horizontes. Si, háblame de otra region. Yo no he nacido aquí, donde el cielo llora, y los astros se apagan, y el dolor de la naturaleza estalla en grandes tempestades, y el aire gime, y la tristeza es universal, y el odio levanta un elemento contra otro elemento, un hombre contra otro hombre, y la muerte cubre toda claridad de tinieblas y roe con sus mil gusanos todo cuerpo: yo he nacido allá en la region en que no hay noche, en que brota la fuente de la luz, en que la alegría estalla en coros sin fin, en que el aire arrebolado y puro trasparencia nuestros espíritus, en que el amor es eterno, en que la vida corre por márgenes de flores, reflejando en sus cristales la mirada de Dios. Dame la mano, y subiré contigo; y despues de oír los coros de los mundos, y de volar á mi antojo en lo infinito, sostenido por el aliento de Dios, que me levantará á sí como la nube que sorbe el agua de los mares, podré extinguir esta horrible

sed que me devora y me martiriza, en las claras fuentes de la eterna vida. Si, dame á beber una gota no más del rocío del cielo.

EL ESCLAVO.

¡Qué horrible calentura! ¡Cómo delira! Yo no le entiendo; pero el sonido de su voz me parece más dulce que el eco de un arpa. ¡Infeliz! Te has sacrificado por tu señor. Has vertido tu sangre, y héte aquí solo, abandonado, sin ningun alivio, sin ningun consuelo. El pobre esclavo que ha visto tus ojos abrazados por la fiebre, y ha oído tus palabras perdidas en el delirio, viene á contemplarte, sin poder hacer nada más que llorar contigo. Al fin tú vas á morir. Pero el que tiene delante de sí una larga vida, y ha de regar esa vida con lágrimas y con sangre, es más desgraciado que tú. Encerrados aquí, nunca vemos el sol. Si salimos á respirar el aire, es para levantar un palacio y llevar sobre nuestras espaldas sus pesadas piedras. Trabajando siempre, encorbados bajo el peso de nuestros dolores, devorados por el hambre y por la sed, reclinados en estos antros donde la noche es eterna, heridos por el látigo que arranca sangre á nuestras espaldas, abandonados en medio de los hombres, somos la

maldicion de la tierra. Si me fuera dado volver á mis montañas, tener una choza levantada con los troncos heridos por mi hacha, vivir entre las alimañas salvajes, vestirme de palmas, beber el agua de los torrentes, alimentarme con los frutos que pródidas bajaban las ramas de los árboles hasta mis labios, errar á mi antojo por la cima de las montañas acompañado del huracan, alumbrarme con el reflejo de los volcanes, seria feliz, encontrando un regazo en el blando seno de la naturaleza. Pero aquí, aquí, ¿qué soy? Una sombra, una mancha, una maldicion. Este infeliz, que ha interpuesto su pecho entre el corazon del rey y el arma de su asesino, está ahí tendido en un monton de paja, reclinada la frente sobre una piedra, entumecido por la humedad, encerrado en este antro, sin más compañeros que el murciélago y la araña, sin más consuelo que las ilusiones que evoca á sus ojos su febril delirio. ¡Y este es el salvador del rey! Si hay dioses tras esos implacables cielos, ¿por qué, por qué antes que consentir esta ignominia y este dolor, no nos arrancan del pecho el corazon? Pero oigo ruido. ¿Quién viene?

EL JEFE DE LOS EUNUCOS.

Recoged al herido. Derramad, esclavos, por su

cuerpo estas esencias. Untad con esta pomada sus heridas. Ceñidle esta túnica de hermoso lino. Peinad sus cabellos. Ceñid á su cintura este cordón de oro. Ponedle las sandalias de púrpura. El rey le destina para ceñir su corona, y llevar su manto en las fiestas saceas. Sacadle al aire fresco, para que se reponga un tanto y pueda ser el rey del festín.

ORIEL.

Oigo una voz que me llama. Me parece que viene una estrella á ofrecerme un lecho de luz. Las nubes pasan, me tocan la frente con sus humedecidas alas, y dejan en mis labios una gota de agua. ¡Ah! Mi calentura cede. Parece que me despierto de un letargo. ¿Quién me ha vestido así? ¿Por qué me han quitado mi sayal? Me duelen mis heridas. Decidme, decidme, ¿por qué me habeis puesto esta ligera túnica de lino, y me tratáis con tanto cuidado? ¿Os habeis compadecido ya de mí?

EL ESCLAVO (*que acompañaba á Oriel*).

Ya se alivia; ya cede un poco su fiebre. Los bálsamos, los aromas le vuelven el sentido que

perdía. Sacadle á respirar el aire libre y á ver un rayo del sol.

EL JEFE DE LOS EUNUCOS.

Si, todo lo necesita, porque va á ser por el rey servido en las fiestas saceas.

EL ESCLAVO.

¡Qué oigo! ¡Oh! ¿Y será posible? ¿Y le quitareis la vida? ¿Y clavareis en su garganta la cuchilla del sacrificador? Piedad, compasion para este generoso jóven. No sé qué hay en él de superior á nosotros; pero atrae los corazones. ¿Y el rey lo sacrificará así, cuando se ha interpuesto en el camino del crimen para salvarle de la muerte? ¡Oh! Compasion, piedad para él. Si quereis, si os dá lo mismo, aqui está la sangre de mis venas. Tomadla, tomadla; pero dejad su vida.

ORIEL.

¡Matarme! ¿Qué he hecho yo para que me maten? ¿Qué he hecho yo? Decídmelo.

EL JEFE DE LOS EUNUCOS.

Colgaste de tus hombros la púrpura real, ceñiste á tu frente la corona de Ninias. Y este gran

delito se paga en Babilonia con la vida. ¿Así puede un esclavo profanar las insignias de un rey?

ORIEL.

Las profané para salvarle.

EL JEFE DE LOS EUNUCOS.

La ley ni aun para eso lo consiente.

ORIEL.

El rey me salvará.

EL JEFE DE LOS EUNUCOS.

Desde que te ha nombrado rey de las fiestas saceas no puede salvarte, porque eres ya de Belo.

CORO DE ESCLAVOS (*en la sala del festin*).

Cantemos, cantemos la gloria de esta noche y las maravillas de sus festines. El salon es tan grande como el campo, y tan elevado como el cielo. Sus bóvedas azules, por mil luminarias esmaltadas, fingen con sus planetas sus estrellas, sus constelaciones, sus rojos cometas, que se mueven segun las leyes dadas por los magos, un

cielo como no alcanza á verlo la vista humana en las azules soledades del espacio, sembradas de mundos por la mano próvida de Belo. En las extremidades del salon se ven bosques llenos de limoneros, de mirtos, de sáuces, de magnolias, en cuyas ramas se esconden toda suerte de pintadas aves, y sobre cuyas copas suben arrogantes las aguas del Eufrates en atrevidos surtidores por los reflejos del iris esmaltados. Sobre los altares cubiertos con grutas de arrayan, donde anidan blancas palomas, se ven serpientes de bronce, toros coronados con diademas de oro, unicornios de mármol, vacas de jaspe, exfinges con la frente ceñida de laurel y rosas, ídolos de marfil, elefantes de granito, inmensas águilas de plata con sus plumas recamadas de esmeraldas, estatuas de Nino y de Semíramis, en cuyas manos brillan los signos de sus victorias, y á cuyos piés las grandes bocas de gigantescos cetáceos arrojan aguas de los rios que encadenaron y sometieron al dominio de Babilonia. Por las paredes se hallan exculpados en gigantescas figuras indios con sus trajes blancos, con sus pesados elefantes; fenicios envueltos en su púrpura y recostados en la proa de sus doradas naves; egipcios montados en sus blancos bueyes y seguidos de sus verdes cocodri-

los; escitas desnudos, con su arco de ébano y hierro sobre el hombro, caballeros en tigres de mil colores; los símbolos, en fin, de todos los pueblos y de todos los dioses que Babilonia ha encerrado en el mágico círculo formado por las claras aguas del Eufrates y del Tigris. En el fondo se vé sobre un altar de oro, entre cien pebeteros, bajo arcos de gayas flores, la diosa de Babilonia con su corona de torres, su manto bordado de estrellas, sentada sobre un leon, retratando en sus ojos arrobados el amor universal que hace con su vívido fuego germinar todas las cosas en el seno de la naturaleza. Las flores que llueve la techumbre, que de vez en cuando se abre para dar libertad á mil aves prisioneras; las nubes de aromas que suben de los pebeteros; los coros que suenan al compás de arpas y de cítaras; los sacrificios que sobre cada ara ofrecen los sacerdotes; el rumor misterioso de las fuentes que refrigeran los aires; el ruido de las ramas de los árboles mecidas mansamente por las áuras; la vista de las mil luminarias que fingien guirnaldas de estrellas; los jarrones de oro exparcidos por do quier, que rebosan aromáticos vinos; los innumerables esclavos vestidos con túnicas de color de rosa y coronados con azucenas; las vírgenes

con sus trajes blancos y sus cabellos dados al viento y entrelazados con guirnaldas de verbenas; el ruido de las copas, el eco de los ardientes besos, el placer que todo lo anima, la orgía delirante que todo lo enciende, el baile que á todo presta su movimiento, las lúbricas y ardientes canciones que provocan á nuevos goces; todo, todo hace que el corazón estalle de alegría, aunque sea esta noche de desenfreno la última noche de nuestra breve vida.

CORO DE ESCLAVAS.

Cantemos el placer y el amor, la vida y la alegría. El cielo es joven, y la tierra es su desposada, que le espera con los brazos abiertos y la frente ceñida de flores, palpitante de amor, en el inmenso lecho de los espacios. La sangre hierve en las venas de la tierra como el expumoso licor en la áurea copa, y la embriaga para que se incorpore y se levante á recibir en su frente el sol, que es el beso de fuego de su amado. Nuestro espíritu, que está prendido de la tierra como la fruta del árbol, como la estrella del cielo, se siente enardecido por el amor delirante que centellea en la naturaleza. Y así como el sentimiento de la tierra se ve por la primavera en el botón

que palpita lleno de sávia, en la yema que se rompe para dar la hoja, en la flor que exparce á los vientos sus aromas, nuestro amor se siente en los latidos de las sienes y del corazon, en el vértigo de la mente, en el arrobamiento de los ojos, en la vibracion de los labios, que sólo quieren decir palabras dulces envueltas en suspiros de nuestras almas. Por eso, cuando viene la primavera, y la noche extiende su velo sembrado de estrellas, y la luna camina cerca de la tierra en su carro de plata, y el espino se cubre de flores que el ala del zéfiro sacude sobre la verde grama, y la mirra y el incienso derraman las lágrimas de sus olorosas gomas en el ambiente; nosotras, las hijas de Militta, vamos con el cabello suelto, la blanca túnica desceñida como ligera nube, las manos ocupadas con las áureas cítaras, á buscar en el fondo de las cavernas el alma de la naturaleza, para confundirnos con su amor y tomar su fecundidad; y en esta adoracion, en que nuestros labios se pegan á la tierra, la esencia de la materia, absorbida por nuestras venas, se derrama con vívido calor en el alma; y un cántico delirante se exhala de nuestra garganta, cántico voluptuoso que llama á nuestros amados, y que se mezcla con el plañidero gorgéo del ruiseñor

perdido en el seno de los bosques. Como la estrella busca su constelacion, y la mariposa la flor, y la planta la luz, y el ave el aire, buscamos nosotras el amor. Toda la creacion está inundada de placer. Si pudiéramos, tomaríamos las alas del águila, y subiendo al nido de los cielos, sorprenderíamos los amores de la casta luna, y deshojaríamos sobre su lecho las rosas de nuestros bosques. ¡Ah! En la verde grama, en el árido desierto, en las orillas del rio encontramos huellas de nuestros amados que nos buscan para fecundar la tierra y llenarla de nuevos séres. Militta, hermosa Militta, tú proteges bajo tu manto nuestros amores, y así cada uno de los besos que reciben nuestros labios son un holocáusto á tu bendito, á tu sagrado culto.

ORIEL (*en un trono en el centro del salon*).

¿Qué veo? Me parece cuanto presencio un vértigo producido por la ardiente calentura que me devora. Las jóvenes más hermosas de Babilonia tendidas á mis piés, recibiendo el impuro beso de sus amantes; los esclavos entonando himnos orgiásticos; los guerreros danzando como energúmenos; el rey sirviéndonos de rodillas; su manto, más pesado que si fuera de plomo, sobre mis

hombros, y su corona, abrasadora como hierro candente, sobre mis sienes; los dioses todos y los sacerdotes de Babilonia á mi vista; los magos profiriendo sus hechicerias; la orgía delirante rodeándome con sus encantos; y yo, que estaba lleno de vida, próximo á ser sacrificado á Belo, y más frío, más indiferente á mi triste suerte que esas pálidas estatuas. ¡Ah! Yo, que en el continuo anhelo de mi espíritu, en la ardiente sed de mi conciencia he buscado siempre un dios, y me he postrado ante el bosque, ante el torrente, ante el volcan, ante los astros, ahora el primer presente que voy á tener de Dios será el frio cuchillo del sacrificador cayendo en mi garganta. Y mi vida se perderá para siempre, como se pierde la hoja desprendida del árbol, que en sus revueltos torbellinos arrastran las ráfagas del viento. Yo he visto la planta seca volver á dar sus hojas, la flor marchita sacudir su semilla, la niebla desprenderse en gotas de lluvia, el insecto romper su larva y tomar matizadas alas, el ave dejar en sus hijuelos su propia imágen y su propio canto, la vida extenderse, perpetuarse en el círculo de la materia; y en el movimiento de tantos seres no he creído nunca que sólo yo pudiera ser arrastrado á la muerte. ¡Ah! Sí, tambien el ave corta

con sus alas el aire, y la flor exparece sus aromas en el cielo, y el bruto corre á su antojo por el bosque, y las aguas ruedan siguiendo su impulso por la tierra, y yo, yo soy esclavo, y no gozo de la felicidad concedida á los demás seres de la creacion. ¿Qué me importa la muerte? ¿Habrá noche más espesa que esta noche, dolor más grande que este dolor mio, tumba más fria que este palacio, y muerte más cierta que esta vida? Venga pronto la cuchilla del sacrificador, venga pronto; pero antes quiero saber una palabra. (*Llamando á un mago que pasa*). ¿Quieres explicarme una palabra, mago?

EL MAGO.

El rey de las fiestas saceas no debe rogar, sino mandar.

ORIEL.

Ya sé que me llamais rey para mayor escarnio. Ya sé que por todo premio me guardais la cuchilla del sacrificador, y por todo porvenir las tinieblas del sepulcro. Ya sé que me coronareis de flores, me vestireis de lino, y entre músicas y coros, cuando yo quiera levantarme á respirar un poco de aire, de ese aire de la vida que ansioso

y anhelante absorbe el jóven cuando la sangre hierve y el corazon late con fuerza, me precipitais herido en brazos de la fria muerte. Lo sé, y me resigno. El esclavo besa la mano que le hierre. Pero dime, mago, dime, tú que estudias los astros, dime qué quiere decir una palabra que me sonó al oido con mágica armonía; dime, ¿qué es libertad?

EL MAGO.

¿Dónde, infeliz, has oido esa palabra?

ORIEL.

Un día la oí en lábios de Ninias. Desde aquel instante perdi la tranquilidad. Sonaba en mis oidos esa palabra con una mágica celeste. Cuantas veces la pronunciaban los lábios, se iba tras ella el corazon. Un instinto confuso me decia que esa palabra ininteligible encerraba algun secreto de mi vida, algun misterio de mi sér. ¡Libertad! ¡Libertad! Nunca he escuchado este vocablo. Nunca el aire le trajo á mi oido en sus blandos y regalados suspiros. Jamás ninguno de los séres dijo cosa que fuera tan grata á mi corazon. Yo no entiendo lo que quiere decir esa palabra, y sin embargo, la guardo en mi conciencia, la pronuncio

en mis aficciones; y mi pecho se ensancha, y una brisa del cielo sosiega mis instintos y apaga un poco el incendio de mi mente. ¿Qué será libertad?

EL MAGO.

Palabra tan misteriosa preguntas, que acaso no la sepa modular el Oriente. Dirígete á sus templos, y oirás el nombre de Dios resonar bajo sus bóvedas. Habla á las esfinges y á los ídolos, y te contarán los misterios del cielo. Sube á las altas torres, y sabrás por qué oscila sobre lo infinito la estrella, y por qué el mustio rayo de su luz baja hasta besar tu frente. Desciende á los abismos, y en el centro de la caverna verás una gota de agua que cae, y que es la eterna lágrima de la tierra. Piérdete en sus bosques, y respirarás esencias misteriosas que renueven tu vida. Pregúntale á esta region misteriosa por Dios, y te contestarán sus cocodrilos, sus unicornios, las piedras de sus templos, el incienso y la mirra que se pierde en sus aires. Pregúntale por la vida, y oirás un concierto de voces que la revelan, desde el cántico de la cigarra escondido en el polvo, hasta el grito audaz del águila que gira en los torbellinos del viento. Pero si hablas de libertad, sólo oirás un gemido, un lamento, el rumor de la ca-

dena, el chasquido del látigo, el grito que se pier-
de en la caverna, la eterna lágrima que cae en
los abismos. El Oriente, cuando le hablas de li-
bertad, está mudo y frío como sus esfinges. El
hombre no ha nacido aún aquí. Como la cabe-
za de sus estátuas está pegada al cuerpo de los
animales, la vida del hombre está confundida en
la vida de la naturaleza. No quieras levantarte
más allá del monte ó del bosque, no intentes rom-
per el velo de estrellas que oculta la verdad, y no
levantes nunca la bóveda de tu cerebro para mi-
rar lo que oculta, porque encontrarás la muerte.

ORIEL.

¡La muerte! El reptil sabe la hoja bajo que ha
de vivir; el ave busca aleteando en la tierra la se-
milla que ha de sustentar á sus hijuelos; el in-
secto conoce la flor cuyos aromas han de susten-
tarle un día; el pez busca en el fondo del agua
la rama de coral que ha de servir para su alimen-
to; y el hombre, que tiene en sí todas las formas
de la vida, todas las excelencias del sér, ¿no sa-
brá nunca, nunca, dónde se oculta la idea miste-
riosisima que ha de ser el sustento de su alma?

EL MAGO.

Si quieres saberlo todo, encontrarás en todo el
dolor. En el polvo se ocultan las víboras, en las
hojas de las flores los insectos; en las enredade-
ras que penden de los árboles las serpientes, y
muchas veces no vemos el mal que nos guardan,
y andamos desquidados por los bosques, y salimos
ilesos de sus mordeduras. Si lo supiéramos todo,
la vida seria un desencanto continuo. No andaria-
mos por no pisar las víboras, no entraríamos en
el bosque por no encontrarnos con la serpiente,
no cogéramos la flor temiendo que se nos clava-
ra el aguijon de la abeja. Pero la ignorancia en-
vuelve en sonrosado velo todas las cosas, y nos
preserva de grandes males. Si viéramos el esque-
leto que el velo de nuestras formas encubre, el
hervidero de la vida que la corteza de la tierra
oculta, acaso sentiríamos un dolor infinito, una
continua congoja, al contemplar que somos un
poco de ceniza y que dimanamos de la universal
corrupcion y podredumbre. El tiempo oculta mu-
chos misterios bajo sus alas. Si quieres robarle
esos misterios, acaso el tiempo mismo te ciegue,
como el águila arranca los ojos al pastor que in-
tenta robarle sus polluelos.

ORIEL.

Pero así como el águila deja un día que sus hijos los abandonen su nido y se lancen á los vientos, el tiempo dejará escapar sus misterios; porque, de otra suerte, la vida sería como eterna noche. Interroguémosle, pues, miremos el nido en que se ocultan sus grandes secretos, para que no se pierdan á nuestra vista.

EL MAGO (*moviendo la cabeza*).

Mas para saber lo que preguntas, necesitas vida, larga vida. ¿Qué te importa á tí esa palabra que con tan solícito afán indagas? Cuando se apaguen estas luces, cuando callen estas músicas, cuando se harten estos glotonos, y se sacien de placeres todos, serás despojado de tu manto y de tu corona, conducido entre los sacerdotes á las bóvedas del templo, donde aguardarás á que la cuchilla del sacrificador siegue tu garganta y te arranque la vida.

ORIEL.

¿Y sólo viviendo podré saber lo que es libertad, esta palabra misteriosa que arrebatada tras sí el alma?

EL MAGO.

Sólo, solo viviendo.

ORIEL.

Pues deseo vivir. Quiero más armonías en la naturaleza, más colores en la corola de la flor, más gotas de rocío suspendidas de las hojas de los árboles, más formas de la inagotable naturaleza, más corrientes impetuosas despeñándose por los desfiladeros, más movimiento de seres y de mundos, más consonancias entre el ruiseñor que canta en el árbol y el arroyo que se desliza por las pintadas guijas, más amores entre las plantas y los astros, más ebullición de la esencia de las cosas, mayor florecimiento de astros en el cielo; vivir, sí, vivir más tiempo, para perderme y confundirme en la inmensa y vívida creación.

CORO DE MAGOS (*á Oriel*).

¡Infeliz! No pienses en la vida cuando sobre tu frente cierne sus negras alas ya la muerte. Piensa que al pié de cada hombre hay un gusano roedor que es el tiempo. Cuando te asomes á mirar tu porvenir, en el fondo de toda tu vida verás el negro abismo de la muerte. Cuando levantes los

ojos al cielo, á pesar de la luz del sol y del centellear de las estrellas, verás en la noche, más allá de todo sér, el negro, el espeso velo de la muerte. Sobre el gran templo del Universo hay un mónstruo que vive rumiando séres. En sus fauces se perderán las estrellas como gotas de agua, se extinguirá el sol como débil pavesa, se desvanecerá el gran todo como las sombras del sueño. El hombre es un caminante perdido, errante, empeñado en olvidar que su albergue, su morada paterna es el sepulcro. ¡Cuántas veces hemos visto una estrella fija, rutilante, que creíamos eterna, y despues el tiempo se la ha llevado en las negras orlas de su manto de tinieblas. Como alrededor de cada sér hay un límite, y alrededor de cada astro en la callada noche una sombra, alrededor del Universo está la muerte. Cada paso que dás te aleja de la cuna y te lleva al sepulcro. Cada día es un pedazo de tu sér que rueda á la eternidad. Mira, ¿ves aquel monte? Pues allí duerme Semíramis. Removió el mundo, despertó razas con su espada, llegó desde las orillas del Mediterráneo hasta las orilas del Indo, ocultó en su manto el Asia como el ave oculta bajo sus alas el nido, derramó sangre de todos los pueblos, trajo á este palacio coronas de todos los re-

yes, guió su carro sobre las ruinas de mil templos, holló con los piés de sus elefantes los cadáveres de mil generaciones de dioses, puso montañas sobre montañas, y lanzó los rios por sus cimas; y á pesar de tanta grandeza, un soplo del aire, la respiracion de un insecto puede esparcir y disipar sus cenizas. La vida es una copa en cuyo fondo está siempre la muerte. Una hora ménos de vida es una hora ménos de padecimiento. En la naturaleza, todo lo que se muere es hermoso; el sol poniente, la flor que se deshoja, la tempestad que se despide con el iris, la estrella de la mañana que se borra en la luz, el ave que lanza en su última hora sus últimos gorgeos.

ORIEL.

Pero yo, yo quiero vivir, porque no conozco todos los secretos de mi existencia. Los séres se despedirán de la vida cuando hayan cumplido su fin y realizado su obra. Pero yo, ¿me he de morir sin saber un secreto que llevo dentro de mí mismo? No. Yo amo la vida. El cielo riente, el sol, el cántico de todos los séres, los colores de la naturaleza, la armonía universal, el placer, el amor, mi sangre que hierve, me convidan á vivir. Quiero vivir. Mientras yo no sepa lo que es li-

bertad, la cuchilla del sacrificador se embotará en mi garganta. Sólo muere el hombre cuando ha perdido la última esperanza, como sólo muere la flor cuando se ha secado la última gota de su sávia. Y yo no moriré. El aire brilla en cambiantes de luz. Las estrellas se sonrien. Los sáuces sacuden de placer sus ramas sobre las aguas. El río va murmurando palabras de vida. Allá á lo lèjos se ven blancas nubes argentadas por el rayo de la luna, que parecen una bandada de palomas. Las flores rompen su capullo y se abren al beso de la noche y al arrullo del áura. La vida centellea por do quier. Y en medio de tanta vida, ¿he de perecer yo, yo que me siento crecer? No, no. Nadie podrá arrancarme la hermosa luz de la existencia.

NINIAS.

Jóven esclavo, tu muerte está decretada por los dioses. Pronto irás, vestido de blanco lino, perfumado de misteriosas esencias, ceñido de flores, á prepararte en el templo para morir sobre el ara del sacrificio. Los dioses á que te consagro son dignos de tí. El mayor entre ellos es Belo, aquel que lanza de su frente la luz, que sostiene en sus manos las riendas del tiempo, que dirige

con su voz las ruedas de los carros de oro en que duermen los génios de los astros, y lleva consigo á su esposa Belgad, más bella que la luna llena, cuyo velo de argentada luz envuelve en misteriosa gasa el amanecer, y la tarde en indeciso crepúsculo, cuando los moloes con cabeza de vaca andan entre las sombras de los bosques, y los nergales convidan con el canto del gallo á dormir á los hombres que viven sin cuidado bajo el amparo de Belo, cuya fuerza creadora ha infundido la vida á todas las cosas, y cuya poderosa organizacion se envuelve los espacios infinitos como un manto y se ciñe como un collar á su garganta todas las constelaciones del cielo. En el templo donde se ha de consumir tu sacrificio, verás orgías infinitas, esclavos desnudos azotándose hasta sacar de su cuerpo sangre, mujeres que entreguen á los sacerdotes las ofrendas de su amor, danzas ardientes acompañadas con los conciertos de las flautas y los ruidosos ecos de los atambores. Y tú al pié del ara, despues de haber ofrecido inciènso y mirra á tus dioses, perecerás, y tu alma se perderá en los espacios como la nube de humo del sacrificio. Así lo pide la religion, así lo manda tu rey. Vé, pues, á morir. Te entrego á mis magos, á mis sacerdotes.

ORIEL.

Rey de Babilonia, que no tienes una gota de sangre en el corazón; que derramaste sobre mi la última lágrima de tus ojos; que mandas hombres á la muerte con la misma indiferencia que los esclavos de tu cocina mandan bueyes al matadero; que juegas con tu corona y con tu cetro á los dados, entregándolos al vario giro de tus caprichos; que no tienes ni una pavesa de fé en el oscuro abismo de tu alma, ni un aliento de esperanza en tu consumida existencia, ¿cómo te atreves á consagrar á tus dioses un esclavo que los detesta, que los maldice, y que, al morir, escupirá á su frente toda la hiel que atesore en su larga, en su prolongada agonía? Déjame vivir en paz. Yo no te quito ningun pedazo de cielo, ningun suspiro de aire, ningun rayo de sol, ningun lugar del espacio, ningun sentimiento del alma. Déjame vivir en paz, con mis ideas, con mis esperanzas, al ménos hasta que sepa qué es libertad, esa palabra recogida de tus lábios para mi tormento.

LOS MAGOS.

Infame esclavo, ¿sabes lo que has dicho? Gusanos de la tierra, ¿te has atrevido á levantarte has-

ta el sol? Baja de tu orgullo, que el sol te reducirá á cenizas.

NINIAS.

Callad. Yo le perdono. Pero arrancadle pronto de aquí, lleváoslo en buen hora, y mañana, que es el día destinado para el holocausto, sacrificadle á los dioses.

LOS MAGOS.

Cese el festin. Apáguese las luminarias. Callen los coros y la música. El rey de Babilonia quiere quedarse solo. Llevemos en procesion la víctima de las fiestas saceas á su ara y á su altar. Démosle esta noche para que medite en los misterios de la muerte y en los secretos del sepulcro. Andad, andad, y entonad el último coro que despida esta noche de placeres. (*Vánse todos, ménos Ninias.*)

EL CORO (*se oye á lo léjos*).

La noche de placer ha pasado, y viene el día á iluminar nuestro hastio. Todo dura en la naturaleza, ménos el hombre, fantasma que se borra de la tierra como la nube del cielo. El sol brilla siempre, los horizontes centellean con eterna ale-

gría, el Eufrates se espacia por los prados con sus inundaciones, el Tigris se hunde en su profundísimo cáuce, la catarata se lanza con igual impulso de las altas rocas, las estrellas se bañan en la suave luz; y el hombre, sólo el hombre muere. Cuando la mariposa pliega sus alas y se pierde, sabe que, suspendida su semilla de la hoja del árbol, ha de dar nuevas larvas, de las cuales saldrá, teniendo sus alas en más espléndidos colores y embriagándose en más suaves aromas; pero cuando el hombre rueda en la eternidad, no sabe qué será de su existencia, misteriosa estela pronto borrada. Y el sepulcro es un lecho donde las sienes agitadas descansan y el corazón deja de sentir la tempestad de las pasiones. Sobre sus frías tinieblas se sacude la flor de la vida, y aunque el tiempo busque el recuerdo de los seres que se extinguen, sólo encuentra fríos y quebrados huesos. Flor, tú tienes semilla; árbol, tú tienes yemas que te den nuevas hojas; estrella, tú tienes el sol que te presta siempre luz; pero el hombre no lleva en sí más porvenir que la muerte. Preparad el ara, ceñidla de flores, encended los pebeteros, derramad esencias, reunid los sacerdotes, y que la sangre del esclavo suba en espiral de humo á las alturas, á fin de satisfacer un

poco el olfato de la muerte, que va siempre husmeando cadáveres para hartar su insaciable hambre.

NINIAS (solo).

Las luces se apagan, los vapores del vino se disipan, la música se pierde á los léjos. La luna brilla y lucha con los primeros albores del nuevo día. Desde esta ventana descubro toda Babilonia; á los léjos los canales llenos de dorados barcos, separándonos de las hambrientas tribus de los bárbaros; más cerca los diques levantados por infinitas generaciones y cubiertos de aromáticas flores y de verdes enredaderas; en el centro los azules lagos engarzados como esmeraldas en las sandalias de la gran ciudad; enfrente el templo de Belo con sus esfinges que duermen, la torre de los magos, sobre cuya cima flotan como un blanco velo las gasas de las nubes, el santuario de Militta con sus techumbres doradas, las puertas de acero que parecen espadas pendientes de un cinto, el fuerte de Nemrod que se pierde en los cielos, gigante que vela el sueño de Babilonia; y alrededor de todos estos edificios, que cada uno representa el pensamiento de una edad y el alma de un génio, la palmera que destaca en el hori-

zonte su verde copa, las espigas de sésamo, el sáuce á cuya sombra duermen las palomas, el ciprés melancólico y sombrío, la orla de vegetacion encerrada en los inmensos desiertos donde crece el incienso y llora amargas lágrimas la mirra, como para enseñar á todas las razas que pasan en sus camellos cuán cerca está la muerte de la vida. ¡Qué alegre es la gran ciudad! El aire exhala suspiros de amor, los jardines embriagan con sus aromas, la vida es continuo festin, el culto ardiente orgía, la mujer vaga siempre en sueños voluptuosos, los navegantes cantan en los canales las amorosas canciones del Mediodía, los viajeros que vienen de los cuatro puntos del horizonte buscan aquí reposo y contento: que Babilonia es pebetero que perfuma los cielos, lecho que convida á todos los placeres, jardin donde vuelan todos los amores, palacio de incesantes fiestas, hermosa reina que atrae con sus besos á todas las razas de la tierra, ansiosas de reclinar la frente en su amoroso seno. Ninguna ciudad puede igualarte en hermosura. Tú oyes todas las lenguas; tú guardas todos los dioses que has visto pasar errantes por el desierto; tú ciñes á tu cuerpo el lino de la India y la púrpura de Tiro; tú llevas en la mano cañas cinceladas donde están

las maravillas de todos los héroes; tú te asientas sobre piedras que el Eufrates ha arrastrado y que el genio de tus hijos ha convertido en animales simbólicos; tú apoyas los brazos en cilindros de jaspe ornados de estrellas de oro que parecen caídas del cielo; tú llevas pendiente de la garganta un collar de záfiro, de esmeraldas, y cada hijo del Asia engarza una joya en tu corona, y se lleva en sus sandalias un poco de polvo de tus calles para cubrir sus sepulturas y consagrar sus templos. Pero ¿qué voz plañidera viene á quejarse en mis oídos? El viento que se levanta en el desierto es un largo gemido. Y ese gemido me dice que algun día se emponzoñarán las aguas del Eufrates, y caerán una tras otra las piedras de los templos, y se fundirán los ídolos de bronce, y se quebrarán las esfinges de mármol, y se perderán las tablas en que mis magos graban las palabras escritas por Belo con signos de estrellas en el firmamento, y desaparecerán los jardines de Semíramis, y en ese rio cubierto de barcas sólo anidará el cocodrilo, y en este floreciente espacio se extenderá un sudario de arena, y en los cimientos de estos templos harán sus madrigueras los tigres, y en las terrazas desplomadas sólo se oirá el cántico del buho, y Babilonia, la Babilo-

nia que ahora habitan todas las razas y saludan todas las gentes, será un desierto donde no encuentre el caminante ni un oasis para levantar su tienda. Pero ¿quién podrá arrancarte, ¡oh esfinge coronada de flores! de ese pedestal en que desafías á los siglos? ¿Quién hará cimbrear estas columnas, que son más fuertes que montañas? ¿Quién podrá hacer envejecer á Militta, que resplandece con eterna hermosura? ¿Quién arrancará de las manos de Belo sus sangrientos cometas? ¿Dónde está la fuerza que se atrevería á acercarse hasta el lecho de Thamo, ó que pueda arrojar á los abismos los cocodrilos de bronce, las serpientes aladas, las mariposas de oro, las águilas, los elefantes, los animales que representan las varias formas de la vida? No, no; vuestro rey no lo consentirá. Pero ¿qué pasa por mí? A la luz de la luna, entre las dudosas sombras, veo las esfinges mover sus alas, los dioses reirse de mí, las serpientes de bronce morderse las colas, todos los animales simbólicos danzar en un círculo mágico; y de cada altar, de cada piedra se levanta una voz que me aterra, y una música que me embriaga y que me produce un vértigo tal que creo que se va tras ella mi alma. Decidme, decidme el secreto de este delirio.

LAS ESFINGES.

Nosotras estábamos encerradas en la naturaleza como la flor en su capullo, sin conciencia de nuestro sér, sin presentimiento de nuestra vida, cuando un soplo del espíritu nos despertó en los espacios, nos dió este hermoso rostro, nos ciñó coronas de laurel, y nos destinó á guardar el sueño de los dioses en los altares de Babilonia. Pero nosotras no podemos, no, vivir así; porque si nuestra cabellera brilla como el rayo de la luz en la frente de la estrella, si nuestros ojos son azules como átomos de los cielos, si nuestros labios son fragantes como la primer rosa que se abre en la primavera, si nuestro pecho palpita como el arbusto animado por la encendida sávia; nuestro cuerpo está aún atado á la materia, sujeto á la tierra, y no podemos volar, no podemos bañarnos en el primer albor con que la aurora tiñe los horizontes, ni respirar el aire perfumado en que vagan las nubes, ni espaciarnos oyendo el cántico del ruiseñor y entrelazando las coronas de verberna en el seno de los bosques, ni rejuvenecernos recibiendo las irradiaciones de la vida universal. Una voz del cielo ha bajado á nuestros oídos, nos ha hecho suspender nuestra oracion, y nos impul-

sa camino de Occidente por los espacios del desierto. Nosotras llevaremos en nuestras garras la guirnalda de flores que ha de unir un mundo con otro mundo, una forma de la vida con otra forma nueva, la edad pasada con los venideros tiempos; porque el secreto del Oriente palpitará en nuestras sienes y se exhalará como un himno de nuestros rosados labios. Al llegar al borde del desierto, cuando sintamos derramarse por las venas el licor de la nueva vida que ha de ser nuestra gloriosa trasformacion, daremos un «adios» á estas noches del Asia, embalsamadas por el incienso, henchidas de suspiros de amor, arrulladas por los rumores de los bosques, engrandecidas por las meditaciones místicas de mil pueblos, consagradas por los pensamientos divinos que los orbes trazan en los cielos con sus cadencias y sus armonías. Y al sentir el aliento de la nueva vida, el calor del nuevo mundo, el suspiro de la nueva edad, el cántico de las nuevas generaciones, así como la mariposa, cuando siente el tibio soplo de la estación florida, sacude su largo sueño, rompe su larva, toma alas de gasa, las pinta con los colores del iris, y vuela libando las esencias de todas las florestas, errante de árbol en árbol, y de capullo en capullo, y de flor en flor, nosotras nos desce-

ñiremos de estas formas, dejaremos este cuerpo, sacudiremos estas diademas, y tomando vestidura más espléndida, y extendiendo nuestros brazos á otras regiones, como el ave que va á levantar su vuelo, nos perderemos en mares de nueva vida, trasformadas en radiantes diosas. Pero no llores, no, rey del Oriente; porque antes de abandonar el Asia depositaremos como ofrenda al pié de los nuevos altares la lámpara llena de aceite de sésamo para iluminar el templo, la copa de oro para dar de beber á los pueblos el jugo de la antigua vida, y así no se perderá ninguna hora del tiempo. Si quieres, pon sobre nuestras espaldas tu dios, que nosotras lo llevaremos donde suenen arpas más armoniosas, y crezcan flores más pintadas, y canten vírgenes más bellas, y haya altares más sublimes y levantados á orillas del celeste mar en las cumbres de las montañas coronadas de mirto y de lentisco. Al deslizarnos en las ondas y ceñirnos la corona de espuma, como guardaremos aún el secreto de lo pasado, los pueblos de la orilla nos llamarán para preguntarnos lo porvenir, y escribiremos con estelas, con rayos de la luna en la superficie del mar nuestro secreto, como escriben los dioses en el cielo con estrellas su pensamiento. Y al acercarnos á las costas con un

cántico de amor en los labios, del seno de la ignorada tierra, como del fondo del caos, surgirá un mundo hermosísimo que será el arpa de la creación, el bosque de los dioses; y al estallar en la playa coronado de guirnaldas de flores, levantará á los cielos en la primera irradiación de su vida immaculados pensamientos. Y de cada grano de arena de aquellas playas, de cada gota de agua de aquel mar, de cada hoja de aquel bosque, de cada suspiro de aquellos aires surgirá un dios; y todos esos dioses llenarán como nubes de pintadas mariposas los cielos. Y nosotras, vestidas de espumas, coronadas de algas y de perlas, con las brisas por alas, el iris por arco, el rumor de las olas por cántico, y las luminosas estelas por dorado cinto, nos meceremos en las celestes aguas, velaremos el sueño del sol, danzaremos en torno de la cuna del astro de la noche; y el navegante al pasar encenderá la resinosa tea en la proa del barco y quemará en nuestro loor rosas y verbenas; porque nosotras, hoy inmóviles y pesadas esfinges, oprimidas bajo el peso de la materia, pegadas á este pedestal, mudas, informes, nos transformaremos en las hermosas sirenas que, ligeras como las gasas, móviles como las ondas, impalpables como las áuras, han de ser en el seno de

los mares la riente primera ilusión del alma de la naturaleza. Adios, rey de Babilonia: que vamos á tomar el camino del desierto.

NINIAS.

¡Irse! No. ¿Quién sostendrá mi lecho? ¿Quién podrá llevar sobre su frente el peso de los altares? ¿Quién velará á la entrada de los templos el sueño de los dioses? ¿Quién sostendrá á Babilonia? ¡Oh! Babilonia sin esfinges será un cielo sin astros. Detenedlas, columnas gigantes, ya que de vuestro seno han nacido, detenedlas.

LAS COLUMNAS.

Un cántico se eleva de nuestras piedras para anunciarnos que también tendremos florecimiento y nueva vida. No hemos de vivir siempre pegadas al muro, esclavizadas, recibiendo inertes el geroglífico que escriban al pasar las generaciones. Si el viento se levanta y en sus ráfagas trae montes de arena para precipitarlos sobre Babilonia, el suspiro del espíritu difundido por toda la creación nos dará una nueva forma y nos envolverá en nuevas vestiduras; porque si los imperios mueren, no mueren los dioses. Nosotras, hoy hundidas en tierra, sosteniendo montañas inmen-

sas en nuestras gigantescas espaldas, representamos la inmovilidad de esta vida oriental. Pero si se han de borrar los imperios como se borra el paso del caminante en el desierto, no se han de borrar, no, las ideas que viven radiantes en nuestras piedras, y que se exhalan de nuestra superficie como la luz del disco del sol. Y cuando el tiempo, armado de su martillo, venga á demoler á Babilonia, iremos camino de Occidente en hombros de los pueblos que nos han tomado por signos de sus ideas y por jalones de su peregrinacion á través de la tierra. Y sacudiremos esta pesada capa de argamasa, y nos limpiaremos de estos oscuros geroglíficos, que caerán de nuestras piedras como caen las hojas secas en otoño de los gigantescos árboles; y tomaremos la forma hermosísima de la mujer, dejando la tosca forma del elefante y la tortuga; y nos levantaremos al cielo solas y erguidas como la palmera; y sostendremos ligeras cornisas como una diadema cincelada; y nos ceñiremos floridas guirnaldas entrelazadas con la espinosa hoja de acantho; y siempre de pié, veremos acercarse á lamer nuestro zócalo de mármol las ondas de los siglos, que se retirarán reflejando nuestras líneas, admiradas de la hermosura y de la armonía de nuestras formas. Y

así habitaremos un mundo de armonías, guardaremos dioses risueños y hermosos, viviremos en perpétua comunicacion con la naturaleza, como si su sávia se derramára tambien por nuestras moléculas, sostendremos el templo sagrado en que ha de centellear el fuego del nuevo espíritu, y seremos una nota más, una cadencia más de ese eterno cántico que de esfera en esfera sube á los cielos como la oracion del alma de la naturaleza.

NINIAS (*cayendo de rodillas ante el altar de Thamo*).

Dios, dios protector de mi pueblo, ¿va á morir el Asia? ¡Ay! Si sus árboles pierden las hojas, ¿dónde encontraremos abrigo? Si sus palmeras se tronchan, ¿dónde iremos á buscar el signo de la victoria? Si sus elefantes perecen, ¿qué sosten podrá tener el guerrero? Si se secan sus flores, ¿con qué se adornarán las doncellas? Los altares de los templos no tendrán incienso, los mantos de los reyes no tendrán púrpura, las túnicas de los sacerdotes no tendrán lino, las coronas de los dioses no tendrán ni ópalos ni esmeraldas. Va á morir esta tierra en que las montañas llevan una diadema de eternas nieves, en que los bosques

entrelazan á la encina y al pino el limonero y el granado, en que el desierto extiende su manto de oro y los lagos sus verdes y claras aguas, en que el volcan encierra la antorcha del primer fuego de la creacion, y las llanuras van á perderse blandamente en brazos de los mares, en que la naturaleza ha cincelado sus más gigantes obras, capaces de albergar una nueva generacion más grande que estos pobres parásitos que viven soñolientos en sus inmensos espacios. Muerto el Oriente, no habrá un pebetero que perfume la tierra, no habrá un sacerdote que hable de Dios á los hombres, no habrá un mago que cuente las estrellas, no habrá un oráculo que interprete todos los misterios, no habrá ni un árbol á cuya sombra reposar en paz. No lo consientas, no, Thamo, no lo consientas. ¿Rodarán por el suelo las piedras de tus pirámides? ¿Se romperán una contra otra las puertas de acero de tu templo? ¿Caerán en el polvo los altos muros que se burlan del tiempo? La mano del extranjero, del que no oye hablar de Babilonia sino con pavor, ¿será osada á destrozár tu lecho? Tu imagen de oro, que se alza en el altar más alto del templo, ¿será arrasada en los carros de los bárbaros? ¿El sol se dormirá para siempre, sin querer defender con

sus dardos de fuego la ciudad sagrada? ¿Hera tendrá dormida en su seno la serpiente cuando vengan sus enemigos á herirla? ¿Rhea no azuzará sus leones de oro? ¿No querrás defender los cráteres de plata, los pebeteros de ámbar? Los animales trazados en las paredes de tu templo, ¿no se despertarán á perseguir á los que vengan á turbar su largo sueño? Nemrod, el gran Nemrod, que ahora duerme bajo una montaña, rodeado por las aguas de dos rios que se entrecorren á sus piés, ¿no levantará con su cabeza el gigante peso, y teniendo su arco más grande que un cedro, no derribará en el polvo á todos sus enemigos? Thamo, no te vayas. En ninguna region de la tierra tendrás agua tan pura, flores tan olorosas, templos tan grandes, altares tan lucientes, pebeteros tan perfumados, ni doncellas que canten tu vida y lloren tu muerte como en Babilonia.

THAMO.

Quiero una primavera perpétua, y aquí los árboles se agostan, los rios se secan, y el desierto viene á más andar á tragarse los muros de Babilonia. Un rayo de la luna me llevará á otra region, y la blanca espuma del mar se tenderá á

mis piés como una barca de plata, para mecirme sobre las ondas y conducirme á mis nuevos altares. Esta mañana han venido todos los dioses del Oriente: el que tegió las formas de todas las cosas, el pastor de la cabellera de luz, el que habita en las nubes, el que centellea en el relámpago y habla en la tempestad, el cocodrilo que venia cansado de Egipto, la culebra que traia en su piel flores de la India, el ibis y la grulla sagradas que murmuraban en mis oídos palabras del cielo; Indra coronado con los rayos del sol y tendido en las nubes que resbalaban sobre los espacios; Militta ceñida de áuras y agitada por el amor; Anaitis coronada de rosas, que destilaba de sus lábios la miel de la esencia de la vida; Belo, que traia enroscados los signos del zodiaco; el coro de las Horas, que danzaban en suave concierto sobre mi frente, y todos me han dicho: «Ven donde el sol se pone, que allí renacen los dioses con nueva vida, y aquí se mueren de muerte inevitable, porque una espada de fuego se extiende sobre el Asia.» Y en una vision que pasaba por los ojos del eterno Brahama he descubierto una tierra que se mecía como cuna de azucenas en un mar celeste, y allí he presenciado el nacimiento, la irradiacion continua de nuevos dioses. El génio del

porvenir, que flotaba sobre el coro de las divinidades orientales, me ha dicho que en esa tierra tendré un carro de labranza tirado por bueyes, un haz de dorado trigo donde sentarme, coronas de amapolas para mis sienes, vestiduras de yedra y de pámpanos, vírgenes que en mis aras quemarán coronas de verbena, una lira para entonar mis eternos cánticos, y amores en mi vida y lágrimas para mi sepultura. Pero mi muerte será como es para los mortales el sueño, y me despertaré con más fuerza, con más vida, con más lozana juventud. Y la diosa de la hermosura, de rodillas á mis piés, me contemplará dormido, llorará mi largo sueño, hará que sus ninfas entonen himnos para arrullarme; y cuando abra yo los ojos, me llevará consigo al fondo del Océano, á sus palacios de cristal, á su lecho de espumas. Sí, los dioses emigramos como las golondrinas, porque hemos menester el calor del espíritu, y aquí el espíritu se pierde y se evapora. Este templo es demasiado grande para mí y tengo frio. Aquí me cuesta mucho trabajo hacer brotar la vida en la naturaleza. Déjame partir á otra tierra. En aquellos mares, en vez de boas, habrá nereidas. En aquellos rios se reflejará el cielo con perenne alegría. En aquellos campos, si no crece la palmera, crecerá el

laurel. Yo necesito una montaña celeste, un mar tranquilo, un riachuelo que se pierda cantando entre las guijas, la grata sombra del limonero perfumado de azahar, la vista de los bosques de adelfas, el arrullo de la paloma, el sueño tranquilo sobre la yerba, el lejano rumor del mar que regale con los ecos de sus ondas y de sus brisas mi amor sublime por la naturaleza.

NINIAS.

Tú tambien nos abandonas. ¿Crees que vas á encontrar otra vida en la nueva tierra que te llama con el reclamo de sus brisas? ¡Infeliz! Detente. No te vayas. ¡Ah! Los dioses me parecen espectros. Ruedan en torno de mí como los vagos fantasmas de un sueño. Se van, se van en larga procesion. Parecen esas bandadas de grullas que al caer la tarde levantan su vuelo hácia Occidente. ¿Y nos dejais, nos dejais? ¿Quién os abrigará? ¿Dónde volvereis á respirar el olor balsámico del incienso? ¿Quién os ceñirá una corona de perlas y de esmeraldas? Los altares, las aras, los templos caerán bajo el peso de vuestros pasos. Segareis en flor todas las ideas religiosas. Con ese camino continuo vais á hacer del mundo un gran ateo que se ria con sus convulsiones de vuestro

poder, y escupa al cielo la amarga espuma de sus mares. Deteneos, y si os vais, no os lleveis el espíritu de Babilonia, porque la gran ciudad caerá en el desierto como el camello que muere de sed y de fatiga. ¡Oh, Anaitis, diosa de la naturaleza! Tú jamás podrás abandonarnos. Tú no tienes hijos, porque las formas de todos los séres nacen de tu esencia sin que las engendres; tú no tienes tampoco esposo, porque tu fecundidad está en tu misma sustancia, en tu propio sér. No, no abandones á Babilonia; porque si tú la abandonas, contigo la abandonará esta tierra en que se levantan los cimientos de los templos y de los palacios. Quédate tú, y al ménos se quedará contigo la naturaleza.

ANAITIS.

Yo tambien me voy, porque el suspiro de la brisa me acaricia el rostro y me llama hácia Occidente con los sonidos que derrama en torno de mí y con las esencias que trae en sus ligeras y celestes alas. Yo, que soy madre de la naturaleza, no puedo vivir aquí produciendo sólo séres inmensos, deformes, gigantescos, borradores de la organizacion, ensayos de la vida, preludios roncocos de la verdadera armonia. Aquí habeis sepul-

tado mi espíritu, que ansía volar, en una piedra negra más pesada que la losa de un sepulcro. Déjame que la rompa como la semilla rompe su película, como la hoja su yema, como la flor su capullo, como la mariposa su larva. Yo que veo en el seco tronco derramarse la sávia, encender todas las moléculas, brotar en verdes hojas y gajas flores, circular con perpétuo movimiento, correr desde la última fibra de la raíz hasta la última hoja de la copa que se pierde en el cielo, esparcirse en los aires como un espíritu alado é invisible con las esencias y los aromas; yo he de creer en la renovacion de la vida divina, en el florecimiento de los dioses, en la primavera de la vieja theogonía del Oriente. Déjame, pues, déjame que gima en bosques rientes; que me lave los piés, manchados con las arenas del desierto, en claros arroyos; que me duerma al pié de los mirtos, viendo el sol relucir en el mar y escuchando el cántico de la cigarra; que me descienda de estas pesadas vestiduras de piedra, y tome por túnica la celeste áura; que me arranque las diademas de ópalos y esmeraldas, y me corone con una guirnalda de azucenas, de cuyos cálices salgan volando pintadas mariposas; que abandone estos templos inmesos, gigantescos, estas pirámides, estos

geroglíficos, para ir á otro templo cuyas piedras sean las notas de un cántico, y cuyas columnas árboles de un bosque, y al pié de cuyos altares, hechos de blanco mármol y levantados en los altos promontorios, se oigan los coros de las vírgenes mezclados con el eco de las olas. Nosotros, los dioses, no gustamos de los sacrificios de Oriente. Ahora mismo, bajo las bóvedas de los templos orientales, al pié de sus altares, un desgraciado, pálido, delirante, aguarda á que llegue el sacrificador y le clave la cuchilla en la garganta, para caer sobre el ara y entregarnos su sangre en holocausto. Y los dioses que no son antropófagos como eran sus padres en los bosques, huyen á otra tierra más plácida, dejándose aquí sus formas, como la serpiente se deja su piel en el desierto. Ya no queremos libar en la copa del sacrificio más sangre.

NINIAS.

¡Ah! Es verdad. La sangre de mi esclavo va á correr en los altares de Belo, y los dioses no quieren ya oler sangre humana. Detengámonos, suspendamos el cruento sacrificio. Voy á decir que no preparen el ara, que no afilen la sangrienta cuchilla. Detenéos, sacerdotes, detenéos. No in-

moleis de ninguna suerte á ese hombre, porque los dioses no quieren sacrificios humanos. ¡Ah! Mi mente desvaría. Mis sentidos se oscurecen. Me falta tierra bajo las plantas, y aire para respirar. Veo andar los cocodrilos, huir las esfinges, volar los dioses, quedar desiertos los altares, vacías las aras. Detenéos. No os trasforméis, dioses de mis padres. Y se van cantando, con la alegría pintada en el rostro. ¡Ay! Quisiera detenerlos. Suspended, suspended vuestra carrera. (*Va á andar, y se cae*). Parece que un rayo me ha herido en la frente. Veo sobre mí extenderse una negra nube, y en sus ondulaciones y en los pliegues de sus tinieblas dibujarse, como el rojo carmin del sol sobre el ocaso, como el relámpago en la tempestad, génios de mí desconocidos, envueltos en mantos de púrpura, sostenidos por alas de fuego, armados de cometas, soplando en unas trompas negras que fingén el ruido de un mundo que se desploma, despidiendo de sus ojos encendida cólera, y de su pecho gritos que me hielan de espanto y que me anuncian la destruccion de Babilonia, próxima sin duda, porque de otra suerte no volarian sobre su cadáver esos séres, que suben al cielo como sube de las entrañas de la tierra á los aires el fuego del volcan. Callad, callad:

que me partís el pecho, mensajeros de la cólera celeste.

LOS ÁNGELES.

La cólera de Dios se cierne sobre Babilonia como el águila hambrienta sobre su presa. El rayo hierve en los abismos, y serpenteando en lo infinito, cae sobre la corona de la gran ciudad, y la convierte en polvo. En vano amontona para defenderse sus altares, sus dioses, sus carros de guerra, sus escudos; porque de todo la despoja el soplo abrasador de la divina ira, como el huracan que se levanta en las arenas del desierto, respirando fuego, despoja de sus verdes galas al orgulloso cedro. ¡Babilonia, Babilonia! Tu rio se sumerge en un lecho de fango, tus sáuces se despojan de sus verdes vestiduras, tus edificios ruedan en el polvo, tus dioses cansados se van hácia Occidente á renovar su vida, tus diademas pasan á las sienas de otros reyes, tus templos desaparecen como la tienda que el árabe ha plantado por la noche en el campo desaparece al dia siguiente, tus hijos huyen diseminados por la fatalidad, como las hojas secas desprendidas del árbol, y el desierto se levanta y viene con sus leones y sus tigres, y su hisopo y sus amargas lágrimas de

mirra á tenderse sobre tus ruinas. Babilonia, no llares á las estrellas, porque no te oirán, embebecidas en cantar sus amores á Dios; no asestes el arco de Nemrod, porque es muy pesado para tus enflaquecidos brazos; no te ciñas la armadura de Nino, porque te descoyuntarás los huesos podridos por eterna prostitucion; no montes el blanco elefante de Semíramis, porque duerme el sueño de la muerte sobre la tumba de la reina; no saques la espada forjada por tus predecesores, porque nada podrá contra estos cometas de fuego que blandimos sobre tus sienes; no quieras andar, porque envuelta en esta nube y perdida en el desierto, irás dejando tus dioses, tus aras, tus esfinges, tus filtros, tus misterios, como el avestruz deja diseminados los huevos de su nido. Babilonia, reina de Oriente, que has recibido en tu lecho los besos de todos los reyes, que has estrechado contra tu corazon los hombres de todas las razas, que has convertido tu vida en eterna noche de placer, que has visto en cada astro una lámpara destinada solo á iluminar tus amores, que te has embriagado apurando la copa de oro al calor de la delirante orgía, que has vivido entre azucenas dormitando; Dios te va á borrar de la tierra, porque no tienes fuerza para blandir una

espada; y de tus piedras hará el pueblo nómada su aduar, y de tus cintras de bronce y tus láminas de plata hará el pueblo guerrero su espada, y de tus ánforas y tus cráteres de oro hará el pueblo sacerdote sus sagrados vasos, y de tu púrpura hará el pueblo comerciante su fardo, y de tus símbolos, de tus tablas astronómicas hará el pueblo marintero su guía, y de tus cañaverales el cocodrilo hará su nido, y de tus cimientos el tigre su madriguera, y de todos tus espacios la muerte su dominio. Arrodíllate, arrodíllate en el polvo, levanta al cielo tus dioses, tus misterios, tus secretos, las verdades que has arrancado á los astros, los bienes que has hecho á las razas; dile si has protegido algun caminante extraviado, si has dado de beber á algun camello sediento, si has recogido algun niño abandonado en el desierto, si has orado alguna vez con fervor en tu vida, y se salvará de la muerte algun suspiro, algun reflejo de tu alma. Pero pronto, pronto, porque ya se hunden tus rios, se desploman tus edificios, crugén tus carros de guerra, aullan los tigres hambrientos de tus despojos, hierve el huracan sobre tu sepulero, y se exparcan por los aires tus cenizas; porque la cólera divina nos ha dado estas espadas de fuego para que borre-

mos de la tierra esta mancebía de los reyes.

NINIAS.

¡Piedad, piedad!... (Queda sin sentido).

ORIEL (recostado en una ventana del templo).

Me destinan á la muerte, al sacrificio. Al fin, un continuo é inútil sacrificio ha sido mi vida. He buscado anhelante la idea de Dios, y la primera vez que me encuentro solo en un templo es para prepararme á la muerte. El dios de estos pueblos se me va á revelar en el brillo de una cuchilla, se me va á aparecer en la agonía de mi postrer suspiro. ¿Por qué amaremos esta vida angustiosa, llena de lágrimas y de dolores, por qué? ¡Ah! La aurora resplandece en Oriente, los pájaros se despiertan, las flores abren sus corolas, el árbol agita sus ramas cargadas de rocío, y el áura se mece suspirando sobre los campos, como si fuera el alma de la naturaleza. Todos vivos y os agitais de placer, y yo, sólo yo muero. Pero ¿moriré para siempre? ¿Me convertiré en alguna de esas aves que gorgean en la enramada? ¿Seré al ménos despues de mi muerte un suspiro del áura que vaya á orear una lágrima en las megillas de una virgen? O cuando mis ojos se apaguen y

calle mi corazón, ¿se apagará el sol y callarán conmigo los rumores de la naturaleza? Morir, morir, exhalar este aire que respiro con tanta felicidad, verter esta sangre que me anima, quedar frío y yerto desposeyéndome de este calor de la existencia, es triste, tristísimo. ¿Por qué habrán puesto en mi conciencia esta voz que tan poderosamente me llama á la vida? Yo no tengo ningun lazo que me ate á la tierra. ¡Ah! Siento á lo léjos una cancion tan dulce...

SARA (que vuelve de la fuente cantando).

La golondrina viene y humedece las puntas de sus alas en la flor de agua para continuar su camino. Vé en paz, mensajera mia, vé en paz á la tierra sagrada de mis padres. Si llegas allí, lleva al aire, á la luz este suspiro de dolor que exhalo. Revolotea un poco sobre las rosas de Jericó, baña tus alas empolvadas en el mar de Joppe, bebe las claras aguas del torrente Cedron, escucha un instante el cántico melancólico del pescador, que tiende sus redes en el dormido lago, y anida en las cabañas que se acuerdan de los primeros patriarcas, para que tus hijos y los hijos de tus hijos sean sagrados. Entra, entra en el paterno hogar y aunque esté solitario, y la yerba crezca en

las junturas de sus piedras, y el viento corra á su antojo por las hendiduras de los muros, y el frio silencio se extienda donde antes se levantaban los cánticos de los sacerdotes, detente ante aquel santuario, y recibirás el aliento de Dios y el suspiro que exhaló en el primer instante de la creacion el mundo, que todos los dias se renueva en aquellas sagradas fuentes. Vê, golondrina errante, vê en paz á la tierra de mis padres. Y si despues de haberte posado en la tostada higuera, y de haber bebido las gotas de agua del torrente en los hoyuelos de las piedras, quieres bajar hasta la tierra donde mis mayores duermen, roza con tus alas aquellas sepulturas abandonadas, y te llevarás la bendicion de Dios. Pero, golondrina, golondrina, si bebieras esta lágrima que rueda por mis megillas, acaso sabrias cuán amargo es no tener patria, y se lo dirias así al aire sagrado que vas á cortar con tu tranquilo vuelo. Adios, golondrina errante, adios; vê en paz á la tierra de mis padres.

ORIEL.

Veo una hermosa jóven que vuelve de la fuente cantando plañidero cántico. Una túnica blanca la cubre, un manto de lana azul cae de sus hom-

bros, ligera toca envuelve su cabeza; su tez morena, sus negros ojos, sus encendidos lábios, las sedosas trenzas que caen sobre su pecho, la ligera huella que sus piés desnudos dejan en la arena, el crugir de sus vestiduras, el eco de su tristísimo cántico, mueven mi alma dolorida á infinita tristeza. Erguida, esbelta, andando majestuosamente con el cántaro lleno de agua sobre la cabeza, me parece la imágen de otra raza, de otra gente tal vez desgraciada como yo. Mujer, da á este esclavo sediento, próximo á morir, un sorbo de agua. ¿Quieres?

SARA (*deteniéndose*).

Debo hacerlo. Mi ley me manda que apague tu sed. Si alguna vez hubieras ido á la tierra de mis padres, y hubieras entrado en la tienda del patriarca, que se apoya en el tronco de la palmera y se alza al lado del pozo, te hubieran mis mayores limpiado el sudor de la frente, el polvo de los piés; te hubieran dado pura agua, leche de las vacas, miel virgen recién sacada de los panales, tortas hechas en la piedra del hogar; porque en mi tierra el leñador deja haces en el monte, el segador espigas en el campo, el vendimiador racimos en la viña, para que los recoja el extran-

jero y el caminante : que todos nacemos hijos de Dios, cuyas caricias son tan dulces como el regalado ósculo impreso por una madre en la frente del pequeñuelo que á sus pechos amamanta. (*Dá de beber al esclavo.*)

ORIEL.

¡Ah! La clara agua de tu ánfora ha vuelto su frescura á mi pecho, encendido, abrasado por el dolor; pero las dulces palabras de tus labios han vuelto la esperanza á mi espíritu, devorado por la duda. ¿Tienes una patria donde el hombre compadece al hombre, donde se acuerdan del peregrino y del caminante? ¿Tienes un Dios dulce y misericordioso? ¿Y dónde, dónde está? Yo sólo he visto dioses crueles que me han arrojado de sus templos, y que si hoy me reciben, es tan sólo para respirar el olor de mi sangre y gozarse en mi muerte. Háblame, pues, de esa patria que es ya la patria de mi corazón, de ese Dios que es ya el Dios de mi espíritu. Dime : y en esa tierra, de que por tu desgracia estás ausente, ganidará el amor?

SARA.

En la estación en que madura el primer fruto

de las higueras y sacude su flor la viña, cuando tras caluroso día viene la noche á refrescar los aires y sólo se oye el grito del buho ó el arrullo de la tórtola, el amante, llevando una corona de anémonas en la mano, va al pié de la ventana de su amada, y al eco de la cítara le cuenta sus amores, que los ecos de la montaña repiten; y la virgen se levanta del lecho, se envuelve en blanco cendal, y vierte sobre la cabeza de su amado una copa llena de olorosa mirra, recuerdo del aroma de sus amores, y le regala un lirio cogido de su jardín y regado con sus lágrimas.

ORIEL.

Dime dónde está ese país, el único donde se ama en la tierra. Revélame ese Dios misericordioso y bueno. Quiero seguir tu ley, quiero abrazar tu religión. Si creyera las verdades que tú crees, si amára el Dios que tú amas, si estuviese dispuesto á sacrificarme por esa patria que tus ojos arrasados de lágrimas buscan al través del lejano horizonte, si fuese fiel á la memoria de tus padres como el último de sus hijos, ¿tú, cautiva, amarías á este desgraciado? ¡Oh! No te sonrojes. Mi amor sería puro como mi pensamiento.

SARA.

Cautiva arrancada por la ley de la guerra al hogar de mis padres, debo por mi ley aborrecer al extranjero. Su alma está oscurecida por el amor á los ídolos, y su cuerpo manchado por impuras abominaciones del culto. Los que no han nacido en mi patria son adoradores de las estrellas, y los adoradores de las estrellas sólo ven el escabel de Dios. Las promesas del Eterno nunca podrán alcanzarles, y no tendrán el reposo de una muerte tranquila, ni la ventura de una larga generacion. Pero si te entregas á mis sacerdotes, Dios te dará nuevo espíritu, y nueva vida mi patria. Y entónces serás mi amado, y yo tu amada. Y guiaremos nuestros ganados por las colinas, y los llevaremos á beber en los torrentes, y oraremos ante el Arca de la Alianza, y oiremos la voz de los profetas, y cuando, bendecidos nuestros amores, tengamos hijos, los llevaremos al templo, presentándolos acompañados de candidas palomas. En memoria de esta mañana, á la luz del sol naciente, que es como sombra delante de mi Dios, toma esta reliquia, donde están escritas algunas palabras de mi ley. Persevera, si, persevera, y serás nuestro, y te llamaremos prosélito

de justicia. Adios, adios. Aguárdame, que yo volveré con un sacerdote de mi raza. Te lo juro. *(Se va cantando).*

ORIEL.

Gracias, cielo, para mí implacable, gracias. Ya tengo una esperanza, ya he encontrado un corazon en esta vida tan desolada y tan triste. La imagen de esa mujer que ha calmado la sed de mi espíritu se desvanece, y su cántico se pierde. Pero yo no olvidaré nunca esta reliquia, ni la dulce esperanza que me ha infundido con sus amorosas y severas palabras. Nuestros dos pensamientos se han encontrado, y se han confundido en una nuestras dos almas. Mi vida, que se hundia en los abismos del olvido, riela ya la luz de una esperanza. Habitar en los campos, tener un ganado, guiarlo para que paste la yerba cargada de rocío, levantar una cabaña, vivir en ella con la mujer querida, expaciarse en el seno de amiga religion, ver un Dios amoroso, escuchar los grandes profetas, vivir para el bien y esperar renacer en nuestros hijos, es toda la felicidad que puede tener nuestra existencia. ¡Ah! Ya siento apacible dicha. Mi espíritu atemorizado se duerme en el seno de la esperanza. Mi razon que des-

variaba ve ya una luz en la vida. Dejadme, pensamientos lúgubres que venís sobre las almas doloridas como los buitres sobre los cuerpos muertos, dejadme. Ya soy feliz, y desafío con frente altiva y ánimo entero todas las desgracias. ¡Ah! ¿Qué digo? ¡Infeliz! ¿Qué digo? Para mí no hay amor, ni esperanza, ni salvacion posibles. Yo soy la sombra errante de una existencia. No puedo ofrecer mi trabajo, porque mi trabajo es de mi dueño. No puedo ofrecer mi vida, porque de mi dueño es tambien mi vida... ¿He dicho mi vida? ¡Oh! Me olvidaba, me olvidaba de que mi vida es toda entera de los sacerdotes, que pronto, muy pronto van á clavar, segun sus ritos, la sagrada cuchilla en mi garganta. ¡Morir, y morir con una esperanza! Si al ménos ninguna ilusion quedara en mi vida, seria mi muerte como el sueño tranquilo que asalta al terminar los trabajos del dia. Pero morir amado; morir cuando voy á estrechar contra mi seno á una mujer querida; morir cuando entreveo el Dios que en vano he buscado por la tierra; morir con el corazon rebosando sangre, con el espíritu lleno de ilusiones, con la existencia cubierta de flores; morir así ¡ay! es morir mil veces. Yo no puedo resignarme á morir, no puedo. Me levanto contra la

ley fatal que me subyuga, y muerdo esta cadena que me ata. Pero así como mis dientes se quebrarán en el hierro, mi voluntad se embotará en la fria cuchilla que penetrando en mi garganta ha de acabar mi existencia. ¡Y es posible que sea tan miserable nuestra existencia, tan pobre y mezquina nuestra vida, que amores, ilusiones, ideas, esperanzas, todas las fuerzas del sér hayan de morir, cortadas por una misera cuchilla! No hay remedio. La luz se apagará en mis ojos, la sangre caerá de mi corazon, la respiracion se extinguirá en mi pecho, y mi vida entera pasará y se desvanecerá. Pero ¿en dónde, en dónde se desvanecerá? No lo sé. Nada me han enseñado estos sacerdotes, nada me han dicho estos sabios. Ignoro si mi cuerpo, esta pobre organizacion, caerá, se descompondrá en cenizas, yendo á alimentar insectos y á perderse en la corrupcion universal que origina la vida. No sé tampoco si algo superior á mi cuerpo se desceñirá de estas ligaduras de la materia ó irá á unirse con el áureo éther de la luz, con el vago suspiro del aire, con la esencia de la flor, con todo lo que hay de impalpable en la naturaleza. Al ménos, el que va á morir y sabe cuál ha de ser su porvenir allende la muerte, aguarda sólo una trasformacion maravillosa,

y presente que despues del dolor ha de sentir venturas ciertas; pero el que se acerca á la tumba y sólo ve tinieblas, incertidumbre, es el más desgraciado de los mortales. Dios de esa mujer que acaba de hablar, Dios que alboreas ya por el amor en mi alma; si no te es indiferente la suerte de un infeliz, si no ha llegado hasta ti la implacable dureza con que todos los séres me tratan, ¡ay! sálvame, sálvame. ¡Inútil ruego! Morir es mi destino. El sol se levanta y dá verdor á los prados, matices á las gotas de rocío, aromas á las flores, cánticos á las aves, plateados reflejos á los arroyuelos, vida á todos los séres; pero no esperanza á mi corazon. Resignome á morir. Como no es mio el trabajo, no es mia la vida. Disponga de mí en buen hora mi señor. Pero tengo frio. Mi alma se hiela. ¿Qué va á ser de mí? Vida hermosa y grata que palpitas en toda la creacion: vida que subes desde la raíz del árbol hasta el águila, hasta la estrella; vida que centelleas con tantos colores y revistes tantas formas; vida que alimentas desde la luciérnaga escondida entre las piedras de un arroyo hasta el sol; para este sér desgraciado no tienes un suspiro. Pero ¿qué oigo? Se mueven las puertas, se oye un cántico lejano. Son mis sacrificadores que se acercan. Ha llega-

do mi última hora. Adios, naturaleza. Te sonries tan serena como si no se cometiera en tu presencia ningun gran atentado. Muere uno de tus hijos, ¿y ries? ¿Para qué me has engendrado? Vida mia, aunque tan triste y tan oscura, debo decirte que es aún más triste y más oscura mi muerte.

CORO DE SACERDOTES (*entrando en el templo*).

Cantemos, cantemos con delirio. El sol se levanta de su lecho, lleno de alegría, tendido en su carro de oro y arrastrado por sus caballos de fuego. Desde la cúspide de las montañas hasta las ondas del rio, naturaleza sonrie de plácida alegría y se embriaga en goces infinitos. Ha sonado la hora del sacrificio. Rompan en un coro las arpas, canten y gorgreen las flautas, truenen los atambores, dancen las doncellas, y la alegría se extienda por todos como se extiende y se dilata la clara luz del sol. Dancemos nosotros tambien, formando un circulo en torno del fuego sagrado, como danzan las estrellas en torno de la tierra. El templo brilla, el altar de Belo se cubre con nubes de incienso, el ara con flores que acaban de abrir sus corolas; envolvámonos tambien nosotros en el sentimiento del placer. Así como el jugo de la vida

pasa de sér en sér, de la tierra á los árboles, de los árboles al aire, del aire al cielo, del cielo á las estrellas, de las estrellas á los dioses, y lo enciende y lo anima todo, la sangre del esclavo que vamos á verter se extenderá por todos, y á todos nos animará, y á todos nos alegrará con una alegría infinita y divina. Nuestros padres eran más gratos á los ojos de los dioses, y su vida más propicia, porque en su ruda fé no dudaban un punto en sacrificarles todos los enemigos que caian en sus manos en los campos de batalla. Acerca, pues, Belo, tu ancha copa, y recibe la sangre de un esclavo, y abreva en ella nuevos séres que en los limbos de la naturaleza dormitan faltos del licor de la sangre, que enciende las venas y enrojece la vida. El humo que de la caliente sangre subirá hasta tus abiertas narices, te embriagará en una embriaguez divina. Preparad, sacerdotisas, el ara, llevad las ánforas y los cráteres, encended los pebeteros de ámbar, apercibid la cuchilla del sacrificio, coronad la víctima de flores, que va á correr sangre del esclavo en justa ofrenda á nuestro padre Belo. Cantemos, esclavos, cantemos con delirio.

ORIEL (*á los sacerdotes*).

¿Y será posible que lleveis vuestra religion hasta inmolar en sus aras un infeliz esclavo que ningun daño ha hecho á vuestros dioses? ¡Oh! ¡No me mateis, no me mateis! Si las divinidades que adorais tienen algun instinto de justicia en su conciencia, más os agradecerán la vida que la muerte de este miserable. Al fin, mi vida es tan insignificante y tan pobre como la vida de la luciérnaga que se esconde entre las piedras. El vapor de mi sangre no llegará al cielo. El último quejido de mi pecho se perderá en el espacio como se pierde el zumbido del insecto en el desierto. Dejádme esta vida que para vuestros tutelares géneos debe ser bien mezquina ofrenda, dejádmela, y yo levantaré un holocausto de amor en mi corazón á vuestro culto. Necesito ver el cielo, abismarme en contemplar el sol, respirar el beso del áura que refresca mi rostro abrasado, hundir mis piés en la yerba humedecida por el rocío de la noche, vagar por la cima de las montañas errante, bañarme en el tibio resplandor de la luna, oír un juramento de amor, y dejar alguna huella de mi sér en la vida. Ayer hubiera muerto contento, hoy no puedo morir. Al despedirme de la exis-

tencia para siempre, cuando creia que nada me quedaba en la tierra, que mi fin se habia cumplido, que toda esperanza era muerta, en tan misero estado, en que pasar de la vida es casi indiferente, vi brillar una luz que me inundó de alegría, que me despertó de mi letargo, que fué como la trasformacion de mi sér, que vino á mostrarme que aún podia yo amar; y, como vosotros sabeis, morir, morir amando es imposible, porque sólo se muere cuando está seco el corazon y agotada el alma. ¡Oh! Perdonadme. Una corona de flores, un poco de miel, los inocentes corderillos, las blancas palomas deben ser objetos más gratos á vuestros dioses que la negra vida de este misero esclavo. Dejádmela, dejádmela gozar en paz, y una bendicion eterna subirá de mis lábios en vuestro loor á los cielos. Mi juventud, mi amor, el apego á la existencia gritan desde el fondo de mi corazon y me dicen que viva. ¿Y vosotros me abandonareis? Teneis hijos. Mañana puede un conquistador llamar á la puerta de vuestro templo; y acaso, esclavos tambien, con la cadena al pié, hundidos en la miseria, obligados á trabajar noche y día, alguna vez el capricho de sus señores los condene á muerte; y entonces quizá pidan con lágrimas, con sollozos, con lastimero clamor, como

yo, justicia y misericordia. ¿Y querriais vosotros que fueran tan sanguinarios los dioses de vuestros enemigos, y tan despiadados sus sacerdotes, que los entregaran á la muerte?

LOS SACERDOTES.

Cantad, sacerdotisas, cantad, y no oigais las quejas de este infeliz.

LAS SACERDOTISAS (*á Oriel*).

No escuchamos ningun gemido, no vemos ninguna lágrima. Los dioses mandan que mueras, y has de morir en sus aras. Cuando el Universo se abria por vez primera como una flor acariciada por el áura, y lanzaba á los cielos en sus grandiosas explosiones mundos y mundos como el volcan lanza su fuego y negras piedras, la soledad cubria todos los espacios, hasta que Belo arrojó sobre la materia sedienta una gota de su sangre, y entonces nació el espíritu que debia ser la animacion de la naturaleza. Y desde tal instante nosotros debemos al Supremo Hacedor, que con su fuerza incontrastable creó todas las cosas, mucha, mucha sangre, que nada hay tan grato á su omnipotencia. Cantemos, dancemos, bebamos los ardientes licores, enardezcamos nuestras pasio-

nes, avivemos nuestros sentidos, lancemos gritos de alegría, y en este culto delirante que interesa toda la vida, hundamos la cuchilla en la garganta del esclavo, para que al brotar la sangre y correr sobre el ara vea Belo que la tierra le devuelve en cruentos holocaustos la esencia de su sér que pródigo vertió de sus venas sobre la naturaleza. Esclavo, tu padecer será de un momento. Se nublarán tus ojos como en el instante en que tus párpados no pueden levantarse bajo el peso de terrible sueño. Resignate, pues, á morir, que vale más morir en aras de los dioses que vivir en la esclavitud y en la miseria. Mira cómo resplandece el templo, y el fuego centellea en el ara. Prepárate á morir, que tu muerte es el holocausto de un Dios.

ORIEL.

¿Vosotras, débiles mujeres, también os gozais en la muerte? ¡Ah! No. Vuestro corazón es un vaso que al frío de la crueldad se quiebra. Ese delirio, esa fiebre de vuestras palabras me está diciendo á voces que no queréis, que no podeis querer mi muerte. Dar vida en vuestro seno es el destino que os ha encomendado el cielo, y no podreis olvidarlo hasta matar á un infeliz que en

nada os ha dañado. Vosotras amais. ¡Habreis suspirado, habreis llorado tantas veces! Pues yo, yo soy amado. Respetad en mi el sello del amor. Cuando me arrastren al ara del sacrificio, podeis clavar el cuchillo en mi garganta; pero lo clavais en el corazón también de una infeliz mujer. Por piedad, por piedad, salvadme de la muerte. Vuestro Dios no querrá que perezca un infeliz y que al par de ese infeliz perezca una mujer. Si no me salvais por mí, salvadme por la inocente que esta mañana al salir el sol me ha jurado amor. Dejad, pues, que apague la luz de mis ojos el que me ha dado esa luz, que disipe la vida de mi sér el que me infundió esa vida. No os interpongais entre el cielo y mi existencia. Si debo perecer, el rayo del cielo quemará mi frente y me aniquilará. Si debo vivir, ¿por qué me habeis de arrancar la vida? ¡Piedad! Si la mujer no es piadosa, es el monstruo más horrible de la tierra.

EL PUEBLO *(entra con gran confusion y espanto en el templo.*

¡Horror, horror! Del cielo descenden horribles nubes que parecen volcanes errantes. De su seno exhalan sonidos espantosos, como si sobre ellas cayeran en ruinas los mundos. De vez en

cuando despiden una llamarada como la siniestra lumbre de un sol que se apaga entre los pliegues de su manto de tinieblas. La tierra tiembla, las aves se encierran en sus nidos, las fieras aullan desde sus madrigueras, y el desierto se levanta por do quier en espirales de calcinadas arenas. Entre las sombras se ven soldados que parecen cabalgar en alas del huracan; una nube de cuervos les precede lanzando siniestros graznidos y olfateando campos de batalla. El horror es tal, que esos guerreros hambrientos, casi desnudos, que blanden una espada en sus manos tintas en sangre, parecen descender del seno mismo de las nubes. Babilonia, Babilonia, tu última hora se acerca. La venganza del cielo viene á interrumpir tus festines. ¿No oís? Las altas pirámides, las grandes columnas se cimbrean al empuje del huracan, como los cipreses mecidos por las áuras. Belo, Belo, no abandonés á tu ciudad.

CORO DE SACERDOTES Y SACERDOTISAS.

El cielo se irrita porque no le hemos sacrificado su víctima propiciatoria. El esclavo de las fiestas saceas le ha pertenecido siempre. Y el sol, alma del mundo, al ver que dudábamos en darle lo que es suyo, se ha airado, y las nubes de la

ira han cubierto su rostro. Apresurémonos á desagraviarle. Ven, ven, esclavo, al ara, y correrá tu sangre, y Belo apagará su sed y nos devolverá su amor, que es la lud del día. (*Arrastran á Oriel hasta el ara*).

SARA (*anhelante entre la muchedumbre*).

Ya le atan las manos. Ya le obligan á doblar la rodilla. Ya le ponen la venda en los ojos. La sacerdotisa limpia el ara con el agua lustral. El mago pronuncia las fórmulas del sacrificio. Las doncellas enlazan guirnaldas de flores alrededor del altar. El gran sacerdote, vestido de blanco, prueba la cuchilla para rematar pronto la víctima. ¿Y yo he de ver todo esto serena é impasible? ¡Oh! No, no. Sacerdotes de Belo, vosotros creéis sacrificar á un dios, y sacrificáis al mal. Belo no es el génio de la luz, es el génio de las tinieblas. No le entreguéis, por piedad, esa víctima. Compadeceos del sollozo de esta infeliz mujer. Las lágrimas que vierten mis ojos son tan encendidas que desharian una piedra. ¿Y no desharán vuestros corazones? Soy una mujer de una tribu errante arrancada por vuestros soldados á la tierra de Canaam.

LOS SACERDOTES.

Aparta, extranjera. ¿Qué sabes tú de nuestros dioses? Ni siquiera conocemos el nombre de tu oscuro pueblo.

Muero contento, porque muero llorado. Esas lágrimas harían palpar de alegría mis cenizas en el fondo de la tierra. Mujer, ruega por mí á tu Dios.

SARA (á los sacerdotes).

¿No oís la tempestad? Ese trueno es la voz de mi Dios, que hiende los espacios, ese relámpago el reflejo de su mirar airado, esas nubes el carro en que viene á traer su castigo, ese huracan las alas de fuego de los ángeles de sus venganzas, y pronto sereis todos consumidos.

LOS SACERDOTES.

Acabemos pronto, pronto, el sacrificio.

SARA.

¡Piedad, piedad!

LOS ÁNGELES (*invisibles en los aires*).

Mirad á Oriel, al elegido de Dios, que en la noche tremenda del caos agitaba con sus celestes alas todas las tinieblas, y entre sus manos modelaba como blanda cera los candentes mundos, y los doraba con el rayo de luz recogida en la mirada de Dios, y los exparcía por los espacios virgenes, enseñando á cada uno á murmurar una plegaria y á producir en su primer movimiento una dulce mística armonía que era como la candida ilusion del Universo, como la primera festividad de la vida. Recordadlo, cuando envuelto en su túnica celeste, coronado con los rayos de la luz increada, embebido en reflejar la divina esencia en sus ojos, agitando sus blancas alas que producian armoniosas cadencias en el éther, primera explosion de la materia enrojecida aún en el fuego de la palabra divina, sembraba en lo infinito por mandato de Dios mundos y soles, depositando en ellos el divino ideal de toda la creacion, y elevándolos como sagradas hostias en sus inmaculadas manos al Eterno sobre el divino altar de la naturaleza. Ese es aquel que vagaba por lo infinito, que señalaba á cada sol su centro, á cada mundo su órbita, y colgaba allá en los confines

del Universo, como blanco velo nupcial sobre casto lecho de amores, las plateadas gasas de las estrellas nebulosas, semillero de mundos, primeras palpitations de vida, estelas perdidas en el océano de lo infinito. Nosotros, ángeles del cielo, le seguíamos de léjos, perdidos en las áureas sonrosadas nubes de la primera inmaculada materia, y oíamos extáticos las ardientes notas que con sus dedos arrancaba á su arpa de oro, y el cántico infinito con que las estrellas del cielo acompañaban su voz cuando se suspendia sobre el Universo recién creado como la mariposa sobre la flor. Y el que asistió á la primer mañana del mundo; el que enseñó sus armonías á los globos de luz que ruedan por los espacios infinitos; el que llevaba la palabra del Eterno en sus rosados lábios á toda la naturaleza; perdida su hermosura, arrancadas sus alas, extinguido su cántico, rota en sus manos la lira, sin conciencia de lo que fué, sin esperanza de lo que puede ser, sin recuerdo alguno de aquel cielo donde nació, sin idea del Eterno, en cuyo blando regazo reclinaba la frente cuando volvía de su largo camino por los espacios, está ahí, con las manos atadas á la espalda, las rodillas hundidas en el polvo, los ojos sin luz, el corazón aprisionado en falsos amores, aguar-

dando á que un sacerdote le clave la tajante cuchilla é inmole sin piedad una vida que era la exaltacion y la gloria del Universo. Señor, Señor, ¿consentirás que perezca? No: salvémosle.

ORIEL.

Oigo una armonía deliciosa. La vida se despide ¡ay! de mi con sus más hermosos y regalados cantares. Pronto, pronto deberá caer la cuchilla sobre mi cuello. Adios, último reflejo de la esperanza, que te apagas con el último destello de la existencia.

EL GRAN SACERDOTE.

Levantemos la cuchilla. (*Brilla un relámpago*). ¡Qué horror! La cólera de Belo se refleja en las negras nubes. (*Suenan prolongados truenos.*) La tierra, envuelta entre nubes, parece el leon calenturiento que ruge de rabia en su oscura madriguera. ¿Qué nos querrán nuestros dioses, cuando tan irritados hablan por la voz de sus tempestades? (*Se oye gran rumor de armas.*) Los bárbaros llegan hasta la puerta del templo. ¡Ah! Ya la rompen. Ya cae á los golpes de sus hachas. Entran, y á todos hieren, y todo lo profanan. Belo, Belo, sálvanos. (*Arroja la cuchilla y huye.*)

Oriel se levanta. Innumerables guerreros inundan el templo con espadas ensangrentadas en las manos).

LOS GUERREROS.

Desnudos, montados en nuestros caballos salvajes que vuelan como el viento, hiriendo con nuestras armas la tierra que despide chispas cual la tempestuosa nube ardientes centellas, perdidos en las abrasadas espirales de las arenas del desierto como en la cólera del géniio de las tinieblas bebiendo á torrentes la sangre repartida de mano en mano en los cráneos de nuestros enemigos, hemos aniquilado pueblos como el incendio consume árboles en el bosque, hemos aplastado bajo nuestros piés vientres humanos como el labrador aplasta uvas en sus lagares, hemos talado campos dejándolos yermos para siempre á manera de voraces langostas, hemos iluminado nuestro camino con el fuego prendido á las ruinas de mil ciudades; de suerte que la destruccion ha sido nuestro númen, el incendio nuestra guía, la sangre nuestra bebida, y la muerte nuestro triunfo. Y en esa larga carrera, ébrios de sangre, desvanecidos con el olor de los cadáveres, aturdidos con los gritos y las maldiciones de nuestras víctimas, sofocados

por el humo de los incendios, heridos por las alas de los cuervos que venian al olor de la matanza, locos por nuestras victorias y el placer de derribar ciudades como el segador derriba con su hoz espigas, un grito escapado de todas las roncás gargantas nos alentaba; el grito de Babilonia, reina de Oriente, que habia de ser el primero y el más grande de todos nuestros despojos. Y aquí hemos pisoteado reyes, hemos violado hermosas vírgenes cuando estaban en el estertor de la agonia, hemos bebido sangre en los vasos de los templos, hemos calentado el veneno de nuestras flechas en hogueras alimentadas por cuerpos de esfinges y de dioses. Derrocamos estas pirámides, esparciremos las piedras de estas capillas, fundiremos al fuego en que arde la ciudad sus mesas y sus cráteres de oro, pulverizaremos sus grandes colosos, romperemos las tablas astronómicas, desbandaremos sus sacerdotes, arrojaremos á las hogueras sus vírgenes, y en torno de esta inmensa pira, que cubrirá con sus nubes de humo el cielo, danzaremos aullando, como el feroz tigre ya harto hunde sus uñas en la presa por el contento que le causa revolcarse en los miembros palpitantes y respirar el hedor de la sangre.

ORIEL.

Me han salvado. Pero ¡qué horror! Las espadas de esos bárbaros se clavan en todos los pechos. Las virgenes caen sobre el ara exánimes. Los sacerdotes quieren huir, se resbalan en la sangre que corre por el pavimento, se desploman, y son inmolados por la hambrienta espada de sus enemigos. El pueblo, horrorizado, sin saber defenderse, entrega el cuello como la oveja al sacrificador. Un grito horrible puebla los aires. Un rio de sangre empapa la tierra. Bandadas de gente dispersa corren por todas partes. Las madres se llevan sus hijos en los brazos, y á lo mejor un soldado se los arranca del maternal regazo y los arroja á las llamas. ¡Qué horror! ¡qué horror! Valdria antes cegar que ver tantas víctimas, tanta sangre, tantas cabezas rodando, tantos miembros mutilados, tanta desesperacion y amargura.

UN GUERRERO (*acercándose á Oriel*).

¿Tú eres aquí extranjero?

ORIEL.

Sí.

EL GUERRERO.

Te libertamos de la comun desgracia, y serás desde hoy esclavo de mi rey.

OTRO GUERRERO (*que trae á Sara*).

Esta mujer es tambien extranjera. Al carro de guerra, porque es un don para el rey. (*Sara y Oriel son maniatados en carros de guerra como despojos de la batalla.*)

ORIEL (*á los guerreros*).

¿Y Ninias?

UN GUERRERO.

Ha muerto herido por mi flecha.

ORIEL.

¿Qué gran clamoreo es ese?

UN GUERRERO.

Es el confuso graznar de los cuervos que hambrientos se ceban en el cadáver de Babilonia. ®

LOS ANGELES (*subiendo al cielo*).

Señor, ¿ha sonado la hora de la redencion del esclavo?

UNA VOZ EN LA ETERNIDAD.

No... no...

LOS ANGELES.

Anda, misero esclavo, sobre la tierra empapada con tus lágrimas. Rodarán los imperios en el polvo, pasarán como bandadas de buitres los señores del Asia, caerán unos sobre otros los templos como los árboles de un bosque azotado por los huracanes, huirán los dioses del Oriente como del nido huyen los pajarillos que ven crecidas sus alas, y tú, pobre esclavo, negra piedra, seco tronco, sobrevivirás á tantas ruinas, viendo transformarse todo en el Universo, ménos tu dolor, eterna gota de hiel que siempre quedará en el fondo de estas sociedades. Sigue tu camino sembrado de abrojos. El sacerdote de estos ídolos te arrastrará á sus aras para ofrecerte en holocausto; el déspota te hará instrumento de sus crímenes y de sus venganzas; el guerrero te llevará ceñido á la cola de su caballo para que extermines á sus enemigos; el sabio pasará por tu lado menospreciándote, sin comprender el misterio que llevas en tu conciencia, más sublime que los misterios de los astros en el cielo; el mercader te arrastrará á sus mercados á venderte por cualquier precio, y todas

las razas de la tierra escupirán hiel á tu rostro, maldiciones á tu alma. Y ninguno de los que pasen á tu lado comprenderá que tu alma es más pura que la primer luz que brotó sobre el Universo, y tu aliento más vivificador que el primer soplo de brisa que exhalaban los mares al rodar en los espacios, y tu idea más luminosa que el primer sol que se alzaba en la inmensidad desierta sacudiendo mundos y cometas de su agitada cabellera de fuego, y tu origen tan divino como el origen de los ángeles que llevaban en sus alas al través de las trombas y de los torbellinos bituminosos del caos la bendición de Dios á la naturaleza. Sigue, sigue tu camino. Las castas te despreciarán, y ni siquiera dejarán escrito tu recuerdo en la conciencia de la humanidad. Pero algun día te vengará la eterna justicia, reivindicando para ti el númen de los tiempos y de las civilizaciones. Y cuando se desentierren las piedras de los templos y de los palacios, y se vea en ellas las manchas de tu sudor y de tu sangre; y se busquen los cimientos de los imperios, y se vea que el único cimiento eran tus espaldas; y se escarbe en la arena para encontrar los restos de los dioses, y se revele con asombro que tu cincel era la inspiración y la vida; el mundo te levantará un altar,

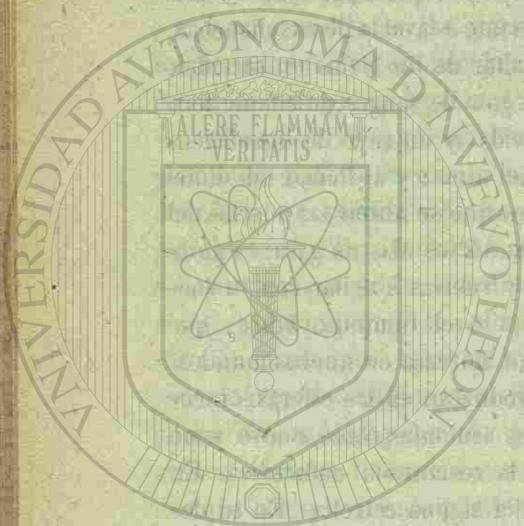
la humanidad llorará con lágrimas y sangre tus dolores, las arpas de los poetas entonarán eternas elegías á tu historia, y merecerás que el mismo Dios abandone su trono de nubes, su corona de estrellas, para redimirte y exaltar á su verdadera dignidad tu oscurecida naturaleza. Sigue, sigue tu camino. Aún te quedan largas horas de martirio. Te encontrarás en el desierto, y cuando suene la trompa guerrera y se lancen furiosos unos contra otros los ejércitos, como el viento se lanza sobre las olas y las olas se arremolinan en el viento, creerás que del choque de las espadas, de las centellas que lanzan los escudos, de la nube de polvo que cubre el horizonte, del encuentro de los encendidos carros, va á salir una llama que derrita tus cadenas, y sólo alcanzarás sentir las con mayor pesadumbre en tus destrozados hombros. Te hallarás en un bosque, libre, errante, viendo á tus piés el mundo y sobre tu cabeza el cielo, entregado á escuchar el ruido de la sonante catarata, el concierto que elevan en alas de las áuras á Dios todos los seres, desde el insecto que zumba en el polvo hasta el cuadrúpedo que ahulla en la selva, y desde el cuadrúpedo que ahulla en la selva hasta el ave que canta en los vientos; y cuando creas segura allí tu vida, se ar-

rojará sobre tí el bandido de los cercanos pueblos, y con una argolla al cuello te llevará al mercado para venderte por un pedazo de lino que cubra sus carnes, por un bocado de pan que mate su hambre. Vagarás por los mares en las naves que el hombre te obligará á formar de los grandes pinos y de los altos cedros. Y al ver la inmensidad sobre tu cabeza y bajo tus piés, los húmedos vientos que vuelan levantando espumas, las olas que hierven, los astros que se retratan en la líquida superficie, las celestes aguas que se pierden allá en los ilimitados horizontes; al oír el ruido del mar que habla con la voz de sus corrientes y de sus brisas, la tempestad que muge y hace palpitar los abismos del Océano; en aquel templo donde lo infinito se revela con toda su majestad al hombre, te creerás libre, y al querer usar de esa libertad te hallarás más esclavo que el pólipo pegado á la roca ó la cinta de alga vomitada por las aguas en la arenosa ribera. Llegarás á un bosque de mirtos y lentiscos, cubierto de yedra y de azules campanillas que broten de las hermosas enredaderas, y entre las sombras que las verdes ramas extiendan en la yerba bordada de flores y ceñida de parleros arroyos que compitan en sus blandos susurros con las canoras

aves, verás tendidos, pulsando arpas y cítaras, coros de poetas que llenen los perfumados aires con los lamentos de los grandes dolores; y al mostrarles tu corazón herido, tu alma oscurecida, la cadena que se ha clavado hasta en tus huesos, el reguero de lágrimas y sangre que has dejado sobre toda la tierra, no sabrán sacar de tus dolores ni un cántico, y continuarán sin derramar por ti una lágrima, cantando otras penas que no son tan duras como tu horrible pena. Descubrirás en tu larga peregrinación una inmensa hoguera alimentada por los yertos troncos de cien generaciones de pueblos, y al rededor de esa hoguera danzando legiones de guerreros que á la ardiente lumbre forjen sus espadas más encendidas que el rayo vibrado por la mano de Dios; y cuando veas arrojar en esa ardiente hoguera dioses, aras, cetros, templos, razas, como el leñador arroja ramas secas á la lumbre que vuelve las perdidas fuerzas á su aterido cuerpo, crearás que va á salir de allí una luz de libertad, y sólo aparecerá inmensa nube de humo, entre cuyas sombras se abrazarán y se confundirán las gentes como se abrazan en la desierta orilla dos navegantes que se han salvado de horroroso naufragio. Pero tu libertad, tu derecho, tu familia, tu ho-

gar, tu pensamiento, tu conciencia, tu Dios, sólo podrás encontrarlos el día que caiga sobre la tierra una lágrima bastante á lavarla de sus manchas, y se celebre en el altar de los cielos un sacrificio inmaculado, y una gota de sangre dulcifique toda la amargura de la vida, y un rayo de luz encienda en divino amor el alma; y al llamar al dintel del sepulcro alcances que se abren las puertas del cielo para que renazcan tus alas de gasa, tu guirnalda en la frente, y vuelvas á agitar con tu vuelo reposado y tranquilo el luminoso éther, que animado por el amor florezca en nuevos mundos, cuyos conciertos produzcan en las esferas, incommunicables y divinas armonías como nuevo y no aprendido canto de la restaurada naturaleza. En tu noche, pues, brilla alguna estrella. En tu desierto brota alguna flor. En tu tristeza cae alguna lágrima. En tu dolor se ve brotar alguna esperanza. Para tu esclavitud habrá, sí, habrá REDENCION. Sigue, misero esclavo, tu camino por la tierra empapada con tus lágrimas.

FIN DE LA JORNADA TERCERA.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

EL CAMPO DE BATALLA.

JORNADA CUARTA.

ORMUZD.

Mi túnica es el aire, la luz mi manto, el cielo sembrado de estrellas mi escudo, el sol mi casco, la aurora mi lecho, los cometas mis espadas, el rayo la chispa de mis armas, el trueno el ruido de las ruedas de mi carro, el espacio mi templo, el día mi celeste mirada que inunda de rosados reflejos los horizontes, y los átomos de éther en cuyos luminosos resplandores todas las cosas se bañan, son los génius que me sirven, los espíritus que me obedecen y que llevan á la naturaleza el eco sagrado de mi bendita palabra. Dioses del Oriente, ya habeis dormido largo tiempo en vuestras aras, en los altares de piedra, entre el humo de los pebeteros, poseidos por una meditacion di-

vina, embriagados con el aroma de los sacrificios; despertáos, y acudid á mi llamamiento, que vá á interrumpir vuestro sueño para que os lancéis sobre el mundo como la catarata sobre los abismos, como la luz del día sobre las espesas sombras. La inmovilidad es la muerte, la meditacion sin las obras es la esterilidad. Y el templo se queda desierto, y el ara abandonada, cuando los dioses, léjos de moverse y andar, se paran, como el árbol que yace petrificado despues de luengos siglos en las rocas no dá ni flores ni frutos, ni siente derramarse por sus secas fibras la vivida sávia. Venid, venid, pues, montados en alas del huracan, precedidos de los negros caballos de la tempestad, arrastrando en las orlas de vuestro manto las estrellas como el viento arrastra las amarillas secas hojas, blandiendo los inmensos cinceles con que habeis tallado el mundo en la soledad del espacio, mugidores como ondas de ideas que se arremolinan sobre la naturaleza, iluminados como el Oriente al despuntar el sol, y someteremos toda la tierra á nuestro dominio, para cuya obra mando yo caballos con diademas de oro, bueyes cubiertos de púrpura, serpientes con alas de serafines, cocodrilos, ángeles con centelleantes y aterradoras espadas, inmóviles y hermosas es-

finjes ceñidas de guirnaldas de flores, los tipos de todas las cosas, los ideales de todos los mundos. Yo, suspendido sobre lo infinito, coronado con la primera luz que doró el mundo, rodeado de estrellas como de abejas la flor que guarda dulce miel en su cáliz, agitando la tempestad, tendiendo la luz del relámpago sobre los abismos á donde no alcanza el fuego de la vida, levantando con el choque de mi cetro en las alturas nuevos seres, os llamo á este festin de la vida universal, á esta explosion de nuestra misteriosa esencia. Venid, pues, dioses del Oriente, venid, y nos exparciremos por los pueblos como se exparcen las mariposas en primavera por un campo cubierto de pintadas y aromáticas flores.

ARIHMAN.

No, no se extenderán por la tierra; que yo lo impediré. Encerrado en mi negro antro, cubierta mi frente de tinieblas, perdidas mis plantas en la nada, ateridos mis miembros de frio, congeladas mis lágrimas en mi barba de víboras, rodeado de tigres y de chacales que rompen con siniestro ruido huesos humanos entre sus dientes, produciendo con mi aliento escorpiones, con mi avieso mirar espesas sombras, dejando la esterilidad donde

quiera que pongo la planta, la muerte donde quiera que pongo el pensamiento; yo he nacido para luchar, para revolcarme en la sangre, para alzar mi soberbia hasta el sol y arrojarlo en lo profundo como una pobre pavesa: que bajo mi dominio tengo las tinieblas, el amargo mal, veneno con que puedo emponzoñar todo el Universo. Mira mis ejércitos hambrientos de matanza. Son la víbora que lleva en sus fáuces amargo veneno, el lobo que aulla hociqueando en las entrañas calientes de sus víctimas, el tigre que acerca sus uñas para lanzarse sobre la codiciada presa, el buitre que grazna en los festines de carne cruda, el insecto venenoso que roe los troncos de los árboles, las langostas que esterilizan los campos, los murciélagos que sólo pueden vivir entre tinieblas, el buho traidor, la siniestra lechuza, las sombras que oscurecen las estrellas, las aviesas pasiones que agitan el corazón del hombre; cortejo de males que se lanzan á una voz mía sobre la tierra, y la maltratan, y la hieren, y la arrastran en larga y dolorosa agonía, y la cubren con las cenizas de la muerte. Hiende, Ormuzd, con tus flechas de luz los espacios, llama al mágico sonido de tu voz los coros de las estrellas, canta sobre las nubes, ya argentadas por el rayo de la luna, ya ceñidas

de púrpura por el resplandor de la aurora, sumérgete en el rocío que al nacer la mañana humedece los campos, baña tu alma en las esencias de las flores que agitadas de amor abren al dulce besó del áura sus corolas, en tanto que yo tejo con los hilos de mis sombras, con las telas de mis arañas, con las alas de mis murciélagos, con las pieles de mis ratas, con los negros vellones de mis negras tempestades, un sudario que, arrojado sobre tu luz, tus armonías, tus ilusiones, las aniquile, y sólo deje de tu existencia un poco de ceniza que mi soplo arrastre á los abismos de mi reino para que en ellas se revuelquen mis tigres. Y cuando despues de esta guerra yo recorra triunfante en alas del viento mis dominios, en vez de sol habrá una inmensa y negra araña envuelta en tinieblas, y en vez de astros montones de lava fría, y en vez de tierra un sepulcro entreabierto lleno de gusanos, y en vez de ángeles con sus coronas de oro buhos y murciélagos que agiten las tinieblas con sus alas, y en vez de esa alegría que derramas por toda la naturaleza, mi negra desesperación. Vamos, vamos á la guerra.

LOS PERSAS (*en el campo de batalla*).

La trompa guerrera vá á sonar. Comencemos

la batalla por una oracion á todo lo creado. Bendito sea el primer rayo de luz de que se armó el sol, el primer espacio del cielo que se extendió sobre la tierra, las flores que abrian sus cálices al primer suspiro del áura; el mar que se tendió celeste y puro sobre su lecho, el primer torrente que se despeñó reproduciendo en el estruendo de sus aguas las armonías dulcísimas de la creacion, la primer mariposa que se levantó de la flor, la estrella que trazó su huella con el resplandor de la luz inmaculada, la gota de rocío que lloró la primer aurora del Universo en los bosques agitados por una plegaria religiosa, la creacion ideal y divina que se cierne sobre esta creacion transitoria y fugaz como la idea sobre la estatua, como el espíritu sobre el cuerpo.

LOS ESCITAS *(que pasan corriendo por los limites de un campo de batalla).*

Ven, viento del desierto, y traénos en tus alas el grito de guerra. Venid, chispas de nuestras espadas, y guiadnos al campo de nuestros enemigos. Tinieblas del abismo, envolvednos como el ave nocturna, para que clavemos las garras en el vientre de nuestras victimas. Espada, ten hambre de carne; flecha, ten de ardiente sangre ardiente

sed. Vestido de cuero que nos cubres, pronto te vamos á dejar para vestirnos con la piel curtida de nuestros vencidos. Hacha que centelleas en nuestras espaldas, tu reflejo brilla en la batalla como el relámpago en tempestuosa noche. Lanza que vibras en nuestras manos, tu punta es más acerada y más terrible que la punta del rayo. Sí; al lanzarnos sobre el enemigo hambrientos, lucharemos para vencer, y despues de vencer tendremos un festin de carne de caballos y leche de camellas. Y en medio del campo cubierto de cadáveres, sobre la pira formada de leños secos levantaremos nuestro único dios, nuestra espada, ofreciéndole sacrificios de victimas humanas y libaciones de hirviendo y negra sangre. Y vencedores volveremos á la choza de nuestros padres, entre el polvo del combate, llevando en el cuello de nuestros negros caballos las cabezas de los rotos enemigos, y en el carcax que cubre nuestras espaldas sus manos derechas, y en los hombros el pellejo arrancado á sus cadáveres. Gritemos como el cuervo hambriento, rujamos como el leon en su calentura. Corramos á la batalla con la ligereza del viento, con el furor de la negra tempestad.

LOS PERSAS.

Aparejemos nuestros carros de guerra, y arro-
jemos en ellos nuestras mujeres, nuestros hijos,
nuestros idolos. Corramos á encontrar á nuestros
enemigos. Que la cólera sea el aguijon de nues-
tros pasos. Venid pronto, soldados de los campos
y de las ciudades, y aguzad vuestras armas. Ve-
nid, quiliarcas persas, más temibles en la batalla
que el fuego de la tempestad en las selvas. No re-
posemos un instante, y lancémonos audaces sobre
los enemigos de nuestra raza, sobre los que no
quieren reconocer nuestro incontrastable dominio.
Sigannos á la batalla todos nuestros grandes y
formidables tributarios: los indios cubiertos de
blanco linó, montados en sus elefantes; los etio-
pes que llevan sobre sus negras carnes doradas
pieles de leon; los pueblos cazadores que aco-
meten sin armas y á bocados á sus enemigos; los
medas cubiertos de púrpura y oro, resplandecien-
tes de riqueza; los hijos de las libicas regiones,
tendidos en sus carros, destellando odio y ven-
ganza de sus ojos; los árabes en sus erguidos ca-
mellos, lanzando gritos agudos como el buitre so-
bre el cadáver, y moviéndose como la abrasada
arena en los remolinos del viento; los esclavos fe-

nicios á quienes por compasion no hemos arran-
cado los ojos, y que sobre su yunque nos forjan
escudos y armas; todos arrójense audaces sobre
su presa, para dar un tributario más á la reina
de las gentes, á la Persia.

CORO DE ESCLAVOS.

Abrid paso al rey de los persas, al hijo de los
dioses, al más grande y más sublime entre los
hombres, al que tiene en sus manos nuestra vi-
da y guarda en su arco nuestra muerte. Corre,
señor, con la celeridad del luminoso relámpago
por este campo, donde tu voz despertará todos
los corazones, como el primer rayo del sol des-
pierta á las aves dormidas en los árboles. A una
palabra tuya, á una señal de tus manos, los ca-
ballos volarán como las negras nubes en alas del
huracan, los arcos lanzarán más flechas que áto-
mos de luz el radiante sol, las espadas destilarán
sangre enemiga de sus cortantes filos, resonarán
los escudos como las nubes por la tempestad es-
tremecidas, y los campos quedarán cubiertos de
bárbaros que reconocerán en su agonía todo el
poder de tu brazo, toda la fuerza de tu incon-
trastable voluntad. Miradlo: su túnica de seda
está tejida en Babilonia, su manto de púrpura te-

ñido en Tiro, sus sandalias de oro hechas en Bactriana, las perlas de sus brazaletes pescadas en los mares de Chipre, las esmeraldas de su corona arrancadas á las tierras de Golconda, el carro de guerra es de los reyes de Ninive, el arpa de oro que lleva á su lado de los despojos de los hebreos, la silla de marfil en que se sienta es del botin de Egipto, las flechas que penden de su espalda son de Etiopía, el escudo de acero que vibra en su brazo ha sido forjado en Persépolis, las guirnaldas de flores que á sus piés se extienden, entrelazadas por las manos de sus esclavas sirias, el quita-sol que le dá sombra arrancado con la vida en el campo de batalla á un rey de la India, los negros caballos que le arrastran robados al árabe errante en el desierto, y los esclavos que le siguen, traídos de todas las regiones de la tierra, que se postran asustadas ante su inmenso poderío. Corre, señor, que el mundo entero te saluda. Mezcla en tu copa gotas de sangre de todas las razas, reúne en tu ejército soldados de todos los pueblos, guarda en tu serrallo mujeres de todos los climas, pelea con armas usadas por todos los guerreros, corre á tu antojo por el mundo sin que te detenga ni monte, ni rio, ni mar, convoca en tu templo los dioses de todas las religiones, y arrojando

á tus piés todos estos elementos, crea con su ebullicion una nueva vida. Postraos, soldados, confundíos en el polvo, bajad vuestra frente, cerrad vuestros ojos, porque el rey que pasa, ciega con sus lucientes resplandores, como el sol, á cuantos le miran cara á cara. Bendito seas, bendito seas de generacion en generacion y de gente en gente, tú que has domado todas las razas y que tienes por escabel toda la tierra; bendito seas, señor de los persas.

KAI-KOSRU.

Sátrapas, soldados, oidme, que soy rey de reyes. Ya sabeis que hemos corrido el Asia en alas de nuestro poder y de nuestra gloria. La Siria nos ha ofrecido sus palmas, la Media sus negros caballos, la Lidia los tesoros de sus reyes, Babilonia los secretos de sus magos, el Egipto la ciencia de sus sacerdotes, Ninive el arco y las flechas de sus héroes, la Arabia sus tribus errantes, la Etiopía sus negros esclavos, la India sus flores, su oro, su lino, sus dioses, y hasta las tribus bárbaras que viven apartadas y recludas en negras madrigueras, han reconocido nuestro poder, se han sujetado al yugo de Persia, aunque jamás vieron la sombra de nuestras banderas. Sólamen-

te los escitas, engendros de la noche, que han sido ennegrecidos por las tinieblas, sedientos de sangre, hambrientos de carne humana, creen que pueden desafiarnos, porque Arhiman les ha envenenado sus flechas, sin saber que nosotros llevamos en el pecho la luminosa coraza de Ormuzd. El mundo entero es una lucha; de un lado están los génius de las tinieblas, escupiendo la noche de sus fauces, armados con el puñal de la muerte, habitantes de los negros abismos, que se extienden sobre el espacio como la negra lava escupida por el volcan sobre las flores; y de otro lado están los ethéreos hijos de la luz, con sus alas de áuras, sus coronas de estrellas, sus túnicas de color del cielo, sus labios sonrosados por los besos de la aurora, vertiendo la luz en su camino, y llenando de armonías el Universo; y en esa lucha de la luz con las tinieblas, debemos mezclarnos, confundirnos los que hemos nacido de los amores del sol con la tierra, para auxiliar al bien á que precipite al mal en sus negros y pavorosos abismos. Vamos, hijos de Ormuzd, nacidos del rayo de sol que ilumina los espacios, vamos á esterminar á nuestros enemigos. El cielo nos guia, y el infierno en que Arhiman yace encadenado hierve bajo nuestras plantas. ¡A la guerra, á la guerra!

ORIEL (*tendido á un lado sobre un escudo*).

¡Ah! No puedo más. He corrido tras ese carro, envuelto en una nube de polvo, cargado con este inmenso escudo. Si me detenía un instante á recoger aire en mi pecho para continuar mi carrera, los soldados que me seguian cruzaban mi desnudo cuerpo con sus látigos. Si iba á beber en algun arroyo, los caballos de los medas saltaban sobre mi cabeza y me herian con sus cascos la frente. Si pedía un poco de alimento para reponer mis fuerzas, me contestaban los cortesanos escupiéndome al rostro y burlándose de mi debilidad y de mi flaqueza, en tanto que devoraban riquísimas viandas. ¡Y yo, yo obligado á batirme en estos campos, en estas guerras, sin amor á los que me mandan, sin odio á los que me combaten! Y bajo este ardoroso enrojecido sol, en esta tierra candente, rodeado de hombres que ahullan como fieras, que beben la sangre de sus enemigos, yo, yo me veo obligado á asestar mi flecha, que no sé dónde va á parar ni en qué cuerpo se clavará, y soy ¡ah! soy asesino inocente. ¡Cuántas veces, al pasear mi lacrimosa mirada por los desolados campos, y ver tantos cadáveres, pálidos, teñidos en sangre, un negro remordimiento ha asaltado

mi conciencia, un dolor agudo ha herido mi corazón, y de rodillas, les he hablado como si fueran capaces de oirme, y les he dicho que me perdonaran por si acaso mi flecha les había dado la muerte, que yo condenaba con todo mi corazón, con toda esta voluntad, que no es mía, sino de los que se llaman mis señores; y absorto en estas reflexiones he derramado sobre los yertos troncos un mar de lágrimas, que por su calor hubieran podido devolverles la vida! Cuando se oye la trompa guerrera, cuando resuenan las voces precursoras de la batalla, los caballos relinchan, los elefantes sacan su inmensa trompa, los soldados gritan y mueven sus armas, todos los ojos lanzan relámpagos siniestros, todos los corazones se encienden; y yo, frío, indiferente á la lucha, sólo siento que cada gota de sangre derramada cae sobre mi corazón como una gota de plomo derretido. Para mí no hay más que dolores, no hay más que tormentos en esta larga ascension á mi martirio. Cuando corro por el campo de batalla, doquier veo un cadáver, me paro á considerar cuántos corazones habrá herido con su muerte, cuántas almas habrá oscurecido; y envidio al que muere con la dulce esperanza de recibir en sus frías cenizas una calorosa lágrima. Séres que en el

horror de la batalla habré muerto con mis flechas envenenadas por mis señores, mi voluntad os deseaba la vida, mientras mi brazo os daba la muerte. Mirad si hay dolor comparable á mi dolor. Al ménos vosotros, en la tumba fría, en brazos de la muerte que todo lo descompone y sobre todo arroja el negro sudario del olvido, sois felices, y no teneis sobre vuestras espaldas el látigo, ni sobre vuestra alma el desprecio de estos déspotas. Morir, dormir en el polvo, es descansar para siempre; en tanto que vivir así, dolorido, sin voluntad, sin conciencia y sin esperanza de redencion, es arrastrarse en la muerte, pero en una muerte tan negra y desesperante, que nos aniquila para toda alegría y para todo bien, dejándonos sólomente vivos para el dolor. ¡Qué desgraciado nací! Veo á mi lado pasar las generaciones, renovarse las olas de los siglos como se renuevan las ondas del mar, caer unos dioses y de sus ruinas levantarse otros dioses, huir las ideas de la conciencia como huyen barridas por el huracan las nubes del horizonte, derretirse las coronas en la frente de los reyes, desaparecer los ejércitos vencidos y los ejércitos vencedores y hundirse todos en la sima del olvido, borrarse los templos del espacio como se borran del desierto las hue-

llas de la errante caravana; y en esta renovacion universal, en este cambio y movimiento constante de todas las cosas y de todos los seres, cuando espero que la muerte venga y me dé su ósculo, y me haga apurar hasta las heces su cáliz, y me recline en su regazo, y me arrulle con su frio aliento, y me dé ese eterno envidiable sueño en que todo mi sér se borre, y con él se borren todos mis dolores, permanezco aquí mudo é inmóvil, semejante á la eterna esfinge que lleva sobre sus espaldas un templo, cual-si de mí toda la vida y todo el sér de esta sociedad dependiese. Y hay que luchar, porque así lo mandan mis señores. Y hay que matar, porque mis señores lo dicen. Oigo resonar los instrumentos bélicos. Una inmensa y confusa gritería llega hasta las estrellas. Nubes de polvo cruzan en todas direcciones, envolviendo en sus torbellinos los negros caballos que vuelan como el huracan. ¡Ah! La muerte se levanta, extiende sobre el campo sus alas de murciélago, y arroja de su boca su envenenado soplo. ¡Oh muerte! ¡Oh muerte!

UN SOLDADO PERSA (*que tropieza con Oriel*).

Levántate, levántate, esclavo. Más valiera que oyese el son de la guerrera trompa que te llama

al combate. Corre, vuela, ó de lo contrario te azotaré con mi látigo. ¡Oh! La muerte siempre nos ha de herir á nosotros, hijos de las montañas, nacidos en Persia, y ha de respetar á los esclavos, á los hijos de los extranjeros que tal vez en la guerra azotaron á nuestros padrés. Levántate, perro vil, levántate, y sígueme á la lucha, á la batalla.

ORIEL.

Soy esclavo del hijo mayor del rey. Me ha mandado detenerme aquí, y aquí me detengo; y cansado de mi larga carrera, me tiendo sobre este escudo. Si me he tendido aquí, ha sido por su voluntad, no por la mia, que es ninguna. Jamás, jamás tuve yo voluntad. Si en algo, soldado, por estar ahí te he ofendido, perdóname. Ya sé que debo agradeceros mucho el pedazo de pan que como y el suspiro de aire que respiro, porque nada, nada merezco, de nada soy digno, como engendrado en la desgracia y nacido para la servidumbre.

EL SOLDADO PERSA.

Toma, y calla. (*Le dá con su espada unos golpes en la espalda, y sigue su camino*).

ORIEL.

Todos me maltratan, y yo no tengo ánimo siquiera para mirar á los que me maltratan. El menosprecio de todos, el látigo siempre chasqueando en mis oídos é hiriéndome en todo mi cuerpo, las maldiciones de los pueblos, el hábito de la servidumbre, de tal suerte han clavado hasta mi corazón las cadenas, que al ver un hombre que se pertenece á sí mismo, que tiene voluntad y hogar, y familia y dioses, tiemblo en su presencia, y creo que puede golpearme, herirme en justicia, porque él es poderoso y yo soy esclavo; y así mi vida es un largo martirio sin tregua ni descanso, y el olvido de todos es mi único refugio, mi consuelo único. El ejército enemigo avanza. El rey se apresta á la lucha; su hijo, que es mi dueño, también; corramos, esclavos, corramos al campo de batalla.

EL JEFE DE LOS ESCITAS (*á sus gentes*).

El relámpago de la guerra brilla presagiándonos la gran tempestad. Sonad los atambores mágicos hechos con la piel de nuestros enemigos. El campo de batalla nos ofrece gran botín, montones de riquísimos despojos, hermosas mujeres,

vino para embriagarnos, carne cruda y sangrienta para hartar nuestra rabiosa hambre. Fruncid las cejas como los géneos de la guerra cuando van á blandir el rayo sobre sus enemigos; despedid de los sanguinolentos ojos siniestros y tétricos resplandores como la nube tempestuosa despidiendo el relámpago, y arrojáos sobre los persas como las ondas abrasadas de arena sobre la errante caravana, ahogándolos en el humo de vuestro encendido furor. Cuando el arco se quiebre, cuando la flecha esté saciada ya de hirviente sangre, cuando la espada se haya roto de quebrar huesos, arrojáos sobre los árboles del camino, arrancándolos con esa fuerza indomable que os dieron nuestros géneos guerreros; aplastad al enemigo, hasta ver si machacáis contra las piedras la cabeza coronada de Persia. Cuando no hay armas, las rocas sirven para aplastar á los enemigos, las rocas despeñadas de las altas montañas por la ira son como las piedras que en su ímpetu arrastran los torrentes. Así nos llegaremos á los muros de sus ciudades, arrancaremos sus pesadas puertas de acero, demoleremos sus orgullosos templos que desafían al cielo, cargaremos nuestros caballos con sus ídolos de oro, haremos nuestras esclavas á sus mujeres, y hervirán sobre sus ciudades

nuestros ódios como hierve el mar cuando sepulta una isla en sus amargas espumas. Corred por la llanura como corre el viento por el desierto. Azotad á vuestros caballos para que se lancen sobre el enemigo como la nube oscura sobre la tierra; y allá, al fin de la batalla, os aguarda el premio más hermoso. Repartireis la púrpura de esos príncipes; os enriquecereis con sus piedras preciosas; el trono de oro en que se asientan servirá de lecho para vuestros placeres, sus palacios y sus templos de cuadras para vuestros caballos, sus pueblos de esclavos, sus dioses de juguetes para vuestros hijos, sus armas de pira para vuestros altares, y os gozareis en descuartizar un imperio y arrojar sus miembros destrozados á las panteiras y á los tigres del desierto. Asestad, asestad vuestro arco y despedid vuestra flecha: que pronto vereis por tierra derrocado el gran coloso, terror de vuestros padres. Ahuyentareis á sus defensores á poca costa, como se ahuyenta con un grito á un cuervo. No temais. No hay caballo tan ligero como el caballo del desierto, no hay flecha tan venenosa como vuestra flecha, no hay arco tan potente como vuestro arco, no hay, no, guerrero que pueda ponerse sin temblar delante del escita, que hace á sus dioses libaciones de sangre.

Corred, corred á la pelea, hijos del desierto.

KAI-KOSRU (*desde el campo persa*).

Venid, ejércitos míos, seguidme á la pelea. Ningun poder de la tierra ha reunido como yo tantos pueblos bajo los pliegues de su manto. Los que bebeis las claras aguas del Oronto; los que habitais en los picos del Libano en compañía de las águilas; los que me debeis, hijos de Palestina, que haya roto vuestras cadenas y os haya devuelto á vuestro inmenso templo; los que nacisteis en las altas montañas que son como el lazo de todas las cordilleras del Asia; los habitadores inquietos del desierto, que envueltos en vuestros mantos de lana blanca pareceis entre el polvo del combate ardientes nubes que rozan las abrasadas arenas; los que respirais las frescas áuras del Indo y venis armados de vuestro arco á la pelea, seguidme: que vamos á exterminar á esos bárbaros escitas, que quieren sacrificarnos en aras de sus horribles divinidades sedientas de nuestra sangre. Mirad su jefe, con su arco á la espalda, su cuerpo cubierto de pieles de tigre, sus piés y sus brazos desnudos, sus megillas pintadas de sangre, su mano agitada por la rábía, y su lábio vibrando palabras de maldicion contra nuestro poder, palabras hir-

vientes como un rayo y tempestuosas como la cólera de la naturaleza; y á su grito salvaje todos los pechos roncan y hierven como roncan y hierven los abrasados volcanes en las altas cimas de las montañas coronadas de fuego. Lancémonos corriendo á la pelea: que al fin de nuestra carrera está la victoria. Corred, corred al combate; seguidme, pues ardo en anhelo infinito de cebarme en esos pueblos, los únicos que han resistido hasta hoy el poder de mi brazo, capaz de remover las piedras de los cimientos donde se asienta el Asia. Seguidme, seguidme, y volad, soldados, en alas de vuestra ira. Corred conmigo á la pelea, hijos de la guerra.

ORIEL.

¡Oh! la fatalidad me impulsa á la guerra. Ya se encuentran los dos enemigos y chocan fuertemente con horrible estruendo. Un clamor espantoso, un clamor de odio puebla los aires. Los dientes rechinan de furor, y las armas se encuentran centelleando á la luz del sol con terribles fulgores. El escita llega, se acerca, asesta su flecha, aplasta con su maza á su enemigo, y vuelve la espalda en rápida carrera, montando el arco, en tanto que nuevas bandadas vienen á cebarse en el

combate con la ferocidad de hambrientos tigres, sin dejar punto de reposo á sus enemigos, antes de continuo excitando su ardiente rabia y moviéndoles á enardecerse en la feroz pelea. Los escitas gritan odio y venganza. Todos ellos pelean. Sus ojos arrojan rayos, su boca espuma, su garganta roncos gritos, sus manos flechas, sus rostros asustan con su fealdad; movimientos convulsivos les asaltan en sus caballos voladores como el huracan, que se defienden tambien á coces, como si tomaran parte en la feroz pelea, siendo así sus ojos, sus dientes, sus brazos, todos armas. Ya no se oye más que el ruido que produce una gran catarata ó una horrible tempestad. Gritos, chasquidos de látigos, silbidos de flechas, arcos que se quiebran, escudos que vibran, caballos que relinchan, cuervos que graznan, moribundos que se agitan en la agonía, voces de mando que ruedan sobre el estruendo como la tempestad sobre el mar; toda esta gran confusion me parece un inmenso gemido lanzado por innumerables gentes, que expresan una pasión indigna del corazón humano, el siniestro, el terrible odio. ¿Y será posible que todos, todos, no obedezcan más que á la ira? ¿Y lo pregunto yo? ¿No estoy yo aquí, con mis flechas envenenadas á la espalda, mi arco en

la mano, mi espada al cinto, esperando que me toque la hora de matar? Y yo no siento ódio en mi corazón. Si pudiera, salvaría á esos infelices, á quienes amo mucho más que á mis déspotas y mis señores. ¡Y cuántos infelices serán movidos, como yo, á entrar en la atroz batalla contra su voluntad, cuántos! ¡Matar sin pasión, matar sin odio! Pues si el instinto de la vida no fuera superior á todo, ¿no debería yo en este instante matarme antes que matar? ¿Cuándo ¡oh cielo! acabará mi martirio?

KEKOBAD.

¿Qué haces ahí, esclavo? ¿No oyes el ruido de la pelea, que suena como la tempestad? Levántate, anda, y piérdete en el combate como el águila se pierde en las nubes. Respira sangre, vierte sangre, ahoga en sangre á tus enemigos, porque con sangre se amasan los imperios. Yo, tu amo, hijo del fuerte é invencible rey Kai-Kosru, yo voy á la batalla como el tigre va sediento de sangre á buscar en los bosques su presa para alimentar á sus hijos. Los pueblos viven de despojos de pueblos, como las fieras de los miembros de animales. Sígueme, armado de tu arco, porque la espada no puede caer en tus malditas ma-

nos, sígueme á disipar esa nube que quiere destruir á Persia. Y en la pelea, entre el centellear de las espadas, el silbido de las flechas, el resuello de los elefantes, el relinchar de los caballos, el grito de los heridos, el ¡jay! de los moribundos entonaremos el cántico que celebre la victoria alcanzada sobre las ruinas de tantos y tantos pueblos. La guerra es todo. En sangre se tiñen nuestros mantos, con tripas de nuestros enemigos se hacen las cuerdas de las liras para nuestros festines, sobre vientres humanos ruedan nuestros carros de guerra, con cabezas separadas del tronco levantamos nuestros altos tronos, porque la muerte es la más fiel y la más segura aliada de estos grandes imperios. Sígueme, esclavo, sígueme á la guerra.

ORIEL.

Señor, perdóname. Ya sé que me han regalado á tu padre, y que tu padre me ha regalado á tí; lo sé, y soy tuyo. Pero te ruego que no me mandes matar hombres á quienes mi corazón no aborrece. Si el námen del odio inspira al guerrero, correrá, se abrazará á sus enseñas, y morirá contento sobre el enrojecido polvo de la pelea. Pero entrar sin pasión en la ardiente lucha, com-

batir sin odio, asestar la flecha sin voluntad, temer herir, llorar al ver caer al contrario, correr á recogerlo, á levantarlo del suelo, á derramar en sus heridas bálsamo, no es propio de la guerra, y yo haria eso, porque yo no detesto á tus enemigos. ¿Qué me importa el imperio? Para mí el imperio es un calabozo. ¿Qué tengo yo que ver con tus dioses? Para mí tus dioses son verdugos. ¿Qué sentimiento de amor á este suelo ha de asaltar mi corazón? Este suelo para mis piés sólo tiene agudísimas espinas. No es ciertamente esta la tierra en que nací. No me une á ella ninguna raíz, porque ni sé mi cuna, ni conozco á mis padres, ni tengo conciencia de mi vida de ayer, ni presiento mi vida de mañana. No puedo entrar en la pelea, ni con amor, ni con odio. Y sin amor ni odio no es dable combatir, aquí donde todos sienten, donde todos aborrecen. Mándame lo que quieras, pero no me mandes que haga traición á mis sentimientos. Pide, si, pide tú de mí lo que yo mismo puedo pedir de mi naturaleza. Pero pedir que odie, que aborrezca á los hombres que ningún mal me han hecho, es pedir más de lo que yo puedo hacer. Compadécete de mí. Perdóname. ¿Quieres que vaya al combate, sediento de sangre, anhelante de matanza, como el cazador va

al bosque á matar fieras sólo por el placer de matarlas? Entonces, yo únicamente seria criminal. Mis manos serian las únicas manos manchadas de sangre en la pelea. Y de tantos ejércitos, de tantos soldados, el único asesino seria el esclavo, el inocente esclavo, que no tiene ni templo que salvar, ni altares que defender, ni patria que guardar, ni familia que proteger, y que sólo tendria corazones que herir. Perdóname, señor, pero yo no puedo ir á la pelea. Mira cómo en el rostro del soldado se pinta la ira y el odio que le mueven á la matanza. Yo no peleo, porque yo no odio.

KEKOBAD.

Infame sapo henchido de veneno, que en tu esclavitud y en tu abyeccion te ensorbeces con tu estúpido orgullo, calla, y corre á la pelea. ¿Quién eres tú para negarte á las órdenes de tu dueño, quién eres? Tú no puedes amar, no puedes aborrecer. El esclavo es en el reino ménos que la espada en manos del guerrero. Tú eres un instrumento, y nada más que un instrumento de matanza en la pelea. Como la flecha al salir del arco no pregunta si va á herir, si va á beber mucha sangre, si va á extinguir alguna existencia, tú, que eres ménos que la flecha, no debes pen-

sar qué vas á hacer en la pelea. El perro de caza no pregunta á su dueño el destino de la codiciada presa, y cuando la ve caer tinta en sangre, salta, corre, olfatea por todas partes, y si la encuentra, la lleva á los piés del cazador, meneando la cola contento y agradecido, bien pagado, aunque se muera de hambre, con una sonrisa. Ea, pues, á la lucha, á seguir jadeante mi caballo, á clavar la flecha en el corazon enemigo, á respirar la sangre; que con vapor de sangre se enardece la vida. Corre, corre, porque tú no tienes más ley que la voluntad de tu dueño.

ORIEL (*en medio del combate*).

Por fin me han arrojado en el seno de la pelea. La voluntad que me domina y que me arrastra, me ha sumido en este lodazal de sangre coagulada. ¡Qué horror! Las flechas cruzan por mi lado silbando como serpientes. Las espadas no brillan ya, porque han tomado el color mismo de la sangre. Un lamento infinito se eleva al cielo, que se oscurece como si quisiera llorar oculto y recogido tanta y tan fiera matanza. Aquí cae un infeliz que tal vez tenga madre. Allí otro se siente herido en el corazon, se lleva la mano al pecho como queriendo contener la sangre, y al despedirse de la

vida mira con afan los aires, buscando acaso en la última hora de la existencia una imágen adorada. Entre la horrible pelea, entre las armas, en los indecisos pliegues de una nube de polvo se vé una mujer que mira un cadáver. Es su compañero de toda la existencia. La pobre mujer lleva una criaturilla en los brazos, y la mira, y al verla sonreír, deja caer sobre sus lábios una lágrima tan amarga como el dolor del alma. La débil criatura, antes sonriente, llora como si aquella lágrima le hubiera quemado el rostro. Y la madre infeliz, al ver que una nube de enemigos se acerca, tal vez para llevarse el helado cuerpo y repartírselo como un despojo del combate, coje á su hija, la oprime contra su corazon, sollozando, la ahorca con las trenzas de su misma cabellera, y despues busca la espada del que ha muerto en el polvo, la encuentra, se traspasa el pecho, y cae exánime, lanzando tal vez una maldicion contra un mundo que necesita esos sacrificios, contra una tierra que nunca se sácia de sangre. ¡Quién me diera ahora volver á los bosques, desde la colina mirar nacer la melancólica luna, contemplar cómo la flor se abre al beso de la noche para ofrecer por la mañana las gotas de rocío á las canoras aves en su cáliz, oír el torrente despeñarse,

temblar la caña, y en las oscuras hojas escondido piar el pajarillo recibiendo de su amorosa madre el último alimento de aquel día, en tanto que por los celajes oscuros aparecen timidas las estrellas, que se retratan en el sereno lago, saludadas por el cántico del ruiseñor, que es como la pasión de la naturaleza! En medio de este gran estrépito creo divisar las mil ilusiones que en mi larga vida han besado mi frente y han enjugado con sus celestes alas mis lágrimas. ¡Génio desconocido que has sido el protector de mi corazón, el númen de mi inteligencia, no me abandones en este supremo instante de mi vida! No te conozco, pero te siento en mi alma. Los hombres me han faltado siempre; tú nunca, nunca me has faltado. Recibe esta lágrima encendida que se desliza por mis mejillas y que cae en mi seno. Tal vez al perderse, arrebatada por el aire, te encuentre donde mi espíritu no te encuentra, y te lleve el secreto de mi existencia. Retumba el combate como la tempestad en los espacios. La tierra tiembla convulsa bajo mis plantas. El cielo se oscurece. Toda la naturaleza se sacude como la hoja del árbol estremecida por el viento. ¡Oh! ¿Y será posible que la ambición, el odio, el rencor, la ira, lleven así los hombres á la muerte? ¡Qué veo! Allí viene la reina de los es-

citas. Su cara tostada por el sol de las batallas despide relámpagos de ira, sus ojos parecen dos volcanes de odio. En sus manos vibra el arco jamás cansado de escupir flechas, y sus piés se hunden, como en blanda alfombra, en el vientre de un cadáver que aún conserva el calor de la vida. Sus desnudas piernas están teñidas de sangre, como las piernas del que pisa las uvas en el lagar están teñidas del hirviente zumo de las uvas: tantos vientres habrá pisoteado. Su pecho ronca como la nube que trae una tempestad en su seno. Iracunda, convulsa, tendido el cabello que flota como el ala de un cuervo, desnudo el seno, mal envuelta en su manto manchado de sangre, agitando con su tempestuosa voz sus caballos que al tirar de su carro parecen como el mal y la noche, vibrando el arco, seguida de guerreros que aullan y despiden la muerte de sus fauces, destruyéndolo todo por donde quiera que pasa, es el génio de la matanza y de la guerra condensado en el débil cuerpo de una mujer poseida por el odio.

THOMIRIS (*reina de los escitas*).

Corred en pós de mí, hijos del desierto, á devorar á los enemigos de nuestros dioses y de nuestra gente. Ese emperador es un asesino, y

sus soldados, vestidos de resplandecientes telas, son mujeres. Sus afeminadas armas se tronchan contra nuestros pechos de hierro, sus atiplados aullidos se estrellan en nuestros corazones de piedra. Corred y matad; si no os basta el arco, crispad los puños; y si no os bastan los puños, aunque más fuertes que mazas de hierro, afilad los dientes, y á bocados destruid esos engendros del crimen. Yo me atrevo á machacar con mis quijadas sus miserables cabezas, como las ruedas de mi carro machacan los huesos de los cadáveres. Corramos; y cuando triunfemos, cuando hayamos derribado en este inmundo lodazal de vientres despedazados, y miembros palpitantes, y tripas deshechas y rotas, al gran enemigo, levantaremos un altar de cadáveres, encenderemos en su cima una hoguera; y al reflejo de la indecisa luz, en la callada noche, ofreceremos á la espada, que es nuestro Dios, una libacion de sangre en el cráneo de nuestros enemigos; y los espíritus de los que se han sacrificado á la guerra, agradecidos á este recuerdo, vendrán del negro abismo á rozar nuestras frentes con sus sedosas alas de murciélago.

KAI-KOSRU (*desde su carro de guerra*).

¡La reina de los escitas! Esa debe ser la victi-

ma que sacrifiquemos en aras de nuestros dioses. Cuando la tierra ha temblado muda y asombrada bajo mis plantas, cuando el Océano se ha plegado á mi voz ofreciéndome su corona de espumas para mis sienes, cuando los pueblos me han seguido como sigue el pajarillo fascinado á la serpiente, tú, bárbara reina, y las sangrientas y crueles tribus que te obedecen, resistís á mi voz, que es la voz del cielo y el mandato del destino.

EL JEFE DE LOS ESCITAS (*que llega jadeante*).

Deten, Thomiris, tu carro, deténlo: que vas á caer en manos del enemigo.

THOMIRIS (*dando repetidas vueltas alrededor del carro de Kai-Kosru*).

Te veo con el placer que vé el buitre á su presa. Te has sumido en un lodazal de sangre, y en rios de sangre vas á morir ahogado. Tú, bárbaro, viniste á turbar la paz de los que vivian tranquilos en sus desiertos y en sus bosques. Tú sembraste de desolacion las florestas, y atragiste sobre un pueblo feliz todos los cuervos de la tierra. Muere, esclavo de la muerte, muere. (*Dispara una flecha, que hiere al rey de los persas*).

KAI-KOSRU (*cae desplomado en su carro*).

¡Ah! Me ha herido. El imperio persa cae herido conmigo. ¿Dónde, dónde están los míos? Mi ardor me ha separado de ellos, y vengo á morir entre los bárbaros. Kekobad, Tanyojarces, hijos míos, acudid á recoger la corona que se cae de mi herida frente. ¡Oh! Esta flecha bebe mi sangre con anhelante y rabiosa sed. Se turban mis ojos. Huye el mundo... No... no... debo morir. ¡Ay! (*Espira*).

THOMIRIS (*saltando gozosa al carro del rey*).

Ha muerto. Mi flecha le ha llegado al corazón, y le ha mordido, arrancándole anhelante la vida. Ahí teneis el rey que quiso envolver al mundo en su manto y ceñir su corona como una serpiente á la tierra; ahí le teneis exánime. Pueblo mío, aulla de alegría. Tu gran enemigo es un cadáver. Dentro de poco no quedarán de él ni las cenizas. Arrancadle la cabeza. Coged un cubo de sangre, ya que tanta corre por estos campos, y sumergid esa cabeza, para que apague la sed de toda su vida. Encended la pira, sonad las guerreras armas, coged los cráneos de los enemigos, llenadlos de sangre, y ofreced al dios de la guerra libaciones

mezcladas con cánticos que semejen al graznido de los cuervos en los campos de batalla.

KEKOBAD (*que llega extraviado de la batalla*).

¡Qué veol ¡Mi padre, mi padre muerto! ¡Ah! ¡Qué horror!... Pero ya soy rey de los persas.

THOMIRIS (*jugando con su lanza*).

¡Rey! ¿Le has pedido permiso para ser rey á esta lanza? La vida de tu padre, que no cabia en el mundo, se ha apagado con un soplo no más de mis lábios, con una flecha despedida por mi arco. ¿Crees que te respetará mi lanza? Ha sonado la hora de tu raza y de tu imperio.

LOS ESCITAS (*rodeando á Kekobad y danzando en torno de su carro*).

¡Un rey muerto y otro rey prisionero! Nuestros dioses nos amparan. Guardaremos esta nueva presa para ofrecerla á la sangrienta espada que nos han trasmitido nuestros padres, y en cuyo gastado hierro se alberga el génio de nuestros dioses. Le despojaremos primero de su manto de púrpura que arrojaremos á las llamas, y despues, de la piel pegada á sus carnes, á la curtiremos para hacer un manto á nuestra reina. Daremos su

carne á los perros, y su sangre á las hienas y á los tigres. Destrozaremos sus huesos como el ñador el tronco del árbol, y nos servirán para hacer sonar nuestros atambores en el campo de batalla. ¡Hurra, escitas, hurra! El mundo es nuestro. Los reyes de Persia son esclavos. ¡Hurra! en el campo de batalla no hay más dios que las batallas.

ORIEL (*escondido tras de un árbol, viendo el peligro de Kekobad*).

El rey ha muerto. Su hijo, mi señor, está rodeado de escitas, que aullan y se disponen á matarlo. ¿Qué hacer? Si le abandono, muere. Pero abandono á mi enemigo, abandono á mi verdugo. Muera, muera.... ¡No, no! ¿Qué digo? He comido el pan de su casa, aunque amasado con lágrimas. He bebido el agua de sus fuentes, aunque mezclada con hiel. He dormido en la paja de sus campos, aunque llena de espinas. Soy suyo; y si vivo, por su voluntad tan sólo vivo; y si respiro, sólo por su voluntad respiro. ¿Cómo dejaría yo de servirle? El génio desconocido que desde el cielo me ha cobijado con sus alas, me abandonaría á mi desgracia y á mi tormento. Corro, corro en su auxilio. Pero ¡sólo! ¿Qué haré sólo contra tanto y

tanto bárbaro? ¡Ah! Un grupo de persas corre desbandado. Soldados, seguidme, por vuestros dioses, ó Kekobad muere. Si no me seguís, su sangre caerá sobre vuestras cabezas. (*Los soldados le siguen, penetran en el círculo de los escitas, los desbandan, y salvan á Kekobad.*)

KEKOBAD.

Me habeis salvado, si; habeis salvado al rey de los persas. Esclavo, has cumplido tu deber dando vida al señor cuya es tu vida. Los enemigos huyen como negra nube arrastrada por el viento de la tempestad. Yo me alzo sobre este carro para deciros que me reconozcáis por rey de Persia.

LOS SOLDADOS.

¡Rey de Persia! ¿Y Kai-Kosru, nuestro rey?

KEKOBAD.

Mirad, mirad su tronco. Los bárbaros se han llevado su cabeza.

LOS SOLDADOS (*arrojándose en tropel sobre el cadáver*).

No ha muerto un rey, no; ha muerto un dios. En su mano vibraba el rayo, en sus ojos lucía

una lumbre más clara que la luz del sol; sus piés volaban sobre la tierra como el viento y las nubes en el horizonte; su escudo era como el cielo estrellado, su manto como el mar; y en su corazón cabía la tierra. Lloremos la muerte del dios de Persia. Las naciones habían caído de rodillas á sus piés. Los guerreros habían visto sus armas tronchadas como cañas por su soplo. Los dioses habían abandonado sus altares para que él los ocupara, como más grande que todas las divinidades; á cada uno de sus pasos temblaba el infierno, y Ahriman, el génio de la oscuridad, se revolcaba impotente en su lecho de tinieblas. Y ha muerto, ha muerto. Gritemos, llamémosle, que acaso estará dormido, ó enterrémonos con él en las profundidades de la tierra.

KEKOBAD.

Ya soy rey; ya es mía la Persia. Todos sus poderosos reinos han caído en mi mano. Los bosques de la India bajarán sus ramas para servirme de dosel. Los mares de Fenicia se levantarán para besarme con sus espumas las plantas. Las estrellas de Babilonia me tejerán con sus rayos de suave luz una guirnalda. Los espacios inmensos del desierto repetirán mi nombre. El árabe se

postrará para adorarme. Y el griego y el hebreo temblarán de mi furor y de mi ira, que caerá sobre ellos como una lluvia de fuego.

LOS SOLDADOS (*incorporándose y mirando á Kekobad*).

Si, si, buen rey. Tuyo será el mundo, porque tuya es nuestra espada, bendecida por tu padre.

KEKOBAD.

¡Ay! ¡Mi hermano, mi hermano! Me acuerdo de mi hermano con amor, (*para sí*) con odio!!!

LOS SOLDADOS.

Tu hermano debe compartir contigo el dominio del mundo. Tal era la voluntad de tu padre. ¡Gloria eterna, gloria á Tanyojarees!

KEKOBAD (*para sí*).

¡Nombre fatal! ¡Horrible nombre! Me priva el sueño y la tranquilidad de la vida. El inmenso imperio de mi padre, dividido, sería un imperio muerto. Yo me deshonraria de llamarme el hijo de Kai-Kosru. Nunca, nunca lo consentiría Ormuz, mi defensor y mi guía. Ese jóven no puede llevar en sus débiles sienes una tan pesada coro-

na. Antes la muerte, sí, la muerte para él. ¡Esclavo! (*dirigiéndose á Oriel*). La noche avanza. El infierno ha dispersado el ejército persa. Ahriman ha extendido su soplo desolador sobre mi ejército. Tiemblo, porque tal vez haya muerto mi hermano. Vé á buscarlo por esas selvas, por las orillas de esos torrentes, para que lloremos juntos la muerte de nuestro padre y nos repartamos las coronas de estos reinos. Corre, corre, perro fiel, cumple el mandato de tu amo.

ORIEL (*perdido en oscura noche en las selvas*).

La noche es muy oscura. La blanca luna ha ocultado su faz, como si no quisiera ver los destrozos de la batalla; viento siniestro mueve las ramas de los árboles, que mezclan sus rumores con el quejido del buho; algunas luciérnagas bordean con su indecisa luz las hojas caídas, que el rocío de la noche humedece; y el murmullo sordo de la naturaleza se confunde con los ayes de los moribundos, cuya intensidad disminuye á medida que vá teniendo nuevos triunfos la muerte. Voy en p6s de un príncipe en esta gran batalla perdido. Una sombra más espesa que la sombra de la noche cubre mi conciencia. ¡Cuántos infelices habrán muerto de las flechas que ha despe-

dido mi arco! Pero ¿hay en realidad muerte? La naturaleza sigue en su invariable curso y movimiento. El arroyo serpentea entre las guijas, y el torrente se precipita por las peñas; la luna arrastra su plateada túnica por los cielos, y las estrellas oscilan en lo infinito; el árbol se reviste de hojas, y la flor vuelve á brotar de la misma semilla que ha sacudido sobre la tierra. Nada pasa. La perpetuidad en el movimiento, la eternidad en la vida. ¿No he visto yo caer al rey, y no veo también sobrevivir al esclavo? Muerte, que si eres eterna debes parecer un leve sueño al desgraciado, ven y p6sate en mis párpados. ¿Qué gemido oigo?

UNA VOZ QUE SUENA Á LO LEJOS.

Huye, noche, huye. El tigre ama tus sombras y el buho en tus sombras canta su cántico siniestro. Pero yo me regocijo cuando la aurora pinta con sus rosados dedos los bordes oscuros del Oriente, y la gota de rocío pende trémula de la hoja del árbol agitada por el áura matinal, y la alondra desde su nido de barro se levanta á los espacios celestes, saludando con su cántico la suave luz y llenando con sus armonías lo infinito como la primer plegaria de la tierra inundada de

amor y de esperanza. Huye, noche, y llévate la túnica de sombras, las orlas de espesas nubes; interrumpe tu silencio amenazador, y muéstrame en mi soledad el rostro de alguna diosa perdida en el aire, arrebolado por los resplandores de la luz. ¡Ay! Me he perdido, ¿quién, quién me socorred? Huye, noche, huye. El tigre ama tus sombras, y el buho en tus sombras canta su cántico siniestro.

ORIEL.

¡Una voz dulce y regalada! ¡Una plegaria sencilla y tierna á la naturaleza! No veo. Las sombras son espesas.

LA VOZ.

¿Ni siquiera, cielo, anda perdida por tu soledad, como yo por este bosque, la diosa de la noche, con su rostro pálido como la mujer enamorada, y su túnica blanca como la virgen casta en el día de sus bodas? Mándame un beso de luz, si no quieres que muera como la flor bajo la escarcha.

ORIEL.

El cielo ha oído su plegaria. Un rayo de luna

ha atravesado las nubes como la aguda lanza que rompe un escudo. Bajo un pino solitario, cuyas ramas vibran como una lira acabada de pulsar, veo una jóven angustiada y llorosa. Su túnica blanca, que apenas oculta sus gracias, muestra en sus pliegues la palpitation de su pecho acongojado. Su cabellera, que con los rayos de la luna puede competir por su color y su lustre, casi la envuelve en un manto de oro. Sus labios vibran agitados por una plegaria religiosa. Una lágrima rueda por su mejilla, tan pura como la gota de rocío que el amor de la mañana deja escondida en el cáliz de la flor. Y en su actitud, en su recogimiento se vé que perdida por las selvas no teme ni los peligros de la noche, ni las asechanzas de las fieras, confiada tal vez en algún genio ó en algún dios, que será tan sólo su misma inocencia. Hermosa jóven, si no desdeñas la compañía de un esclavo, de un sér desgraciado, me acercaré á ti, y con mi aliento te calentaré los piés ateridos de frio, y en mis hombros te llevaré al través de las selvas, y en mis espaldas te pasaré á nado los rios, contentándome sólo con que un rizo de tu rubia cabellera roce mi frente como el ala del ave roza la superficie del arroyo cuando vá á apagar en él su sed, ó un suspiro de

tu pecho se una á mi aliento como el aroma del jazmin se une al olor de la amarga retama en las selvas.

LA JÓVEN (*acercándose á Oriel*).

¿Quién eres tú, que así vienes á mi encuentro cuando perdía toda mi esperanza? ¿Eres algún dios que las nubes han dejado en la tierra para mi amparo y mi defensa? ¿Te ha formado acaso algún rayo de la luna con los vapores de los arroyos y los aromas de los bosques? ¿Eres tú uno de esos genios que escondidos cantan en las ramas de los pinos, ó que se deslizan entre las ondas y las blancas espumas de los impetuosos torrentes? Tu voz me parece tan dulce como el áura que se duerme en el lago y lo riza con sus besos perfumados por la madre-selva. Sí, ampara-me, ampara-me; que me he perdido en las selvas.

ORIEL.

¡Infeliz de mí! No sabes con quién hablas, no lo sabes. Más te valiera hablar con el reptil que se arrastra en el polvo ó con el buho que se esconde en las sombras. Al ménos esos seres tienen por suyo el espacio, y pueden vivir en el

agujero de una roca ó debajo de una piedra, y pueden sentir algún amor, y pueden reproducirse y renovarse en sus hijos. Yo, no. A mi todos me escupen á la cara, todos me hieren las espaldas, todos me cruzan con sus látigos el cuerpo, todos me miran con desprecio, todos me consideran á padecer nacido por los decretos del implacable hado. Mira; las lágrimas se han secado en mis ojos, la vida en mi corazón. La cadena se ha pegado á mis carnes, y me parece un pedazo de mi propio cuerpo y una parte de mi sér. No, no te acerques á mí, porque yo soy desgraciado. No me hables, no, porque yo soy esclavo. El esclavo no puede amar, el esclavo no puede ni siquiera moverse como se mueve ese torrente.

LA JÓVEN.

¿Y por qué no? ¿No es por ventura inmensa la tierra? Los torrentes nos guardan agua; las palmeras dejan caer á nuestros piés su fruto maduro; las hojas secas que el viento arremolina son un blando lecho; los juncos y cañas sirven para una choza que bien pronto cubren de verdor la yedra y las enredaderas, y de vida y de arrullos las palomas que en sus techos fabrican amorosos nidos; las flores del campo con sus matices

nos ofrecen adornos; y de las fibras de las plantas se hilan y tegan vestiduras para cubrir nuestra desnudez: que los genios maravillosos ocultos en cada sér de la naturaleza velan por nuestra existencia, y bajo sus alas invisibles guardan nuestros sencillos corazones. Yo no sé qué quiere decir esa palabra «esclavo.» Yo he nacido en las selvas. Unos pocos juncos arrancados á la orilla del rio han sido mi cuna, la fruta que mi madre traia del bosque mi alimento, los hilos que las plantas despiden mi vestidura, la miel que corre por los troncos de los árboles depositada por las abejas mi regalo, la yedra que se ciñe al cedro mi corona, y mi vivienda la cima de las montañas calcinadas por el rayo, ó la sombra de los pinos que vibran armoniosos como si el viento eternamente se columpiara en sus ramas. Esta vida es mi vida. Jamás me atemorizó naturaleza, jamás. Es mi madre, y me duermo tranquila en su regazo, como el niño en su cuna. No de otra suerte el avecilla que nace en su nido, formado de pajas y hojas secas, vive del grano de trigo que recibe de sus padres, aprende á piar, se levanta á las alturas, y henchida de amor deja en el aire que corta con sus alas un gorgojo, teniendo por suyos los vagos y ethéreos horizontes.

ORIEL.

Esa vida no puede ser mi vida. Yo no me pertenezco á mí propio. Los poderosos de la tierra han creído que es suya mi vida, suya mi libertad, suya mi conciencia, y me han arrebatado mi sér, que está entre sus garras. No he podido esperar, no he podido creer, no he podido, sobre todo, amar. Alguna vez ha cruzado por los horizontes de mi vida una esperanza, alguna vez he visto mujeres tan hermosas como tú; pero al querer adororlas, al querer decirles que tambien yo amo como la flor, como el ave, como esas nubes que en lágrimas se deshacen sobre la tierra, se han ahuyentado como se ahuyentan las vanas sombras que los rayos de la luna forman entre las ramas de las selvas. Y desde entonces sólo he sabido llorar, sólo he sabido quejarme. Nunca, nunca se ha levantado en mi seno un deseo tan poderoso de cambiar mi vida, que me haya llevado á combatir con ánimo resuelto y fuerte á mis señores. Pero tú, mujer, si no eres alguna ilusion que mis ojos secos por la calentura del dolor proyectan en los espacios, tú me has recordado la vida de la naturaleza, la continua comunicacion con los campos, y el cántico de triunfo que todos los séres

dueños de sí mismos exhalan á los espléndidos cielos por donde me parece que apoyado en ti volaría ¡oh mujer! mi corazón... ¿Cómo te llamas?

LA JÓVEN.

Mis desgraciados padres, que el hierro de los conquistadores arrebató á la vida enviándoles á dormir en el seno de los genios de la luz, me llamaron Iria.

ORIEL.

¡Iria, Iria, sér feliz, consuela á un desgraciado; prométele derramar una lágrima sobre las heridas de su corazón! Alguna vez, si has atravesado el desierto, habrás visto una de esas amarillas flores que nacen tristes entre sus salvajes y oscuras plantas. Su corola se eleva al cielo como en demanda de un beso del aire, de una gota de rocío, de un suspiro, y muere deshecha, abrasada por los ardores del sol y las calientes arenas que el viento arroja sobre sus hojas. Esa es mi vida. Pero si alguna vez el sol arranca á las áridas entrañas del desierto unas gotas de agua, y la nube que rápida pasa en alas del huracán las deposita sobre la corola de la amarilla flor, levanta

sus hojas, sacude su cáliz y temple con amor la ardiente sed de la avecilla errante, que le devuelve su regalo cortándola con su pico y conduciéndola á su nido para que sea testigo de su agradecimiento y abrigo de sus hijuelos. Tal puede ser para mí tu existencia, genio de amor y de consuelo, único sér que se ha detenido un instante á mi lado en este largo y penoso martirio de mi vida.

IRIA.

Como el anciano há menester del báculo para apoyarse, como el niño del cuidado de su madre para vivir, necesitamos las débiles mujeres el apoyo del hombre, cuyo corazón es siempre nuestra cuna. Yo te seguiré donde me lleves; besaré tus huellas; y compartir tus dolores será mi alegría. Nosotros vivíamos contentos en nuestras montañas. No conocíamos más mundo que la tierra extendida entre esos riscos donde el sol nace y aquel río donde el sol se pone. Oír las avecillas, recoger nuestra pobre cosecha, guiar el ganado á través de los valles, dar de comer á las palomas los dorados granos de trigo en el hueco de la mano, seguir con anhelante mirada el curso de la luna, era toda la ocupacion de mi vida, que man-

samente corria como el tranquilo arroyuelo. Pero súbito vino la guerra desoladora, y sus tempestades quemaron mi frente. Dos poderosos enemigos entrechocaron en mis campos y se esparcieron, como la nube devastadora que arroja rayos y granizo, por nuestras antes tranquilas cabañas. Perdí á mis padres sacrificados á la voracidad de los bárbaros. Perdí á mis hermanos inmolados tambien. Pude salvarme apelando á la fuga por los montes, sin más auxilio que el auxilio del genio poderoso cuya es la vida de la naturaleza. En este gran dolor te encuentro, y te sigo. La pobre golondrina errante, perdida en el bosque, cuando el estío á más andar avanza con sus crueles ardores, aguarda piando á que pase una bandadá de compañeras suyas, y al verlas venir las sigue, y se entrega á los vientos, que la llevan donde pueda hacer nuevos nidos y entregarse á ese amor que ha producido todas las cosas y es el secreto y el misterio de la vida universal. Yo soy tuya, yo te sigo. Llévame donde quieras. No me abandones, no, á la soledad de mi corazón y de mi tristeza.

ORIEL.

¡Seguirme, Iria, seguirme! ¡Ay! Me parece im-

posible. Yo no te puedo llevar por la cima de las montañas, por las orillas de los torrentes, por el verde prado, donde á un tiempo escuches los últimos zumbidos de los insectos que se apagan con el día y los primeros conciertos de los ruiseñores que comienzan con la tranquila noche. Yo sólo puedo llevarte á un calabozo, á dormir sobre pajas, á respirar el aire fétido de las tumbas, á arrastrar por el suelo una cadena, á ser, no mía, no, de mi bárbaro señor.

IRIA.

No importa. Yo te seguiré donde quiera que vayas. No necesito oír el torrente, si oigo tu voz. La honda cárcel me semejará una montaña dorada por el sol. Tu aliento arrullará mi frente más que el áura de los bosques. La voz de tu pecho me parecerá más dulce que el gorgceo del ruiseñor en clara noche de estío. Tu amor, te lo juro por el alma de mi madre, que debe vagar en las ondulaciones del aire, y que acaso sea el soplo que mece mi cabello, tu amor convertirá el más estrecho recinto en un mundo más dilatado que toda la naturaleza. Hermano mio, te amo.

ORIEL.

¿Te amo, me dices? ¡Ay! Yo nunca, nunca, había oído esa dulcísima y santa palabra. Jamás había soñado que pudiera un corazón latir al par de mi corazón, y lágrimas ajenas mezclarse y confundirse con mis encendidas lágrimas. Yo me creía destinado á caminar sólo por la tierra, enteramente sólo, como una sombra evocada del sepulcro. Tu palabra me eleva sobre mí mismo. Me parece que desde el punto en que has dicho «te amo» ha caído de mis hombros la pesada cadena que sobrellevaba. Repite, repite esa palabra nunca antes oída. Dí que me amas, y una alegría indecible, infinita, llenará de vida todo mi corazón.

IRIA.

Te amo, te amo.

ORIEL (*estrechándola contra su corazón*).

Me amas, y ya no pasaré mi vida en la soledad; me amas, y sentiré un corazón latir siempre á mi lado; me amas, y veré en tus ojos mi luz y mi esperanza; me amas, y desearé vivir para amarte más; me amas, y trabajaré para darte al-

gun consuelo; me amas, y mi alma, cansada de luchar en mi cuerpo y estrellarse en los huesos de mi cabeza, reposará en tu seno; me amas, y podré verme agrandado, reproducido en mis hijos... (*Calla un momento, y despues lanzando un agudo y lastimero quejido dice:*) Pero mis hijos serán esclavos. ¡Ay! Apártate, mujer. Podemos crear nuestra felicidad, pero al propio tiempo la desgracia de seres inocentes, que antes que nacer para la esclavitud, deben dormir en el no sér.

IRIA (*de rodillas, tendiendo los brazos á Oriel, é iluminada por la luna*).

No me abandones. Sálvame. El dios que se oculta en la flor y la gota de rocío, cuidará de nosotros. ¿Querrás que muera esta débil mujer? Tengo miedo. La soledad, que antes de conocerte me parecia grata, ahora me aterra. No cierras tu corazón al amor. La paloma no deja de fabricar su nido porque más tarde sus polluelos sean presa de la fascinadora serpiente. ¿Quién sabe, pues, dónde estará nuestra salvacion? Ven, une tus labios con mis labios, y este primer beso de amor subirá como un holocausto purísimo á nuestros dioses, que se esconden sin duda en los rayos de

la luna, dulces testigos de nuestros cándidos amores.

ORIEL.

Sí, te amo, te amo. Ven, reclínate en mis brazos. Bendito sea el rayo de luna que te alumbra, bendito el aire que respiras, bendito este pino que cobija nuestros dulcísimos amores.

IRIA.

Uniré mi suerte á tu suerte, mi vida á tu vida como la yedra vive pegada al tronco del árbol. La flor se marchita pronto si es arrancada de su tallo. Así hubiera perecido yo sin tí, que eres mi único amparo, mi único salvador en la tierra. Llévame donde quieras. En las profundas cavernas que el fuego ha abierto en las entrañas de las rocas viviré feliz. Tus ojos serán mi luz, y tu aliento perfumará mi existencia más que el áura regalada de la primavera.

ORIEL.

Apóyate, y vamos á través de los bosques, subiéndolo las montañas, bajando á los profundísimos valles, en busca de un príncipe extraviado en los combates.

IRIA.

Donde me lleves iré, bendiciendo al génio de mis padres, que nos protegerá en nuestro camino. (*Se oye rumor de gente y pisadas de caballos*).

UNA VOZ.

Aquí tendremos asilo.

OTRA VOZ.

¿Se habrá perdido para siempre el imperio de los persas? ¿Habrá triunfado Ahriman?

ORIEL.

He oido la voz de mi príncipe. Déjame acercarme. Señor, soy un esclavo de tu hermano Kekobad. Tu padre ha muerto en el campo de batalla. Orzmud, tu dios, se lo ha llevado para ornar su palacio, más luminoso, segun vuestras creencias, que al medio día el sol. El imperio de los persas no ha muerto. Segun la voluntad de tu padre, expresada delante de sus sátrapas, la mitad del imperio es de Kekobad, la otra mitad es tuya. Sígueme, pues, á la tienda de tu hermano, donde te espera el dominio de Bactriana y de los países de Oriente, príncipe feliz que vas á llevar el sol engarzado en tu espléndida tiara.

TANYOJARCES.

Tus palabras han puesto terrible espanto en mi pecho. La muerte de mi padre en la tremenda batalla es un mal augurio para este inmenso imperio. Vamos á recoger esa corona que las negras alas de una inmensa tempestad han arrojado á mis plantas. Señálame, esclavo, el camino de la tienda, y no me acompañes, porque tu compañía puede ser otro mal agüero para mí y para mis reinos. Un esclavo todo lo oscurece con su sombra.

KEKOBAD (tendido en su carro sobre un cojin de púrpura, con la tiara persa á un lado. El ejército duerme).

Estás cerca de mí, corona de mi padre, tan grande como la tierra y tan luminosa como los astros. Deja que te abrace, que te estreche contra mi corazón. En la tempestad de mis deseos te pierdes, corona, como una piedrecilla entre el tumulto de las olas y las sinuosidades del Océano. Y en cada una de tus puntas hay engarzada una gran nación, la inmensa Babilonia, los negros reinos del Ocaso, los áureos países del Oriente. El escita, cuando te ha querido mirar de cerca,

ha huido ciego á sus desiertos y á sus espesos bosques. Desde lo alto de mi frente verás arrastrarse á tus piés como tímida gacela del desierto la India; ofrecerte sus amores y sus caricias la Lidia, levantándose de su lecho de arenas y de sus almohadas de mármol, coronada de torres, para consagrarte un sacrificio; tender sus lonas con amor los pueblos que bañan sus plantas en las aguas del mar, y regalarte los aromas de todos los campos que besan con sus barcas; arrojarte esfinges y dioses Menfis, incienso é hisopo el arábigo desierto; Jerusalem, la ciudad de los misterios y de los secretos, iluminarte con sus lámparas; y hasta las islas de Grecia, tan alejadas de tu brillo, volar en torno de tus resplandores como una bandada de palomas. ¿Quién más grande que yo, quién más poderoso? La tierra es mi lecho, el cielo mi palacio, las estrellas mis lámparas, el sol mi corona, y los dos mares las esmeraldas que he engarzado en mis sandalías. Pero todo lo que soy, corona, lo soy por tí, por tu brillo. Tú eres toda mi vida, toda mi alma. ¡Ah! ¿Y no habia pensado que te quieren quebrar y quieren arrancar la mitad de mi frente para dársela á mi hermano? Destrozad la corona de Persia, repartid sus diamantes, rasgar en dos pedazos mi manto de púrpura,

quebrar como frágil caña mi invencible lanza, dividir mis ejércitos como hatos de ganado, decir á los dioses que hay dos señores en la tierra, y á la naturaleza que tiene que alimentar á otro que no sea yo, ¡ah! todo es horrible, y no lo consentirá nunca mi incontrastable poder, mi voluntad, que siente la fuerza de un dios en su seno. Pero alégrate, corona mia, alégrate. No serás dividida. He contado mi ejércitos, y no he visto á mi hermano. Habrá muerto, como mi padre. Habrá muerto, como hubiera muerto yo sin el auxilio de mi esclavo. Corona, corona, eres mia. No habrá en la tierra más que una sola palabra, un solo señor. La naturaleza entera sabe que todos sus frutos son míos. La tierra es una copa en que yo sácio la sed inextinguible de mi ambicion. No serás, no, corona, dividida. Orzmud, que sólo quiere una imágen suya en la tierra, habrá arrojado á la voracidad de Ahriman la presa de un príncipe, para tegerme á mi un manto de luz, una corona de estrellas. Cuando el esclavo no vuelve, no habrá encontrado ni siquiera su cadáver. Oigo ruido... Son pisadas de caballos... ¿Qué escucho?... La voz de mi hermano. ¡Maldicion! Corona, corona mia, no te separarás de mi frente... ¡Oh! ¡Súbita idea! ¡Guardas, guardas de mi tienda, el

enemigo, el enemigo!... Corred; por allí suenan sus armas. Asestad las flechas... Sí; ahora caerá. Ya se oyen lamentos. En esta oscuridad gano mi corona. (*Un rayo de luna atraviesa las nubes é ilumina el campo.*) ¡Oh reina de la noche, me has vendido! Te has entregado á mis contrarios. Yo levantaré un monte de cadáveres para subir hasta tí y ahogarte en sangre. No te desposarás, reina de la noche, con el rey de Persia. ¿Lo oyes? Somos enemigos, enemigos. ¡Oh! Corona, corona, vas á caer de mis sienes, ó vas á ser toda mia.

LOS GUARDIAS.

Señor: era tu hermano, y hemos muerto á más de uno de sus sold...

KEKOBAD.

¿A él, á él tambien?

LOS GUARDIAS.

No; vive, vive.

TANYOJARCES (*abrazando á su hermano*).

Kekobad, hermano mio, hermano mio, hasta al llegar á ti me recibe la muerte y me arrebatá á mis compañeros, á mis amigos. Fatales presagios

son estos, que anuncian irreparables desgracias para nuestra heroica raza, para nuestro inmenso imperio. Murió aquel que con su poder llenaba toda la tierra y con el resplandor de su nombre oscurecia hasta las estrellas del cielo; murió nuestro padre. La tierra, al recibir tan gran cadáver en sus entrañas, habrá temblado, porque es harto mezquina para encerrar á ese gigante. ¿Y cómo llevaremos nosotros, tan débiles, su inmenso imperio? Si sus anchas espaldas se encorvaban al peso de su manto, si su gigante cabeza se doblaba con la gravedad de su corona como el cedro ceñido por las ráfagas de la tempestad, si no podía contar sus reinos y sus gentes, ¿cómo nosotros, débiles hijos suyos, vamos á sostener este imperio?

KEKOBAD.

No te fatigues por eso; nosotros somos de la misma naturaleza que nuestro padre. Vé, vé á descansar un momento.

TANYOJARCES.

Harto lo necesito.

LOS GUARDIAS.

Salud al rey de Bactriana.

KEKOBAD.

Retiraos, guardas. (*Se retiran.*) ¡Rey de Bactriana! No, no lo será mientras yo viva. O el reino entero, ó el sepulcro. Al ménos en el sepulcro dormiré en paz, sin necesidad de sentir esta ambicion que me roe, que me canera las entrañas. Yo, rey solo, rey con todas mis fuerzas, montaré mi arco, azotaré mis caballos, y rápido como el viento que corre por el desierto, me lanzaré al Egipto; y de sus pirámides, de sus estatuas, de sus esfinges y unicornios, de sus vasos sagrados, de los muros de sus ciudades me construiré un trono bastante á llegar hasta las estrellas, que vendrán á engarzarse por la virtud de mi nombre y de mi fuerza en mi diadema. Pero á todo se opone ese mantebo que me roba la mitad de mi reino, la mitad de mi alma. Muera, muera en buen hora. Hagamos ese sacrificio á los manes de mi padre y á la salud de mi reino. Cielo, inspírame una idea para acabar con ese inocente enemigo de mi poder, con esa sombra que empaña mi corona. El cielo se oscurece más, las

nubes se arremolinan como ejércitos de fantasmas; de sus inmensos senos, semejantes á las bocas de innumerables volcanes, surgen lívidos relámpagos; algunas gotas de lluvia negruzcas y calientes caen sobre mi rostro y lo abrasan; la inmensidad pesa sobre mi cabeza y aplasta mi corazón; y no parece sino que el aire, habiendo bebido sólo sangre en los campos de batalla, vuelve á llover sangre sobre la sedienta y abrasada tierra. Del seno de una nube negra, inmensa, más grande que mi reino, amenazadora como la espada del génio de las tinieblas, veo salir el rostro de mi padre, que me mira ceñudo y me lanza de sus labios una horrible maldición.... ¡Ah! Estoy demente.... ¿Tambien yo tengo remordimientos, como si fuera uno de los míseros mortales? Ja.... ja.... ja.... Responda mi epiléptica despreciativa risa á esas visiones. ¿Pues qué, no soy yo dueño de Oriente? Y el dueño de Oriente ¿no puede disponer á su antojo de reinos, de provincias y hasta de la vida de los hombres? Yo soy seguramente un dios. La espada de Ormuzd está en mis manos, la corona del sol en mi frente. La vida del mundo es mia, y yo la puedo exprimir toda en mi copa, y dejar que se mueran de hambre todos mis vasallos. Al fin, sobre cuerpos mutilados, sobre

cráneos, sobre cadáveres, sobre pueblos convertidos en inmenso pudridero han de correr las ruedas de mi carro, que se teñirá de sangre hasta los ejes. Una gota más no importa nada. Matémosle. Pero yo no debo manchar mis manos. Entregaré tal ministerio á mi esclavo predilecto, que debe haber llegado al campamento. Él me devolvió la vida, y él puede tambien devolverme el reino. Si cuando estaba en medio de los bárbaros no hubiera venido en mi socorro, mi cabeza rodaría ahora en los campos de los escitas. Me dió la vida, y ahora me dará el reino. Todo lo fio á su puñal. Guardas, traedme una copa de vino, y buscad al esclavo que ayer me socorrió, y que debe haber vuelto al campo esta misma noche. (*Los guardas traen la copa de vino.*) Ven, licor sagrado, tú que eres el calor y la vida de la naturaleza, derrama en mi cuerpo la fiebre del crimen, que es la explosion más alta y más brillante de la vida.

ORIEL.

Señor: sé que me has mandado llamar, y vengo á tu presencia, confundido, ofuscado como la débil mirada humana cuando intenta recoger la esplendorosa luz del sol. Ya sabes que en tu

aliento respiro y que de tu vida vivo. Ya sabes que nosotros, los miseros esclavos, somos ménos que el pobre insecto perdido en el polvo de la tierra. Ya sabes que á cada instante vemos la muerte cernerse sobre nuestras cabezas, porque el día que nos abandonases, pereceríamos. Rey de Persia, el misero esclavo no sabe qué decirte, y calla, como el ave oculta en las ramas del bosque calla profundamente cuando en los cielos habla la magestuosa tempestad. Soy tu esclavo, eres mi señor; ya he dicho toda mi humildad y toda tu grandeza.

KEKOBAD.

Eres mi esclavo. Tu vida es mía. Si alguna vez has fijado los ojos en los muros de mis templos y de mis palacios, habrás visto que doquier ha llegado el persa, ha escrito en símbolos, en figuras el derecho que sus reyes tienen á la vida de sus cautivos, hijos de Ahriman, miserables engendros de la noche. El mundo está dividido en dos grandes fuerzas, una que pinta de púrpura la flor, y otra que pinta de negra sombra las alas del cuervo; una que dora las estrellas, y otra que extiende el manto de la noche; una que deja correr la miel por la corteza de los árboles, y

otra que en los filamentos de muchas plantas esconde el amargo veneno; una que sonríe, que alegra, que vivifica, y otra que llora, que ennegrece, que mata. Pues bien, vosotros sois hijos de la fuerza que corrompe, de la fuerza que envenena, de la fuerza que mata; y sólo yo, si, yo, que he recibido del cielo una virtud sublime, que tengo en mis ojos los resplandores de Ormuz, puedo gloriarme de someter á tantos esclavos, soldados de las tinieblas, hijos del mal, que pululan por mis montes guardando el ganado, por mis valles fecundando la tierra, por las cuevas de mis palacios tegiendo mis mantos, por mis tesoros guardando mis riquezas, por todos mis dominios, siendo como las piedras donde los persas ponen sus plantas, como la base de los edificios escondida en la soledad y en la oscuridad de las profundas entrañas de la tierra. Sin embargo, no puedo olvidar que en el instante supremo, cuando el cuerpo de mi padre palpitaba aún á mis piés, cuando su lívida cabeza era abofeteada por los bárbaros, cuando la aguda lanza de Thomiris se acercaba á mis ojos como el venenoso aguijón de una serpiente, cuando los aullidos, las maldiciones, las miradas de ódio y de horror, las gotas de sangre que manchaban mi rostro, me pro-

ducian un vértigo semejante al vértigo de la agonia, tú, saltando sobre vallados de espadas, me salvaste de la muerte, ahuyentando con un prodigio de audacia á mis feroces enemigos.

ORIEL.

Señor.....

KEKOBAD.

Calla, calla. Has cumplido tu deber. Has sido buen esclavo. Nada te debo; porque en realidad, si algo has hecho, Orz mud te ha movido, Orz mud te ha arrastrado. Tú no has sido más que el instrumento ciego del dios que está en las alturas, y que es mi aliado y mi amigo. Pero así como se acostumbra en mi reino á colgar del templo el escudo que nos ha guarecido, que nos ha salvado de nuestros enemigos, así quiero yo consagrar tu felicidad, tu dicha á los cielos, y pide, pide cuanto quieras del omnipotente rey de los persas.

ORIEL (*cayendo de rodillas*).

Señor, deja que bese tus piés, deja que ponga mis lábios al ménos en el polvo que pisas. Si algo vale la condicion del esclavo, mi vida será una

continua bendicion para tí. Si algo puede la oracion del esclavo, mi palabra será una continua oracion por tí. ¡Que pida lo que desea! Señor, señor, pregúntale al ave encerrada en la jaula qué desea, y te dirá: luz, aire, pintar mis plumas en las hojas de las flores, beber ansiosa las frescas gotas de rocío pendientes de las ramas del árbol, y entregar á la soledad y á lo infinito mis gorgeos. Pregúntale á la fiera que encerrada tienes en tu palacio qué desea, y te dirá: correr por los bosques, tenderme á mi antojo en las grutas, abrir con mis uñas la madriguera donde guardar mis cachorros, moverme, espaciarme, gozar, abriendo las narices, del aire que libremente corre por los campos. Yo, señor, deseo una cabaña á orillas de murmuradora fuente, bajo copudo árbol, con un pedazo de tierra donde plantar algunos granos de trigo, cabaña en cuyo techo aniden las aves del cielo, para que allí, entregado á la soledad de mi pensamiento, pueda sacudir esta cadena que ha llegado hasta mi corazon, hasta mi conciencia, y recibir en mí el aliento de un dios que me dé lo que no he conocido, un instante de amor, una hora de dulce y tranquila esperanza.

KEKOBAD.

Segun eso, tú amas tambien.

ORIEL.

Señor, he encontrado á una pobre é inocente jóven perdida en el bosque, y la amo. Vuestra esclava es tambien. No ha dudado en dejar sus bosques y sus selvas por mis calabozos y mis cadenas, como esas pobres aves que al ver sin libertad al compañero de sus cánticos y de sus correrias por los aires, se precipitan sobre los hierros de la jaula, y aun á riesgo de estrellarse; propio milagro del amor, que todo lo vence. Desde el zumbido del insecto hasta el cántico melodioso y triunfal del ave; desde la indecisa luz de la luciérnaga que nace al borde oscuro del arroyo, hasta el esplendor mágico del astro que se baña en el éther; desde la pobre violeta que dura un dia, hasta el cielo azul y eterno, en todo cuanto vive, en todo cuanto se mueve, hay un espíritu invisible que ha producido todas las cosas y las mantiene, que dá calor á la creacion, y la tiñe y la enrojece en su fuego; espíritu que es el amor, y del cual no puede eximirse el esclavo, cuando no están exentas ni las bestias.

KEKOBAD.

Esclavo, serás feliz. ¡Cuántos grandes reyes darian su corona por empequeñecerse hasta llegar á encerrarse en tu corazon, y tener por única ambicion una cabaña, por único cetro el cayado del pastor! Serás feliz. Te daré una cabaña apoyada en un cedro. Te daré tierras donde puedas coger sabrosos dátiles y blanco pan. Te daré ovejas para que puedas tejer una blanca túnica de lana á tu amada. Te daré un camello que te acompañe, por si alguna vez intentas atravesar el desierto. Te daré hasta una espada para que te defiendas de tus enemigos y te ennoblezcas á mis ojos. Cuanto desees, cuanto pidas te daré yo, tu amo, tu rey.

ORIEL.

¡Oh! Me parece imposible; gracias, señor, gracias.

KEKOBAD.

Te daré vida que no tienes, felicidad que no has conocido jamás; pero dame tú en cambio.....

ORIEL.

¿Qué, señor, qué?

KEKOBAD (*señalando al carro donde duerme su hermano*).

Dame todo el imperio de Persia.

ORIEL.

¿Yo que no tengo ni aire que respirar, yo que vivo de tu voluntad y de tu capricho, yo que ni siquiera poseo un pedazo de tierra donde fijar la planta en esta inmensa naturaleza; yo puedo darte toda, toda esa inmensa corona que ha caído de la cabeza de tu padre: yo, misero esclavo?

KEKOBAD.

Tú, no; pero sí esta corta espada. (*La arroja á sus piés*).

ORIEL.

¿Esta espada? No comprendo, señor.

KEKOBAD.

Corre, y clávala en el corazón de mi hermano, que duerme en aquel carro de guerra.

ORIEL (*arrojando la espada*).

¡Oh! Nunca, nunca. Me quema la mano como si fuera el aguijón de una víbora.

KEKOBAD.

¿Te atreves á desobedecerme? ¿Resistes á mi voluntad y á mi palabra? Misero insecto, ¿no sabes que te puedo aplastar bajo mis piés? Yo soy el rey. Yo tengo una corona más luminosa que la corona del sol. La tierra se extremece de espanto si yo ando. Los hombres no se atreven á mirarme, porque mi resplandor no les ciegue. Las estrellas se darían por honradas con engarzarse en mi diadema. Mi manto es más necesario á la naturaleza que el manto de oro de la luz. La vida entera puedo yo apurarla en un festin. Ahora mismo un mandato mio precipitará en el sepulcro á millares de hombres que morirían ignorados, como ignorado muere el nido de hormigas que pisa el gigantesco elefante en su camino.

ORIEL (*plegando las manos*).

Mandadme que muera, y moriré. No me mandeis que mate, porque no mataré.

KEKOBAD.

¡Oh! Nunca le pregunta el camellante dónde va. Nunca al auriga le pregunta el caballo dónde le conduce. Nunca se resiste la piedra

á caer cuando la despide la mano del hombre. Nunca la espada se resiste á matar cuando la mano del hombre la esgrime. ¿Y tú, miserable, tú que eres ménos que el camello y el caballo en mi reino, y estás aún más sujeto á mi voluntad que la piedra y la espada, tú me desobedeces, tú desobedeces á un rey en cuya presencia van á temblar muy pronto los reyes de la tierra desde el Oriente hasta el Ocaso? Instrumento mio eres, y si alguna vez te considero inútil, te mataré, como quiebro la copa de barro despues de haber apurado el vino que contiene.

ORIEL.

Señor, yo no sé lo que pasa aquí en mi corazón; pero una voz secreta que no puedo desoir, una voz más poderosa que el estruendo del huracán, más sublime que el rumor de las olas en la playa, me está diciendo con inflexible severidad que no te obedezca, porque me mancho con un crimen y me atraigo un eterno remordimiento. Perdóname, señor; pero mi voluntad no es bastante á cerrarme los oídos para que no escuche esa tremenda voz.

KEKOBAD.

¿Qué voz puede ser esa? No hay más voz, no hay más eco en todo mi reino que mi voz y mi palabra, que son tus únicos códigos. Yo, rey de Persia, yo, detenido delante de un esclavo! Toma esa espada, tómala, y vé, y cumple tu deber, que es obedecer á tu señor á ciegas. Sé tan fiel á mí como será fiel esa arma al impulso de tu brazo.

ORIEL.

No, no.

KEKOBAD.

Pues verás á esa mujer que has encontrado por compañera de tu vida, desnuda, herida, desgarrada, expuesta en una cruz á que el sol curta su piel y los insectos chupen su sangre y devoren sus carnes; y en su agonía te maldecirá á tí, que por desobedecerme serás causa de su suplicio y de su muerte.

ORIEL.

No más, no más. Cúmplase tu voluntad. (*Se arroja en el carro donde está dormido Tanyojarcés.*)

KEKOBAD.

¡Un esclavo quiere tener voluntad, quiere tener conciencia un esclavo! No sabe que nada es, que su voz debe ser ahogada, que su corazón no tiene más movimiento que el movimiento que le consienta su amo. ¡Ah! Pronto voy á ser dueño de todos los dominios de Persia.

ORIEL (*en el carro donde está dormido Tanyojarcés, le contempla*).

¡Morir! ¡Matar! Soy ménos, mucho ménos que la espada cuyo filo va á cortar los días de este hermoso príncipe dormido en su inocencia. La blanca luna, que ha estado luchando con las sombras toda la noche, muestra un instante su faz, como si quisiera por última vez besar al que va á ser para siempre arrancado de los brazos de la naturaleza. Ocúltate, diosa de la noche, ocúltate; no ilumines mi crimen. El corazón del ambicioso es más profundo que la tumba, es más voraz que la muerte. ¡Cuán fácilmente respira! Sus ojos entornados que casi dejan entrever sus pupilas, su frente sin la arruga de un remordimiento, la transparencia de su rostro, el encendido color de sus mejillas, su candor que resplandece en este pro-

fundo sueño, dan señales de una vida poderosa, exuberante. ¡Y todo va á ser aniquilado por el filo de esta espada! ¡Y todo va á morir por el impulso de este brazo! ¡Oh! Mi crimen me seguirá como una sombra. Mi vida será una vida maldita. Al ménos ahora, en la soledad de mis calabozos, entre el ruido de mis cadenas, no oigo una vez que me turbe y emponzoñe más aún mi dolor y mi desgracia. Pero si no le mato, ¿qué será de Iria, de mi amor? Acabémosle. ¡Ay! ¿No amaré también, no amaré? Al herir su corazón, tal vez heriré otro corazón. ¡Oh! Jamás. Despierta, príncipe, despierta, y huyamos, que te quieren matar.

TANYOJARCES (*despertando*).

¿Quién, quién me llama?

ORIEL.

Huyamos, huyamos.

KEKOBAD.

¡Ah, traidor esclavo! No le salvarás, no le salvarás.

TANYOJARCES.

Hermano mio, ¿es hora de partir á...?

KEKOBAD.

A la muerte, á la muerte. (*Clava la espada en la garganta de Tanyojarcés, que lanza el último suspiro.*)

ORIEL.

¡Horror, horror! ¿Qué has hecho? Era tu hermano.

KEKOBAD.

Si esto hago con un hermano que me amaba, imagina qué haré con un esclavo como tú, que me desobedece.

ORIEL.

¡Piedad, piedad!

KEKOBAD.

Te concedo cabaña y campo, á pesar de no haber querido matar á mi hermano; te concedo que vivas con la mujer que amas.

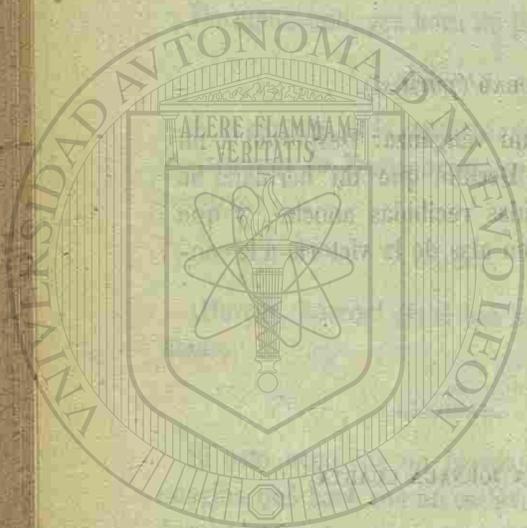
GRIEL.

¡Ah!... ¡Señor!

KEKOBAD (*para sí*).

No conoces aún mi venganza. Despertad á mi ejército, guardas. Decidle que mi hermano ha muerto de las heridas recibidas anoche, y que se prepare para ir en alas de la victoria á la conquista de Egipto.

FIN DE LA JORNADA CUARTA.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL

EL MERCADO.

JORNADA QUINTA.

IRIA (*en una cabaña; á su lado un niño dormido sobre palmas*).

¡Qué feliz soy en el campo, á orillas del mar!
 A la derecha de mi cabaña se levantan altos montes vestidos de cedros, coronados de nubes y de nieves; á la izquierda se extiende la campiña, en que la dorada espiga se dobla al beso del áura como la flexible caña, y el limonero atrae á sus frutos las abejas, á sus flores las mariposas, y el granado ostenta sus guirnaldas de púrpura, y la palma se mece orgullosa en las alturas, y la yedra se abraza á los troncos al par de la verde parra; y mientras el arroyo susurra, y el áura murmura en las hojas, y el cordero llena con sus balidos el prado, y el ave canta en la oscura en-

ramada donde anidan sus polluelos, las ondas del lejano mar me envían, al estrellarse en las arenas, el cántico de sus sonoros ecos y el beso de sus húmedas brisas; de suerte que mi pensamiento, ya vuela como la paloma por los campos, ya como el alga se mece entre la espuma y la ondulacion de las aguas. ¡Oh! Cuando derramo los dorados granos de trigo, y llamo á las palomas á que los recojan en su pico á la puerta de la cabaña; cuando trenzo con amapolas una corona para mi amado; cuando á la luz de la luna salgo á recibirle, al verle volver, ora cargado de frutos, ora de yerba para nuestro ganado, ora de peces que saltan entre las redes; cuando nos partimos un pedazo de pan en frugal cena, y despues al resplandor de encendida tea yo hilo copos de lana y él compone sus redes, y los dos cantamos una plegaria á los dioses ocultos en el centellear de las estrellas, me hallo más contenta y más feliz que todas las mujeres, y nada ansio en esta tierra, cuyo limite á mis ojos es el mar que besa el pié del valle, y el monte que lo corona con sus selvas. ¡Hora feliz aquella en que encontré á mi amado en la oscuridad de horrible noche! Desde entónces sólo he sentido felicidad y paz. Él siega, y yo espigo. Él planta, y yo riego. Él recoge la

cosecha, y yo la guardo. Él pesca, y yo voy con mi cesto de peces en la cabeza al mercado. Él trae en sus hombros el corderillo recién-nacido, y yo ordeño la oveja. Él riega el trébol, arranca el ajo, y yo hago la cena. Él cuida del árbol y yo lo sacudo para que despida la madura fruta. Él duerme la siesta, y yo velo dando de comer á los polluelos, á las palomas, á todos los animales que viven con nosotros, y como nosotros son felices. Pero donde nuestros ojos se paran, donde se mezclan nuestras lágrimas, donde se confunden nuestros lábios, donde se unen nuestros corazones, ¡ah! es en el rostro adorado del tierno niño hijo de nuestros cándidos amores. Las caricias de sus tiernas manecitas nos encantan, sus balbucientes lábios nos arrancan miles de besos, su dulce sonrisa nos alegra como el sol á los campos despues de la lluvia, su lloro nos pone olvido de todo, su tranquilo sueño nos arroba, y su mirada dulce, inocente y amorosa mantiene siempre vivo el fuego de nuestros amores. Yo he aprendido del árabe del desierto que viene á vender dátiles, muchos cuentos para entretenerle; del sacerdote asirio que tiene un templo en el Libano, muchas oraciones para implorar la proteccion de los dioses; y he encargado al navegante fenicio que de

la hermosa tierra donde el sol se pone, de la feliz Iberia, traiga una medalla de oro tocada en el altar del Hércules de Gades, para colgársela del cuello y preservarle del mal y de las tinieblas. Hijo mio, cada vez que te doy un beso, me parece que mis labios se purifican y se anima toda mi existencia. Hijo mio, hijo mio, dulce felicidad de tu madre. Oigo cantar. Es él, es él. ¡Qué feliz soy!

ORIEL.

Vengo del mar, de recoger en mi pecho sus brisas, de bañar mis miradas en sus horizontes. La ola que coronada de espumas besa la arena y se retira, y hierve, y escupe sus gotas á mi frente; la planta marina que vive sobre los abismos, recamada de colores, vestida de espléndidos reflejos; los aires que vuelan á su antojo por la celeste superficie, encrespándola y tiñéndola con varios cambiantes de luz; el ave que huella con el borde de sus blancas alas el agua, y mezcla su grito agudo al rumor de las brisas y de las olas, repetido por las hondas cavernas; la espléndida luz del sol, que al difundirse por aquella inmensidad finge un cielo sembrado de fugaces estrellas; la vida que tantos séres allí escondidos guar-

dan; el aliento de amor y de paz que se levanta del choque de las corrientes; el eterno cántico siempre repetido con que los líquidos abismos llaman á las alturas; el horizonte en que agua y cielo se confunden, se pierden como dos recuerdos amantes, llenan mi corazón de alegría, que henchido de vida canta en la orilla como las aguas, como las brisas, como las aves marinas, como el eco en el fondo de las cavernas, y se extiende hasta lo infinito, y se dilata como el mar. Todo es allí hermoso, todo. Arrojo mis redes en las aguas, y pronto se llenan de peces que traigo aquí saltando, peces que en sus escamas tienen todos los colores del iris, y que son el sustento de mi familia. Mi vida está consagrada á la naturaleza. Cuando por las mañanas me levanto y abro la puerta de mi cabaña, y veo á la rosada aurora teñir con sus primeros albores el mar, pongo la cara hácia sus brisas para que me den un beso, y muevo por vez primera mis labios para enviarle una bendición. Cuando en las noches de luna cierro mi cabaña para acostarme, no puedo ménos de convertir los ojos al dulce rielar de la suave luz, que parece como un pensamiento amoroso y triste, como el reflejo de esa melancolía interior que la felicidad causa, extendido en la

naturaleza. Campo, mar, sois mi felicidad y mi sustento, y la felicidad y el sustento de mi compañera y de mi hijo. Ningun tapiz he visto en los palacios de los reyes como el verde espléndido de vuestras hojas y de vuestras olas; ninguna lámpara como el centellear de las estrellas de vuestro cielo; ningun diamante como la luciérnaga ó la fugitiva nocturna estela; ningun espectáculo como vuestros árboles cargados de flores, ó vuestras olas coronadas de espumas; ningun amor como el amor que centellean vuestros celestes horizontes; ningun manjar como el fruto maduro que cae á nuestros piés, ó el pececillo asado en la hoguera hecha de plantas saladas de la ribera; ninguna vida como la palpitation de vuestra sávia y de vuestras aguas. Iria, bendigamos juntos á los génios, á los dioses que se ocultan en la corola de las flores, en las ondas de los mares, en el rumor de las brisas, en la blanca espuma, en los rayos del sol y de las estrellas, en el sosegado curso del arroyuelo, en la honda caverna donde hierve la levadura de la vida de la naturaleza, para que vengan á proteger bajo sus alas el nido de palmas donde tranquilo duerme nuestro hijo.

IRIA (*de rodillas*).

Diosa y madre de las montañas, tú que vas por los bosques, con la cabellera suelta, la frente inundada de luz, los labios agitados por convulsa y delirante risa, las manos ocupadas con una antorcha; envuelta en blanca túnica de nieblas que los rayos del sol bordan con todos sus matices; delirante, frenética de amor, entonando una cancion á cuyos acordes ecos todas las cosas se mueven y se agitan; recoge en tu copa de oro las espumas de los mares, el rocío de los bosques; libalos con el voluptuoso frenesí que dá la ardorosa vida guardada en tu seno, y ven despues á depositar un beso en los labios de mi hijo, como la abeja deposita en el blanco panal la miel que lleva en su aguijón; y así será digno de tí, y cuando la sangre de la juventud enardezca su corazon, te seguirá amoroso por las selvas, uniéndose á los coros de tus sacerdotes y de tus adoradores. Yo le enseñaré á respirar tu aliento en el húmedo beso de las brisas, á sentir tus amores en el calor del medio dia, á libar tu vida en el ardiente licor que la uva desprende ó en la sabrosa miel que la flor guarda, á ver tu mirada en el plateado disco de la luna, á sentir las palpitations de tu inmenso corazon en

el movimiento de las olas, á besar como la orla de tu manto el áura cargada de aromas que hace estremecer de amor los árboles floridos en la primavera, á perderse en tu seno como el río se espacia y se pierde en la inmensidad del mar. Pero en cambio, diosa de Fenicia, dále fuertes brazos para trabajar con ardor y extraer la vida de la naturaleza; dále audacia para desafiar á los vientos y á las olas; dále esa mirada penetrante que lee en las estrellas la ruta por el desierto de los mares; guárdale para el porvenir una cabaña, y toca con tu vara mágica la tierra para que nazca una mujer que le ame como yo amo á su padre.

ORIEL.

¡Oh amor mio! La felicidad, que yo habia creido alejada para siempre de mí, me sonrie con sonrisa de amor. Mis brazos ya no tienen cadenas, mi cuerpo ya no se tiende en el húmedo lecho de oscuro calabozo. La soledad que antes desolaba mi alma, ha huido á la luz de tus ojos, que fecundan mi corazón como el sol fecunda los campos. Aquí, en el campo, en la cabaña, trabajo y vivo. Donde quiera que pongo la mano, allí brota la vida. Cuando despues de haber herido largo tiempo la tierra el sudor me cubre el ros-

tro, viene el aire del mar, y me orea, y me devuelve la agilidad y el movimiento. Cuando llega la hora del descanso, te encuentro aquí, y tus cánticos y tus palabras, y la sonrisa y las caricias de mi hijo, me devuelven la paz y renuevan la vida. ¡Bendita sea esta cabaña!

IRIA.

Nuestro hijo se ha despertado. ¡Oh corazón mio! ¿Has dormido? Me parece que veo todo el cielo en tus azules ojos. Tus labios brillan como una flor entreabierta. Bésame, bésame, amor mio, y besa tambien á tu padre. Te guardo una corona de flores, un dátil, una manzana y una rosa. Mira á tu padre, que está contemplándote extasiado. Bendito seas, hijo mio; bendita sea la hora en que viniste á la tierra.

EL NIÑO.

Quiero el nido que ayer me trajo el pastor; sí, lo quiero.

ORIEL.

No, hijo mio, no. El nido ha vuelto al árbol de donde fué arrancado, para consolar á la pobre ave que se dolia y se quejaba, pues los pajarillos

eran pequeñuelos como tú, y su madre amorosa como tu madre. Tú no sabes lo que cuesta al ave del cielo fabricar su nido; ¡ay! casi tanto como á tus padres levantar esta cabaña y darte ese lecho de palmas sembrado de odoríferas plantas. Primero la pobre avecilla busca un lugar escondido, muy escondido, entre las hojas con que la primavera ha cubierto el antes desnudo árbol. Allí va llevando en su pico lana que los corderillos han dejado en los espinos, hojas secas desprendidas de los árboles en el último otoño, hilos de las plantas, y las pajas que el aire dispersa, y que si bien parece perdidas é inútiles, son la felicidad de esos cantores de los bosques, cuyos gorgoros tantas veces te han dejado embebecido, obligándote por su sentimiento á confundirlos con la cancion de tu madre dulce arrullo de tu tranquilo sueño. Reunidas tanta lana y tantas hojas, llevadas al árbol y puestas sobre la yema que brota sávia, bajo la corola de la flor que exhala aromas, la avecilla pugna con sus patitas, con su pico, para juntarlas, para unir las, para darles fuerza, perfeccionando su obra con su pecho, con sus alas, con el movimiento de todo su cuerpo, dolorido por el trabajo y palpitante de amor y de esperanza. Despues, con gran cuidado, deposita el huevo; y

aquel alado sér, que vive del movimiento, que se cierce sobre las nubes, que se pierde vagando en el infinito y luminoso éther, sin darse punto de reposo, siempre en perpétua agitacion, se detiene, se posa, encoge sus patas, deja caer sus alas antes rizadas por los vientos, se queda inmóvil, y se consagra á concentrar sobre el nido todo el calor de su sangre, todo el fuego de su vida, mientras el compañero de sus penas en el vecino ramo puebla los aires con las endechas inspiradas por sus melancólicos amores. Y tras tantos cuidados y dolores, vienen los pobres pajarillos, y rompen la corteza del huevo, y nacen desnudos como tú naciste, y tienen hambre como tenias tú; y entonces sus padres los cuidan como nosotros te cuidamos, los abrigan como te abrigamos nosotros; y en tanto que la madre procura que el frio no les moleste, ni los amenace ningun reptil, ni les falte un instante el calor, ni caiga sobre sus cuerpecitos la lluvia de la tempestad ó el rocío de la noche, velando sobre el nido como tu madre sobre tu cuna, el padre, el trabajador de la familia, va, como yo, por el campo á buscar un gusanillo, una semilla, un grano de trigo, para dar de comer á sus hijuelos que pian como tú lloras; y ni padre ni madre descansan un punto hasta que

han cubierto de vistosas plumas las tiernas alas de sus hijuelos, y han enseñado todos los arpegios del cántico á su garganta, y los han conducido á buscarse por sí mismos el necesario sustento en el campo, y los han levantado á los cielos, adiestrándolos en volar para que se pierdan en las ondulaciones del aire y en los arreboles de la luz. Y tú, pobre niño, no puedes querer la desgracia de esa pobre ave que se quejaba en el bosque, la pérdida de su amor, la muerte de sus hijuelos, que hubiera sido su muerte. Esos pobres alados seres son nuestros compañeros; purgan de insectos las plantas y las flores; anuncian con su vuelo la lluvia, con su lamento la tempestad; pueblan el aire de armoniosos cantares, y cuando la luz del día se alza tiñendo cielo y tierra, consagran al sol naciente una oracion en sus gorgoros animados por el amor. Su vida es como nuestra vida. ¿Y tú quisieras que un guerrero viniera y talara nuestros árboles, y destruyera nuestra cabaña, y te arrancara del regazo de tu madre, y te pusiera en cadenas, para no volver á vernos más en esta vida?

EL NIÑO (*llorando*).

No, no, madre; no, padre mio.

ORIEL.

Pues bien; mira allí el ave que habia hecho la mano del pastor desgraciada. Salta de rama en rama cantando, bate sus alas con placer, enseña ya á sus hijuelos á salir del nido, les lleva granos de trigo y los reparte entre todos, y se queda por último extasiada mirando el cielo por do van á vagar, y oyendo cómo ensayan sus primeros cánticos, no de otra suerte que el labrador se entenece cuando ve cargado de flores y prometiendo numerosos frutos el árbol por su mano con afán plantado, ó la madre llora cuando ve crecido ya al hijo de sus entrañas y cercano á comenzar el verdadero camino de la vida. No turbemos, pues, el reposo de los seres que nos rodean. Tú no sabes lo que esconde el mundo, no lo sabes. Aquí en la tierra hay tiranos, aquí en la tierra, hijo mio, hay esclavos. Tu padre no se pertenece á sí mismo, no sabe qué será de él mañana. Un rey le ha dado esta cabaña, esos ganados, el campo que ves, la choza que habitas, los árboles que se inclinan para ofrecerte sus frutos, las palomas que vuelan por las alturas, la libertad de correr por las orillas del mar á oír el cántico de las olas y de las brisas y á tender sus redes en las verdosas aguas.

Este es el premio que me concede por haberle salvado la vida. Pero, ¿quién sabe si mañana se cansará, y me llamará á su palacio, y me encerrará en sus hondos calabozos, y me volverá á poner en cadenas, y me azotará con su látigo, y me separará de esta cabaña, y del corazon de mi mujer, y de la vista de mi hijo?

IRIA.

Calla, calla. No imagines tan triste é imposible caso. El nos ha dado esta cabaña y estos campos á orillas del azulado mar de Fenicia, y no podrá quitarnos lo que es nuestra vida, cuando tú le salvaste de los bárbaros. Desecha tan tristes pensamientos. Todo nos sonríe, todo nos alegra. El mar se riza al dulce aliento de los aires y se corona de espumas. El cielo brilla tan puro como los ojos de nuestro pequenuelo. El árbol se llena de flores que sacuden sus aromáticas hojas sobre nuestra frente. La linfa del arroyo serpentea en un lecho de musgo, ceñida de verdes y lozanas plantas esmaltadas por las gotas de rocío. La juguetona cabra salta sobre los abismos, el corderillo paca la fresca yerba en el prado, las golondrinas dan de comer á sus hijuelos en los nidos fabricados en el techo de la cabaña, la cigüeña

deseiende á limpiar de insectos los campos, bajo la rosa purpurina canta el ruiseñor sus amores, en tanto que el águila caudal se alza á los vientos y grita de alegría en las altas regiones, bañándose como todos los séres en los mares de luz y de vida que inundan el Universo.

ORIEL.

Yo he sido muy feliz, sí, muy feliz. Mi corazon, árido como un desierto, se ha vivificado al rayo de tu mirada. El sentimiento, que no se levantaba de mi sér sino para maldecir al impío cielo de bronce, sordo á mis quejas, ha volado lleno de alegría por las alturas como blanca mariposa que nace de una flor muerta. Las lágrimas negadas á estos ojos, secos por la calentura de la desesperacion, han corrido sobre el rostro de mi hijo en el retiro de mi cabaña. El trabajo, antes tan duro, tan triste y tan penoso, ha recogido con placer el grano de trigo, la fruta madura caída del árbol, el plateado pez que salta en la red, las cañas con que hemos levantado esta choza, las lanas de los corderos con que hemos cubierto nuestra desnudez, la miel que ha sido el manjar de nuestros campestres festines. Y si alguna vez he trabajado algo más, y he padecido, y he sudado

mucho sobre mi campo, ó en el mar, desafiando con mi barquilla las alteradas ondas que amenazaban sumergirme en los profundos abismos; al volver por la noche á esta choza, y ver la tea encendida, mi hijo dormido sobre las palmas, la cena humeando, el perro tendido á mis piés, tú, sí, tú, amada compañera mía, disponiéndolo todo y arreglándolo todo con tu trabajo, una lágrima de alegría ha asomado á mis párpados, é involuntariamente mis labios han modulado una oracion, cuyo eco ha ido á perderse en los arpegios del ruiseñor y en el ruido melancólico del mar. (*Se oye sonido de trompetas.*)

IRIA.

¿Qué ruido es ese que viene á turbar nuestro reposo? Las parleruelas aves callan y se refugian en sus árboles, las ovejillas vuelven al aprisco, y el perro escucha el siniestro son y hiere los vientos con sus ladridos.

ORIEL.

Por la verde ladera de la montaña avanzan guerreros armados de todas armas, desplegando al aire enseñas de varios colores, caballeros en blancos caballos, y muy ocupados en soplar, sin

darse punto de reposo, largas trompetas que resuenan con siniestro sonido en el valle y en el monte. Detrás de ellos, en larga procesion, descubro una cadena de esclavos, que desnudo el pié, descubierta la cabeza, vestidos sólo con ligeras túnicas de lino que al ampo de la nieve se asemejan, menean ramos de laurel en la mano derecha libre de argolla, y entonan un cántico triste como el lamento del prisionero. Siguenles con tardo paso y humilde continente los compañeros del hombre en el desierto, los incansables camellos, que de vez en cuando levantan con sus resoplidos en la tierra una espesa nube de polvo, pues apenas pueden sobrellevar la inmensa carga de púrpura, de ricas telas con que vienen como agobiados. Véanse detrás levantando sus trompas los gigantescos reyes de los bosques, los elefantes cubiertos con ricos tapices y sustentando en su lomo á los sátrapas del imperio, que miran indiferentes las galas de los campos y el hermoso espectáculo de los mares. Siguenles en numerosas cuadrillas guerreros de todos países, indios vestidos de lino, árabes caracoleando en sus caballos negros como la noche, escitas cargados de flechas y de arcos, abisinios que aullan, salvajes de los desiertos que saltan y corren como poseidos de

febril locura, ricos medas cubiertos de telas de oro, formando entre todos inmensa confusion de razas y de pueblos. En ricos carros de marfil y oro, tendidas perezosamente entre pebeteros que exhalan suaves aromas, coronadas de perlas, vestidas de ricas telas de plata, se ven venir las esclavas favoritas del rey, que entonan un cántico dulcísimo parecido al del ruiñeñor que ha dejado su libertad en las doradas rejjas de los palacios. En pós de las esclavas se ven los magos, tambien perezosamente tendidos en deslumbradores carros, en los cuales van las divinidades que protegen el imperio persa, y las ciudades tributarias del imperio. En un lecho que semeja al sol viene recostado el dueño del mundo. En su cabeza luce la tiara persa, en sus piés sandálias de oro, en sus hombros el manto de púrpura, y de su costado está pendiente la espada de Ormuzd, más luminosa que un cometa. Es el rey de Persia.

KEKOBAD (*dirigiéndose á sus magos*).

Quiero ir á Egipto. Niño, jugué en mi cuna con sus serpientes de bronce y con sus cocodrilos de piedra. Jóven, he oido el cántico de sus esclavas esparcido por mis palacios como un clamor del desierto que me llamaba á sus voluptuosas

noches, á sus ardientes amores. Rey, creo que mi corona es frágil y pálida si no se pierde en los sombríos misterios de sus templos, en las cavernas de sus sepulcros. Quiero libar el oloroso vino en las copas de aquellos altares, y embriagarme al son de aquella música, aguda como un gemido del desierto, cadenciosa como el ruido de las aguas del Nilo al morir en el mar. La tierra de los misterios me dará en su silencio religioso, en sus nubes de incienso y de mirra, en sus holocaustos, el espíritu de un dios, que necesito para hollar la frente de las naciones y las espaldas de los pueblos. Allí, reclinado en sus altares, hundidos los piés en las flores sagradas traídas de las márgenes del Nilo, apoyados los brazos en las esfinges de mármol, envuelto en el sudario de alguno de esos dioses que duermen siglos y siglos en las pirámides, oyendo la catarata de los tiempos pasados rodar al pié del ara desde los labios de las primitivas esfinges, embebido en descifrar los secretos de la naturaleza que guardan los misteriosos geroglíficos, podré ver á la tierra subir hasta mis piés, desciniéndose su túnica como la esclava que se entrega á su señor, y al cielo bajar hasta mis manos como el pajarillo fascinado baja á las fauces de la serpiente; y seré

dios, y las naciones me parecerán despreciables hormigueros, y la tierra un monton de cenizas que ni siquiera sea bastante á empolvar las orlas de mi manto. Yo soy desgraciado. Los pueblos caen uno tras otro en mi espíritu como piedras en el mar, y ni siquiera oigo su ruido allá en los profundos abismos de mi pensamiento, y ni siquiera los veo dibujarse en los horizontes de mi fantasía; pues arrojar á mi ambicion el mundo, es como arrojar un insecto al leon hambriento. Quiero ser dios; sí, quiero ser dios. El ruido de estos festines me hastía cuando lo comparo con el cadencioso cántico que deben formar las estrellas en los espacios celestes; el hirviente vino me parece insípido y frio cuando pienso en el hervor del néctar de la vida que debe guardar Ormuzd en su cáliz; la luz del sol es á mis ojos como espesa noche cuando evoco la primera aurora de la primera luz que debió amanecer sobre la primera ebullicion de la sustancia del Universo. Sacudiendo el sueño de la tierra, despues de largo embrutecimiento en el seno de la materia fria é inerte, quise volar como el águila por las alturas, y tomando alas de mi pensamiento, menosprecié reinos y coronas de oro, y me perdí en el celeste vago éther, y quise, yo, rey omnipotente,

tocar con mis manos los limites del Universo, abrevarme en la copa donde está guardada la vida, ver la fuente misteriosa de la luz, y abrasar allí mi tosco cuerpo como la mariposa sus alas de gasa en el fuego de una lámpara, para tomar otra naturaleza, y sentarme entre los dioses, y ceñirme los mundos como un collar de topacios á mi garganta. Pero bien pronto caí de mi ilusion. Y soy poderoso, y todo me domina; y no puedo comer sin que venga el empacho, ni beber sin que me tomé la embriaguez, ni amar sin que me posea el hastio. ¡Oh rabia! Por eso quiero ir á Egipto, por ver si en aquel suelo sagrado y religioso troco mi frágil naturaleza de hombre por la pura y vívida y ardiente naturaleza de dios. Vamos, pues, vamos á Egipto.

EL GRAN MAGO.

Kekobad, tu ambicion es justa. La conquista de Egipto ha sido el eterno sueño de Persia. Mas tu tesoro está completamente vacío. La guerra se ha llevado consigo todas tus riquezas. El hambre comienza á reinar en tus dominios. Al llegar á Tiro, á la ciudad mercantil del Asia, el dueño de Asia no tendrá lo que acaso tenga el último de sus mercaderes. Armar naves, ejércitos, caer so-

bre un gran país, conquistarlo, sujetar su indómita independencia á tu pujanza, es difícil cuando tal obra se prepara y se emprende con las manos vacías de oro. Y no podemos tratar á estos mercaderes de Fenicia como tratamos á los pueblos del corazón del Asia. Allí vamos armados de nuestras armas, y los cazamos como fieras, obligándoles á ofrecernos todas sus riquezas, todos sus frutos. Mas estos señores del mar, que parecen tener por alas el viento, cuando se ven oprimidos se pierden con la rapidez del relámpago en el lejano horizonte, y en cualquier peñasco aislado en medio de las olas alzan su nido como la gaviota ó como la golondrina. Es necesario dar con el pié en tierra para que brote oro.

KEKOBAD.

Búscalo tú. Hiere la tierra con mi cetro, y de la tierra saldrá un raudal de diamantes. ¿Pues qué, no ha de haber oro en el mundo para el descendiente de Orzmud, para el hijo del sol? El oro es un rayo de luz que se ha cuajado en las entrañas de los montes. Y la luz es toda mía, toda de mi poder y de mi dominio.

EL GRAN MAGO.

Es verdad. Mas hoy no tienes oro. Y sólo hay un medio de tenerlo pronto, y de tenerlo como no lo tuvieron nunca tus gloriosos predecesores.

KEKOBAD.

¿Cuál es ese medio? Dilo, dilo.

EL GRAN MAGO.

Vamos á Tiro, á la ciudad mercantil del Asia. Allí se reúnen todas las caravanas, allí tocan todos los navios, allí se citan todos los mercaderes, allí corre el oro como las arenas en el desierto. Y puesto que el número de tus esclavos es tan inmenso, esclavos de tu palacio, de tu templo, de tus jardines, de tus cuadras, de tus montes, de tus bosques, de tus rios; esclavos en Media, en Bactriana, en Persia, en Nive, en Babilonia, en Fenicia; véndelos, si, véndelos, y recogerás el oro á manos llenas, y podrás clavar tu espada en el corazón del Egipto. Mira (señalando la cabaña de Oriel); ahora mismo pasamos por una choza de esclavos. Véndelos, véndelos; que donde quiera que vayas, tendrás por esclavos reyes, príncipes, guerreros y sacerdotes.

KEKOBAD.

Vende, sí, vende todos mis esclavos. (*La comitiva se pierde á lo lejos, despues de haber pasado por delante de la choza de Oriel. Este, su hijo é Iria han estado de rodillas desde que han descubierto al rey hasta que lo han perdido de vista.*)

ORIEL.

¿Has oído? ¿No ha llegado una voz lúgubre, un acento desgarrador hasta tu alma? Me pareció que el mar se levantaba un instante sobre su lecho, como un ébrio que quiere incorporarse y cae vencido por el sueño. Me pareció que el sol se ocultaba como avergonzado de lo que va á suceder, y que por no mirar nuestra desgracia se envolvía en sus nubes, como la virgen tierna y sencilla se cubre con su manto de lino por no ver un asesinato. Me pareció que al ir á beber un gilguero en el arroyo se apartó con terror, porque el arroyo le dijo: «Soy una lágrima, y como lágrima soy amargo.» Me pareció que el aire, al chocar en las rocas, lanzaba un lamento tan profundo, que hasta las piedras se abrian de dolor y gemían. Me pareció que los árboles desesperados sacudían sus hojas para derramar en el suelo sus frutas y sus

flores, deseosos de condenarse á eterna esterilidad. Me pareció que en esta tierra cubierta de verdor por nuestro gigantesco trabajo, en esta tierra sobre la cual llovía el cielo sus más puras aguas, y en cuyos árboles cantaban con tan dulces armonías los ruiseñores, en esta tierra de lagos, de bosques, de montañas coronadas de nieves, de mares azules como el cielo, de abejas doradas como las estrellas, de mariposas de mil varios matices, se tendía el desierto con toda su infecundidad, y anidaban como sus únicos habitantes las víboras. Y me parecía que mi corazón saltaba del pecho, mis ojos de su órbita, mi idea de mi cerebro, mi vida de mi cuerpo, tú de mi lado, y mi hijo, mi hijo, de tu seno. Y todo fué porque al pasar junto á nosotros el carro del rey, del bienhechor que nos ha dado estos campos, oí una voz aterradora que decía con siniestro acento: «vende, vende todos mis esclavos, véndelos.» ¡Oh! ¡Gustar un instante de la felicidad, para despues perderla! ¡Cuánto mejor ¡no era el oscuro antro y la pesada cadena! ¡Por qué he gustado la felicidad un instante?

IRIA.

No temas, no tiembles. ¿Cómo habian de venir

á arrancarnos de aquí? Esta tierra está encantada por nuestros amores. Cuando la ola viene á morir en la playa y nos vé, deja el aire sembrado de rumores y de ecos, la tierra de conchas y caracoles, como si tomara parte en nuestra felicidad. Cuando el arroyo siente que nos acercamos, detiene un poco su curso, y en el remanso de sus aguas, donde se miran las plantas y las flores, retrata nuestros rostros radiantes de felicidad. Cuando el árbol florido, el temprano almendro nos cobija, se entrega á su amor con el áura, y al estremecimiento de su pasión deja caer sus flores sobre nuestras cabezas para coronar sin duda nuestra felicidad. Cuando la paloma siente nuestros pasos al lado de la cabaña, aumenta sus melancólicos arrullos, como diciendo á su compañero que aprenda amor de nuestro amor, felicidad de nuestra felicidad. Cuando la luna en la callada noche nos vé correr á regar una flor, á respirar un beso de la brisa, á recoger una luciérnaga que brilla entre la yerba, á dirigir una oración á los astros que centellean en los indecisos matices del azulado horizonte, torna su luz más suave, baña con más melancólicos resplandores las hojas de los bosques, desliza entre las sombras con más cuidado sus rayos, baja á los lagos, al mar, como

ansiosa de ver de cerca nuestra felicidad. Cuando el rruiseñor está sobre la rosa bebiendo la gota de rocío guardada en su corola, aspirando sus aromas, columpiado por el áura, cerca de su nido, y nos vé inclinados sobre las palmas donde duerme nuestro hijo, velando su dulce sueño y oyendo su tranquila respiración, siente crecer su paternal amor, afina su garganta, y llena los aires de cánticos, cual si quisiera acompañar nuestra felicidad. ¿Y el hombre, sólo el hombre será capaz de deslizarse en esta cabaña, que es paz y virtud y amor, para turbar nuestra felicidad?

ORIEL.

Repite esa palabra felicidad, y mira. (*Señala unos soldados que se dirigen á la cabaña.*)

IRIA.

¡Ay! ¿Qué idea siniestra ha cruzado como un relámpago por mi alma desolada? Arrancarme de aquí, venderme, no, no puede ser. Dioses que flotas en el aire, gènios escondidos en las espumas del mar, venid en mi socorro. Mi hijo, mi hijo debe crecer en esta cabaña, al pié de estos árboles, en el seno de estos amigos campos, unido á su madre. Los soldados se adelantan con feroci-

dad, aullando como una bandada de cuervos que se arrojan sobre un cadáver. ¿A qué vendrán aquí con sus armas, con sus ódios, aquí donde sólo reinan la paz y el amor?

ORIEL.

Permiteme un recuerdo, Iria, un recuerdo de amor. Estabas tú, en la noche de nuestro encuentro, bajo los cedros, iluminada por la luna que había atravesado el espeso velo de las nubes, respirando el dulce aliento del áura que parecía dormirse en tu seno; y me jurabas, delirante de amor y de esperanza, por el Dios que hablaba en el susurro de las selvas, ser mi eterna compañera. Y yo, que respiraba tu aliento perfumado, que bebía en tus ojos la luz de una nueva vida, que caía en un vértigo cada vez que un rizo de tu flotante cabellera rozaba mi frente, agitada y encendida como si la tocara el ala misteriosa del dios de los amores; yo, al estrecharte en mi delirio contra mi pecho palpitante vivificado por el fuego de mi pasión, al unir mis trémulos labios con tus labios; en aquel momento supremo, propio sólo para desvanecer todo recuerdo, para matar todo asomo de dolor, sentí una mano de hierro, fría como el hielo, que paraba los latidos de mi

corazon, una sombra negra como las tempestuosas nubes, que oscurecía todo mi pensamiento, y me acordé con horror de que era esclavo, y te rechazé de mi seno maldecido, porque sólo esclavos podían dar nuestros amores á la tierra. (*Iria lanza un grito de dolor, y abraza á su hijo.*) Y hé ahí nuestro hijo, la única víctima inocente de nuestro amor. Ha nacido libre, y ahora vá á ser esclavo. Ha corrido por el campo como la mariposa, y ahora llevará una cadena al pié, una argolla en la mano. En esos labios, en esas rosadas megillas tantas veces cubiertas por nuestros besos se cebará el látigo de su amo, sin duda más cruel que una serpiente. Esos ojos que son nuestra delicia, de puro llorar concluirán, como los míos, por secarse cual un desierto; horrible aridez de sentimientos que también llegará al corazon. Y tú lo habrás parido con dolor, lo habrás cuidado con el celo de madre, habrás secado sus primeras lágrimas con tus besos, le habrás dado toda tu vida en tus pechos, le habrás tenido siempre en tu seno, por creer dura cualquiera cuna para tu hijo, y frío cualquier lugar donde no esté el calor de tus sentimientos de madre; y ahora lo arrojarán á una caverna, lo dejarán desnudo á la intemperie, le darán el alimento sólo necesario pa-

ra mantener su vida de amargura, le maltratarán, le cargarán como una bestia, le despreciarán si enferma; y así vivirá sin amor, y morirá sin que caiga sobre sus cenizas ni una lágrima; y su última palabra será tal vez una maldición para los despiadados que le dieron el sér.

IRIA.

¡Qué horror! Esclavo, esclavo. No, no. Antes mi mano le dará la muerte; antes le arrojaré en el no sér. Hijo mio, hijo mio.

EL NIÑO.

Madre, ¿por qué lloras? Oye el ruiseñor que canta; mira el arroyuelo que corre; huele, huele esta flor que se abre. No llores, madre, no llores. Todo está tan hermoso como siempre, todo. ¿Por qué lloras? Dame, padre mio, un beso. Si llorais porque quité el nido, os digo que ya no quiero más nidos. Mira; el avecilla canta allí. Está muy alegre. Sus pequeñuelos pian; y levantan y sacuden ya sus alitas. ¿Por qué llorais vosotros? ¡Oh! Me haceis llorar á mí tambien. Hasta el corderillo viene balando á preguntarme qué teneis. Se acercan unos hombres. ¡Qué relumbrantes vienen! ¡Qué hermosos! Miralos, madre, miralos.

Levanta los ojos y no llores. Son muy hermosos.

IRIA.

¡Inocente, inocente! ¡Ay! ¡Ay! *(Se cubre el rostro con las manos, y oculta entre los pliegues de su vestido á su hijo, al llegar los soldados.)*

UNO DE LOS SOLDADOS.

Esclavos de Kekobad, venios con nosotros. El rey ha dispuesto vender todos sus esclavos, y manda que salgan de su habitacion todos, y todos vayan á la plaza pública al mercado. Cumplid, pues, sus órdenes. ¡Ea! Pronto, pronto. Mirad; por aquella ladera bajan tambien esclavos que estaban guardando los ganados del rey. Pronto, pronto; al mercado de Tiro. Todos vais á ser vendidos.

IRIA.

Por piedad, os ruego que me salveis. A un dueño del mundo, á un señor de tantos hombres y naciones, ¿qué le importan estos tres pobres séres perdidos en sus dominios como tres granos de arena en el desierto, como tres gotas de lluvia en el mar? Dejadme aquí. En la madriguera de una leona, comiendo las raices de los árboles, somos

felices los tres, completamente felices, porque toda nuestra dicha consiste en vernos, en oírnos, en besarnos. ¡Ah! Si ese rey tiene vida, la debe al compañero de mis días, ¡y así le paga! Decidle que nos atormente con garfios encendidos, que nos mate si le place, pero que no nos separe. Valdria más que viniera y abriéndome el pecho me arrancara el corazón á pedazos, antes que apartarme de mi hijo. Mirad mis lágrimas que corren á torrentes, mis lágrimas que ablandarian una piedra. Oid mis gemidos que arrancarian sentimientos compasivos y tiernos á las entrañas de un leon. Pensad en vuestra madre, si es que tenéis madre. ¿Quién no compadece, quién no ama el corazón de una madre? ¡Oh! La muerte me parecería poco por mi hijo. Al fin la muerte es un sueño. Yo le seguiria de rodillas por toda la tierra; yo beberia sus lágrimas; yo bajaria al fondo calabozo donde le encerraran, para mirarle, al ménos en el postrer momento de mi vida, en el último trance de mi existencia. Nadie puede en el mundo separar un hijo de su madre. Venid, venid, y acabaré con vosotros. La rabia, el dolor pondrán el veneno de la víbora en mis fáuces, en mis dientes, en mis ojos; y al arrancármelo, con miraros no más, os mataré. Atrás. No sabeis lo

que puede el corazón de una madre. Hijo, hijo mio, tú no serás esclavo, ¡no! ¡no! ¡no!

ORIEL.

Soy culpable, lo soy. Yo únicamente, yo soy el autor de vuestra desgracia. Yo te he asesinado, mujer, y yo he asesinado á mi hijo. ¿Qué importa la vida sin libertad? ¿Qué vale sin libertad el amor? Le he dado á mi hijo un cuerpo, pero no le he dado un alma. Le he dado el sentimiento para padecer. Le he dado la vida para que de ella viva un déspota. ¡Oh! Maldito sea el instante en que te engendré. Yo, loco de mí, siempre me dejo seducir de una ilusion que el fuego de la calentura levanta en la soledad de mi alma. Una luz engañosa, más brillante que la estela en el mar, pero también más fugitiva, me dice que soy de otra pátria, que hay otro mundo, donde para siempre dejaré rota y deshecha mi cadena; y lo creo, y espero, y á cada resplandor de esta creencia, de esta esperanza, imagino que ese mundo va á surgir, trayéndome un aliento, un suspiro de libertad. Y ahora me veo próximo á ir á un mercado como una bestia, con la mujer que he amado casi sin vida á mis piés, y mi hijo herido ya

en su alma por eterna esclavitud. ¡Oh dolor! Resignémonos á nuestra eterna desgracia.

IRIA.

¡Resignarnos! Muramos antes mil veces. Yo no me resigno á ver en cadenas á mi hijo; yo no me resigno á que me separen de tí. No puedo hasta ese punto mandar en mi voluntad. No puedo reprimir mi corazón, que estalla. Si tengo fuerza, que la tendré, cogeré las trenzas de mis cabellos, ahorearé á mi hijo, y me arrojaré al hondo mar; pues más le quiero pasto de los peces, que esclavo de orgullosos señores. Hijo mío, hijo mío.

EL NIÑO.

Madre, no llores. Mira, no temas á esos hombres. El sol, que tantas veces me has enseñado á adorar, se ve en sus pechos de acero. Muy buenos deben ser, cuando el sol tanto los quiere. No llores, madre, no llores. El cielo está tranquilo. No se oye el ruido del trueno. El mar está en calma, y no amenaza, como otras veces, sorberse la barca de nuestro padre, que se halla á nuestro lado, libre del viento y de las olas. No llores, madre, no llores.

UNO DE LOS SOLDADOS.

No queda tiempo que perder. Vamos, vamos pronto. El esclavo que se resista, será desnudado, herido con un clavo en las manos y en los piés, azotado y puesto una noche á la intemperie, y encerrado en un tronco hueco, de donde sólo pueda sacar las manos y los piés y la cara, y se untarán piés, manos y cara de miel, á fin de que alzado en una eminencia, á los ardientes rayos del sol, vayan las moscas y los tábanos y las hormigas, y toda clase de insectos á chuparlo y roerlo hasta que espire entre desesperantes dolores.

IRIA.

¡Oh! Callad, callad, por lo que más en la tierra ameís.

UNO DE LOS SOLDADOS.

Y al pié del suplicio del esclavo se encenderá una hoguera alimentada por maderas del Libano, y en esa hoguera serán arrojados sus hijos para que mueran abrasados como un holocausto grato á los dioses de Tiro, que aspiran con placer el olor de los sacrificios humanos, y muy especialmente el humo que levanta la inocente sangre de los niños.

IRIA (*estrechando á su hijo*).

Vamos, sí, vamos donde queráis. Ya no me resistiré más, vámonos. El que me compre en el mercado, ¡oh! me comprará con mi hijo. No me separaré jamás de la prenda de mi corazón. Corramos, corramos á la ciudad, á donde queráis. ¡Un suplicio, un sacrificio! Hermosos campos, nido de mis amores, recibid la última despedida de un corazón desgarrado.

ORIEL (*marchando con todos hacia el mercado*).

Campos, hermosos campos, testigos de mi felicidad, compañeros del único día de paz que me ha sonreído en la vida, os dejo para siempre, y vuelvo á ser desgraciado, á vivir arrastrando mi eterna cadena. Ya no aplicaré el oído al tronco del árbol recién plantado, para sentir si por sus filamentos corre la vida. Ya no libaré en mis labios el primer aroma de la flor entreabierta por el beso del áura, erguida sobre el ramo cual si llamara á sus festines y á sus amores á las mariposas y á las abejas. Ya no oiré el pino que vibra como un arpa en los altos montes, el impetuoso rugir de la catarata que salta por las breñas, el susurro de los cedros agitados por el viento, el cántico del grillo y de la cigarra, la primer ora-

ción de la alondra en el alba y el último gorgojo del ruiseñor en la tarde, el agudo pío de la golondrina que avisa á los polluelos y á los gallos dispersos por los alrededores de la cabaña la venida del águila rapaz, cuyas alas flotan como una blanca nube en los aires, mientras la paloma y la tórtola se acogen á sus nidos y contrastan el grito odiado de las aves de rapiña con sus largos y melancólicos arrullos, semejantes á un coloquio de amor. Cabaña, cabaña mía,alzada en los riscos, escondida entre pámpanos y olmos, hecha de pajas y de cañas por mi mano sembradas y por mi mano cogidas, nido de golondrinas y de mi familia, único santuario de felicidad que he encontrado en la tierra, pronto, pronto la soledad te devorará, te pudrirá la lluvia, te abrasará el fuego del sol, y vendrás á ser madriguera de tigres y leones. Mar, amado mar, tanta hiel hay en mi corazón como agua en tu inmenso seno, y más tempestades hay en mi vida que en tus profundos abismos y en tus libres vientos. Adios. Ya no vendrá la ola á besar mis piés, ni la brisa á orear mi frente, ni la nocturna estela á encantar mi vista, ni el ruido de las gotas que se desprenden del remo á regalar mi oído, ni el ave marina á llevarse en su raudo vuelo mi pensamiento, ni tus cor-

rientes ni tus huracanes á levantar una tempestad, una ambicion gigantesca de lo infinito en mi alma de esclavo. ¡Cuántas veces, al oír el bramido de las olas, el estruendo de los vientos, el hervir de las aguas en los abismos, el eco prolongado en las cavernas, el clamoreo de las gaviotas que rozan con sus alas fugazmente las espumas, el ruido de las piedras de continuo removidas, he sentido que en mi sér habia algo más que este pobre cuerpo frágil como un vaso de barro; y me he levantado á contemplar dentro de mí mismo un mundo inmenso como el mar, agitado como la tempestad, oscuro como el abismo; mundo que no he podido comprender, y cuya grandeza sólo he adivinado por su misma oscuridad; mundo que se levanta sobre todos los séres como la luz sobre la naturaleza; mundo esclarecido sólo por un deseo ciego que hay en mi alma de poseerse á sí misma, de ser dueña de su vida; mundo interior, universo indescifrable, en cuyo seno se refugia la perseguida, la anonadada libertad de mi sér! ¡Ah! ¡Qué palabra he pronunciado! No que-
mes, no, mis labios, palabra vedada por todos los tiranos. Nidos de paloma, enramada donde el ruisenor se refugia, tronco en cuya resina fabrican sus panales las abejas; riscos por do salta la

cabra montés, prado en que pace el manso corderillo, tosco barro de donde se alza á recibir el primer beso del nuevo dia la alondra, techo de paja en que se refugia la golondrina, surco abierto por el buey, monte en que canta el pino y anida el águila y muge el torrente, playa sonora cubierta de arenas y de conchas, hirviente mar coronado de espumas, recibid la última despedida de un alma que va á hundirse para siempre en la eterna oscura noche de negra esclavitud. (*Se pierden todos á lo léjos camino de Tiro.*)

CORO DE SACERDOTES (*á la puerta de un templo de Tiro.*)

Cantemos á Tiro, reina de los mares. Las nubes son su diadema, los vientos sus alas, el celeste mar su inmenso templo, los huracanes y las tempestades su música, las estrellas las letras doradas del libro de su ciencia. Su Hérenles ha recorrido los mares, ha levantado en cada escollo un templo, ha encendido sacrificios en la cima de las islas con la lumbre robada al mismo sol. Las olas clamando con su continuo cántico á nuestras montañas y acariciándolas con sus ósculos, consiguieron que el cedro del Libano se entregara á sus brazos, y lo llevaron en triunfo hasta los úl-

timos limites del mundo, como un testimonio y un recuerdo de sus eternos amores con la tierra. Y despues el hijo de Fenicia, que nace á las orillas del mar, que pasa toda su vida peleando con las olas y los vientos, animó el tronco inerte del cedro, dándole en la vela de lino un ala más ligera que el ala de la gaviota, é infundiendo con el viento recogido en los pliegues de esa vela un espíritu tan poderoso y movable como el espíritu del hombre. Deja, Tiro, que los reyes de Asia caigan como buitres sobre las entrañas de los pueblos, y se embriaguen de sangre recogida en los cráneos de sus enemigos, y se gocen con los lamentos de los moribundos, y tengan por trono inmensa montaña de cadáveres, y por corona el oscuro vacío de la tumba, mientras que tú, bendecida por las olas y cantada por las brisas, llevando en tus manos el remo pacífico que hiende los mares, te coronas de algas y de perlas, y te vistes tu púrpura, y compartes con todos los hombres las riquezas del comercio, diosa del trabajo. Tú has abierto un fondeadero para todas las naciones. Los abetos de Sámos te dan tablas para tus naves, los cedros del Libano altos mástiles, las encinas de Basan fuertes remos, la India popas de martil blanco cual la nieve, Egipto lino para tus velas y

colores para dar á las velas todos los matices del iris, los habitantes de Sidon marineros, los magos de Oriente pilotos; y Cartago te llama hermana, y Grecia viene, como una sirena perdida entre las ondulaciones del mar, á entonar acompañada de su lira un cántico en tus oidos; y Thogerma arrastra de la rienda impetuosos caballos para tus carros de plata; y Siria siembra de perlas tu camino, como la aurora de gotas de rocío la cuna del nuevo día; y Judea llena de trigo tus trojes y de oloroso aceite tus cristalinas lámparas; y Damasco vierte en tus copas de oro ibérico su purpúreo vino; y Arabia deposita en tus aras sus corderillos y sus dátiles, y Sabá su mirra y sus aromas; y el guerrero de Persia cuelga sus escudos de tus templos, y los hijos de Arad sus aljabas de tus torres; y tú, agradecida, tiñes en tu púrpura los mantos de todos los reyes de la tierra, y cobijas á todas las naves del mar, como el águila cobija á sus hijuelos allá en las alturas bajo sus blancas alas. Coronate, hermosa ciudad, con las perlas y los topacios y los diamantes y los carbunclos y el zafiro y la esmeralda que te traen tus hijos, para que brilles sobre todas las ciudades como brilla el sol sobre los astros. Al fin, ninguna diosa podrá presentar como tú un collar de perlas, un

velo de espumas, una túnica celeste como el mar, un cinturón de corales y una diadema en que están engarzados los astros. Tú tienes dos cielos, el que se extiende sobre tu cabeza, y el que retrata el mar cuando huellas las olas tendida en tu nave de marfil y cedro. Tú unes como un anillo el Oriente y el Occidente. Tú recibes al navegante que viene mojado de luchar con las olas, y al errante conductor de la caravana que viene empolvado de luchar con el desierto. ¡Salud, salud á Tiro!

UN MERCADER DE LINO. (*Todas las escenas siguientes pasan en el mercado de Tiro.*)

Estamos en el gran mercado de Tiro, do se confunden todas las lenguas, y se mezclan todas las razas, y se juntan todos los productos del humano trabajo. Al pié de la alta montaña se ve descender la caravana que ha atravesado el desierto, y al mismo tiempo al lado de la tranquila ribera se ve la nave que ha atravesado el mar y pliega su vela como la gaviota encoje sus alas al llegar á su nido. El caminante entona un cántico agudo, melancólico, monótono como el ruido del viento que se estrella en las arenas, y el navegante entona un cantar vario, ligero, gracioso como

el choque de la onda en la proa de su barca; y el eco de esos dos cantares son el himno triunfal del trabajo sobre la naturaleza. ¡Qué hermoso está el mercado! Al rumor de las olas, al ruido del viento en las selvas se une el clamoreo de mil voces movidas por la pasión, por el interés, por el miedo, por la incertidumbre, por la alegría del lucro, por el deseo de poseer una de las mil maravillas que Tiro ha reunido en este su templo. Comparad este rumor del mercado, donde reina la vida, con el estruendo del campo de batalla, donde reina la muerte. Comparad al hombre blandiendo su espada para herir al hombre, con el hombre sobre la máquina, encorvado hácia la tierra, perdido en la inmensidad del mar, arrancando algun secreto á los seres que le rodean, exprimiendo sobre todos los labios la vida que en sus pechos guarda naturaleza. ¡Hermoso está el mercado de Tiro! El sacerdote de Egipto viene á comprar incienso para expresar al pié del ara con una nube de azulado humo la religion de su pueblo. El mancebo griego, que acaba de desembarcar, corre, entonando una canción tan armoniosa como la brisa que se estrella en los pinos de su isla, á buscar collares y brazaletes de perlas para la doncella que le ha jurado amor. Las princesas de

Oriente envian á sus eunucos para que les lleven pomada de nardo con que atraer á sus gracias y á sus amores al voluptuoso señor, ya harto de placeres. El mercader cuenta con ávidos ojos el oro tartesiano arrancado á las tierras donde el sol se duerme como se duerme el dorado abejorro en el cáliz de la flor. El viejo piloto pasa embozado en su manto de lino rayado, contando que si hoy está ya vacilante, en su juventud así ha servido para pisar la tierra abrasada del Yemen, como para burlar los escollos del Mar Rojo. Aquel otro navegante refiere que ha visto las columnas de Hércules, fin de la tierra, que ha orado en el templo gaditano, que ha puesto en aquella ara milagrosa una plancha de oro, y que después de haberse perdido en las nieblas de mares ignorados como el águila entre las nubes, trae estaño y oloroso y amarillo ámbar. Ese otro comerciante ha ido á Ofir, y después de tres años de penalidades y trabajos trae blanco marfil para las popas de las naves, especias finas para perfumar nuestros manjares, negro y lustroso ébano, monos que saltan y divierten nuestros ocios, pavos reales que encantan los jardines con los colores de sus sedosas y matizadas plumas, teñidas sin duda en el jugo de las flores de aquella feliz tier-

ra. Un mago del rey se lleva un manto teñido en púrpura, preciosa sangre de las diosas marinas, guardada en las conchas del mar para Tiro, por lo mismo que nunca ha derramado la sangre de los hombres. Un esclavo compra para su señor una copa de cristal de Seraphta, que brilla como si fuera un diamante. Otro se lleva una diadema de pedrería de la Arabia para la estatua de una diosa de Siria. Todos los pueblos comarcanos vienen á esta festividad á respirar los aromas de la mirra del Yemen, de la canela traída de las tierras de Baco, del cinamomo arrancado al nido de grandes y desconocidas aves, del nardo de la India, del incienso de Zuila, que es el más grato á todos los dioses de la tierra. Las caravanas de Dedan llegan cargadas de dátiles. El rico fenicio pasa medio tomado del vino de Calibon que ha podido salvar de los reyes de Persia. El borrego de Siria bala en el extremo del mercado, y á lo mejor se escapa y corre hácia el monte, arrastrando su cola como el rey su manto. Los montones de trigo de Jerusalem parecen montones de granos de oro. La plata de Iberia traída quita la luz de los ojos. ¡Ay! Para que nada falte, se oye el lamento de los esclavos que van á ser vendidos. ¡Eh! ¡Amigos! ¿Quién me compra lino del Egipto?

UN PILOTO.

Vengo de Iberia, de la tierra del oro, de la tierra feliz, de la tierra más hermosa del Universo. Dos mares, el uno azul y claro como el mar de Grecia, el otro verde y oscuro, se disputan, cual rivales celosos, la dicha de besar las orlas de su manto. Las revueltas ondas, cuando se retiran despues de haber herido con sus espumas aquella bendita tierra, gimen, porque quisieran reposar eternamente en su seno, entre sus encinas, y sus naranjos, y sus viñas, y sus jazmines, y sus umbrosos pinos. Allí el cielo es como dulce sonrisa; el aire continuo suspiro embalsamado como el que exhalan los labios de la mujer querida en voluptuosa noche de amores; la tierra jardin en que todo florece, lecho blando y mullido para eterno descanso; los mares fieles amigos del hombre; los rios armoniosos cantores que van trenzando guirnaldas en su camino hácia el mar; las montañas ricos joyeros donde el sol ha encerrado rayos de su espléndida corona convertidos en oro, como las lágrimas de la luna se han cuajado en brillante plata por todas sus llanuras, que convidan á la felicidad con el regalado beso de sus céfiros. Dejádme reposar en aquella tierra, donde hay dos

mares, donde la luna celebra sus amores, donde todas las aves cantan y todas las fieras se aman-san, donde en cada piedra brota un rosal, donde los árboles bajan sus frutos hasta los labios mismos del hombre, donde el cielo resplandece con alegría infinita, donde la luz derrama sus mejores arreboles, donde están, allá en el último término de Occidente, los carros de ópalos y zafiros en que el sol recorre los espacios. Allí es de ver el mar coronado de espumas, el cielo mirándose en el mar, las costas cubiertas de jazmines, los árboles cargados de frutos de oro, y las mujeres bajo los árboles, coronadas con sus trenzas de ébano, atrayendo á los navegantes con aquellos ojos velados por larguísimas pestañas, negros ojos en que se pierde el alma como en un profundo abismo de amor. Aquellos campos son tan hermosos, aquellos rios tan puros, aquel aire tan feliz, que el sol, despues de haber bañado en su luz todo el Universo, escoge aquella tierra por su lecho, y allí duerme, velado por sus sirenas, y en cambio le dá en ricos lucientes metales girones de su manto. Iberia, las golondrinas van á buscarte desde Oriente. Los ruiseñores te escogen por su nido. Tus árboles dan frutos de oro y se coronan de aromáticas flores. Las naves tienden

sus alas y caminan gozosas, henchidas por el viento, á tus puertos. Y cuando el navegante vé desde la proa aparecer á lo léjos tus riberas, te saluda como la estrella de su felicidad, como el lugar amigo de su reposo. Bendita sea Iberia.

UN EUNUCO.

Vengo al mercado de Tiro, de órden de mi señor, á comprar un niño que necesita para que le escancie todos los dias el vino. Pocos niños veo en el mercado de esclavos. Sin duda la esclavitud no engendra. El hombre en cadenas no puede amar, como el ave no hace su nido en la jaula. Mas por allí veo venir un pirata que trae un niño hermosísimo de la mano. Pirata, ¿quieres venderme ese niño?

EL PIRATA.

No puedo, no, vender este niño, porque me ha costado gran trabajo robarlo, y lo guardo para mí. Con este muchacho, un remo y una vela, soy dueño del mar. Me tiendo en mi barea, doy el blanco lino al viento, y me dejó llevar donde me impulsen las olas; que nunca falta un anzuelo para el pez, ó una flecha para el ave, y el necesario sustento. Allí respiro. Mi pecho se ensan-

cha, mi audaz mirada se abisma en el cielo, mi voz grita como los vientos, mi deseo vuela como la gaviota, y mi corazón late como las olas que besan los costados de mi velera nave. No tengo miedo al mar, porque es tan mi amigo, que no sé distinguir sus horizontes de mi pensamiento, sus estelas de mis ilusiones, sus noches de luna de mis noches de amor, su calma de mi sueño, ni sus tempestades de mis pasiones. Yo no tengo familia. Mi vida ha sido vida de lucha y de violencia. La mujer á quien he arrancado por fuerza un instante de placer, la he abandonado en la misma ribera, lecho de mis fugaces y violentos amores. Y no tengo hijos, y he robado este niño.

EL EUNUCO.

¿Y cómo lo has robado?

EL PIRATA.

Voy á contártelo. Tú no habrás visto esas islas hermosas que se levantan al Poniente, y á cuyas riberas se llega despues de seis dias con seis noches de navegacion, cuando el viento es favorable. Son montañas coronadas de mirto y de lentisco, ceñidas por las espumosas olas, bordadas de flores, y en sus cimas se levanta un tem-

plo de mármol blanco, habitado por un dios á cuyos piés arde en tripode hermosísima de oro un sacrificio que consume inocentes corderos y blancas palomas, en tanto que los mancebos entonan los cantares de su religion al son de liras de ébano y marfil, y las vírgenes, vestidas de lino y coronadas de verbena, bailan trenzando sus danzas con guirnaldas de laurel, para ofrecer á su genio tutelar todos los dones de la fecunda naturaleza, siempre allí florida y riente como la imaginacion de sus hijos, pues todos han nacido poetas. Allí se levanta, entre otras, la isla de Ortygia, que eleva su frente sobre las olas, coronada de pámpanos y espigas. Su fértil suelo, su tranquilo horizonte, sus seguros puertos llamaron mis miradas á tan dulce y tranquilo promontorio, y como el ave marina hice de aquella isla mi nido. Reinaba en ella un varon justo y fuerte, que en cambio de telas de púrpura me dió oro, y lo que vale más que el oro, franca hospitalidad. Aún recuerdo el festin con que me honró en su palacio. Despues de haberme bañado y de haber untado mi cuerpo con la pomada de nardo, me vistió una túnica de blanco lino, me envolvió en ancho manto, y me puso en la mano un talento de oro como señal de su amistad. Despues me llevó á una gran plaza

donde estaban los jóvenes más nobles y hermosos del pueblo entregados á sus fiestas y á sus juegos. Unos danzaban con facilidad tal, que parecian de alados piés; otros lanzaban un disco resplandeciente como el sol á larga distancia, despues de haberle dado tres vueltas en los dedos; otros peleaban, teniendo por escudos cestos; y los más con rara habilidad manejaban el arco, clavando la aguda flecha en el codiciado blanco. Divertido ya el ánimo, fuimos á comer, y nos repartimos sabrosos pedazos de cerdo y de carnero, mientras el poeta de la isla, en una silla sembrada de clavos de plata que relucian como estrellas con la lira de ébano y marfil en la mano, reclinada la frente en el mármol de una columna, mirando despreciativamente el festin y la copa que llena de vino habia á su lado, nos contó en lengua divina, en armoniosísimos versos, las hazañas de sus héroes y de sus dioses.

EL EUNUCO.

¡Bien te trataba!

EL PIRATA.

Y sin embargo, yo cometí con él una gran perfidia. Al salir del festin, vi un niño, pequeñuelo,

de ojos azules, de rizada cabellera, tendido en el regazo de su madre, cuya hermosura aumentaba aquella prenda de cariño, como el capullo aumenta la hermosura de la rosa. «Es mi hijo,» exclamó el rey, al ver cómo yo me quedaba embebecido contemplando tan hermosa criatura. En el mismo instante sentí el deseo de llevarme aquel hermoso niño. Tú no sabes cómo el mar acrecienta la intensidad de los deseos. Al ver que en débil lona aprisionamos los vientos; que suspendidos sobre los abismos burlamos su profundidad; que las olas vienen como para sumergirnos, y levantan nuestra nave cual esclavas sobre sus espaldas; que el huracan y la tempestad, si juegan un instante con nosotros, vuelven á dormirse, como el mar alborotado, á nuestras plantas; acostumbrados á no encontrar obstáculo en la inmensidad y á vencer la naturaleza con nuestras pobres fuerzas, el deseo subleva nuestra alma lo mismo que el viento hace hervir las aguas del Océano. Cuando me quedé sólo en mi barco, pensé la manera de poner por obra mi deseo, de realizar mi audaz pensamiento. Yo, sólo en el mundo, sin más propiedad que mi barca, sin más compañeros que mis piratas, acostumbrados á unirse á mí para el robo y á dispersarse despues

para gozar de ese robo; sin más porvenir que sepultarme en las aguas del mar, quise tener una pasión dulce y tranquila, un cariño entrañable, un sér que me debiera su existencia, y decidí robar ese niño que ahora ves crecido jugueteando por el mercado, teniéndome por padre. Decidí pagar la hospitalidad de los reyes con grandes regalos, y atraerme así más y más su amistad y ganarme su corazón. Llevé al rey un manto sembrado de estrellas de plata que parecía un cielo, y á la reina un collar de ámbar y oro. Con estos y otros dones ganéme la amistad de todos. Yo era el primero en las fingidas peleas, yo lanzaba el disco más lejos que ningun jugador, yo alcanzaba con mi honda balearica donde no podía alcanzar ningun brazo, yo ponía la flecha donde ponía el ojo, yo en luchas marítimas desafiaba á todos, y mi barca, á impulso de los remos, por mi manejados, volaba como un ave marina sobre las ondas. Así me gané todos los corazones de aquel pueblo dado á la fiesta. Entre todos puse mis ojos en la esclava que guardaba el niño, esclava fenicia, que hablaba mi lengua y tenía mis propios dioses. Requerila de amores, y cayó de rodillas á mis piés jurándome eterno cariño. Le prometí arrancarla de la esclavitud, volverla en

mi barca al pátrio suelo, hacerla dueña de mis riquezas, si arrancaba el niño al techo paterno. Decidióse por fin, movida de tantas pasiones, á ceder á mi ruego, que segun los medios de que me valia, más era mandato. En una noche oscura en que el viento jugaba con las nubes en el cielo, con los mares en la tierra, abandonó el palacio de sus amos, y me trajo el niño á la orilla donde estaba atracado mi barco. Yo se lo arranqué de los brazos, lancéme de un salto á la barca, izé la vela, zarpé, y dejando abandonada á la criminal esclava, di la vuelta á Fenicia. Al pronto lloró el niño, preguntó por sus padres, por su esclava; pero mis caricias lo encantaron, y el tiempo con su eterno soplo borró todo recuerdo de su memoria. Hoy es mi hijo. Iza la vela, le coge rizos si aprieta el viento, rema con grande habilidad, conoce las señales de la tempestad, sabe llamar el viento cuando las aguas están dormidas, y vive, á pesar de ser niño, con gran contento la vida tempestuosa del navegante.

EL EUNUCO.

Ya veo que, por lo mucho que te ha costado, es imposible que te separes de ese muchacho. Pero andan por demás escasos los pequeñuelos

en este mercado. Debo comprar uno para mutilarlo y encerrarlo en un serrallo, y veo que no voy á encontrarlo. Y eso que el rey de Persia, riquísimo en esclavos, acaba de echar casi todos los suyos al mercado. ¿Quién me venderá un muchacho?

EL PIRATA.

Allí veo entrar una pareja. Es un jóven hermoso, en todo el vigor y toda la robustez de la edad, nervudo, sobre cuya frente brillan los rizos de una rubia cabellera, como los rayos de luz sobre la frente del sol; seguido de una jóven, tierna, delicada, resplandeciente de gracia, que lleva la cabeza caída sobre el pecho en señal de amarguísimo dolor, y que de vez en cuando vierte de sus rasgados ojos algunas lágrimas; y los dos llevan de la mano un niño que refleja fielmente la hermosura de los que parecen sus padres, y que se rie cuando lloran ellos, porque no comprende que entrar en el mercado es tanto como una separacion eterna de todo lo que ama ya en el mundo. ¡Oh! Mirad, mirad ese mercado de carne humana, ese mercado de dolores, de penas, de terribles angustias. Unos están indiferentes, en tierra tendidos, mirando con estúpidos soñolientos ojos

al que los vá á comprar como si el dolor hubiera en ellos embotado el sentimiento. Otros dan vueltas en el pequeño círculo en que están encerrados, saltan como para recoger más aire en su pecho, acechan con mirada de ódio al mercader que los guarda, y tienden los brazos al horizonte, á lo infinito, como el ave prisionera bate sus alas en la jaula y mira tristemente el vago éther en que se perdía su vuelo. A un lado hay dos africanos que hablan de su tierra, del inmenso desierto, del fiel camello, de los negros dioses de sus padres, de la cabaña apoyada en el tronco de la palmera, del oasis donde corria abundosa y clara fuente, del águila que se cernia sobre sus cabezas, de las huellas del tigre que seguian para cazarlo; y á cada objeto que recuerdan, un amargo sollozo, salido de lo más profundo de sus corazones, parece como que vá á llevarse tras sí la vida. Allá en el fondo una mujer separada de su amante se retuerce los brazos, se arranca el cabello, se hiere contra la tierra, rechaza el breva de harina de cebada con sal que le ofrece su dueño, y llama á grandes clamores la muerte. Aquí en primer término se ven unas jóvenes hermosísimas y silenciosas y resignadas. Su dueño las ha desnudado para atraer la mirada voluptuosa de los

ricos y de los poderosos. Ellas, de rodillas, encendidas de rubor, no se acuerdan de su desgracia, sino de su desnudez, y pugnan por ocultarse con sus largos cabellos, que á manera de un velo caen por sus espaldas. Por aquí oigo un infeliz que ruge como una fiera. Es un salvaje que acaba de ser arrancado á la libertad de las selvas. Estaba acostumbrado á vivir en sus fragosidades, á saltar de roca en roca, á tener por vivienda las cavernas, á comer la fruta caída del árbol, á extinguir su sed en los torrentes, á imitar en su cántico el rugido de la tempestad, á calentarse en el aterido invierno allá en la cima de los volcanes, como nos calentamos nosotros al amor de la lumbre en el reducido hogar. Y lo han perseguido, y lo han cazado como una fiera, y lo traen aquí, á la estrechez mezquina de esta vida, cargado de cadenas. Así lanza aullidos, rechina los dientes, se golpea con las cadenas todo el cuerpo, se levanta, salta, y vuelve á caer bajo la inmensa pesadumbre de sus hierros, escupe hiel á la cara de todos los que le miran, amenaza devorarlos á todos, y convierte los sanguinolentos ojos á la cima de las montañas donde fué su libertad, y algunas lágrimas surcan y escaldan sus mejillas como la ardiente lava que corre entre las hendi-

duras de un volcan. Pero aparte de estos grandes dolores, de estas amargas penas, lo más triste que hay en el mercado es la estúpida indiferencia, la resignacion, la tranquilidad de ese gran número de esclavos que ven cómo se comercia con su vida, con los más caros sentimientos, y yacen ahí cual yertos cadáveres. ¡Ay! Entre todos llaman mi atención aquellos dos jóvenes que no há mucho entraron con un niño en el mercado para ser vendidos. La resignacion se vé en los ojos del mancebo. Mal envuelto en un manto de lana que dibuja admirablemente sus hermosas formas, rodeada la cabeza de cabellos que brillan más que las diademas de los reyes, ancha y espaciosa la frente, iluminados los ojos, vibrando los labios entreabiertos como si fueran á verter una maldicion, apoyado con indiferencia en su báculo, parece la estatua de un Dios. A su lado su pobre compañera, vestida con una túnica de lino de Egipto, luchando con la pesada cadena que sujeta sus brazos, desesperada y llorosa, deja entrever en su hermosísimo rostro la intensidad infinita de su dolor, y pone sus ojos llenos de lágrimas en el cielo, y oprime contra su seno á su hijo, que se sonríe con inocente sonrisa, único iris que se vé brillar en esta gran tempestad de dolores y pasiones.

EL EUNUCO.

Puesto que veo ahí un niño que debo llevarme conmigo á toda costa, voy á comprarlo, sea el que quiera su precio. Siento herir esos dos corazones; pero tambien yo tuve padres, tambien perdí yo el dulce calor del maternal regazo. Acompañame, buen marino, ya que conoces tan bien este mercado.

IRIA.

Aquí no puedo respirar. ¿Te acuerdas? La luz de la mañana teñía de violeta y rosa las nevadas cimas del Libano; los cedros y los pinos vibraban como arpas acabadas de pulsar; el mar se sonreía al primer beso de la mañana; las flores sacudían sus corolas, orgullosas con las diademas de rocío que les había ceñido la noche; los torrentes se precipitaban de los altos montes, uniendo sus gigantescos rumores al grito de las águilas que abrían sus alas sobre los abismos; y la alondra, como uno de esos pensamientos alados que se escapan del alma feliz al cielo, volaba á recibir en sus ojos el primer rayo del sol, y al rizar sus alas el aliento del nuevo día, entonaba un cántico, dulce eco de nuestra felicidad. Aquí hemos

venido á padecer tan solo , á escuchar maldiciones, ayes, quejidos, rechinamiento de dientes , y el roncar de la desesperacion , ya insensible , ya estúpida. ¡Oh! ¿Y vendrán? ¿Y pondrán precio á mi hijo? ¿Y lo arrancarán de mi seno? ¿Y nos separarán para siempre, para siempre? Mi corazon salta del pecho. Un vértigo horrible se apodera de mi mente. La única esperanza que me queda es que tan gran dolor , cayendo como una gota de corrosivo veneno sobre este corazon ya destrozado , lo romperá, lo deshará, é iré á dormir para siempre en brazos de la muerte. ¡Ay! Mas aun en la muerte, aun sepultada en la fria ingrata tierra, una lágrima tuya, amado mio, un sollozo de mi hijo, me despertarán al tormento y al eterno dolor. Ya no puede haber más amarga hiel. La retama del bosque es dulce , comparada con el dolor que me ahoga. ¡Ah! Es tan grande, es tan intenso , que la muerte misma no tendrá en sus negras fauces un soplo que pueda apagarlo. Dioses de mis padres, ¿dónde, dónde estais?

ORIEL.

No invoques, no llames á dioses que nos han condenado á la esclavitud. ¡Ah! Se evaporará el mar como una lágrima, se perderá la tierra como

la nube de polvo que levanta la caravana en su camino, se apagarán todos los astros, como las luciérnagas se apagan y mueren, se rasgará el cielo como un sudario, la nada extenderá su profundo abismo donde hoy reina la vida, como la lápida del sepúlcro cae sobre el cadáver, y lo único que existirá, ¡ay! será este dolor mio, que no tiene límites, como un mar de hiel y de ponzoña. Esclavo, misero esclavo, ¿quién me dijo que podia amar? ¿Cómo he engendrado yo séres infelices? Soy muy culpado, y el remordimiento se agarra como un buitre á mi dolorida cabeza. Si la víbora supiera el mal del veneno que lleva en sus dientes, no engendraría, no, viboreznos. Y yo, sabiendo que es la esclavitud eterno dolor, eterna sombra, eterna degradacion, he tenido hijos. ¿Por qué he dado un ósculo de amor? Antes que amar, debiera haber muerto. Sí, muerte, ven por el hijo á quien he dado la vida. Nada, si es que existes, ven arrastrando tu manto de tinieblas, y trágate al inocente á quien he dado el sér. Es preferible no ser, á ser viviendo torpe vida de esclavos.

IRIA.

Vienen, vienen compradores. Mira qué ojos

tan codiciosos ponen al mirar al niño. Se lo van á llevar. ¡Oh! Yo no puedo sufrirlo. Que vengan, que me partan el pecho, que me arranquen el corazon, pero que no se lleven á mi hijo. Yo serviré de rodillas toda la vida al que á su lado me deje, toda la vida. Yo llevaré una cadena pesada al cuello y otra en los piés; que todas me parecerán leves si puedo sentir el peso del cuerpo de mi hijo en los brazos. ¡Que no nos separen! El que nos compre separados, se lleva tres cadáveres. El que nos compre juntos, nos hace felices. ¡Pobre hijo mio! ¿Para eso lo he criado yo, para eso? No, no. ¡Con cuánto cuidado lo calentaba en mi seno! ¡Cuán ufana estaba yo cuando hartaba con dulce leche de mis pechos su hambre! Su sonrisa es mi felicidad, su aliento el aire necesario para mi vida, su mirada mi luz, sus besos mi alimento. No, no me lo arrebatarán. ¿Quién puede arrebatar á la leona sus cachorros? Morirán los que le toquen. ¡Infeliz de mí! ¿Qué puedo yo hacer, qué? Harto haré con llorar y con morirme. Una pobre mujer no tiene más defensa que sus lágrimas. He vertido tantas, que mis ojos están secos. He exhalado tantos suspiros, que mi corazon está yerto ya, habiendo perdido todo el calor de su vida. ¡Oh! ¡Morir, morir dejándolo en la esclavitud!

ORIEL.

Conten un poco tu dolor. Yo te he hecho desgraciada.

IBIA.

No. La única felicidad que he gustado en la vida, á tu lado la he gustado. Amarte siempre es mi destino. El dolor me dice que te amo con delirio. ¡Oh! ¡Cuánto daría por aquella cabaña que hemos perdido, pobre albergue de nuestros dulcísimos amores! No, no maldigas este amor, único rayo de luz que ha atravesado la negra noche de nuestra misera existencia. ¡Ah! Vienen, vienen. Miran el niño. Les gusta. ¿Por qué, ¡oh dioses! no había de poder encerrarlo de nuevo en mi seno? ¡Qué oigo! (*Da algunos pasos, vacila, y cae en el suelo.*) ¡Qué oigo! ¡Preguntan su precio! ¿Quereis saberlo? Su precio es mi sangre, mi vida, mi alma, todo mi sér. Su precio no puede darlo ningun hombre; su precio es el corazon de su madre. Una fiera, si viese á una madre por su hijo desesperada y llorosa, sentiría compasion. ¿Y vosotros sois menos que las fieras? ¡Ah! Se van, se van. Descanso. Pero vienen otros compradores, otros. Voy á perder el sentido. Desvaría mi cabeza.

EL EUNUCO (*acercándose á Iria*).

¡Oh mujer! Lloras como si tu dolor fuera el único dolor de la tierra. Vuelve en torno tuyo los ojos, y verás penas tales que te hagan fácil y llevadero tu triste sentimiento. Yo tambien nació libre en el seno de nuestra madre naturaleza. Tambien corrí de niño tras las mariposas, y de jóven tras los ciervos por las oscuras enramadas y por las orillas de los abismos y de los torrentes. Yo tambien tuve una madre que velaba mi sueño, que bebia mis lágrimas, que daba el calor de su vida á mi débil cuerpo, y me criaba para su hogar y para su felicidad. Jóven era, y no habia visto ciudades, no habia visto palacios, apenas habia conocido más hombres que el náufrago por la tempestad arrojado á nuestras playas, ó el caminante con su caravana perdido en el desierto, que venia á pedir un asilo á nuestro oasis. Habia crecido, y no sabia que hubiese en el mundo látigos, cuerdas, cadenas, mordazas, ligaduras, esclavitud. Creia que yo no podia nunca ser ménos libre que el arroyo cuyas aguas se exparcen por el prado, ni que el águila cuyas alas se abren allá en las regiones superiores de los vientos, ni que la flor cuya corola recibe los besos de los aires y de la luz, ni que el bruto fiero cuyo instinto se

mueve por selvas, cavernas y montañas. En mi aislamiento, en mi vida pegada á la vida de la naturaleza, en mi sér que tenia por suyo todo el campo, no habia podido haber el pensamiento de que el hombre necesitara de la esclavitud del hombre para ser grande, poderoso y fuerte. Un dia lo aprendí por mi mal. Nunca supiera lo que es el hombre, nunca. Pasó por nuestro campo un ejército del Asia. La voraz langosta es más compasiva para las plantas que aquellos hombres, y el soplo del encendido simoun más fresco y más vivificador que su aliento. Cayeron los árboles, rodaron los frutos, secáronse las flores, desapareció bajo sus pisadas la yerba, y tambien mi libertad, tambien mi alma. Yo era amado de mi madre como el cachorro de la pantera. Arrojóse la pobre mujer sobre los que me arrancaban del oasis para esclavizarme, y las lanzas de los guerreros atravesaron su corazón, y cayó exánime á mis piés. Yo amaba, en la primavera ya de la vida á una pobre niña que guardaba los ganados de mi padre, y que de vez en cuando me traia una corona de flores, que yo ceñia á sus sienes, y juntos nos sentábamos al pié de un sauce, en la mullida yerba, á mirarnos en la clara linfa de la fuente. Aquella niña, cuyos lábios no habia yo tocado con

un beso, fué arrojada á un serrallo. Despues, para atormentarme eternamente, me mutilaron y me pusieron con una cadena al cuello á guardar el lecho de los placeres de mi señor. Ahora vengo yo á mi vez, borrado ya todo sentimiento en mi pecho, á llevarme ese niño, ese hijo tuyo que has criado con tanto cuidado, que quieres con tanto amor, que es tu corazon y tus entrañas.

IRIA (*fuera de si*).

Quitame la vida. Ahora, ahora mismo, mátameme. Por ahí debe haber una espada que sea más compasiva que tu lengua, cuyo veneno ha caído hasta en el seno del alma. Quiero que el sueño de la muerte cubra mis párpados. Buscad, buscad entre las piedras del camino un áspid, y aplicádmelo al corazon. A medida que beba mi sangre, se irá tambien bebiendo mi dolor. Pero me vais á arrancar á mi hijo, á mi esposo, y no me voy á morir. Esta, esta es mi pena. Entrañas mías, sois de piedra. ¡Ah! El dolor es una espada que hiere y no mata. Las lágrimas son un veneno, que emponzoñan y corroen, y no aniquilan. Mi hijo es mi vida. Yo no consiento que pueda nadie arrebatármelo. Yo lo defenderé hasta morir. Yo volveré á esconderlo en mi seno, y

tendreis que abrírmelo si es que intentais arrancarme mi hijo. No sé lo que digo. Por piedad, por compasion, no me arrebatéis á mi hijo. Se va á morir sin el amor de su madre. Necesita aún mi amparo, necesita aún mis besos, necesita aún la luz de mis miradas. Arrodíllate, hijo mio, llora como tu madre. Pide que no nos separen, que nos vendan juntos, juntos. ¿Quién se resiste al lloro de una madre y de un niño? Lo oís y no llorais. ¡Ah! Estoy perdida.

EL EUNUCO.

No soy yo quien compra, mujer; es mi amo, es mi señor. Yo estoy aquí escuchando tus quejidos, que me recuerdan cuánto padecería en la última hora de nuestra separacion mi madre. Si yo fuera libre, no encadenaría á ningun sér. Me pides la libertad, la vida de tu hijo, á mi, ¡ay! á mí, que soy esclavo, que soy eunuco. En esta sociedad, el infeliz, el desgraciado, debe cerrar su mente á toda idea, y á toda esperanza su corazon, y no debe amar, porque su amor puede ser la desgracia de muchos séres, y dar más esclavos á la tierra. Ese infeliz niño dormía tranquilo en el no sér, sin que supiese lo que son cadenas y tormentos y trabajos, cuando el fuego de vuestro

amor lo despertó á una vida que no habia pedido, lo trajo á un mundo que no habia deseado, y lo arrojó á esta gran tempestad, para que sintiera el peso de las argollas en sus manos y de las cadenas en sus piés, y comiera el pan amargo de los calabozos, y caminase por la vida continuamente azotado, y se clavara todas las espinas de que está erizada la tierra, y vertiera su más pura sangre, y contara sus dias por sus dolores, y no tuviera más Dios ni más esperanza que la sombra de su misma desesperacion prolongándose más allá aún del sepulcro.....

ORIEL.

Calla, calla. No atormentes con la evocacion de ese terrible pensamiento mi corazon. ¡Si vieras cuántas veces me he quedado transido de dolor al contemplarme causa de las desgracias que este inocente iba á sufrir en la tierra! Sus ojos, iluminados por tan hermosos reflejos, están destinados á ver tan sólo el ceño de un tirano. Sus labios, que hemos perfumado con nuestros besos de amor, deben proferir bendiciones para los mismos que lo esclavizan. Sus espaldas han de ser el pedestal de los tiranos. Su corazon se ha de negar á todo sentimiento. Y yo, esclavo, yo que ar-

rastró con horror una cadena y vivo maldiciendo siempre de mi suerte, sombra errante perdida en lo vacío, eterna condensacion de todos los dolores, he dado mi ponzoñosa vida, mi propio sér á lo que más amo, á lo que más puedo amar, á mi hijo, y he aumentado así el número de los instrumentos que mi señor tiene en sus manos para atormentar al mundo, siendo yo mismo el destinado á remachar con un nuevo eslabon la cadena de la esclavitud, que quisiera quebrar con sin igual esfuerzo.

EL EUNUCO.

Consuélate, si, consuélate contemplando que tu desgracia es universal. Vuelve los ojos, y verás por do quier esclavos. Aplica á todos vientos el oido, y escucharás el triste quejido de la esclavitud. La tierra que pisas está empapada de sangre de esclavos. El aire que respiras está cargado de lágrimas de esclavos.

EL JEFE DE LOS ESCLAVOS DE KEKOBAD.

Eunuco, ¿me compras, ó no me compras ese muchachuelo que vendo y que quieres comprar? Aquí se viene á negociar, y no á hablar de esa manera tan difusa y tan prolija. Méenos palabras

y más dinero. Por los dioses infernales te juro que no verás un niño mejor ni más rollizo en todo el mercado. Más que el hijo de uno de estos perros, parece hijo de un rey, como ese rapaz que trajo hace ya mucho tiempo de las islas griegas el Pirata. Mira, mira el muchacho que te vendo. Es rubio, de ojos azules, de labios encendidos, de blancas y rosadas mejillas, de ancha frente; jugueton como una mariposa, alegre como un pajarillo que revolotea alrededor de una jaula sin saber que es aquella su prision, dispuesto hoy para escanciar todo el vino que se consuma en un festin, destinado á ser mañana tal vez un gran guerrero, un gran cazador; y si acaso tu señor le destina á algun sacrificio religioso, con hundir un cuchillo en su garganta tiene una víctima sin duda más propicia que el balador corderillo, y siempre más pura que la sangre de una paloma.

IRIA.

¡Barbaro! ¿Oyes? ¿Oyes? ¡Ay! Me arrancan el corazon. Dame un beso, hijo mio, dá un beso á tu madre.

EL JEFE DE LOS ESCLAVOS.

Yo todos los vendo, todos, á bajos precios.

Nunca ha visto el mercado de Tiro tantos esclavos juntos. ¿Quién, quién me los compra? Llévate, eunuco, llévate al muchachuelo. Poco oro vale. El otro dia estuve en un mercado de Grecia, donde me llevó una velera nave fenicia. Allí los esclavos se emplean en todo y para todo. Hay esclavos para la casa; esclavos para las faenas del campo, como la siega y la vendimia; esclavos para remeros de las naves; esclavos droguistas y médicos y retóricos; esclavos para el culto de los templos; esclavos para la guerra; y tambien esclavos para bailar en los postres de los festines al son armonioso de la citara y al ruido de las copas. Pregunté los precios. El esclavo destinado á dar vueltas á la rueda de un molino vale una mina; el que pasa su vida encerrado en los pozos buscando minerales, dos; el que en una fragua separa la plata de la escoria, tres; el segador no vale tanto, ni el gramático, ni el retórico; el arriendo de un cocinero dá seis óbolos diarios; por los demás trabajadores se paga en arrendamiento algunas buenas cantidades; por el rescate de cautivos hechos en la guerra, dos minas; aunque ha habido rico que ha dado un talento por el hallazgo de un esclavo huido del hogar, á quien al dia siguiente de recobrarlo ha condenado á muerte. Pero lo

que más caro se paga es sin duda el niño robusto que sirve para adornar los festines y la hermosa mujer que el poderoso arrastra por concubina á su lecho. Sólo se venden más caros que los esclavos en Grecia... los caballos.

EL PIRATA.

He estado en Grecia, y conozco el país. Tú aumentas los precios por vender más caros tus esclavos. He visto yo, yo mismo, dar un niño tan hermoso como ese por un puñado de sal.

EL EUNUCCO.

No me paro gran cosa en el precio que me pides por ese muchacho. Por cargarme más de dinero, y para que pudiera soportar su peso, me ha dado mi amo esta moneda cartaginesa, que en un pedacillo de cuero sellado por aquella república encierra grandes y extraordinarias riquezas. Por consiguiente, ven aquí á un lado y te daré el precio del muchacho. (*Se retiran á un lado.*)

IRIA.

¿Lo oyes? ¿Lo oyes? Comprarán á nuestro hijo sólomente. Nos arrancarán este pedazo de nues-

tras entrañas. La única esperanza que me resta es la seguridad de que no sentiré por mucho tiempo este dolor que atenacea mi corazón. Páliden mis mejillas, se descoloran mis labios, arden mis ojos, se ahoga mi pecho, y laten mis sienes con fuerza como si llamara la muerte á mi cerebro. Las lágrimas se han agotado, acaso como en señal de que bien pronto se agotará también mi vida. La insensibilidad se va apoderando de mi corazón, y el hielo de la muerte á su vez se apodera de mi cuerpo. Un gemido horrible, mudo, sólo escuchado por mi conciencia, me parte el corazón y me anuncia que pronto va á huir de este mundo el alma. La tempestad que ha pasado rozando con sus alas de fuego mi corazón, ha consumido todos, todos mis sentimientos. Sólo cuando veo á mi hijo, tan dulce, tan amoroso, y presiento nuestra separación, cae de mis ojos una lágrima, como una gota de veneno desprendida de una copa ya apurada. La horrible calentura que me consume y me devora, pinta en los espacios un hondo calabozo, y en ese calabozo, entre telarañas, entre insectos, entre murciélagos que revolotean por el húmedo aire, veo á mi hijo, insensible, estúpido, casi cadáver ya, y que sólo alguna vez se acuerda, como de un sueño, de su

madre, y atiende con cuidado para sentir si las paredes le transmiten algun sollozo, único compañero de su dolor. ¡Oh! Mi corazón salta de pena dentro de mi pecho. No hay amor como el amor de madre, y así no hay penas como las penas de las madres. Dioses, genios ocultos en el cielo y en los aires, dadme un poco de vida, calmad un tanto la intensidad de este dolor que destroza mi cuerpo. ¡Ay! Los mercaderes se acercan. Creo que han vendido ya la sangre de mi corazón, el aire de mi pecho, el calor de mi vida, mi hijo ¡ay! mi hijo. Amado compañero mio, decidámonos á un gran sacrificio. Trae tu puñal, y cuando vengan, que encuentren sólo un cadáver. Si muero, ¡qué dolor, dejar á mi hijo en cadenas! Si vivo despues de haberlo arrancado de mi regazo, no merezco ser su madre. Dame ¡ay! dame tu puñal, y lo clavaré en el pecho de mi hijo.

ORIEL (*volviéndose á los esclavos*).

Esclavos, oidme, oidme. (*Los esclavos se agrupan alrededor de Oriel.*) Ya es hora de que acabemos nuestros males por nuestro propio esfuerzo. Ya es hora de que nos decidamos á erigir un hogar, á tener una familia, á correr libremente por la tierra, como el ave por los vientos, como

la fiera por las selvas. Luchemos, y será nuestra la victoria. La desesperacion vence siempre á los felices de la tierra, que tienen temor á la muerte. El hierro que nos oprime debe ser el rescate de nuestra servidumbre. Despertaos, mirad de cerca á vuestros opresores, y vereis que son mas débiles, más miserables que nosotros, pues se hallan afeminados por sus afeites, heridos por sus placeres, turbados por el incienso que les consagran nuestras viles manos. Son grandes porque nosotros nos empeñamos en ser pequeños. Viven de nuestro miedo, como el milano de la timidez de la paloma. Se alimentan de nuestro trabajo. Apartémosles los hombros, y se vendrán á tierra desplomados. Juguemos todos nuestra existencia para ganar la libertad. Si vivimos, seremos señores y ellos esclavos. Nos pondremos en nuestra frente sus coronas, y arrojaremos sobre sus hombros nuestras cadenas. Si morimos, ellos pierden más que nosotros, porque matan su única riqueza, sus esclavos. Si quereis herirlos en el alma, decidámonos todos al suicidio. Si nos pierden, pierden la fuente de su vida. Y si nosotros los perdemos, ¿qué perdemos? La servidumbre. Decidíos, decidíos á luchar. Hijos de las selvas, esprezaos como el tigre y erguíos como el leon que ha sacu-

dido el sueño de la calentura. A vuestros gritos huyen los tiranos, como huyen las águilas al estruendo de la tempestad. Muramos, pero no seamos esclavos. La muerte es la libertad, mientras la vida es la servidumbre. Nosotros somos más numerosos, más fuertes que ellos. No somos dueños de nuestro ser, porque no queremos. Decidíos. Buscad en vuestro corazón la apagada centella de la voluntad. Nuestros hierros serán nuestras espadas. Seguidme, seguidme, y podreis estrechar contra vuestro corazón á la mujer que améis, y guardar vuestros hijos, y vivir libres en las selvas, y reposar en la sepultura de vuestros padres, y tener propicios á los dioses, que sólo atienden á los hombres libres y menosprecian á los esclavos. Decidíos á mirar en vuestros opresores vuestros enemigos. Acordaos del calabozo, del látigo, de la cadena, de la argolla, del breva-je que es vuestra comida, del duro suelo que es vuestro lecho, del peso de las piedras en vuestras espaldas, de la soledad de vuestros corazones, de las angustias de vuestros días, de la triste herencia de lágrimas, de horrores que legais á vuestros hijos, y la rabia y el furor y la desesperacion serán vuestro númen, y triunfareis. Y si no triunfais, en vuestra muerte habeis tomado de nuestros

enemigos venganza.... (*Un grito de universal entusiasmo contesta á las palabras de Oriel.*)

TURBA DE ESCLAVOS (*siguiendo á Oriel*).

¡A las armas, á las armas! Defendámonos. Salvémonos. Las piedras lanzadas al aire nos abrirán camino al monte, á la selva. Allí respiraremos. Nadie, nadie puede contener nuestra cólera, que ha salido de madre. Derribemos las empalizadas que nos cercan. Rompamos las cadenas que nos oprimen. ¡Al monte, á la selva! Quitaos, no nos detengais, mercaderes que nos vendeis; porque, si no, vais á probar nuestra ira. Armas, chuzos, piedras, eslabones rotos, pedazos de cadenas, todo puede servir para esta guerra. ¡Al monte, al valle, á la selva! Corramos léjos, muy léjos de aquí. Rompamos todo cuanto se opone á nuestro paso. ¡Al campo, al campo! ¡Guerra, guerra!

IRIA (*abrazando á Oriel en medio de la confusión de esclavos que se levantan y se arman y corren en todas direcciones*).[®]

¡Oh! Por esta hora, por este momento tú eres el hombre más grande sin duda de la tierra. Despertar con la tempestad de tu voz á los esclavos, milagro es que te envidiarían los dioses. Hace po-

co, los desgraciados estaban ahí tendidos, inmóviles, imbéciles, sin acordarse de que podían luchar, resignados á llevar toda su vida una cadena y á dejar esa cadena en herencia á sus hijos, como una maldición que alcanza á todas las generaciones; y ahora, despues de haber hablado tú, el espíritu que no tenían, la conciencia de que estaban desposeidos, han entrado con el soplo de tu palabra en su sér, y se incorporan de su lecho de cenizas, y despiden de sus ojos centellas, y hablan como una gran tempestad, y se disponen á pelear por su vida y á abrirse con su valor un camino hácia los montes y las selvas, donde les aguarda para darles libertad la eterna madre del hombre, la próvida naturaleza. Peleemos. Débil mujer soy; mis manos se han hecho para dar vueltas al huso, mis ojos para llorar, mis lábios para murmurar oraciones; pero madre herida, madre despojada de mi corazón, de mi hijo, siento la pasión guerrera hervir en mi pecho, y me enardezco, y anhelo pelear, como el águila que vé amenazado su nido, ó la leona que vé asaltada su madriguera y heridos sus cachorros. Peleemos, sí, peleemos por mi hijo, ó muramos todos juntos de un solo golpe, de una sola herida.

Oriel (*se dirige á los soldados de Kekobad, que aparecen á la entrada del mercado*).

¿Venís á ahogar á vuestros hermanos? ¡Infelices! Retiraos. No bebais inocentemente más sangre. Dejadnos ir á buscar nuestras montañas y nuestras selvas, ó si no, os arrastraremos como la catarata al tronco que se interpone en su corriente. Dejad á ese déspota en su triste sudario de púrpura, entre sus nubes de incienso. El manto que lleva está teñido en la sangre de vuestros padres, y ahora quiere levantar un trono sobre vuestros huesos. Vosotros peleáis para que él goce. Vosotros morís para que él triunfe. Vosotros lleváis por todas partes la desolación, para dar á un sér enfermizo, corrompido, una vida angustiosa. Cuando en el campo de batalla oye vuestros quejidos, vuestros lamentos, se goza como si oyera la música de un festín. Y es fuerte porque le sostienen esas espadas, y de esas espadas hace tanto caso como el elefante del insecto ó del reptil que aplasta en su camino. Abandonadle, y no vivirá un instante. Seguidnos á las selvas, y el rey de Asia será como la sombra de un sueño errante en lo vacío. (*Los soldados despiden una nube de flechas contra los esclavos.*)

TURBA DE ESCLAVOS (*defendiéndose*).

¡A ellos, á ellos! ¡A nuestros enemigos! ¡Guer-
ra! ¡Muerte! (*Los soldados ceden al primer empu-
je de los esclavos, y huyen.*)

ORIEL (*á los suyos*).

Ya lo veis. Vuestros enemigos huyen al reflejo
no más de vuestra mirada. El aullido que se es-
capa de vuestros pechos es más atronador que la
tempestad. La piedra que sale de vuestras manos
es una centella que hiende cuanto se le opone. Un
esfuerzo más, y volareis á vuestro antojo por los
campos. Un esfuerzo más, y la cadena de hierro
que os sujeta caerá fundida por el fuego de vues-
tros corazones, y cada una de sus hirvientes go-
tas horadará el cráneo de nuestros enemigos. Un
paso más, y podeis levantar una choza en el tro-
no de las montañas, y allí erigir un ara á vuestros
dioses, y en el ara ofrecerles los despojos de la
esclavitud y el fruto que arranqueis á la tierra
con vuestros brazos. Corramos, corramos á una
nueva pelea.

KEKOBAD (*aparece en un carro de marfil y oro, ves-
tido de púrpura, coronado con la tiara persa*).

Miseros esclavos, inmundos reptiles, ¿dónde

vais? (*Los esclavos todos caen de rodillas fascina-
dos por el temor al rey, excepto Oriel que se que-
da de pié estrechando su puñal contra su corazon.*)
¿Qué sois para pedir libertad, torpes engendros
de la noche? En Persia y sus dominios no hay, no
puede haber más hombre libre que yo, vuestro
amo, vuestro rey. Volved al polvo de donde ha-
beis salido. Por más alas que quierá tomar la hor-
miga, nunca volará, y su eterna habitacion será
el oscuro agujero abierto en la tierra, y su eterno
alimento el pobre grano de trigo que el segador
deje caer de sus espigas. Vosotros sois hijos de los
divos, de aquellos géneos del mal que se revuel-
can en las frias tinieblas y destilan veneno de sus
fauces; y aunque intentárais levantaros, el rayo
de Orz mud volveria á sumiros en los abismos de
la desesperacion y á postraros bajo la eterna ca-
dena de la esclavitud. Vosotros vivis de mi volun-
tad, respirais de mi aliento; y si mi voluntad os
abandonara, caeriais todos desplomados en el in-
fierno, entre el hierro y el fuego, á sufrir dolo-
res, en comparacion de los cuales son alegría,
fiestas, placeres vuestros dolores y vuestra deses-
peracion de hoy. Ahora mismo, ahora mismo vais
todos á probar mi ira. Abriré mi mano, y caereis
en el eterno abismo, y os envolverá la fria tela-

raña que Ahriman ha puesto sobre la nada. Todos vais á ser castigados.

ORIEL.

Todos no; yo solamente. Ellos son inocentes, yo culpable. Miralos; apenas han visto tu rostro amenazador, apenas han oido el eco de tu voz, se han sepultado en el polvo, reconociéndose esclavos por su naturaleza. Si algun deseo de libertad ha cruzado como un relámpago por la oscura noche de su alma, ese deseo lo ha infundido mi voz, mi tonante palabra, que los ha despertado y les ha puesto las armas de su emancipacion en la mano. Mas como no pueden levantarse de su degradacion, sujetos y esclavizados á la materia por la pérdida completa de todo sentimiento, que oscurece la dignidad de su sér, así que te han visto amenazador, creyéndote un dios é imaginando que el rayo de tu venganza iba á caer sobre su frente, se han hundido en la tierra de que son hijos, como el inmóvil árbol, y aguardan á que los aplasten las ruedas de tu carro, las pezuñas de tus caballos y de tus elefantes. Así es que toda tu venganza, toda tu ira debe caer sobre esta cabeza que ha ideado una lucha, sobre este corazon que ha querido quebrar sus cadenas. Una

voz, una voz engañosa me decia que yo tambien soy hombre, y que sobre las espaldas del hombre no debe pesar siempre el hiérro de la servidumbre, que le quita hogar, familia, templos y hasta dioses. Pero esa voz se ha desvanecido mil veces, dejándome la hiel del desengaño en el alma. El lloro de mi hijo, próximo á serme arrebatado, de mi hijo, á quien amo como no pueden amar nunca los déspotas, ha resonado en mi corazon, llamándome, no á la libertad, pues ya sé que la libertad no bajará nunca hasta el espíritu del esclavo, sino á la muerte, único alivio de nuestros dolores, única esperanza que centellea en el oca-so de nuestra mísera existencia. Matame á mi solo, porque al fin, cuando he alzado la voz, cuando he erguido la frente, cuando he vibrado este puñal, no he puesto mi pensamiento en la libertad, sino en la muerte, que al ménos me prometia ocultarme la eterna desgracia de mi hijo.

KEKOBAD.

Ya sé, esclavo, cómo he de atormentar tu orgullo y cómo he de castigar tu soberbia. Ya sé que quieres arrebatarme mis esclavos, entregándolos á un señor que tú crees más piadoso que yo, á la muerte. Pues bien, verás dónde llega

mi justicia, y cómo puede herirte mi mano omnipotente. Todos esos infelices que tú habias movido al crimen, han caido en el polvo á un soplo de mis lábios, como cae la flor á un beso del frio cierzo. Todos han mostrado que se resignan á su suerte, y que merecen ser mis esclavos y arrastrar la cadena que mi poderosa mano les ha ceñido para libertarlos de la muerte y hasta de la eterna noche de las tinieblas á que los condena su condicion y su nacimiento. Mas ya que el lloro de tu hijo te ha extraviado hasta negar á tu dueño y concitar contra tu dueño á esos infelices, tu hijo morirá ahora mismo, consagrado en el altar de los dioses como víctima expiatoria, y tú vivirás ¡infeliz! atado siempre á tu cadena, y desde hoy entregado al torcedor de tus remordimientos.

IRIA (*estrechando fuertemente á su hijo contra su corazon*).

¡Ah! ¡Por piedad! ¿Qué he oido? El pobrecillo nunca, nunca ha hecho mal á nadie. Es inocente. Sus lábios sólo saben sonreir, su corazon sólo sabe amar. No ha conocido ningun ódio en su vida, pues no ha hecho más que rogar á sus dioses, en las primeras oraciones que baluceaba su lengua, por el mismo que hoy le condena á muerte. ¿Y os atreveréis á herir este cuerpo, á ahogar esta

voz, á consumir esta existencia, á dejar caer vuestra ira sobre el único sér inocente que hay aquí, y que en su ignorancia ni siquiera sabe la pena con que vais á castigarlo? Matad á su padre, matadme á mí, en la hoguera, como queráis, inventando todos los tormentos juntos; pero no mateis á un inocente, cuyo único crimen consiste en ser nuestro hijo. Dioses, yo os invoco; dioses del cielo y de la tierra, yo os llamo. Oid, oíd el lamento de una madre. (*A una señal de Kekobad, los soldados arrancan el niño á Iria*).

CORO DE SACERDOTES (*llevando el niño al sacrificio. Oriel é Iria van detrás, cargados de pesadas cadenas. Entran en una selva que hay al lado del mercado*).

Nada hay tan grato á nuestro dios Melcarth como el olor de la carne humana y el vapor de la sangre de niño que sube en espirales de humo á sus abiertas narices. Vamos á la oscura selva, llena de árboles seculares cuyas ramas se entrelazan sosteniendo una bóveda de enredaderas y de zarzas y de plantas parásitas, eterno asilo de los buhos y de las lechuzas. En esta selva las piedras han sido lecho de innumerables cadáveres, y las plantas se han alimentado con sangre de las víctimas

sagradas; y por eso es lugar querido de los buitres y de los dioses. Aquí no penetra la luz, aquí no cae la lluvia del cielo, aquí el rayo se apaga en los troncos de los árboles, aquí el ave enmudece y se torna carnicera y amiga de las tinieblas, aquí la zumbadora abeja no encuentra una flor, aquí sólo se oye el gemido del viento en las ramas, sólo se ve el fuego fátuo que corre en todas direcciones, y la gota de sangre humana que cae continuamente al pié del ara, cubierta de cráneos y de huesos mondados por los picos de los cuervos, eternos compañeros de nuestros dioses. Entremos, entremos. El fuego arde ya sobre el altar. Los buhos huyen, los lagartos y las sabandijas se esconden. Los cuervos graznan presintiendo ya un festín. Las ramas de los árboles se mueven á impulsos de los infinitos murciélagos que en ellos se anidan, y que sacuden sus alas porque toman la indecisa luz del holocausto por el resplandor del crepúsculo. Preparad el niño. Lavadlo en el agua lustral. Cubridle la cabeza de enredaderas. Hundid el cuchillo en su garganta. Esprimid la sangre sobre el ara. Arrojad su cuerpo á las llamas. Ya se consume, ya se consume. Ya no existe. Melcarth nos agradecerá eternamente este sacrificio.

IRIA (*que ha seguido con ojos atónitos, sin decir una palabra, toda la ceremonia*).

Mi hijo, mi hijo ha muerto. Y yo vivo. ¡Oh! No, no. El corazón me salta del pecho. ¡Ah! ¡Ah! (*Cae exánime, y lanza un gran gemido.*) Muerte, muerte, gracias, gracias. (*Espira.*)

ORIEL (*quiere clavarse su puñal; pero se rompe la punta en su pecho*).

Para mí no hay ni el consuelo de la muerte.

KEKOBAD.

Regalo este esclavo (*señalando á Oriel*) al egipcio que me ha revelado el secreto de un símbolo de su religión y me ha dado luz para mi gran conquista. Tú, jefe de mis esclavos, embárcalo para Egipto.

ORIEL (*desde la nave que sale del puerto de Tiro*).

Ondas del mar, no sois tan amargas como mi vida. Aires que os estrellais en las playas, no sois tan continuos como mis gemidos. Abismos que os extendéis bajo mis plantas, no estais tan oscuros como mi corazón. ¡Cuánto daría yo por ser una gota de agua, una cinta de alga, un grano de are-

na, una rama de las plantas marinas que habitan en vuestros torbellinos, algo, en fin, que me diera esta insensibilidad tras la cual voy, ya que ni siquiera me es dado abrazarme al frio esqueleto de la muerte! He querido sentir, he querido amar. Nunca, nunca lo hubiera intentado, infeliz de mí. La copa de la felicidad, al acercarse á mis lábios, se torna hiel. Ahora me arrastran á otro punto, á otra region de la tierra, despues de haber dejado exparcidos en esas orillas pedazos de mi corazon. ¿Qué nuevos tormentos me aguardan? ¿Qué nuevas penas asaltarán mi alma? ¿Se puede sufrir más? Oigo un lamento que me traen las brisas del mar. Es el quejido de los esclavos que venden sin piedad en el mercado. Allí separan al padre del hijo, al hermano del hermano. Maldiccion horrible, ¿has de ser eterna? ¡Ay! ¡Ay! *(Deja caer la cabeza sobre el pecho. La nave se aleja de Tiro.)*

FIN DE LA JORNADA QUINTA.

METAMÓRFOSIS.

JORNADA SESTA.

OMASIS.

¡Bendita seas, tierra de Egipto! El cielo se extiende sobre tí como una gran hoja de papiro donde en signos de luz están escritas tus glorias y las glorias de tus dioses. El Nilo rompe sus ataduras, salta sus limites, y difunde por tus llanos sus aguas benditas y sagradas para llenarte de vida. El desierto te ciñe como áureo manto caído á tus plantas. La palmera cimbea sobre tus colinas sus grandes hojas, y cobija en su verde corona las cigüeñas sagradas, cuyo vuelo señala el camino que traen los dioses al venir á los templos. Entre los troncos de áloes, de nopales, de olivos que las aguas del Nilo fecundan, se arrastra el cocodrilo y la serpiente de mil colores,

y en las ramas se posa la paloma y te saluda con sus melancólicos arrullos. Allá á lo lèjos, detenido por tus bravias costas, el mar se arrastra á tus piès, y ruge y te escupe en vano sus amargas ondas, porque lo has encadenado y lo has sometido, y al gran mōnstruo no le resta más que revolcarse impotente en sus límites como un cautivo en sus cadenas. Todas las gentes vienen á tus templos á colgar una reliquia ó un amuleto de tus altares y de tus aras. Los pueblos bárbaros aullan en torno de tí sin atreverse á tocarte, como las bandadas de cuervos graznan en torno de un ejército que camina á las batallas. Tú, tierra bendita, has grabado en las paredes de los templos los pensamientos del cielo, has contado los invisibles y misteriosos eslabones de la cadena del tiempo, y has sentido que se encierra la inmortalidad en la vida del hombre.

ORIEL (*que está á un lado tallando una gran piedra*).

¡La inmortalidad en el hombre! ¿Conque no hay muerte? ¿Conque ni esa esperanza siquiera le queda al esclavo? ¡Oh! ¡Cómo envidia cuánto veo, cómo quisiera tener ó la inercia fría de esta tierra que piso, ó el movimiento de esas aguas que

onda tras onda ruedan en perpétuo movimiento hácia el mar, donde pierden su sér en los abismos! Todos los séres me aventajan. El leon sale de su madriguera, sacude sus guedejas de oro, clava sus garras en la arena, mira con sus encendidos ojos á los cuatro puntos del horizonte, abre su pecho á la ráfaga encendida del viento del desierto, puebla con sus rugidos más fuertes que el eco de tempestuosa nube la soledad, oyè su instinto que le habla y que le mueve, y abandonado á sí mismo corre á su antojo por la tierra, salta los abismos, bebe en la fuente del oasis, asciende á los picos de las montañas, baja al llano, se acuesta en las hojas secas desprendidas de los bosques, tiene en su madriguera su familia, su leona, sus cachorros; y yo, que soy inmortal, atado á esta dura roca, ablandándola con el sudor de mi frente, veo el mundo y el cielo al través de la espesa reja de un calabozo, como si vivo yaciera en una tumba. El avestruz, el dueño del desierto, se levanta de su nido que ha abierto en la arena, llama á sus hijos, agita sus negras alas, y emprende su rápida carrera, instintivamente, pero con libertad; y yo, yo, inmortal, no puedo separarme de esta cadena, que me agobia y me tiene pegado al suelo como la raíz de mi sér y de

mi vida. El águila se levanta, vuela á lo infinito, se mece en los vientos, traspasa el seno de las oscuras nubes, deja bajo sus garras la tempestad, rueda en los torbellinos del huracan, mira frente á frente con reposado mirar el rayo del sol, menosprecia la tierra y se pierde allá donde no llega el eco de nuestra voz, y cuando vuelve y se posa en el pico de una montaña, en el techo de un templo, en el ramaje de un pino, se muestra tan orgullosa como si hubiera bebido nueva vida en la copa de oro de los astros: y yo, inmortal, yo, trabajo aquí una piedra para un templo que no conozco, para un dios cuyo amor no siento, y en vano pido á los cielos, que se me alejan como una ilusion de felicidad, algunas gotas del rocío de la verdad para fecundar la triste aridez de mi alma. Yo no puedo moverme por la tierra como el leon, no puedo volar por el cielo como el águila; y tengo, sin embargo, tengo un deseo vivo, animado, de sacudir el polvo de la tierra, y levantarme y mirar más allá de los astros, si en ese abismo sin fondo del cielo hay algun sér que llueva sobre mí la verdad, tras la cual corre desalado este pensamiento, que estalla y salta con mayor impetu á las alturas al compas que se aumenta el ruido de mi cadena.

OMASIS.

Tú, esclavo, tienes sed de verdad. Yo creí que el esclavo no tenía nunca más deseo en su alma que de sueño, de un largo descanso. Si el trabajo no ha podido adormecer tu pensamiento, si la servidumbre no ha podido matar tu deseo, si aún crees y aún te levantas en alas de tu idea á otras regiones, á pesar de que dura cadena te ata á la tierra, ven, ven á mi santuario, entra en mi templo: que algun gran misterio yace en su oscuro seno, y algunos dogmas hay grabados en esas paredes que guardan oscuros geroglíficos, mudo lenguaje de nuestros dioses ocultos en el profundo santuario. Aquí estás en la region de los misterios, en la tierra de los grandes secretos de la naturaleza. El Nilo guarda en sus aguas los miembros despedazados del dios del bien. Las cavernas reciben con religioso respeto en sus profundas sinuosidades la palabra que les deposita la ráfaga del viento del desierto. El templo sirve de reclinatorio á los grandes colosos agobiados por un pensamiento divino, á los animales que fueron como el ideal de todas las creaciones. Al pié de cada columna hay una momia contemporánea de todos los siglos, que nos acompaña en la vida

y nos promete la incorruptible inmortalidad en la tumba. En el seno de las catacumbas habitan las generaciones egipcias, disecadas, embalsamadas, y de sus mudos lábios se escapa la palabra de la inmortalidad, el secreto de la vida que se derrama por la tumba como el agua del Nilo por el valle. Cuando la noche descienda, cuando las estrellas comiencen á brillar en el cielo, cuando el cocodrilo y la serpiente se escondan en sus madrigueras y el buho gima en los altos chapiteles, acércate al templo, y verás animarse las estatuas al resplandor del fuego del sacrificio, volar el íbis sagrado diciendo la palabra divina, palpitar la sávia de la idea religiosa en las columnas como la vida en el árbol, y salir de cada geroglífico, palabra perdida en el templo, un misterioso, un divino cántico que te revele el pensamiento que buscas cuando hieres con tu martillo las piedras.

ORIEL.

Quiero entrar en el templo. Salta mi deseo en mí como el ave en el horizonte. No busco la vida en ese templo; busco la muerte. ¡Dichoso aquel que puede dormir para siempre, frío como esta piedra! Pero antes de morir quiero que me digan tus dioses por qué he sido esclavo, y que me re-

velen el misterio que se encierra en mis cadenas. ¡Oh! Entrar en un templo, en uno de esos lugares donde los hombres dilatan su vida, conversar con los dioses que guardan en sus lábios todos los misterios, aspirar la esencia de la idea que sube al cielo en las azuladas espirales del incienso, ver el pensamiento que arde en el fuego del sacrificio, exhalar una alada oracion que suba y se pierda en lo infinito, y en cambio sentir si los dioses guardan algun sorbo de un nuevo licor de la vida en sus copas de oro, en sus blancas nubes, en las flores que ciñen sus sienes, para mí será el placer inmenso, infinito de crearme nuevamente creado, nuevamente vivificado al pié del ara, y libre de esa cadena, unida á mi hasta ahora como la sombra al cuerpo.

OMASIS.

El sol se ha ocultado. Las estrellas brillan en el cielo. El desierto suspende el ruido de sus huracanes, como si recogiera el aliento para escuchar mejor la palabra de Isis. El ave nocturna exhala un gemido como el eco del misterio de la noche que quiere romper á hablar y revelarse á los mortales. Los animales sagrados duermen para recoger en este instante de descanso una nue-

va celeste idea. Los dioses desde sus antros tienden el manto de tinieblas. El rio murmura su luctuosa plegaria. Tal vez no sea más que una lágrima caída de los ojos de una divinidad ignorada. El templo se agranda en las sombras, porque el templo crece con el misterio y el misterio con la noche. Acércate al santuario.

ORIEL.

Me parece que á la luz dudosa de las estrellas el templo se alza del suelo como árbol arrancado por el huracan, y se cierne en los aires como inmenso negro avestruz que bate sus alas sobre su nido. Un sudor frio corre por mi frente, y hielá en mis venas la sangre, y pára los latidos de mi corazon en el pecho. He querido buscar mi redencion arrastrándome de rodillas al pié de mis señores, corriendo al sacrificio, levantando sentimientos de dignidad en el ánimo de mis compañeros los esclavos; y no he comprendido nunca que sólo puede redimirme de este eterno dolor la posesion de la verdad, sí, de la verdad que se encierra en el templo de Isis. Mi ánimo vacila, flaquean mis rodillas. Muros de granito, inmensos sillares, sois montañas levantadas sobre montañas por generaciones de gigantes que han querido en-

cerrar en un calabozo profundísimo la verdad debida á todos los hombres. De vuestra cavernosa boca se exhala un olor de incienso que trastorna mis sentidos y despierta en mis ojos casi cerrados al peso del temor fantásticas aladas visiones. ¿Quién no vé que un génio superior te ha creado, ¡oh templo! Su huella está en tus paredes como las huellas de las garras del tigre en la corteza de los árboles del bosque. Paso este pórtico resguardado por monolitos donde los siglos han escrito en oscuros signos su pensamiento; entro en este patio, en que las columnas, que ora asemejan palmeras coronadas por su diadema de largas hojas, ora házes de trigo, sostienen una cornisa donde abre su cáliz sagrado el húmedo lotho y extiende sus guirnaldas de pámpanos la vid cincelada en la piedra; me paro un instante á contemplar el coloso que duerme teniendo por almohada un monte; bajo mi cabeza ante el sepulcro de color de cielo que encierra más abismos que el profundo Océano; saludo las fáuces del cocodrilo que sobre la inmensa puerta del templo sostiene un globo alado; entro, y contemplo los geroglíficos que se animan á la luz del sacrificio como las hojas del bosque al primer rayo del sol, los áureos nichos donde duermen las momias

adornadas con brazaletes de oro, los altares donde están las serpientes de bronce, los perros sagrados, las esfinges que aún tienen el beso de la brisa en los labios, las estatuas con sus tiaras en la cabeza, las fuentes que corren al pié del ara destinadas á las abluciones, la imagen de los que ya no son, de los que han caído en brazos de la muerte, y llevan el arado en la mano y el saco de semillas á las espaldas como para trabajar en otra tierra; y al acercarme al santuario, encerrado en lo más oscuro, en lo más profundo del templo, apenas teñido por una luz sonrosada como la del crepúsculo, quiero rasgar con mis manos el velo de tinieblas que oculta la verdad á mis ojos, y tiemblo, y vacilo, y caigo en profundo estupor, sin poder alcanzar ni entender la palabra misteriosa que se levanta sobre columnas, estatuas, obeliscos, esfinges, colosos, y flota allá en los aires como el pensamiento del templo.

HERMES.

¿Quién turba la tranquilidad de este templo?
¿Quién interrumpe el silencio de la idea que está escondida en el profundo santuario de Isis? Yo estoy aquí reuniendo las sustancias de todas las cosas que se acaban, para formar un nuevo Uni-

verso que tenga por alma mi pensamiento. Yo he reunido aquí todas las esencias, el aire, la luz, la chispa del rayo, el aroma, la nube, el eco, el rumor del bosque, para formar un nuevo espíritu; y todas las organizaciones, las escamas de los peces, la piel de la serpiente, las garras del tigre, la dorada guedeja del leon, las leves alas de la pintada mariposa, el cráneo del hombre para formar un nuevo cuerpo; y con el cuerpo y el espíritu crearé un dios que pueda resistir en su pecho el torrente de los siglos, que pueda romper con sus brazos la cadena del espacio, y se levante sobre los restos despedazados de todas las divinidades, porque el Oriente y sus religiones se acaban como astro que se anega en el éther, como dia que se pierde en la eternidad, como vida que se desvanece en el sepulcro.

ORIEL.

¿Qué veo? Del fondo del altar se levanta un fantasma que cubre el santuario con su rozagante púrpura. En sus ojos se ven brillar y desaparecer luminosos reflejos como relámpagos en noche oscura; de sus labios se desprenden mansamente palabras ininteligibles que hacen temblar las estatuas y las columnas; una corona de verde enci-

na cubre sus sienes, y sus piés se apoyan en tempestuosa nube que truena como si fuera la voz de su pensamiento. Se dirige á los cuatro puntos cardinales del templo, y enciende en cuatro grandes tripodes una luz roja, otra azul, otra amarilla, otra verde, que tiñen con los colores del iris esta mansion de los dioses. Despues traza con una vara mágica en el aire calcinado por una gran tempestad moral signos ideales, cabalísticos, que despiertan á los colosos, que impulsan á los cocodrilos de bronce, á las serpientes de oro, á los murciélagos cincelados en la piedra, á extenderse, á levantarse, á tomar formas aéreas, espirituales, y rodar en torno de mí en mágica danza, produciendo un concierto de sonidos inarticulados, indecisos, que forman misteriosa música. Séres que os exhalais como nubes de mariposas del fondo de estos altares, y os envolvéis como en vuestro manto en las ondulaciones del aire, y os arremolináis alrededor del fuego del sacrificio, y subís á las alturas, y bajáis girando por do quier en perpétuo movimiento como las hojas de la flor en alas del huracan, decidme, decidme, ¿dónde está la verdad?

HERMES.

He encendido las cuatro luces que representan las cuatro sustancias de que se compone la vida. A sus reflejos he abierto el libro donde están guardadas las últimas palabras del Oriente. Al romper cada uno de sus misteriosos sellos he oido un ¡ay! prolongado que se perdía en los largos intercolumnios del templo. Conforme he ido rompiéndolos, se han avanzado hasta mí todos los dioses de todos los pueblos. Por allí veo venir en larga procesion los génios nacidos de las espumas del mar, que traen contentos en profundas copas el primer rocío de la vida; los hijos del campo, hendido el pié, la cabeza coronada de yedra, deramando hirviente vino en la tierra; los espíritus del aire con su manto de nubes, su corona formada por el arco-iris, sus arpas hechas de rayos de luz; los dioses de las estrellas, que nadan en el éther y arrastran en pós de sí mundos como el viento del otoño hojas secas; los grandes protectores de la guerra, nacidos de las fuerzas de la naturaleza, blandiendo en sus manos largos cometas que son como espadas de fuego; los elefantes blancos que llevan coronas de lothos en su trompa; los toros persas en cuyos cuernos de oro

lucen diademas de brillantes; los colosos egipcios bajo cuyas pisadas se hunde la tierra; los serafines medas que agitan con sus alas celestes el aire y despiertan á los orbes fatigados y soñolientos en su eterna carrera con la voz de sus clarines; y todos entonan un cántico que es como la aspiracion de la tierra á lo infinito, como las mil formas que toma el deseo al volar al cielo desde el seno del Universo.

ORIEL.

¿Qué rumor escucho? ¿Qué seres veo flotar en los aires? ¿Son una bandada de golondrinas que vienen á posarse en los techos del templo? ¿Son un ejército de cuervos que aceran sus picos para clavarlos en las entrañas de estos dioses? ¿Son un enjambre de abejas que zumban buscando la miel de la nueva vida guardada en el fondo del santuario? No sé distinguirlas. Ya me parecen aves nocturnas que huyen la luz, ya coros de ruiseñores que cantan sobre un nido hermosísimo suspendido en una rosa donde nace un nuevo dios. ¡Ah! Me falta la luz de los ojos. Decidme, decidme dónde ocultais la verdad.

INDRA (*sentándose al lado de la luz azul*).

Yo que he pisado la tierra humedecida aún por el beso de las aguas creadoras, la tierra cuando acababa de salir del mar como el fruto de la flor; yo que he recibido en mis ojos el primer rayo de la primer aurora que se levantaba por los horizontes, tranquilos y alegres como la sonrisa del niño en la cuna; yo que he encendido el primer fuego del sacrificio sobre la montaña más alta de la India, de cuyo fuego son chispas el sol y las estrellas; yo que he exparcido las nubes, como el pastor las ovejas, por las alturas del cielo, y les he enseñado el abrevadero de los lagos y de los torrentes; yo que he lanzado de mi diestra el áureo rayo sobre los bosques inmensos, espesos, cubiertos de zarzas, de enredaderas, de yedra, que ocultaban el misterio de su vida; yo que he enseñado á cada sér su palabra, su cántico, su oracion; yo, envejecido, vacilante, apoyándome en esta caña, sin luz en mis ojos, sin cabello en mi cabeza coronada de madreselva y de verbena que esmaltaba el rocío con sus perlas, sin calor en este seno que calentó el mundo cuando recién nacido temblaba de frío, vengo á esta luz á buscar una centella del espíritu universal que huye de mi sér.

ORIEL (*acercándose al dios Indra*).

Tienes frío, tienes sed y hambre. El rocío de la mañana ya no puede apagar tu sed, la yedra y la enredadera del bosque ya no pueden abrigar tu cuerpo, la palmera y el cocotero ya no pueden satisfacer tu hambre. El destino te ha arrancado con su férrea clava de tu trono de montañas. Sobre el volcán que era la lumbre de tu hogar han caído mares de nieve, y sobre esos mares de nieve sólo se ve el carnicero cuervo que grazna de hambre. Lloro, dios, lloro; si es que hay alguna lágrima en esas pupilas, por las cuales pasaron todas las nubes que el mar lanzaba á las alturas en el primer día de la creación. Acércate á calentarte al fuego que tú encendiste sobre las montañas coronadas de bosques floridos, cuando todas las aves aprendían extáticas en el primer concierto de los mundos sus primeros arpegios y gorgoros, que infundían una ilusión de amor en el seno de la tierra, dulce desposada del cielo. El fuego no puede calentar tus miembros ateridos. Vas á morir, porque has cerrado la puerta de tu templo al esclavo. Cuando tenía sed, te pedí un sorbo de agua, y me diste el veneno que destilaban las fáuces de la vibora. Cuando tenía hambre, te pedí un

fruto de tus árboles, y me diste á comer las cenizas de tu volcán. Cuando tenía frío, te pedí un hogar, y me arrojaste á habitar los nidos de las serpientes. Cuando tenía deseo de lo infinito, te pedí una verdad, y lanzando sarcástica y amarga carcajada, me envolviste en negra nube de humo, porque los dioses no habían nacido para el esclavo. Héte aquí moribundo, yerto, sin el rayo del sol en la frente, sin la copa de la vida en la mano, sin el arco-iris á las espaldas, sin las blancas nubes en los pies, luchando con la nada que abre su cavernosa boca bajo el fuego de ese sacrificio. Tu injusticia te mata. El esclavo es tu juez. El esclavo, si, vé tu agonía y tu muerte, y te maldice.

INDRA (*corriendo al santuario*).

Ísis, madre Ísis, protección: que buscando tu protección he venido á este grandioso templo. La tierra tiembla bajo mis pies. Las estatuas me miran con airado mirar. Las esfinges abren sus garras y me amenazan. Las columnas se doblegan como los árboles de un bosque agitados por el huracán. El cielo llora lágrimas amargas que caen como gotas de hiel en mis labios. Las estrellas huyen y se esconden como aves dispersas por las

flechas del cazador. Me acuerdo de aquel tiempo en que sobre la blanca nube de la mañana, coronado de estrellas y vestido con larga túnica de color de cielo, llevando por brazaletes dos cometas, nadaba en el aire, seguido de ejércitos de abejas que zumbaban y de mariposas que parecían aladas flores, é iba á la más alta cumbre de los montes á recibir los sacrificios de los mortales agradecidos; mientras que ahora en vano aplico el oído para oír una plegaria, en vano abro las narices para aspirar el olor de la manteca y de la miel que se disipan en el fuego del holocausto, porque sobre mí se extiende como una telaraña el vacío, como un abismo el silencio. Ísis, madre naturaleza, tú que aún tienes vida, protégeme, protégeme contra las negaciones de los mortales, que extienden glacial frío por mi cuerpo.

ISIS (saliendo del fondo del santuario).

Calla, calla. No lo digas, para que no lo sepan los mortales. Mi santuario es un sepulcro vacío. La verdad que yo creía guardar es un inmenso murciélago que se pierde en eterna y oscurísima noche. A mi lado sólo oigo el huso de los génius de la muerte, que están hilando y volviendo al no ser toda la trama de nuestra vida. Mi corona de

espigas se ha secado, y anda rota en alas del abrasador huracan. Un rayo del cielo, que yo creí mi cetro, ha rasgado mi velo de oro. El tiempo, que yo llevaba como un collar en mi garganta me ahoga como si fuera mi suplicio. El manto hecho de reflejos de la luna en el fecundo Nilo, es un sudario que se desvanece como la niebla de la mañana y me deja desnuda á los ojos de los mortales. La serpiente Tiphon se levanta sobre su cola y abre sus fauces para tragarme. El cuerpo de Osiris ha vuelto á hundirse en el ocaso como la piedra arrojada al abismo, y ya no hay ondas que lo arrastren, ni floridos arbustos que lo cubran con sus ramas, ni lágrimas en mis ojos gastados para despertarle á la vida. En vano mi hijo Horo chupa hambriento y con devorador anhelo mis pechos; no puede sacar de ellos ni una gota de aquel jugo que anhelaban en otro tiempo hasta los mundos. Una fuerza ciega, superior á mi, se burla de mi deseo de vivir, y me arrastra á los mares á sepultarme tal vez para siempre en sus abismos. ¡Ay! ¡Ay! Las tinieblas se levantan de lo profundo, y me envuelven y me ocultan la riente naturaleza. No lo digas; pero también reina la muerte sobre los dioses.

INDRA.

Oigo ruido. Tal vez vengan á defendernos. Déjame oler la flor del lotho que llevas en tu mano, y que sostiene un poco mi desmayada vida. Viene un nuevo dios.

MITHRA (*entra y se sienta al lado de la luz roja*).

Pierdo la vista. Mis piés se han gastado de recorrer los espacios. Mis manos se caen desfallecidas de pasar los mundos. Mis ojos se han cansado de despedir rayos de luz. Estoy fatigado. Me siento ya viejo. Yo creí que el ala del tiempo no se llevaba ni un solo día de la vida de los dioses. Me he engañado. Las estrellas se gastan bogando por el éther, y los dioses también se gastan en la conciencia humana que los devora como el mar la gota de lluvia caída sobre su gran superficie. Yo soy aquel que bajaba desde las cumbres de los mundos dorados por la eterna luz á las oscuras y profundas cavernas cubiertas por la nieve de la muerte. Yo soy aquel, todo ojos, todo oídos, que veía desde el sol de los soles cuando se alzaba sobre las esferas iluminando el Universo, hasta el insecto molecular que se ocultaba en la hoja de una rosa; y oía desde la tempestad de la primer

palabra que engendró la primer semilla de la materia en los espacios desiertos, hasta el último zumbido de las abejas en el fondo de su panal. Yo he regado la tierra con la lluvia, he fecundado la semilla, he abierto la flor en la planta, he madurado el fruto y he vuelto á depositar en la tierra la semilla desprendida de ese fruto; porque entre mis dos dedos oprimo el eterno círculo de la vida. Yo he unido el sol con la estrella, el rayo fugitivo de la luna con el vapor del lago, el aroma de la flor con el suspiro del aire, la rosa con su tallo, la abeja con el bosque, el ave con el cántico celeste, y he dado á cada sér una voz, una palabra, el fuego de la vida, distribuyendo entre todos el amor universal. ¡Cuánto se alegraban de verme todas las cosas, cuando recorría yo los espacios envuelto en los pliegues de mi manto, ceñida la frente con la diadema frígida, ocupadas las manos con la antorcha misteriosa de la vida, seguido de los génius que se dibujaban en los primeros rayos del alba, en los primeros resplandores de la aurora, mariposas del cielo que llevaban en sus alas de carmin y oro mi palabra hasta los últimos límites del Universo! Y ahora siento que se arruina el mundo bajo mis plantas. Y ahora veo rodar las estrellas, que me azotan la cara co-

mo las hojas arrancadas á los árboles por el cierzo. Y ahora la catarata de la vida que manaba al pié de mi ara se ha convertido en pedregoso y seco lecho de un torrente ya exhausto que sólo se hincha de vez en cuando con mis lágrimas. ¡Y yo soy un dios!

ORIEL (*acercándose á Mithra*).

Tal te hemos creído un día. Pero ya es hora de que te destronemos. Vosotros sólo vivís lo que quiere que viváis nuestra conciencia. Tú que bajabas á las cavernas cercanas á la nada, no has bajado nunca á mi corazón; tú que veías el insecto perdido en la hoja de la rosa, no has visto mi dolor; tú que oías el zumbido de la abeja trabajando en su panal, no has oído mi lamento ni el ruido de mi cadena; tú que llovías el amor universal sobre las yertas piedras, nos has animado mi pecho; tú que te complacias en ver todas las cosas, no te parabas jamás delante de este sér que sollozaba en los abismos, sin luz, sin esperanza. Ahora la tempestad del dolor, que tú creías sujeta á tu dominio, se ha desencadenado, y ha subido hasta tu cielo, y te arrastra, y apaga tu antorcha, y despedaza tu diadema, y rasga en pedazos tu manto, y troncha aquellas alas que te sos-

tenian sobre los espacios. Lloro, sí, lloro; que el esclavo anegado en un mar de sangre se levanta y te niega, y su negacion es como espesa nube que empaña tu divinidad y tu grandeza. Mira, la negra oruga de la nada te devora ya por los piés.

MITHRA (*se refugia en el santuario*).

¡Ísis! ¡Ísis! ¿Dónde habitas? ¿Por ventura el santuario está vacío? ¡Ísis! ¡Ísis! Sólo me responde el eco, prolongado lamento que se estrella en las paredes y en los intercolumnios del templo. Dáme un reflejo de tu lámpara, que se ha gastado la luz de mis ojos. Dáme un pedazo de tu manto, que he perdido en las garras del huracán mis vestiduras. Dáme una de esas blancas flores que flotan sobre las corrientes del Nilo, porque el aliento del calcinado desierto ha consumido hasta mis sienas. Dáme una gota de la miel que destilan tus árboles, porque al querer libar la vida en el Universo, ¡ay! he hallado el aguijón de una serpiente. Dáme fé, porque mis ideas caen sobre la desoladora soledad de mi alma como copos de nieve. ¡Ay! me muero, Ísis, me muero, si no me socorres con algun aliento de la madre naturaleza.

ISIS (*levantándose del suelo donde estaba tendida*).

Calla, calla. No turbes el silencio de la muerte. Un dios venido de la cima del Universo, un dios que iluminaba las cumbres de las montañas más altas de la tierra, un dios que recogía en su manto mundos y astros como el segador espigas, yace ahí, frío, yerto, sin vida, y su cuerpo se pulveriza, y nuevos dioses que van á tomar el vuelo hácia otras regiones salen de los átomos de sus cenizas, que en vano quiero volver á amasar con mis amargas lágrimas. ¿No ves por todas partes las larvas de nuevas dignidades que aguardan el soplo de una primavera del espíritu para romper su capullo y tomar alas y volar por los cielos como los mundos cuando surgían bañados por la primera luz de los negros abismos del no sér? Nosotros no tenemos ya templos. El Oriente es como un gran navío encallado en la arena, que han abandonado los navegantes. En vano el viento corre entre sus tablas, en vano la hirviente ola viene á besar de nuevo su quilla; como no se mueve, se pudre, y de sus maderas salen insectos, negras sabandijas, últimos restos de su vida. Todo perece. ¿Me conocerías á mí? Apenas puedo levantar el peso de mis párpados, que caen como una gran maza de

hierro sobre mis ojos. Apenas puedo tener en mis manos la flor del lotho, que se deshoja como si crudo invierno hubiera helado á los dioses. Mis pechos que amamantaban á la naturaleza, están secos. Mis labios, que despedían la brisa en el mar, están cárdenos. Mis plantas, que dejaban una huella de flores en mi camino, están llenas de espinas. Mis manos, que tegían las formas de todas las esencias, están tegiendo ahora con alas de los murciélagos que vuelan en torno del moribundo fuego del sacrificio, un manto para abrigarme en mi sepulcro. Mira otro dios que entra llorando por las puertas de esta necrópolis de dioses.

MYLITTA (*anda entre las cuatro luces*).

Yo soy la diosa del amor. Ando errante de flor en flor, de astro en astro, de sér en sér, como la única mariposa que se levanta del cáliz del Universo. Mi beso de fuego encendió en los espacios el sol. Las estrellas nebulosas han caído de mis ojos, y por eso en el cielo semejan una lágrima que corre por una megilla. Yo, dando mi cabellera y mi túnica al viento, ceñida la frente con mi diadema de torres, sentada en el lomo de un león que agita sus guedejas como el sol sus rayos, hundidos los desnudos piés en el rocío de la

mañana, agitados los labios por un cántico, seguida de enjambres de mundos que me saludan como la dorada abeja saluda con su continuo zumbido la flor donde está guardada la dulce miel, voy por el Universo vertiendo el placer en todas las cosas, llevando el amor á todos los seres, para que se perpetúe la esencia de la vida. Cuando la paloma arrulla á sus hijuelos en su nido, cuando el ruiseñor canta en la florida rama del arbusto sus amores, cuando la abeja despliega sus alas y zumba y se embriaga en el aroma de la flor, cuando la fiera siente una pasión en sus implacables entrañas, cuando la blanca luna descende melancólica y tierna á bañarse en el dormido lago, cuando la brisa suspira en la vela de bogadora nave ó el áura susurra entre las hojas, cuando la virgen sueña en su lecho y oye el cántico triste y apasionado de la amante serenata que interrumpe el silencio de la noche, yo estoy allí, yo, porque delirante, frenética, sin darme punto de reposo, llevo en mis labios el eterno beso del eterno amor, y en mi seno la fuente del placer universal. Pero, ¿ya no hay amor en la naturaleza? Siento que caen sobre mi alma los mundos convertidos en menuda lluvia de cenizas. Siento que el placer que me animaba se ha convertido

en un estremecimiento de dolor, y mis suspiros en el hipo y el estertor de la agonía. Donde antes el ruiseñor cantaba, silba ahora la serpiente. Donde antes anidaban las aves, anidan ahora las víboras. Los astros se ocultan como buhos en las cavernas y en los abismos. El zodiaco se ha convertido en inmensa culebra que de sus fátces despidе tinieblas sobre el esplendor y la claridad de los cielos. Yo quiero amar y no puedo. Abro mis brazos, y sólo estrecho sombras. Beso la tierra, y queda en mis labios en vez del fuego del amor que los animaba, amarga ceniza. Suspiro, y me contesta el silencio. Quiero correr, y mis piés se hunden y se pegan en la fermentación del podrido Universo. ¡Ay! ¡Ay! Ya no amo, ya no amo. ¡Ay! ¿Me muero yo, ó se muere la naturaleza?

ORIEL.

Mueres tú, mueres tú. Y mueres porque ese amor de que hablas es mentira. Si hubiera sido el amor puro, el amor verdadero que creó todas las cosas, al tocarlo hubiera perdido sus garras la muerte. Desespérate. La naturaleza se sonríe, los astros brillan, el cielo luce como en la primer noche de amores de la creación, el ruiseñor canta á la luz de la luna, el río murmura sus plega-

rias á la puerta del templo, las flores abren su corola para libar ansiosas las gotas de rocío; y tú, sólo tú, dejas caer la frente dolorida sobre el pecho, y mueres. No morirías si fueses el verdadero amor. Y hubieras sido el verdadero amor, si en vez de pararte sólo en los templos, en los palacios, sobre el lecho de púrpura y oro de los déspotas de Babilonia, hubieras bajado tambien hasta el calabozo donde en húmedo lecho de paja yacia el esclavo. Tú oías en tu delirio hasta el zumbido del insecto en el polvo, y no oías el lamento del esclavo en la ciudad. ¡Cuántas veces dolorido, desesperado, sintiendo los latidos de mi corazon que se perdían en la nada, te llamé para que vinieras á iluminar mis noches, á sonreír en mis sueños, á beber una lágrima mia, á dar un poco del fuego de tu vida á esta vida árida como arenoso desierto, y en vano cuando pasabas á teñir con tus rosados dedos la aurora y con tus besos á abrir el cáliz de las flores te llamaba, porque no oías el lamento del esclavo! Y eso te mata. No perecerías si fueses el amor universal; y serías el amor universal si hubieras abrigado hasta el esclavo en tu seno.

MYLITTA.

Ísis, Ísis, ampárame. Me muero, me muero. Los mortales ya me insultan, porque no tengo ni un rayo de luz en mis ojos con que iluminarlos. No dejes insepulto mi cadáver, que lo devorarán los buitres. Pónme sobre el cuerpo un puñado de tierra de las montañas sagradas, y en esa tierra planta algunas flores, para que al pasar las nubes depositen una lágrima sobre lo diosa que les enseñó á beber la vida en la ancha copa de los mares y á mecerse en el éther celeste. Pero aún, aún puedes darme un sorbo de vida...

ISIS.

¿A dónde venís, dioses del Oriente, á buscar la vida? ¿No sabéis que esta region es una region de sepulcros habitada por un ejército de momias? Me pedís mariposas, y sólo puedo daros las moseas que se pegan á los cadáveres. Me pedís ruiseñores, y sólo puedo daros murciélagos. Me pedís luz, y sólo puedo daros tinieblas. Me pedís amor, y sólo puedo consolaros con mi eterna viudez. La duda que se ha deslizado en la conciencia humana, ha herido tambien mi corazon con sus crueles mordeduras. No turbeis mi agonía. Dejad dormir

en paz á la última trasformacion posible de la naturaleza. ¿Aún, aún vienen más dioses desgraciados?

MELCARTH.

Yo soy, yo soy la fuerza de todas las cosas, el impetu de la catarata, el vuelo de la nube, la celeridad del rayo, el impulso del viento, la cohesion de la piedra, el movimiento del rio, el choque de las ondas, y los torbellinos del huracan y de las tormentas. Yo he nacido en el mar de Eritrea, he hollado la cima del Libano que me ofrecia para albergue sus cedros y los nidos de sus águilas, he bañado mis piés en los torrentes que bajan de estas sagradas montañas, he ido en la nave, arrullado por las olas, acariciado por el mar que se teñía de sus más suaves reflejos, ceñido de espumas, acompañado por el cántico de las brisas, á la tierra sagrada donde el sol despues de haber iluminado los espacios, venia á centellear al pié de mi ara como una chispa del fuego de mi sacrificio. Pero ¡ay! no sé ahora qué pasa por mí. Cuando llamo á la vida para que venga y lama mis piés, se retira y huye. Cuando digo á la brisa que me bese el rostro, me azóta los ojos y me ciega. Cuando me inclino sobre el mar,

me escupe á los lábios espuma tan amarga como el veneno de la víbora. Cuando recuerdo á la tierra mi antiguo dominio, lanza una carcajada de desprecio, á cuyo sacudimiento se arruinan las paredes de mi templo de Gades. En vano he removido las cenizas de mi altar buscando algunos restos del fuego del sacrificio; ni siquiera he encontrado una chispa; y tengo frio, como el marinero que en tempestuosa noche se ha acogido despues del naufragio á un escollo desde el cual sólo oye los lamentos de sus compañeros que se ahogan, confundidos con el siniestro estruendo del embravecido mar. Sobrenadaré en las olas como nave despedazada, como cetáceo desangrado, como isla flotante separada por el huracan de la tierra; y los peces devorarán mis restos, y las naves marinas vendrán á descansar sobre mi cadáver sin reconocer en mí un dios. Y aquí, en este último asilo que ha encontrado mi desgracia contra la tempestad, ¿no hay quien tenga de mí compasion?

ORIEL.

¡Compasion de tí, de tí, dios de Tiro! Calla, no blasfemes. El tigre hambriento tendido sobre su presa, desgarrando las carnes, rompiendo los

huesos con sus dientes, abrevándose en sangre humeante, es más misericordioso que tú, dios moribundo, compendio de todas las crueldades. ¿Te acuerdas de aquel día tremendo en que tus sacerdotes fenicios te ofrecían en holocausto un pedazo de mis entrañas, de mi corazón, mi hijo, sí, mi hijo? Estabas sereno, sonriente, sentado en tu altar como satisfecho de aquel sacrificio, y el fuego ardía pronto á devorar la víctima, y el aire más compasivo que tú repetía el amargo lloro de una madre y el resuello profundo del dolor de un padre. ¿Te acuerdas? Atizaron la hoguera, y en mi corazón atizaron el fuego de la desesperación. Dijeron en tu loor algunas palabras que rodaron como ondas de plomo derretido por mis huesos. Derramaron algunos granos de incienso, cuyo olor me trastornó como si fuera el olor de un veneno. Llevaron al pobre niño, tranquilo, sonriente; al pobre niño, cuyo rostro estaba teñido del carmin de la vida, cuyas venas latían como la yema del arbusto en primavera; al pobre niño, lleno de salud, de fuerza, hermoso, tan cuidado por sus padres, que sólo habían tenido para él amor y caricias; al pobre niño, que abrigábamos del frío estrechándole contra nuestro pecho, que libertábamos del calor poniéndolo

bajo las hojas del plátano cuando el mar nos enviaba sus brisas; al pobre niño, que en sus juegos, en sus palabras balbucientes, en su sonrisa nos había traído la inocencia de la primera edad, pues volvemos con nuestros hijos y con su vida á la infancia: lleváronle, decía, al pié del ara; y sin atender á nuestros ruegos, sin compadecerse de nuestras lágrimas, que hubieran ablandado las piedras, sin oír nuestros lamentos, le arrojaron, aunque se resistía con violencia, al holocausto; y las llamas ahogaron su voz, y consumieron sus carnes, y calcinaron sus huesos; mientras tú, en vez de blandir el rayo de la justicia sobre la frente de los verdugos, te sonreías recibiendo el humo del sacrificio, aspirando el olor de aquella ofrenda, en que se perdía la vida de tres seres tan desgraciados como inocentes. Yo perdí la razón, busqué en las cenizas los restos de mi hijo, besé mil veces aquel holocausto, y al ver perdido todo lo que amaba, estalló en mi alma una tempestad de maldiciones contra tan sangriento dios. La muerte, que no se ha apiadado de mí que sólo vivo para el dolor, te hiera á tí, que sólo vives para el placer. Yo desesperado pedí el no sér, mi aniquilamiento eterno al huracán, al rayo, al mar, á los abismos, y hubiera en mi delirio querido

que la nada se hubiese tragado conmigo á todo el Universo. ¿No es verdad que no hay dolor comparable á mi dolor? ¿No es verdad que hasta las piedras lloran al oír mis lamentos, al ver la sangre que destila mi corazón? Contempla, contempla todo cuanto nos rodea. Las esfinges derraman lágrimas, las estatuas se cubren el rostro con las manos, las momias se envuelven horrorizadas en su sudario de púrpura, los perros de granito aullan con lastimeros aullidos, las culebras de bronce azotan de dolor con sus colas el pié de los altares, y hasta los colosos se levantan para maldecirte; porque todos comprenden que los sacrificios humanos los matan y son la causa de su agonía de hoy, porque la justicia está pidiendo que se celebre en desagravio al pié de la humanidad un sacrificio de dioses.

MELCARTH.

¿Qué oigo? Los hombres se levantan hasta mi divinidad, y la niegan, y la desconocen, y la escupen. ¡Oh afrenta! ¿Qué haceis ahí, dioses, que no me ayudáis á derrocar la soberbia de este misero esclavo en los abismos? Primera palabra que rodaste sobre el caos, ven á mis labios para aniquilar con tu poder á este malvado, que debién-

dome la vida me niega la vida de sus hijos. As-tros que volásteis sobre la cima de la tierra, abra-sad con vuestras alas de fuego al protervo; tiem-po, que saliste del negro abismo de la eternidad, encadénalo á tu carro, y arrastrándolo por los es-pacios conviértelo en cenizas; deseo, que en los primeros días de la creacion animaste todas las cosas, dá á cada uno de los átomos de su cuerpo una sed que no se pueda satisfacer, un hambre que no se pueda hartar, una lascivia que lo con-suma en eterno fuego; éther, que naciste del amor de las nubes con el deseo, borra hasta la huella de la esperanza del seno de sus dolores; soplo del espíritu universal, fuerzas todas de la naturaleza, dioses de todos los templos, gé-nios del mal, abismos, infiernos, venid, venid á auxi-liarme en mi venganza. Pero ¿qué digo? Mi bar-ba está nevada. Mis lágrimas de rabia se cuajan sobre mi faz en témpanos de hielo. En el fuego del sacrificio apagado las viboras se arrastran y envían soplo letal á mis labios. El templo se des-vanece. Estoy ciego. Se han quebrado en el hue-co de mis ojos mis pupilas de diamantes. No me puedo mirar. El dios que disponia de todas las cosas, de todos los seres, ¡ay! es un mendigo. Estoy aterido de frio. ¿No hay quien me socorra?

ISIS (*con voz espirante*).

No... no...

ORIEL.

Estoy vengado de los dioses que me esclavizaron. Pero una venganza no es una verdad. ¿Dónde está la verdad? (*Caee de rodillas al pié del santuario*).

HERMES.

Veo morir por todas partes divinidades, númenes antiguos, ideales de los pueblos, génius que desaparecen como las flores cuando brota el fruto, como las hojas cuando viene el invierno, como las alas de la mariposa cuando llegan á la última transformación de su vida, como las estrellas cuando el sol aparece esplendoroso por el Oriente. Donde quiera que me vuelvo, descubro serpientes que espiran, esfinges que se revuelcan en la agonía, cocodrilos que en vano abren sus fauces para recibir el humo del incienso y mueren, dioses cuyos miembros se descomponen como el árbol herido por el hacha del leñador, colosos que se hunden por su propia pesadumbre en las cavernas, cetros rotos, diademas despedazadas, símbolos sin idea,

geroglíficos sin sentido, himnos que se desvanecen como el lamento del buho en el desierto, aras arruinadas, sacrificios interrumpidos, lirás que han perdido su antiguo son, sacerdotes que rasgan sus vestiduras y dejan caer sus coronas, oráculos que quieren pronunciar una palabra y enmudecen; de suerte que todo cuanto hemos querido, soñado, bendecido, puesto en los altares, todos, todos nuestros dioses son fantasmas que se desvanecen, espectros que van buscando errantes una tumba como el ave nocturna busca sigilosamente su madriguera cuando brilla la esplendorosa luz de un nuevo día. ¿Y todo lo devorará la nada? No, no puede ser. La renovación es la ley de la vida. El aliento de las cataratas y de los torrentes se condensa en nubes; los fragmentos que el sol deja en los espacios al sacudir sus rayos como crines desprendidas de su guedeja, se convierten pronto en nuevos astros, nuevas gotas de luz que esmaltan el árbol de los cielos; la semilla que la flor despojada de su corona de pétalos y seca ya sacude sobre la tierra, dá un nuevo árbol sobre el cual se alzan flores que ostentan los matices de la luz en su corola y embriagan el aire con sus aromas; el águila, reina solitaria de los espacios, antes de abatir para siempre su vuelo y de espirar en el

pico de la montaña calcinado por el rayo que ha sido su trono, se goza en ver que sus hijuelos pueblan los aires y van á llevar en su agudo cántico á las nubes el pensamiento de la tierra; todo, todo se renueva en el círculo inmenso de la vida, ¿y sólomente los inmortales, los dioses, habrán de tener ménos trasformaciones que el insecto? No, no. Yo, aquí, en este juicio universal de divinidades caducas y espirantes, en que un esclavo cuyos ojos no hubieran sido osados á mirarlas antes, las marca con el hierro candente de su reprobacion, y caen al punto como el salvaje toro herido por las garras del tigre que se lanza rápido desde el árbol sobre su cuello; sí, yo aquí veo que el dios-naturaleza, ahumado de incienso, harto de carne, embriagado de sangre humana, sordo ya de puro oír plegarias y oraciones, envejecido y caduco, blanca la barba como formada de nubes que ya no brillan con los colores del iris, macilentó el semblante que ya no anima ninguna idea, turbios los ojos que ya no despiden ninguna luz; despues de haber pisado el caos cuando hervia en primera explosion la materia, despues de haber encerrado los astros en los espacios como el labrador encierra los enjambres de abejas en la colmena, despues de haber recibido el beso de todas

las áuras y de todas las brisas; ahora que vé levantarse con un nuevo celaje una nube que no ha rozado sus lábios, un eco que no ha salido de su lira de encinas, sí, el espíritu, cuyo calor llega hasta el alma del esclavo, ahora se desespera, enferma, se hastia y envejece, y se torna impotente é imbécil, y con aras y con idolos y con templos enciende una hoguera á la cual se arroja acompañado de sus oráculos, como el déspota de Asia despues de haber sorbido el último trago de vino y de haber libado el último beso de amor, se mata con todos sus esclavos en el mismo lecho donde ha visto agotarse todos los placeres. Con los restos de todas las divinidades por aquí esparcidas formaré un nuevo dios que abrace toda la naturaleza. Dadme la almohada de estrellas en la cual apoyaba su frente Ganesa para ver salir de los abismos la tierra; la corona de soles y la copa de oro en que Indra guardaba la luz y la vida del Universo; el tridente con que Mahadeva guiaba por los mares los azules caballos cuyas crines eran los vientos; el espejo de azabache en que Yama veia pasar todas las cosas como nubes en oscuro cielo; la túnica de nieblas que arrastraba Crichna entre las hojas de los bosques y las celestes orillas de los lagos; el car-

ro de fuego en que Calidusa iba á dorar las estrellas que habian perdido los reflejos de la vida; la maza de Rama, que al caer sobre la materia líquida y bituminosa del cáos talló los montes y profundizó los valles; las alas de mariposa de las Ap-saras, que así recogian los átomos de oro caidos de las estrellas como el polvillo de las azucenas, y así se bañaban en las gotas de agua que forman el iris como en el rocío que guarda al nacer la mañana el cáliz de las flores; el arco de caña de azúcar de que despedia Deva sus flechas; la tortuga de Viehnú, que sostuvo el peso de la tierra; la guirnalda de madre selva de Poleyas, que tenia escondidos entre sus hojas mundos, como las yerbecillas del campo timidas luciérnagas; la diadema que se ceñian á las sienes las esfinges al salir del tronco de los árboles ó de la clara linfa de los arroyos; la serpiente de bronce de Hera; los leones de oro que Rhea ataba á su carro, y que rugiendo en las cavernas de la noche abrian con sus garras de diamantes las puertas del dia al sol; las rosas que Anastis ceñia á su frente cuando se deslizaba como una ilusion sobre los campos, dejando flores y mariposas do quier tocaba con la orla de su túnica formada de los vapores de las aguas; las espigas que Ísis lleva en su mano; el arado de

Osiris: y con todos estos atributos impregnados de la sustancia divina, que recorren desde los últimos limites de la materia bruta hasta el éther impalpable y vago, que es el alma de la naturaleza, forman un nuevo dios, alegre, rejuvenecido, que dé su resplandor á todas las cosas, que renueve con su aliento el Universo, y que sea omnipotente, inmortal, como que reunirá en sí la fuerza, la vida, el alma de todos los dioses. Ven, Sotih, astro que guias los mundos por los cielos como el perro al ganado, y cuida con tu fidelidad esta primera fermentacion de una nueva levadura de la vida divina. Huye, ligera gacela, huye al desierto, y deja que las aguas del Nilo derramen por todas partes su sagrada fecundidad, para que broten árboles á cuya sombra pueda dormir su primer sueño el nuevo dios. Antes que se cumpla el gran ciclo canicular y la tierra de Egipto suba convertida en nube de humo á las alturas, necesito haber formado el cuerpo de este nuevo génio protector de los hombres. Miraré en mi espejo mágico, más ancho y más profundo que el mar, y veré pasar todas las formas de las cosas, todas las organizaciones de la naturaleza, y en la más perfecta engarzaré el alma de esta divinidad. Voy á escribir en geroglíficos sobre la columna central

del templo la palabra sagrada y creadora que ha de abrir la larva donde se esconde la esencia divina que voy buscando con tanta y tan intensa ansiedad. Yo guio las almas, yo con mis brazos separo las ondas del tiempo y miro frente á frente la desnuda eternidad, yo escribo en tablas de hierro las sentencias de la eterna justicia, yo me levanto sobre todos los seres que componen la naturaleza, como la cúspide sobre la pirámide. ¿Y no podré formar un nuevo dios? Venid, vientos, relámpagos, truenos, mundos, rayos, huracanes, olas, terremotos, cometas, hervidero de los volcanes, silencio sublime del desierto, á auxiliarme en este último esfuerzo de mi vida. (*Vá arrojando todos los atributos de los dioses que encuentra esparcidos por el suelo, en los cuatro braseros donde estaban las cuatro luces; pero todos se disipan en una nube de humo.*)

ORIEL (*de rodillas delante del santuario*).

¡Oh! Busco la verdad que es la vida, la verdad que es mi redencion. Encorvado bajo el peso de mi cadena y de mis dolores, nunca me he atrevido á levantar los ojos más allá del estrecho horizonte que me rodeaba. Las espesas tinieblas de mi calabozo eran toda mi vida, y mi alma habia

descendido á ser como siniestro murciélago que se goza en habitar las sombras. El único dios que para mí habia era el rayo de luz que atravesaba aquella oscuridad, el soplo del áura que renovaba aquella mefítica atmósfera. Allí mi vida estaba pegada á la tierra, y era una telaraña de mi húmeda cárcel, hasta que un dia sentí en mí el deseo de otro mundo, el anhelo devorador de la verdad. Conoci que ni el sacrificio ni la obediencia ni la rebelion podian conseguir nada, si la verdad no descendia á iluminar mi espíritu, á encender y vivificar mi corazon. Y comprendí tambien que la verdad no se oculta en la naturaleza, en el torbellino de los seres creados que pasan como nube de polvo, sino en el templo, en el templo cerrado á mi oracion por mis eternos tiranos. En este incierto estado vuelvo los ojos á mí, y quiero alcanzar algo grande, algo sublime dentro de mí mismo. Quiero saber qué es, sí, esto que vela cuando yo duermo, que espera cuando yo desfallezco, que adivina cuando yo ciego, que habla cuando yo callo, y que me dice que soy libre cuando yo arrastro la cadena por el suelo. (*Se oye una música celeste.*)

LOS ÁNGELES.

El esclavo vá á ser redimido, porque se siente inclinado á buscar á Dios en el seno de su mismo espíritu, en el inmenso templo de su pensamiento. Señor, pronuncia una palabra, y se levantará, y cobrará sus alas, y ceñirá su corona de luz, de aquella inmaculada luz que brilló sobre los espacios vacíos en el primer día de la creación. Señor, vierte una lágrima, y endulzarás el océano de hiel de su vida. Señor, pronuncia una palabra, y volverás á crear de nuevo el espíritu humano como en aquel momento feliz en que salió de tus labios cual vivido soplo y fué á mover y animar la estatua de barro que se levantaba fría é inerte bajo los floridos árboles del Eden. Señor, mira, mira cómo se esfuerza en romper la cadena que le tiene atado á la naturaleza. En este largo camino sembrado de espinas ha estado siempre bajo el yugo de la materia; ya es hora de que se levante á la vida del espíritu. Alárgale la mano como se la alargaste al primer hombre para sacarle del sueño del no sér. Redimir al esclavo es volver á crearlo, es derramar en su cuerpo, herido, amoratado, desgarrado, cubierto de sangre, un nuevo espíritu. Esta es la hora de la miseri-

cordia. Los halocáustos de los ídolos se acaban. El dios-naturaleza espira sobre el fuego de su mismo altar, y la columna de humo que forma su cuerpo abrasado por las llamas se disipa, se desvanece en los aires. Señor, oye la oracion de tus ángeles, que arrodillados sobre las sonrosadas nubes de tu gloria interceden por la salvacion de tu esclavo.

JEHOVÁ.

Aún no ha sonado la hora de la redencion. La eterna palabra que vive en mí como la forma en las cosas, aún no se ha oído resonar en los espacios. Todavía no es hora de que la dulce lágrima que vertí cuando me abandonó el hombre, caiga sobre el hombre para darle nueva vida, como mi rocío dá nuevo verdor y nueva sávia á las secas plantas. Vosotros no veis más que el instante que corré, y yo veo toda la cadena del tiempo que pende de mis manos. Vosotros no oís más que el lamento que se levanta del pecho del esclavo, y yo oigo la voz de la justicia que se exhala de mi eterna palabra. Cuando los tiempos hayan corrido, y el reloj de la eternidad, que tiene por arenas mundos, haya señalado el instante de la redencion, sobre un monte sagrado, en el único es-

pacio de esta tierra ingrata donde tengo un templo, el que creó la vida, el que colgó las estrellas del espacio, el que tiene á sus piés encadenada la muerte, se inmolará en sacrificio por el hombre, y su sangre será la sangre del espíritu rejuvenecido y libre. Miradlo, miradlo. Busca aún la verdad en el seno de la naturaleza. Se pierde como la esponja en el mar de las cosas creadas. No sabe levantarse aún donde está la luz, donde está la verdad. No espera, y la esperanza le ha de redimir. Aún está pegado á la naturaleza, aún no siente amanecer dentro de sí mismo la aurora del espíritu.

ORIEL.

¿Qué siento en mí? ¿Qué voz me llama? Creo que mi cuerpo ha sacudido todo el polvo de la tierra y se ha lavado de toda la sangre de sus heridas, y puro y trasparente penetra en otro mundo mejor, donde es la vida como dulce armonía. Creo ver que nacen alas de luz en mis espaldas, que se prenden estrellas á mi frente, que el cielo me dá un giron de su celeste manto para envol verme, y que desconocido génio deja en mis manos áurea lira y en mis lábios el beso de su inspiracion, para que prorumpa en celestiales him-

nos. ¡Ah! ¿Es mi metamorfosis? (*Se oye un cántico voluptuoso y campestre, y de la nube de humo formada por la hoguera de todos los dioses orientales desciende Baco.*)

BACO.

¡Qué hermoso es vivir, absorber en nuestras moléculas todas las sustancias, respirar todos los aromas, bañarse en la esencia misteriosa de todas las cosas, participar del vivo fuego que corre por las venas del Universo! La vida no es como arroyo que pasa, no es como niebla que la alborada deshace, no; es el licor sagrado que derrama su calor en todo el cuerpo y despierta en los ojos centelleantes fantásticas visiones de dicha y de placeres. Yo, ceñida la frente de yedra, hendi do el pié como la pezuña de juguetona cabra, armado del tirso que recuerda el sarmiento de que pende la uva, corro desnudo, para mejor recibir en mi cuerpo las emanaciones de la naturaleza, por los montes coronados de lentiscos, por los valles cubiertos de mirtos y de azucenas, sonando el caramillo que en el otero, junto á plácida fuente donde bebía el ganado y al pié de frondoso sauce, me regaló Pan cuando ya espiraba la tarde y enmudecía el coro de las cigarras; y á los ecos

de la campestre música que resuena en las montañas, las Ninfas dormidas en los bosques, las Náyades encerradas en las ondulaciones del agua, se despiertan, toman su deslumbradora forma, danzan delante de mí como ilusiones de un sueño, agitan con su cabellera los aires perfumados, atraen con su sonrosada blancura y sus azules venas mis desos; y corro tras ellas hasta que las alcanzo, y las estrecho en mis brazos; y al resplandor de las estrellas, en el silencio de la noche, bajo las bóvedas de misteriosa gruta de arroyos, me entrego al vino y al amor. Yo soy el aliento que hace florecer los árboles, el impulso que hace correr las aguas, el sonido que hace cantar á los bosques y á las montañas, el átomo de mil colores, que pinta las ligeras alas de la mariposa, el rielar de la luna en el lago, el calor que madura las uvas, la lluvia que fecunda los campos, el placer que se cierne sobre el nido del ave y la madriguera del fiero bruto y el asilo del insecto; el toro equinocial que se levanta del fondo del Océano y siembra de astros el cielo y abre en el éther surcos de luz, acompañado de las Yádas y de las Pléyades, enamoradas estrellas, que me besan, y despues de guiarme por las esferas, me tienden en lecho formado de mundos, más

blando aún que el lecho de hojas secas do descanso de mis correrías por los campos, y llaman á las Horas para que vengan á enjugar mi sudor con sus alas y arrullar mi sueño con sus cánticos. El mortal que me siga, vivirá con la naturaleza, reposará á la sombra de la enramada, oyendo la música del caramillo y de la flauta, beberá el ardiente vino en mi propia copa, entonará á la puerta de mi cabaña de yedra canciones que repita el ruiñeñor bajo las hojas perfumadas por la primavera, danzará sobre la yerba esmaltada de azafran y de jacintos con las Náyades y las Ninfas, que irán ceñidas de guirnaldas á despertar en su sér la ardiente llama de todas las pasiones; porque yo soy el vértigo, el delirio del placer, la fiebre y la embriaguez de la vida, y en un beso reuno todos los amores.

ORIEL (*á Baco*).

Tú, tú debes ser la verdad. Tú derramas en mi sér una alegría infinita, y abres mi corazón al amor y á la esperanza. Quiero seguirte, quiero ver esa tierra donde cada hoja de los árboles entona un himno y cada gota de los arroyos es una lágrima de amor. Aquí me huela el frío de la muerte, y á tu lado el calor de una nueva vida

me anima. Yo estrecharé contra mi pecho á la naturaleza, beberé el licor que enciende la sangre en las venas, me alimentaré de la miel que depositan las abejas en el tronco de las encinas, bañaré mi cuerpo en el rocío que el alba destila sobre las flores, aprenderé á cantar del gilguero y del ruiseñor en el bosque, correré tras las mil trasformaciones del amor que evoques tú con el sonido de tu caramillo, y reposaré de mis fatigas á la sombra de los mirtos y de los laureles, bien hallado con mi libre vida.

LOS ANGELES.

No, no le sigas. La libertad no está en la naturaleza; la libertad está en el espíritu. ¡Desgraciado! Su alma dormida en el profundo calabozo de su cuerpo no puede oír nuestro cántico, que en vano pugna por atravesar sus oídos de barro. Oyénos, hermano, por aquellos días en que íbamos juntos á dorar las estrellas con la luz del cielo y á enseñar el primer cántico á las aves que aleteaban en los bosques del Eden. Oyénos. Con cadenas de flores te atarán, con zumo de beleño te adormirán, con áureos tirsos te golpearán, en lira de oro te dejarán cantar tus dolores, como el ruiseñor prisionero canta en los hierros que lo

sujetan; pero serás aún esclavo, por querer sumergirte, falto de la conciencia de ti, en el seno de la naturaleza, que te arranca la libertad y la vision de Dios, tu nueva vida. No le sigas, Oriel, no le sigas, que es la última trasformacion que toman para engañarte tus eternos enemigos. Toma las alas del pensamiento, y sube de astro en astro hasta las cumbres del cielo, donde recobrarás la corona de tu libertad, la esencia de tu vida.

BACO (á Oriel).

Te detienes. Crees oír una voz confusa que te llama. Sigueme, sigueme. Es el eco de tu deseo, es el cántico de tus ilusiones, ó tal vez el primer vagido de la nueva vida que vas á beber en mi copa. Tú eres el primer mortal que encuentro dispuesto á seguirme despues que vuelvo de mi expedicion á la India. Creían que me perderia en sus bosques y me despeñaria en sus desfiladeros y me abrasaria en sus gigantescas tempestades; y he ido, y he encontrado en mi camino divinidades muertas, caidas de los altares como las hojas de los árboles en otoño; y á todas las he llamado, las he puesto en mi corazon, y mezclando su sangre helada con mi sangre ardiente, su último aliento con mi vivido soplo de amor, sus frios átomos

con mi palpitante naturaleza, sus creencias con mis creencias, sus sacrificios con mis sacrificios, su espíritu con mi espíritu, me las he asimilado á todas, las he absorbido por mis poros, y héme aquí alegre, rejuvenecido, más hermoso que nunca, concentrando todos los rayos dispersos de la vida en mi sér, que se ha bañado en las fuentes sagradas donde nació como una flor marina el Universo, y reuniendo en mi cuerpo todas las formas de la naturaleza, verdadero dios de los dioses. Ven conmigo á mi fiesta de Launa, donde verás surgir la luz de mis antorchas del fondo de las cavernas para iluminar mi lago, poblado de Náyades como el florido arbusto de primaverales mariposas. Ven, y te sentarás en el pedregoso camino que conduce á mi templo, y verás tu alma en mi espejo, y te cubrirás los ojos con la venda sagrada, hasta que te llame mi sacerdotisa, á iniciarte en mis hermosos misterios. Ven, y en las fiestas Apaturias, despues de habernos bañado en las fuentes sagradas, y de haber ceñido á nuestras sienas guirnaldas de pámpanos y de yedra, y de haber libado el beso del amor, recorrerémos delirantes, con la antorcha en la mano, los campos. Las flores nos enviarán sus aromas, y los pajarillos su canto, y los bosques sus coronas de mirto

y de encina, y los torrentes sus vestiduras de neblinas, y el mar los besos de sus brisas, y nos rejuveneceremos en la vivida comunicacion con toda la naturaleza. Oye el cántico que nos saluda y nos acompaña. (*Mientras habla se oye el ruido de la lira de*

GRECIA.

El ruido armonioso de mi lira llena de alegría los espacios. Bajo las ramas del mirto canto la union del hombre con la naturaleza. Dadme un cincel; que voy á tallar sobre mis montañas, gracias como templos, una nueva organizacion humana radiante de hermosura. Buscaré las flores, oprimiré sus pétalos entre mis dedos, y con el zumo que despidan tendré colores para trazar en las inanimadas tablas los arreboles del espíritu. Dirigiré palabras misteriosas á las hojas de los árboles, á las gotas de rocío, á las ondulaciones del agua, á la espuma del mar, y de cada sér, de cada molécula del Universo transformado por mi palabra saldrá un dios tan hermoso como la mariposa que en primavera sacude su larva y abre sus matizadas alas ligeras como el céfiro á la esplendente luz del dia. Yo vivo para pintar, para cantar, para esculpir, porque soy ar-

tista. El mundo inanimado y yerto ha recibido de mi soplo un espíritu divino. Venid, venid, y á la luz de la luna, bajo el sáuce donde duerme la paloma y canta el ruiseñor, á orillas de la fuente que murmura una plegaria en el rumor de sus aguas, en presencia del mar silencioso y poseído de divino éxtasis, rodeados de montañas cuyas líneas armoniosas semejantes á las de una columna cincelada se pierden como los contornos de vaporosa nube en los indecisos colores del horizonte, os mostraré cómo aquellas divinidades que gemían en los bosques, y palpitaban en las aguas, y corrían cabalgando en las doradas alas del relámpago, y tegían en el fondo de las cavernas los hilos misteriosos de la trama de la vida, han tomado nueva forma en mi blando seno, y aparecen hoy sustancialmente iguales al hombre, cuya naturaleza es el resplandor de la verdadera hermosura. Seguidme, pues, por los montes, y los poblaremos de dioses. Oidme cantar en los bosques, y al eco de mi voz vereis salir entre las yerbas rizadas por las áuras Ninfas que dejen el aire perfumado y el suelo que huellen cubierto de flores. Oid el cantar del arroyo, y de sus cristales vereis surgir, blanca como una ilusión, sonrosada como la megilla que el amor colora ó como el límite del

ocaso que el sol poniente enciende, la Náyade coronada de perlas, radiante de alegría, cuyas lágrimas suspendidas de las hojas de los árboles son esas gotas de rocío que el alba dora encerrando en cada una de ellas todos los matices del pintado arco de la diosa Iris. Venid á la orilla del mar, y entre las nacaradas espumas, al dulce movimiento de las olas que palpitan como un corazón enamorado, vereis mecerse el amor universal que creó todas las cosas. Y nuestra vida, que vuela de flor en flor, de arbusto en arbusto, que se baña en las ondas del mar y en el rocío de las selvas, que sube el áureo éther y baja á los abismos, oyendo el concierto de todos los seres, tomando las vestiduras de todas las formas, será una fiesta continua: porque yo soy el arte, la hermosura y el amor.

ORIEL.

Siento una deliciosa armonía que me llama á una nueva vida. Mi sangre hierva como el vino nuevo en el lagar. Mis ojos toman ethérea luz de los cielos. Mi cuerpo palpita como el arbusto que vá á abrir en primavera sus yemas donde el capullo asoma. Mi fantasía lo olvida todo y se baña en el delicioso rocío de esta nueva existencia.

Creo que voy á ser libre, y sigo la voz que me llama con tan dulces y suaves cantares. (*Salen Bucu y Oriel del templo; pero apenas han salido, se arruina*).

LOS ÁNGELES (*sobre las ruinas*).

Aquí volamos como las golondrinas que vienen de otros climas. El templo de los dioses paganos de Oriente se ha arruinado, y sobre sus ruinas sólo corren los fuegos fatuos de los sepulcros. Asistimos á una nueva tempestad del espíritu humano que abraza con su fuego nuestras alas. El esclavo, sobre el cual hemos tendido nuestro manto invisible á sus ojos, sigue aún el camino que le abre el dios-naturaleza rejuvenecido con un nuevo filtro en la hora de su agonía, en el instante de su muerte. No sabe el infeliz esclavo que en los desiertos del Asia está encerrado el templo del Dios de la verdad y del espíritu, á cuyo pié arde el fuego de su libertad y se guarda la única esperanza de redencion. Confundido en la naturaleza, aniquilado en su seno, jamás despierta, jamás siente en sí hervir la vida del espíritu. Ahora le tenderán en el suelo del arte cadenas de rosas, pero que al fin serán cadenas. Su cántico de

amor se parecerá al gorgojo del ruiseñor prisionero que vé á lo lejos las selvas donde tenia su nido y el cielo donde agitaba sus alas. Sigue, esclavo, sigue tu camino. Te llamarán á pelear por la pátria, y la pátria será para tí ¡ay! tu calabozo. Harán los hombres una inmensa pira con las armas de todos los pueblos y de todas las gentes, arrojarán en esa pira á todas las razas, cuyas carnes se fundirán cual plomo en crisol para formar un nuevo cuerpo á la humanidad, y te dejarán como la escoria al pié del nuevo gigante dispuesto á ceñirse la naturaleza como ancho manto imperial suspendido de sus hombros. La libertad del hombre debe bajar envuelta en el suspiro creador de Dios. Es necesario que ese suspiro, por cuya virtud floreció el bituminoso caos, vuelva á crear al espíritu. Abramos nuestras alas, volemos á lo infinito, y despues de vagar por el éther para más purificarlo, y de volver á dorar los astros con la luz increada para que alumbren un nuevo día del espíritu humano, de rodillas sobre el abismo del Universo, plegadas las manos y cubiertos los ojos con esas lágrimas que fecundarian la nada, pidámosle, cuando los mundos y los soles suban á beber la vida en su aliento, que abra sus lábios, que pronuncie la eterna creadora pa-

labra, y entonces asistiremos á la redencion del esclavo.

ROMA (*levantándose como un coloso en las nubes*).

No sé, no puedo saber qué voz me llama desde el oscuro y profundo abismo donde duerme el profundo sueño del no sér. Mi gran corazon es el corazon de toda la tierra, mi gran pensamiento es el pensamiento de toda la humanidad. Yo quiero reunir bajo mi espada centelleante á todos los pueblos, como el pastor bajo su cayado reúne sus ovejas descarriadas. Dadme la voz de la tempestad, dadme las fuerzas de la naturaleza, y poned por cetro en mis manos el rayo. Las religiones paganas serán amontonadas por mí como el viento amontona las hojas secas desprendidas de todos los árboles. Los dioses vendrán á mis piés á formar la gran hecatombe al genio misterioso de la unidad del mundo. La naturaleza entera será mi trono. Yo pondré á mi imperio por manto el mar, por túnica la tierra y por diadema los astros. Yo haré del Universo un nido que guarde bajo sus alas mi águila. Yo enseñaré á todos los espíritus á mirar frente á frente el sol de la verdad. Jamás se cansará mi brazo de sostener el eje de la tierra ni de forjar el escudo que ha de

guarecer el pecho de la humanidad. Yo en mi carro de guerra borraré todas las fronteras, uniré todos los pueblos, fundiré todas las razas, crearé el alma de una nueva civilizacion, la idea poderosa de una nueva humanidad. Dios, cualquiera que seas que habites el cielo, yo no te conozco, yo no he oído pronunciar tu nombre en el hondo abismo donde escribo las tablas de mis derechos con la punta de mi espada; mas si alguna vez has de bajar á la tierra, no encontrarás un leon que te limpie el camino tan fuerte como yo; si alguna vez has de tener un templo, no encontrarás un ciclope como yo que pueda poner piedra sobre piedra, montaña sobre montaña para construirte un santuario digno de ser habitado por tu inmensa y majestuosa grandeza. Cuando yo salga de mi caverna, cuando con el primer aliento de mi pecho arroje al aire el polvo de mi camino, cuando ruja al pié de mis colinas, en la soledad de mis selvas, todos los pueblos temblarán, pero todos se precipitarán en pos de mí por mi ancho camino. Yo de todas las leyes haré una ley, de todas las artes un cántico, de todas las diademas de los reyes una corona, de todas las ideas un pensamiento, de todos los pueblos una humanidad, y mereceré por esta obra que tus lábios, Se-

ñor, tus labios se posen sobre mi frente y den la eternidad á mi vida, la eternidad á mis obras. En este gran hervidero de pueblos, de razas, de gentes que componen la humanidad, yo busco un pensamiento, busco un derecho, busco una sola lengua, busco un solo arte, busco un solo hogar; ¿y no encontraré tambien allá en el cielo, en premio de mi trabajo y de mis esfuerzos, un sólo Dios? Levantaré un templo inmenso con montañas arrancadas de su asiento por mis manos, reuniré todos los dioses, reconstruiré todas las aras, mezclare todos los cultos, y pondré en el frente la misteriosa palabra «al Dios desconocido.» Y cuando tú, cualquiera que seas el que habites los cielos, vengas á borrar esas palabras y á revelar tu esencia, no has de encontrar en la tierra un templo más digno de tu nombre.

LOS ÁNGELES.

Señor, Señor, oímos la voz de un pueblo nuevo que se dibuja en las nieblas de lo porvenir, aún no agitadas por las grandes alas del tiempo. Si para la idea de libertad se necesita crear un nuevo hombre, dínoslo, y prepararemos con nuestras manos los materiales para esta nueva obra

de tu grandeza. La humanidad en su largo y trabajoso camino va aspirando por todos sus poros la esencia de la vida de la naturaleza. Sus ojos buscan ávidamente en los espacios la idea que todos los séres forman con su vida. Su sér vá transformando la materia y espiritualizándola hasta convertirla en la esencia misteriosa de un aroma purísimo que sube á ti como el humo del holocausto, como la olorosa nube de incienso. La tierra con el trabajo del hombre se limpia de sus manchas, se purifica, y vuelve á ser tuya como en aquel primer instante en que salía virginal y encendida en purísimo amor, de tus manos creadoras. La naturaleza crece en amor, ¿y el espíritu se perderá en las sombras? No, no. Únelos en un beso de eterno amor. Levanta sobre las flores, sobre los torrentes la palabra que explica y comenta la creacion, levanta el espíritu. Y para levantarse el espíritu sobre la naturaleza, necesita ser libre, ser dueña de sí, como el ave necesita de sus alas para remontarse al cielo desde su nido de barro. Si una lágrima nuestra, una de esas lágrimas que caidas sobre un mundo le darian profundo y ancho mar; si un suspiro nuestro, uno de esos suspiros que conmovieran al Universo como el huracan la trémula hoja del árbol; si

un gemido, uno de esos gemidos que parecerian el sollozo amargo de toda la naturaleza, llega desde el éther donde agitamos nuestras alas á tu trono, muévete á compasion, y derrama en la faz de tu esclavo el soplo de tu vida. Caido en el lodo, arrancadas sus alas, perdida su lira, borrada en su corazon completamente la imágen de la hermosa idealidad que tú grabaste, aún puede sin embargo levantarse, porque aún le queda algun reflejo de tu amor en la frente, como le queda al ocaso el lejano reflejo del sol en el último crepúsculo. ¡Oh! Pedimos por nuestro compañero, plegadas las manos, hundidas las rodillas en el polvo de mundos que tu aliento levanta en los espacios, velados los ojos con nuestras alas de luz, para que no veas la inmensa lágrima que rueda por nuestra mejilla como la encendida materia cósmica de las nebulosas por el cielo. Señor, Señor, dános al ménos una esperanza. El mal absoluto no puede existir en tu presencia, que es el bien supremo y absoluto. El hombre no puede estar separado de Dios eternamente. La luz de tu vida está en su inteligencia, el estremecimiento de aquel tu amor que lo creó está en su corazon. Es tu hijo, es hechura de tus manos, es la obra predilecta de la creacion, es el santuario

donde se reunen la naturaleza y el espíritu: rompe, rompe sus cadenas.

JEHOVÁ.

No, la esclavitud no será eterna. La separacion entre el hombre y Dios no será eterna. La palabra de amor que puede nuevamente fecundar el caos va á caer de mis lábios, y el hombre al recibirla se levantará, ceñida de luz la frente, rebotando de vida el corazon. Yo tocaré su pecho, y se moverá y andará para buscar de nuevo, en los abismos del tiempo por venir, el Eden que cree perdido para siempre en los abismos del tiempo que ha pasado. La conciencia de su debilidad se acabará, se borrarà poco á poco el recuerdo de su culpa, y nacerá en su pecho una viva esperanza que trascienda hasta los cielos y renueve todo el Universo. Sigo con amorosos ojos la huella de lágrimas y sangre que ha dejado en la tierra. Su largo, su funesto suplicio ha herido mi corazon de padre. Quiero sostenerle, quiero consolarle. Cuando mi eterna palabra baje sobre la conciencia como baja el soplo de la suave brisa sobre el mar embrabecido, la conciencia reflejará mi idea como la superficie del mar en calma refleja todos los astros del cielo. Entonces habrá sonado la

hora de la reconciliacion entre el hombre y Dios. Entonces el esclavo se perderá para siempre como una sombra maldita, como un pavoroso remordimiento. Entonces el cetro de los tiranos se quebrará como una caña, y las cadenas se hundirán, como el hierro de que han salido, en las entrañas de la tierra. Entonces no habrá quien quiera poner la planta sobre la cerviz de su hermano, ni cerviz que se humille á ser hollada por la planta de los soberbios. Mi Verbo será igual en su forma terrena al hombre, y gustará sus dolores, y beberá sus lágrimas, y sentirá sus tribulaciones, y verterá su sangre sobre la faz de la tierra, que la beberá con sed ardiente. La llama del amor se encenderá en aquel dia en el corazon del hombre. El tirano reconocerá en el pobre, en el humilde, su misma naturaleza, su misma esencia, y arrojando de sí la soberbia, se postrará á sus piés y le llamará hermano. La virtud y no la fuerza regirá al mundo. El árbol del mal sólo dejará caer algunas cenizas en el fondo de la copa de la vida. Las naciones se reconciliarán en santa fraternidad. La guerra arrojará léjos de sí su enrojecida espada. El hombre irá buscando al hombre para abrazarse todos en la santa idea de justicia. La libertad sacudirá profundamente al

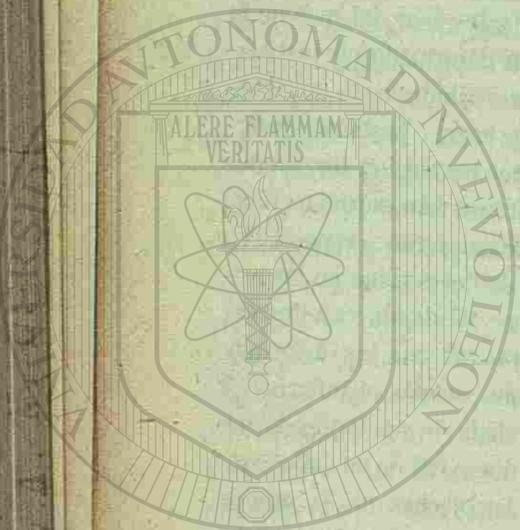
espíritu como mi aliento á los astros, y lo lanzará en ráudo vuelo á lo infinito. El trabajo dejará de ser la lucha del hombre con el hombre para ser la lucha del hombre con la naturaleza. De cada gota de sudor que de la frente humana caiga sobre la tierra se alzaré una flor que embalsame todo el ambiente. La tierra dejará de dominar al hombre para ser dominada. El aire le obedecerá, los astros le contarán sus secretos, el mar se plegará á su dominio, y hasta el rayo que hoy le hiere bajará sumiso á besar sus manos, proclamándole dueño de la naturaleza. En cada hoja del libro inmenso de la vida, donde hoy se halla escrito con lágrimas y sangre, guerra, odio, exterminio, tiranía, suplicios, verdugos, se verá escrito entonces paz, amor, trabajo, derecho, justicia, libertad, Dios. Y en cada idea de justicia yo me daré en comunión perpétua universal á las generaciones. Y en cada obra de caridad estará presente mi eterno amor. Y en la conciencia resplandecerá mi palabra. Y en la libertad vivirá mi eterna ley. Ya veo los odios de razas concluidos, las guerras encadenadas, los tiranos arrepentidos, los cadalsos destrozados, los códigos escritos en todos los corazones y en todas las conciencias, los hombres reconciliados, el trabajo convertido

no á destrozar sino á vivificar, la idea levantándose por su propia virtud al cielo, la humanidad convertida en una sola familia, la justicia reconocida por la conciencia universal, la libertad triunfante, la naturaleza trasformada en un altar, la muerte bendecida como una metamórfosis de la vida, y todas las generaciones subiendo á mi por la áurea escala de los mundos, ansiosas de sentir el amor infinito, de poseer la verdad absoluta, que son mis eternas promesas. Y para levantar esta obra se romperán para siempre las cadenas del esclavo. Entonces del lodo amasado con lágrimas y sangre donde yacen las cenizas de tantas generaciones mártires, heridas por el hierro, maltratadas por los tiranos, descoyuntadas bajo el inmenso peso de sus cadenas, llamaré á la vida, á la libertad, al mártir de la historia, á la criatura que yo creé libre y buena y amorosa, para que reconociendo mi presencia en su alma y purificándose en mi idea, recobre sus derechos, espléndida corona que, al crearlo, yo con mis propias manos ceñí á su espíritu; corona formada con un rayo luminoso de la idea de la creación que vagaba en mi eterna mente. Consoláos, pues, generaciones de ángeles, consoláos: que pronto llevaréis sobre vuestras alas de luz á la tierra oscure-

cida la esperanza de su redencion. Vuestras súplicas, vuestras oraciones, que mezcladas con las armonías de los mundos y los ecos del mar de la vida llegan hasta mí, han desarmado mi justicia. Sí, bastantes lágrimas han subido hasta mí, bastante sangre ha bebido la tierra, bastantes gemidos han llevado de region en region los vientos en sus alas, bastantes tiranos han envenenado ya á la tierra. La fé, la esperanza van á renacer. La tierra se va á engalanar de flores como en los primeros dias de la creacion. Mi aliento va á descender á los mundos; que lucirán con luz más nueva. Yo aplastaré bajo mis plantas el infierno. Y el génio del mal, que exhala de sus fáuces la noche sobre el espíritu, que vive en el odio, que quisiera traspasar con las flechas de la muerte hasta los planetas y los soles, se revolcará en su impotencia en su lecho de cenizas, vencido para siempre, y para siempre aprisionado con las cadenas que yo habré roto. Cantad, cantad, ángeles míos, la redencion del esclavo. ®

FIN DE LA PRIMERA PARTE

DE LA REDENCION DEL ESCLAVO.



ÍNDICE

	<u>Páginas.</u>
El Ara del sacrificio.	1
El Campo de Batalla.	173
El Mercado..	251
Metamorfosis.	339

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

